

LA ENEIDA

DE VIRGILIO,

TRADUCIDA EN VERSO ENDECASILABO

POR

D. GRACILIANO AFONSO,

DOCTORAL DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE CANARIAS. — AÑO DE 1853.

~~~~~  
TOMO I.  
~~~~~

PALMAS DE GRAN-CANARIA.

IMP. DE M. COLLINA, CALLE DE LA CARNICERIA N. 3.

1854.

ADVERTENCIA AL LECTOR.

La buena crítica impone al lector la obligación de leer el prólogo, ó sea introducción á la obra, para que pueda juzgar, cual es el verdadero fin que se propone el autor. Al que le toque la suerte de leer esta traducción de la Eneida de Virgilio en verso endecasílabo; querrá saber la razón porque se publica al presente, cuando existen los cuatro primeros libros traducidos en verso también endecasílabo por D. Tomás de Iriarte, y en verso suelto y en octavas rimas la de D. Gregorio Hernandez de Velazco. La razón es esta.

En el año de 1838, traje de América, donde permanecí 48 años emigrado por la causa de la libertad, una traducción de la Eneida en prosa con notas, para la instrucción de la juventud canaria. Pero en aquel tiempo, fué imposible darla á la prensa, porque entonces ni

podia haber clérigos, ni se pagaba al clero existente, que iba concluyendo como por inanición. Llegó el momento del actual concordato, y cuando creí que con los nuevos nombramientos sobrára tiempo para verificar la impresion dicha, hallé que al dar un abrazo de enhorabuena al Dean nuevamente nombrado Dr. D. Nicolás Calzadilla, quedó admirado de verme en sana salud; y mucho mas, noticioso de cuanto habia trabajado durante la miseria de operarios en la Iglesia Catedral, y durante el Cólera. Yo habia quedado estacionario en mi destino de Doctoral (fácil es adivinar la causa habiendo sido Diputado de las Cortes de 1822 y comprendido en el infame nombre de amnistía), porque el Gobierno se hallaba persuadido de que un ataque de perlesía me tenia postrado en cama poco menos que insensato. Pero yo, que como tal Diputado de aquella época, jamás habia vestido el escapulario de pretendiente, oí esto con mi ordinaria indiferencia, contentándome con desmentir con mi conducta las palabras falaces y mentidas de los Caritativos Eclesiásticos que me hacian la guerra á salva mano. Entonces recurrí á mi auxilio ordinario de la lectura, y al cumplimiento de mi obligacion; y curioso de

ver el estado de mi Eneida prosáica, que ocurrió en 25 de junio de 1853, despues de haber leído dos ó tres hojas, mi primer pensamiento fué: Veamos si anda la noria el perro. Palabras de mi paisano Friarte en su fábula 29, El gozque y el macho de noria. Porque, en efecto, 78 años no anunciaban ciertamente mas que la fuerza de un miserable gozquejo, para mover la pesada rueda de una noria. Y por diversion, ó mas bien, para burlarme de mi mismo, puse en verso el libro primero, y leído á mi amigo el Licenciado D. Bartolomé Martínez y noble familia, aficionada á la poesia y literatura; me persuadieron, que aunque no fuese para imprimirla, continuase la repetida traduccion. El resultado fué, que por consecuencia de mi carácter, emprendí con tanto ardor mi tarea, que á pesar de una molesta hinchazon de pies, el 24 de octubre del mismo año quedó concluida enteramente la obra, sin que me aterra-se otro espectáculo que el de la imagen de la muerte, compañera inseparable de la vejez. Y sin cesar, me repetia una estrofa de cierta Oda que hice á la misma muerte, en mi emigracion á Trinidad de Barlovento, el año de 1857.

No el pecho hiela con horror y espanto
Tu descarnado y albicante espectro;
Ni esa férrea corona mal sentada,
Menos de ébano el cetro,
Ni el dardo que destila sangre y llanto;
Ni tu pálida córte malhadada,
De la vejez cansada,
Con paso desigual la fiebre ardiente;
Parálisis que arrastra media vida,
Hidropefía hinchada;
La convulsion los brazos retorciendo,
El contagio callado,
Celos, Discordia y Ambicion rugiendo;
Y de tu imperio cruel Heraldo alado
El tiempo destructor jamás cansado.

*Y viendo que nada de esta comitiva me
atañía por entonces, y ni yo me lo persuadía,
ni nadie lo creía, habiendo sido párroco, maes-
tro de escuela de niños ingleses, franceses y espa-
ñoles, y arquitecto de una Iglesia que me con-
sintió fabricar el Gobierno Inglés para los sub-
ditos católicos, y siempre pobre; leí por con-
clusion toda entera y repetida la fábula litera-
ria 46 de nuestro mencionado Iriarte, El pollo
y los dos gallos.*

Quien se meta en contienda,
Verbigracia de asunto literario,
A los años no atienda
Sino á la habilidad de su adversario.

Lector, poco me importa que al acabar de leer la obra digas: Este pobre viejo chochea; las Musas no halagan á viejos poetas..... Perdone V., caballero, dos palabritas: 90 años tenia Sófocles, cuando produjo el Edipo, que hizo callar en el Senado de Atenas á sus ingratos hijos que querian privarle de la administracion de sus bienes, por su avanzada edad. Si está el ejemplo mal aplicado, riete, lector mio, y puedes hacerlo cuantas veces se te antoje; pero ten entendido, que esta cáusa es la tuya, y debes defenderla pena la vida; mientras perdonas los innumerables defectos de estilo, repeticiones y otras faltas indispensables por la rapidez con que se tradujo, huyendo de la muerte cuyo espectro me parecía ver á cada instante.

Entretanto he escapado de su inevitable guadaña, dando eternamente gracias al Criador por desmentir con mi presencia, actual robustez, y salud á los falaces hermanos que recelaban el que aspirase á dignidades ó destinos que por

mis servicios correspondian al cargo de Doctoral, despues de 46 años, sin que hubiese jamás usado de los privilegios que corresponden á un jubilado; cuyo nombre solo me acarreó el que me quitasen la sesta parte de la renta, que me fué restituida por haber hecho presente que trabajaba mucho mas supliendo el escasísimo número de operarios que entonces existia, y siendo ahora igual á los demás que constituyen el Cuerpo Capitular. ¡Loado sea Dios!

Palmas de Gran-Canaria, Agosto 2 de 1854.



Eneida de Virgilio.

LIBRO I.

Nec verbum verbo curabis reddere fidus
Interpres.....

Art. Poet. de Horatio. v. 133.

Si no eres un interprete prolijo
Ni traduces palabra por palabra.

Trad. de Burgos.

El héroe canto, que su patria deja
Prófugo, y llega en el Hesperio suelo,
Del Olimpo la víctima y del Hado,
Monstruos ; O Juno ! de tu orgullo fiero:
Siempre por mar y tierra perseguido
Y de la guerra sosteniendo el peso,
De Ilion llevando los Peñates Dioses
Al Lacio, á cimentar el grande imperio,
Cuna de Alba la fiera y de los padres,
Que de Roma esplendor y gloria fueron.
¡ O Musa ! dime: ¿ que irritado orgullo

De Juno pudo rechazar severo
 A Héroe tan piadoso ? ¿ tanto enojo
 Pudo anidarse en un celeste pecho ?

Mirando á Italia, al Tiber no domado,
 Hijo de Tirios un antiguo pueblo,
 Alza la frente la Cartago altiva
 Opulenta é indomable en todos tiempos;
 Al mundo todo la prefiere Juno,
 Ni á Sámos tributára tanto obsequio;
 Su carro y armas allí están y piensa,
 Que la reina será del Universo.

Pero sabe que un dia los Troyanos
 Destruirán los muros de los Penos,
 Y que aquel pueblo rey rendirá altivo
 (La Parca así lo quiere) el Tiro imperio.
 Aun recuerda los horrídos combates
 Que delante de Troya diera el Griego;
 Y su resentimiento en nueva llama
 Arde profundamente dentro el pecho,
 Y el juez que la insultára su belleza,
 Y el jóven Ganímedes en el cielo.
 Su odio á los Phrygios perseguia implacable
 Del cruel Aquiles los indignos restos
 Errantes en las ondas inhumanas;
 ¿ Tanto importaba ¿ ó Roma ! alzar tu imperio !

Los Troyanos dejaban la Sicilia,
 Sus bajeles cortando el Ponto fiero;
 Cuando Juno abrasada en viva llama,
 «Seré, dice, vencida yo en mi intento ?
 «Ni á los Troyanos alejar de Italia ?
 «Lo impide el hado ? pero el crudo ceño
 «Y la encendida cólera rabiosa

«De Pálas, naves incendió; y los Griegos
 «Abismó, y pudo hundir á Ajax impio;
 «Lanza ella misma el fulminante fuego,
 «El mar se agita con las rotas naves,
 «Y ardiente dardo atravesando el pecho,
 «Sobre un escollo lo clavó implacable.
 «Y yo hermana y esposa del supremo
 «Jove, combato con mortales viles;
 «Y habrá quien quiera frecuentar mi Templo?
 «Y á la reina de Dioses humillada
 «Habrá quien le tribute sus respetos?»

Juno abrasada en un volcan de rabia
 Se dirige al imperio de los Vientos;
 A la Eólia donde Éolo preside
 Con tempestades y huracanes fieros,
 Que braman encerrados resistentes;
 Sobre una roca el rey empuña el cetro
 Con que su rabia y su furor modera,
 Que si no, confundieran tierra y cielo.
 Para estorbar tal ruina, el Dios potente,
 De una gruta los guarda en hondo seno,
 Y los cubriera un empinado monte;
 Las riendas en sus manos oprimiendo,
 Retiene ó larga su furor insano.

Con suplicante voz Juno al momento
 De Éolo en la presencia, dice: " Jove
 «Te diera de las ondas el imperio;
 «Un pueblo, que detesto, á Etruria lleva
 «Los Penates de Troya últimos restos;
 «Los huracanes suelta, y sus bajeles
 «Devore el Ponto, y destrozados cuerpos:
 «Ninfas catorce que en mi corte brillan

«Y de todas Diopé su ornamento,
 «Ella te dará á tí dichosos días,
 «Y hermosísima prole en su himeneo,
 «De tan gran beneficio recompensa.”
 —”Mandad, Eólo dice, yo obedezco,
 «Tu siervo soy, y lo que ordenas sepa,
 «Que á tu poder le debo cuanto tengo;
 «De tu favor es obra esta corona,
 « Y en el banquete celestial asiento.»

Así dijera, y el potente brazo
 La cúspide revuelve; airados Vientos
 Salen cual batallón precipitados;
 El Áfrico y el Austro que violentos
 Remueven de la mar el hondo abismo
 Sus ondas inundando el ancho suelo:
 Silvan las cuerdas, su clamor redoblan,
 Tiende la noche sus profundos velos
 Sobre el cielo y la tierra y los bajeles;
 Y el relámpago lanza oscuro fuego:
 Dó quier se pinta de la muerte el rostro.

El héroe pierde su guerrero aliento,
 Gime y sus brazos levantando pio
 Al cielo, esclama: « ¡ Que felices fueron
 « Los que á la vista de la patria amada
 « Fuertes cayeron ! ¡ O hijo de Tideo!
 « ¡ Porque tu espada no acabó mis días
 « En los campos dó yacen mis abuelos?
 « Con Hector que matára el duro Aquiles
 « Y Sarpedon que duerme eterno sueño,
 « A donde lleva el Janto en crespas ondas,
 « Escudos, lanzas y sangrientos cuerpos.»

El viento rompe las hinchadas velas,

Las espumas salpican los luceros,
 Los remos se deshacen y en la nave
 Cual monte cae el espumoso piélagos;
 Ya se agita en la altura suspendida,
 Ya la recoge del abismo el centro
 Y la buillante arena la confundé;
 Tres bajeles rompiera el Noto fiero
 En las rocas, que altares llamó Italia,
 En donde se replega el mar inmenso
 Y los combate con rabiosa zaña:
 Y allí los hunde el arenoso cerco.

De fuertes Licios con el fiel Orontes,
 La nave hiere el implacable viento,
 Y el piloto volviendo su cabeza
 Con la nave lo traga siempre hambriento,
 Rápido el incansable remolino,
 Del abismo despojos revolviendo.
 Ya el viejo Alethes y el valiente Abante,
 Achates é Ilioneo el Ponto vieron,
 La instante muerte; y Aquilon sañoso
 Contra las naves desplegó su ceño.

Mas Neptuno potente oye en las ondas
 Amargas un estraño movimiento,
 Y observa; mas su enojo disimula.
 Y apacible mirando el mar revuelto
 Los troyanos bajeles vió abismados
 Por Aquilon y el tempestuoso cielo.
 De su hermana conoce la perfidia;
 De Vientos llama al escuadron ligero;
 «¿En que fundais, les dice, tanto orgullo
 «Que fieros trastornais los elementos,
 «Sin que os lo mande yo mover las ondas?»

« Yo.... mas la tempestad calmaré luego:
 « Insolentes huid y al rey decidle;
 « Que por la suerte, del tridente tengo
 « El mando yo; y él las altas rocas,....
 « Éuro tu casa y la prision del Viento.»

Al punto del océano agitado
 Calma las iras reluciente Fèbo;
 El Triton apoyado y Cymothoe
 Desencallan las naves con su esfuerzo,
 Y él mismo y su tridente las sostiene,
 Las Sirtes abre, torna el mar sereno,
 Y en líquida llanura el carro vuela.

Cual suele suceder si en algun pueblo,
 Entre los altos muros rebelada
 Inquieta multitud levanta el eco,
 Y vuelan piedras, las antorchas brillan,
 Si allá aparece un venerado viejo;
 El pueblo calla con atento oido
 Y calma infunde en los rabiosos pechos;
 Así Neptuno con mirar potente
 Al aire impuso y á la mar silencio;
 Él sus corceles vuelve, y vuela el carro
 Sueltas las riendas del dorado freno.

La fatigada Troya un puerto ansiando
 La proa inclina al Africano suelo;
 Asilo le presenta una ensenada
 Que una isla protege puesta en medio
 De altísimos peñascos dó se estrellan
 Las irritadas ondas con estruendo;
 Soberbios se levantan los dos lados
 Amenazando al encumbrado cielo;
 Calla el mar en la cima y en el lago,

Y en torno la cercára un bosque ameno,
 Que su imágen retrata en los cristales;
 Y una apacible gruta está en el medio
 De las hermosas Ninfas habitada,
 Con dulces aguas y campestre asiento;
 Ni el áncora la nave aprisionára
 Sosteniendo su peso el corvo fierro.

Siete naves guiára el pio Eneas
 Y los Troyanos con ardiente anhelo,
 Saltan gozosos procurando todos
 Reposo dar á fatigados miembros.
 Del duro pedernal la chispa sale
 Que prendió Achates en arbustos secos;
 Sacan luego de Céres corrompido,
 Y aun cansados, del pan los instrumentos;
 Y lo tuéstan y muelen en las piedras,
 Cuanto servir pudiera á su alimento.

En tanto Eneas á un escollo sube,
 Por si á Antheo divisa ó los remeros
 Del valiente Caico, ó bien las armas
 De Capys en las naves reluciendo.

Nave ninguna viera, mas descubre
 A tres robustos y gallardos ciervos,
 Que un escuadron guiara al bosque umbroso;
 Párase y pide con el arco fiero
 Las flechas que conduce amigo Achates.
 Tendidos deja en tierra los primeros
 Gefes, cargados con ramosas astas;
 Mas luego, activo, persiguiera el resto,
 Y en el bosque murieron otros tantos
 Cuantos los buques de su escuadra fueron.
 Torna despues al puertó y los reparte,

Y les diera también el vino añejo
 Que en la ribera de Sicilia ofrecé
 Al huespede troyano Acestes bueno,
 Y con dulces palabras razonando
 Consolaba á sus tristes compañeros.

« Camaradas, les dice, el mal conozco,
 « Y fin á nuestros males dará el cielo.
 « Si trabajos sufristeis indecibles,
 « De Scila horriblé su furór venciendo,
 « Y los bárbaros Cíclopes burlando;
 « Alejad el temor de vuestros pechos;
 « Amigos, puede ser que estos trabajos
 « Algun dia serán dulces recuerdos.

« La suerte en Lacio nos mostró un asilo
 « Y su frente alzará Pergamo excelso;
 « Sufrid para alcanzar triunfos mas grandes. »
 Asi habla, el pecho de dolor opreso,
 Finge esperanza y su temor reprime.

Los Troyanos la presa dividiendo
 A los ciervos despojan de sus pieles;
 Rodea al bronce el centellante fuego
 Y el hierro horada la sangrienta carne
 Y repara las fuerzas nectar viejo.
 Y el hambre satisfecha, ya la mesa
 Se alza y principiaron los recuerdos
 De amigos numerosos que lamentan,
 Entre las ansias y el temor suspensos.
 ¿ Los veremos aun? serán perdidos?
 Lloraba Eneas por Oronte fiero,
 Licas y Amico que murieron juntos
 Y al valiente Cloantho y Gyas recto.

Jove, cuya ojeada lo vé todo

Y el océano que el bajel ligero
 Corre y los grandes pueblos numerosos ;
 Sidon contempla desde su alto asiento.
 Entonces de dolor á Venus bella,
 Asaltaban crueles pensamientos
 Y esplica sus recelos y temores :

« De mortales y Dioses , Rey supremo ,
 « Que eres señor del centellante rayo ;
 « Troya y Eneas , que delito hicieron ?
 « Será pues , que á esta raza perseguida
 « Con el Tiber se niegue el Universo ?
 « ¿ No juraste siguiera á horrores tantos ,
 « Que á Pérgamo sirviera en algun tiempo ,
 « El Poniente y la Aurora encadenados ?
 « ¿ De donde nace esta mudanza ó ¡ cielos !
 « Menos lloraba yo de Ilion la pena ,
 « Confiando en Destinos tan serenos ,
 « Para que así aliviaras sus miserias ?
 « ¿ En qué tierra , Señor , estarán quietos ?
 « Antenor triunfó ya de Argos altiva ,
 « Pasa tranquilo el Italiano suelo ,
 « Encontrando en Liguria patria cara
 « De pasados trabajos el contento ,
 « Y domando el Timavo y sus montañas
 « Nueve bocas sus aguas divirtiendo ;
 « La mugidora mar su campo inunda ,
 « Y en su lugar levanta un nuevo reino ;
 « Le dá su nombre y de pelear cansado ,
 « De la dichosa paz duerme en el seno.
 « Nosotros á quien debes alto rango ,
 « Juno nos abismára en mar inmenso ;
 « ¿ Que ! sus pies han hollado nuestra gloria ,....

« ¡ Así se nos pagára nuestro cetro ? »

Mas Júpiter la acoge con sonrisa
 Que al mar aplaca y animoso viento,
 Benigno besa la pudica frente
 Y la dice: = « Citéra , aleja el miedo ,
 « De tu hijo la gloria queda ilesa ,
 « Y de Ilion los destinos viven quietos.
 « Tu verás renacer su alzado muro ,
 « Y espera mi palacio al rey guerrero ,
 « Y jamás esta ley será violada ;
 « Mas en tu corazon triste despecho
 « Arde crüel , y quiero revelarte
 « Que vencerá tu hijo muchos pueblos ;
 « Y en tres inviernos aniquile al Rútulo ;
 « Y Ascanio mas feliz que á Julio hicieron ,
 « Por treinta estios reinará potente ,
 « Y en Alba afirmará su alcazar regio ,
 « Allí adorado vivirá tres siglos -
 « Hasta que nazcan fuertes dos gemelès ,
 « De Ilia sacerdotisa y Marte airado ,
 « Y una salvage Loba les dé el pecho.
 « Y Rómulo esforzado en nombre grande
 « De Roma alze los muros altaneros ,
 « Y brillando sin término su gloria ,
 « Sin límites gobierne el Universo.
 « Juno misma , esa Juno tan altiva
 « Que contra Troya mueve tierra y cielo ,
 « Ya renunciando á su implacable enojo
 « Al Romano dará del orbe el cetro.
 « Tal es mi voluntad , edad dichosa ,
 « Que hasta ahora tardia oprime el tiempo ,
 « No tardes , vén , para que el yugo sufran ,

« Argos , Thesalia y los vencidos Griegos

« A la sangre de Assáraco sumisos.

« Y tú , Cesar tambien , hijo del cielo,

« Que tu gloria cubriendo el orbe todo,

« Honre tu nombre el religioso incienso,

« Y en mi palacio habites victorioso.

« Y la Fé y Vesta con Quirino y Remo,

« Leyes darán al mundo en fuerte brazo,

« Y de Belona el ominoso templo

« Cerrado para siempre , el Furor brame

« Atado por la espalda en bronce y fierro,

« Sentado encima de sangrientas armas,

« Ni al orbe asuste con su voz de trueno.»

Del Olimpo al instante su hijo envia;

== « Tú , Mercurio , le dice , en presto vuelo

« Parte , y harás que la hermosa reina

« Abra su corazon hácia los Teucros.»

El Dios páрте y su vuelo el aire hiende

Y mira al punto abrasador desierto,

Y sumisa á su voz , la Ciudad toda

Su aspereza depone , viendo luego

Que ardiente anhela por la paz tranquila.

Mas el piadoso gefe el pensamiento

Ocupado tenia ; ante la aurora

Explora las riberas con intento;

Sale y registra si los nuevos climas

Pertencen al hombre , ó son desiertos

Que los habitan las feroces bestias,

Para informar despues á los viajeros.

Mas ante todo , sus hajeles puso

Al abrigo de un bosque muy espeso,

Bajo una roca , que cavada fuera

Honda, y cubriera de árboles el Tiempo,
 Con sombra impenetrable en el recinto.
 Achates sigue á Eneas compañero,
 Lleva dos dardos de anchurosa hoja.
 Venus allí aparece desde luego
 Como Virgen de Esparta bien armada;
 Tal se viera Harpalice en un ligero
 Corcel fugaz, y mucho mas avanza
 La rapidez del animoso viento.
 De la espalda pendia el arco y flechas
 De cazadora, al aire desparciendo
 Su cabellera; y su brillante trage
 Apenas cubre la rodilla el vuelo.

Venus se acerca y dice: «¿Acaso visteis
 «Algunas de mis virgenes ¡Guerreros!
 «Persiguiendo en clamor fuera del bosque
 «Con piel de lince y arco prestos ciervos?»
 Venus asi les habla; y él responde
 Con un gozo mezclado de respeto:
 = «Ni á tus hermanas ví, ni oí en la selva:
 «Ni belleza á tí igual mis ojos vieron:
 «¿Como te nombraré virgen garrida?
 «Pareces una Diosa en voz y gesto
 «¿Eres de Febo hermana, ó Ninfa bella
 «Del coro de Diana? ¡Oh! quiera el cielo
 «Que piadosa alivieis nuestros trabajos:
 «Dínos ¿á dó nos trajo el Ponto fiero?
 «¿En que salvages climas nos hallamos
 «Por la furia implacable de los vientos?
 «La sangre bañará vuestros altares.»
 = «Digna no soy de tal honor supremo;
 «Las hijas de Sidon llevan aljaba

« Y brillante coturno el pié ligero.
 « Los hijos de Agenor aquí dominan,
 « Mas la guerrera Libia no está lejos;
 « Aquí la Tiria Dido el mando tiene;
 « De su hermano ella huyó; largo es el cuento,
 « Diré lo principal : fué desposada
 « Virgen hermosa con el gran Sicheo
 « Riquísimo Fenicio ; ella le diera
 « Tesoro de beldad en su himeneo,
 « Cuya antorcha alma Venus encendiera.
 « Pigmaleon su hermano ; mónstruo horrendo!
 « Que la Tiria nacion aborreciera,
 « Fatigaba á Sidon con su gobierno.
 « El odio les devora , y el tirano
 « Del oro infame mas y mas sediento,
 « Despreciando los lazos de la sangre,
 « Un agudo puñal clavó en su pecho;
 « Y engañando con vanas esperanzas
 « A su hermana ocultaba el cruel suceso.
 « Mas su esposo en la noche ; O triste acaso!
 « Se le aparece cual sangriento espectro,
 « De una espada su pecho atravesado,
 « Y de tanta maldad corriendo el velo;
 = « Deja , la dice , este lugar maldito,
 « Huye que te amenaza hado funesto.
 « Asustada al instante ya prepara
 « Dido la fuga , y son sus compañeros
 « Los que al tirano odiaran ó temieran;
 « Preparada una escuadra está en el puerto
 « Que del tirano la riqueza lleva,
 « Y una sola muger hizo tal hecho.
 « A unos lugares llega donde mira

« Se alzan los muros de Cartago excelso
 « Que Byrza se llamó, porque los mide
 « La piel de un toro señalando el cerco.
 « Y tú; ¿cual es tu sangre? ¿dó naciste?
 « Y hácia dó se encamina tu sendero?»

Eneas suspiraba y con gemidos

Responde; = « De Ilion narrar los hechos

« Y la historia contar de mis trabajos,
 « Antes termina el dia el fiel lucero;
 « Si oiste hablar de Troya, esa es mi patria;
 « Y arrastrado por mares y por vientos,
 « Del África he llegado á las orillas;
 « Soy el piadoso Eneas, conduciendo
 « De las llamas salvados mis Penates,
 « La Italia sigo con inmensos riesgos;
 « Mi nombre y mis reveses han volado
 « Hasta los astros, y mi madre Venus
 « Muestra el camino y mis bajeles guia,
 « De los que solo siete están ilesos;
 « Yo del Asia y Europa rechazado,
 « Indigente y proscrito á este mar llego....

Interrumpe la Diosa este discurso,

= « No os aborrece infatigable el cielo,
 « Ni alzó la tempestad que aquí os tragera;
 « Id de Dido al palacio sin recelo,
 « Que tus bajeles hallarán bien pronto
 « La proteccion de un compasivo pecho,
 « (Si el paterno saber no me ha engañado)
 « Si de Eólo las furias combatieron;
 « ¿ No ves los cisnes que en el aire vago
 « Del águila de Jove van huyendo,
 « Y la banda se escapa de su odio

« Y presto toca el inmediato suelo?
 « Que depuesto el temor ya vá volando
 « Y que girando en torno suelta el eco?
 « Tales vuestros bajeles ya gozosos,
 « Entran á velas llenas en el puerto.
 « Apresúrate pues. » Venus separa
 De ellos sus ojos y un olor sabeo
 Se esparce al punto, y á sus plantas cae
 De su largo ropage todo el vuelo,
 Y ser Diosa en su porte manifiesta.
 Reconócela el hijo y elama luego:
 = « ¿Que á tu hijo engañar te place tanto?
 « Así me trata tu materno pecho?
 « Ese es el premio del filial cariño?
 « No oiré tu dulce y melodioso acento?»
 Así se queja y marcha á las murallas.
 Venus los cubre con un vapor denso,
 Y de profunda nube entre los pliegues,
 Ambos adelantaban en secreto.
 A Paphos, ella vuela victoriosa
 Y á ver tornaba su glorioso templo,
 A donde cien altares con ofrendas
 Vierten aromas de oloroso incienso.
 Envuelos en el manto nebuloso,
 Suben ambos la cima del repecho,
 De donde miran á Cartago alzada
 Sobre chozas humildes que allí fueron,
 Con sus puertas doradas y anchas vias,
 Grandeza respirando desde lejos.
 Todo es trabajo; álzanse las torres,
 Ruedan las rocas de grandioso peso.
 Señala cada cual cerca y morada,

Y el palacio tambien del gran Congreso.
 Se ahonda el puerto, del teatro admiten
 Altas columnas con profundo escenio;
 Honor eterno de la edad futura.
 Cual en dia de estio el campo ameno
 Con la abeja económica resuena,
 El nectar de las flores recogiendo;
 Y las unas reciben el tesoro
 Que otras guardan al punto en el secreto,
 Ahuyentando los zánganos ociosos,
 Formando escuadra el batallon guerrero,
 Oliendo el thimo con la miel dorada.
 = « ¡ Dichosos, clama Eneas, los que vieron
 « Alzar los muros de la Ciudad nueva!»
 Y de la espesa nube bien cubiertos
 Avanzan ¡ Oh prodigio ! sin ser vistos.

Hay un sombrío bosque en medio al Pueblo,
 Donde los Penos un asilo hallaron;
 Y allí cavando, de un bridon guerrero,
 Encuentra Dido la orgullosa testa
 Que muestra de Cartago el hado cierto,
 De riqueza y valor que Juno ostenta.
 Allí elevára Dido un alto templo
 Que relucía con metal brillante,
 Y gira sobre el bronce el gozne fiero.

Los héroes desterrando sus pesares
 En la fortuna fian sin recelo,
 Por que admirando las soberbias obras
 Maravillas del arte y sus esfuerzos,
 Allí muda pintura retrataba
 Combates que han llenado el universo;
 Allí Priamo estaba y los Atridas

Y Aquiles á los dos siempre funesto.
 = « ¡ Que ! no hay ningun país que el sol ilustra
 « Que de nuestras desgracias no esté lleno!
 « Aquí Priamo está.... ¡ que! el infortunio
 « Tambien hallára un compasivo pecho
 « Y su premio reparte á la alabanza!
 « Ten ya confianza y abandona el miedo
 « Que salvadora fama nos protege.»

Su alma se sacia en el sagaz bosquejo
 Inundando su rostro amargo llanto.
 Allí los muros vé de Ilion soberbios,
 Y á Hector combatiendo á los Argivos,
 Y Aquiles en su carro con su yelmo
 Disparando sus dardos encendidos;
 Allí la tienda está del triste Rheso
 Que Diomedes con sangre la bañára
 De la pérvida noche en el silencio,
 Degollando implacable los bridones
 Sin que en el Janto beban, conduciendo
 A su Real la presa victorioso,
 Destruyendo de Tröya los abuelos.
 Sin armas y vencidos viera á Tróilo,
 ¡ O jóven infeliz que á Aquiles fiero
 Se atrevió combatir, y él derribado
 Con la frente barriendo el duro suelo
 Y revuelta la lanza el polvo escribè
 A par que el ráudo carro iba corriendo!
 En tanto al templo que preside Palas
 Van las Troyanas con doliente duelo,
 Un velo ofrecen y su pecho herian;
 Palas las mira con mirar severo.
 A Hector, Aquiles del Troyano muro

Tres veces le arrastrára en torno huyendo,
 Y á precio de oro su cadáver vende.
 Saca un hondo gemido de su pecho
 Al ver de Hector el carro y los despojos,
 Y suplicando Príamo á los Griegos.
 Él mismo allí se viera en los combates,
 Y del negro Memnon, á los guerreros.
 Y el batallon de fieras Amazonas
 Con Penthesílea al frente un pecho menos,
 Con lunados escudos peleando,
 Que al varon combatir le place al sexo.
 Mientras Eneas mira estos prodigios
 Que el arte retrataba con esmero,
 Al templo se acercaba Dido hermosa
 Seguida de un brillante y gran cortejo.
 Así en el Cyntho monte del Eurotas
 Aparece Diana precediendo
 Al coro de las ninfas, que danzando
 La cadencia marcaba el pie ligero.
 Del hombro pende la dorada aljaba,
 Alta la frente las demas venciendo,
 Y á Latona en secreto el gozo inunda.
 Así Dido se muestra alegre en medio
 De Tirios, los trabajos alentando
 De la voz el encanto al gesto uniendo,
 Sobre un trono pomposo rodeada
 De sus fuertes guerreros toma asiento,
 Dá leyes sabias y con suerte justa,
 El trabajo divide á los obreros.
 Pero luego se nota entre el concurso
 De Troyano caudillo, un gran congreso
 Que el huracan con poderosa rabia

Lanzado había al Africano suelo.
 Del gozo y del espanto poseídos
 Desean abrazar sus compañeros
 Que perdonó la muerte, mas suspenden
 Ocultos en la nube su deseo
 Hasta saber por que fortuna rara,
 Su escuadra se salvára y también ellos;
 Con asombro contemplan los enviados
 Que al templo avanzan con señal de ruego,
 Al fin son admitidos hasta el trono
 Y comienza Ilioneo en blandos ecos:
 = « Oh reyna, á quien dió Jove omnipotente,
 « Dichosa gobernar tu nuevo reino;
 « A los Troyanos miserables salva
 « Y á sus bajeles de la mar trofeos:
 « A la pia nacion benigna acoge
 « Que ni á tus Dioses insultar queremos,
 « Ni piratas robar vuestros tesoros:
 « Los vencidos no tienen tanto aliento.
 « Hay un lugar que el griego Hesperia nombra
 « Que los Enotrios antes poseyeron,
 « En espigas y en triunfos abundantes
 « Que Italia fue llamada por sus nietos.
 « Allí quiso el destino conducirnos,
 « Cuando Orion tempestuoso en rudo ceño
 « Nos lanzó en estas rocas y en tus mares.
 « Los pocos que escapamos fueron presos
 « Por un pueblo inhumano ¡ cielos santos!
 « ¿Tanta crueldad domina en este suelo?
 « De guerra el grito suena y nos combaten,
 « Ni nos dejan llegar al borde mesmo.
 « Si al hombre despreciais y hasta las almas,

« El poder celestial temed al menos.
 « Nuestro Rey era Eneas el piadoso,
 « Justo y valiente cual jamas vió el cielo.
 « Si mirase aun sus ojos la luz pura,
 « Si hasta ahora no duerme el sueño eterno,
 « No temas excederle generosa;
 « Tiene la gran Sicilia inmensos pueblos
 « Donde el Troyano Acestes justo manda;
 « Permitid nuestras naves reparemos
 « De mástiles y remos en los bosques,
 « Y si á nuestro monarca vuelve el cielo
 « Nos verá un dia la soberbia Italia,
 « Que á la Italia nos debe el hado fiero.
 « Pero si tú, gran Padre de Troyanos,
 « Y á tí las aguas el sepulcro abrieron,
 « Que Acestes y Sicilia nos concedan
 « De males tantos un asilo cierto.»

Él dice ; y los Troyanos con murmullo
 Aplauden su discurso asaz contentos.
 Dido, bajos los ojos ; los escucha
 Y les dice ; = « Troyanos, los recelos
 « Disipe la esperanza ; rigurosa
 « Debo guardar este naciente imperio:
 « ¿ Quien no conoce á Troya y sus hazañas
 « Y su guerra infeliz y horrible incendio?
 « Ni abrigan en sus pechos los Fenicios
 « Corazones tan duros á los ruegos,
 « Ni de la Ciudad Tiria sus corceles
 « Tan lejos no los junta el rubio Febo.
 « Sea que navegueis hasta la Hesperia
 « O Acestes os reciba asaz benévolo
 « Mi poder os liberta en este clima;

« Mas si quereis dejando vuestros remos
 « En Cartago fijar vuestra esperanza
 « Troya y Sidon igual rijan mi cetro,
 « Y ¡ ojalá que los Dioses permitieran
 « Tragese al rey el tempestuoso viento!
 « Enviaré á toda Libia exploradores
 « En solitaria playa ó bosque yermo. »

Depuesto ya el temor el padre Eneas
 De la nube rompe arde en deseo

Como Achates tambien, el que le dice:

== « ¡ Cual es ahora, dí, tu pensamiento?

« ¡ Oh hijo de la Diosa! á los Troyanos

« Y á tus bajeles sin peligro vemos;

« Tal fué el anuncio de tu madre augusta. »

Habla, y la nube se rompió al momento

Y ellos se dejan ver, el héroe brilla

Como un Dios celestial, dando al cabello

El perfume su madre, y al semblante

La hermosa juventud con ojos bellos;

Como brilla el marfil y el mármol Páριο

Si añade el oro y plata artista diestro.

== « Aquí está este mortal que tu alma busca;

« El hijo de ese Anchises que el mar fiero

« De Lidia ha perdonado ¡ oh reina sola

« Que sientes compasiva nuestro duelo!

« Y de Troya salvais la última gloria

« Y dás casa y Ciudad á nuestros restos!

« Daros excelsa reina justas gracias

« Ni mi poder alcanza, ni los Teucros

« Que ya esparcidos por el mundo fueran

« Y de su gloria con asombro lleno;

« Los Dioses solos, qué virtudes premian

« A tu misma virtud darán el premio.
 « ¿ Que siglos venturosos te tragéran ?
 « ¿ Que padres tal grandeza prougeron ?
 « Mientras los ríos á la mar descendan
 « Sus espumosas olas conduciendo ,
 « Y la sombra del monte gire en torno
 « Del sol huyendo el luminoso vuelo ,
 « Y haya estrella en el polo , honor y gloria
 « Y alabanza de tí dirán los puebllos. »

Dice , y alarga la siniestra mano ,
 A Ilioneo la diestra y á Sergesto ,
 A Cloantho y á Gyas ; admirada
 Quedó Sidonia Dido en tal aspecto ,
 Que el porte de los Dioses anunciára ,
 De varon tan insigne y caso adverso ,
 Y así le hablára : = « De los Dioses hijo ,
 « Que destino crüel te vá siguiendo ,
 « Y á la ribera estraña te conduce ?
 « No eres tú aquel Eneas , hijo excelso
 « De Anchises noble y la Ciprina Diosa ,
 « Junto al Símois que baña el Phrigio suelo ?
 « Me acuerdo que á Sidonia Teucro vino ,
 « Por rebelde lanzado de su reino ,
 « Implorando de Belo el fuerte brazo ,
 « Cuando de Chipre vencedor guerrero
 « Mi padre la mandaba ; y desde entonces
 « Conozco á Troya y su voraz incendio ,
 « Sus poderosos reinos y su nombre ;
 « Y aunque enemigo , ponderaba Teucro
 « Vuestro valor , y con orgullo muestra
 « Ser de la sangre del linage vuestro.
 « ¿ Que os detiene ? venid á mi palacio ,

« Yo tambien he sufrido el hado adverso.
 « De mi país lanzada á suelo extraño ,
 « Aprendió compasion mi noble pecho. »
 Así dice , y á Eneas conducia
 Al alto alcázar y palacio regio ;
 Prepára sacrificios adornando
 De las deidades los soberbios templos ,
 Y á las naves Troyanas enviára
 Veinte toros valientes , y cien puercos
 Y cien corderos que á su madre siguen ,
 Y del sabroso Baco el don risueño.

Con real aparato y lujo brilla
 Lo interior del palacio ; y ya dispuesto
 Está el banquete en el salon que cubre
 El artezon de su dorado techo ,
 Con soberbios tapices de oro y grana
 Y ricos vasos de subido precio,
 Dó cinceladas cuentan las hazañas
 De los mayores que no marca el tiempo.

En tanto Eneas ni acallar podia
 La gran zozobra de su amor paterno ,
 Y manda á Achates que tragera al punto
 A su hijo Ascanio de su amor el centro ,
 Y con el traiga dé abrasada Troya
 Las prendas caras y preciosos restos :
 Un manto con figuras recamado ;
 De acanto guarnecido un rico velo ,
 Que Leda diera á la Espartana Helena
 Cuando á Troya le trajo amor funesto :
 Y de la mayor hija de Priamo
 Ilione traiga la corona y cetro ,
 Y el precioso collar que guarnecian

De perlas y diamantes doble cerco ;
 Achates obedece y pronto marcha.

Pero Citera arbitra nuevos medios ;
 Quiere que Amor asemejando en todo
 Del dulce Ascanio el porte y rostro bello ,
 Y llevando los dones incendiára
 La tierna Dido en amoroso fuego ,
 Porque temiera la dudosa casa ,
 Y los Tirios bilingües no sinceros.
 Venus le abraza en la callada noche ,
 Y al fin dice al Amor con blandos ecos :
 = «Hijo amado, mi fuerza y poderío
 « Que desprecia los rayos de Tifeo ,
 « A tí solo me acojo suplicante ;
 « A tí récurro en humilde ruego ;
 « Tu hermano Eneas que persigue Júpiter ,
 « Tu sabes le ha arrojado al Libio imperio ;
 « Y tu también sentiste mis pesares ;
 « Me oprime el corazón un gran recelo ,
 « Juno convierta en ruina este hospedage ,
 « Que no menguan su odio los sucesos ,
 « Y que no sea la Fenicia Dido
 « Con sus blandas caricias su instrumento ;
 « Yo quiero adelantarme en los engaños ,
 « Inflamar á la reyna en amor pienso
 « Que ninguna Deidad mudarla pueda
 « De Eneas en insano amor ardiendo.
 « Mas como esto ha de ser , escucha ahora ;
 « Ya vá á partir llamado el jóven régio ,
 « Mi cuidado y mi amor hácia Cartago
 « Con dones que perdona el mar y el fuego.
 « Le llevaré dormido al bosque Idalio

« O de Citera al perfumado templo
 « A dó mi voluntad es respetada
 « Sin conocer mi engaño y mis proyectos;
 « Por una sola noche el rostro finge
 « El porte y marcha y los pueriles juegos,
 « Engaña la si quiere amable y dulce
 « Acariciarte en su oloroso gremio,
 « Entre las mesas y el alegre Baco
 « Con tierno abrazo y regalado beso,
 « Y con tu fuego tu veneno inspira.»

El Amor obedece á los preceptos
 De su madre querida, ya las alas
 Deja y camina como Julio mesmo.
 Venus en tanto recibiera á Ascanio
 En su regazo, y apacible sueño
 En sus miembros derrama y le conduce
 Al bosque Idalio de amaranto oliendo:
 Sigue á Achates Cupido asaz gozoso,
 Los magníficos dones conduciendo;
 Al llegar vé á la Reina en su palacio
 Ocupando un brillante y rico lecho
 Y al padre Eneás; y al Troyano jóven
 Sobre soberbia grana le pusieron:
 El agua-manos daban las doncellas,
 Y el albo pan en los canastos bellos;
 Y vírgenes cincuenta bien provistas
 Lámparas reglan, y oloroso incienso
 A los Penates queman, y servian
 Riquísimos manjares otras ciento,
 Y á Liéo otras ciento en copas anchas
 Dó el brillante licor está luciendo:
 En gran número asisten los Tirianos

Nobles que ocupan prolongados lechos,
 Y al héroe y presentes con el niño
 Alaban todos; y él fingiera diestro
 Y conociera de su amor la fuerza
 Suaves palabras con mirar de fuego.

La desgraciada que en amor se abrasa
 Nunca se sacia de mirar el bello
 Niño, y al padre y los presentes ricos,
 Bebiendo en todo su fatal veneno;
 Ascanio al padre besa y luego abraza
 Con los brazos de ardiente y puro fuego
 A la infeliz Fenicia, quien le estrecha
 A su pecho y recibe el blando premio,
 Fijos en él los ojos ignorando
 El Dios que cerca tiene tan tremendo.
 Mas de su madre observa los mandatos
 Borrando la memoria de Sicheo,
 Y luego abrasa con ardiente llama
 El corazón que ya apagó su fuego.

Cuando el banquete cesa, grandes copas
 De flores coronadas brillan luego,
 Estrépito y clamor llenan los átrios,
 Vence la noche el luminoso incendio.
 La Reina entonces se levanta y llena
 Un gentil vaso que heredó de Belo.
 Y reinando el silencio mas profundo
 Ella digera entonces: = « Jove excelso,
 « Que a la hospitalidad leyes prescribes;
 « Que á los Troyanos y valientes Penos
 « Sea este dia de feliz memoria
 « Asistiendo con Juno, alegre el Evio,
 « Y vosotros, ó Tirios, con aplausos

« Llenad el aire con sonoros ecos.»
 Dijo , y la libacion al punto hiciera;
 Luego la gusta con sus labios bellos,
 Y á Bicias animando el vaso daba,
 Pronto lo toma y lo vació sin miedo,
 Beben tambien los próceres y Iopas
 De larga cabellera toma el plectro,
 Y su dorada cítara pulsando,
 Cantó lo que enseñára Atlas excelso;
 Los trabajos del sol y de la luna,
 De donde el hombre y animal nacieron;
 La lluvia , el fuego , Arturo y las lluviosas
 Hiadas , y por que Febo en el invierno
 Se apresura á bañarse en el océano
 El curso de la noche deteniendo.

Aplauden los Troyanos con los Tirios,
 Y en plática sabrosa pasa el tiempo;
 Pero Dido infeliz que amor bebia,
 De Priamo pregunta y bravo Hector ,
 De las armas del hijo de la Aurora,
 Y de Diomedes y de Achilles fiero;
 Luego le dice ; « Empieza , huesped mio,
 « Cuenta las asechanzas de los Griegos,
 « Cuéntanos tus trabajos y tus viages,
 « Perseguido del hado mas funesto:
 « Que ya corrieran siete largos años,
 « Que errante giras por la tierra y piélago.»





La Eneida.

LIBRO II.

Callaron todos contemplando atentos,
 Al héroe que su historia así empezára:
 « Mándasme , ó Reina , que renueve ahora
 « De lamentosa Troya las desgracias,
 « Que el Griego destruyó; cuyas miserias
 « Yo las viera y también las alcanzára.
 « Si un Mirmidon ó un Dólope las oye,
 « Él llorára también al escucharlas;
 « Y aunque húmeda noche el cielo ocupa,
 « Y los astros al sueño nos reclaman,
 « Si es tan grande el deseo que te anima
 « De Ilíon escuchar la ruina aciaga,
 « Aunque el pecho y el llanto lo resistan,
 « Breve os referiré la historia amarga.
 « De la guerra, los años y el destino,
 « La armada de los Griegos fatigada,

- « Un caballo fabrican por consejo
 « Y proteccion de la divina Palas;
 « Y lo construyen de cortado abeto
 « Tan alto que asemeja á una montaña.
 « Fingieron ser un voto por la vuelta
 « De prósperos mirar la cara patria:
 « En él encierran la porcion mas fuerte
 « Y la mas escogida de su escuadra.
 « Fronteriza de Troya se alza Tenedos,
 « Famosa y rica cuando Troya mandá,
 « Y ahora una ensenada mal segura;
 « Y allí se oculta la Micéna armada,
 « Y nosotros creyéndolos partidos
 « Y que á la alta Micénas retornáran,
 « Libre Troya se vió del llanto y luto
 « Que en sus excelsos muros resonaban.
 « Abrense al fin las puertas é impacientes
 « Se apresuran á ver abandonadas
 « Las llanuras y playas que los Griegos
 « Rojos tornáran con sangrienta rabia,
 « Aquí, decian, acampaba el Dólope,
 « Aquí del cruel Aquiles fué la estancia,
 « Encalladas aquí fueran las naves,
 « Este fuera el lugar de las batallas.
 « Otros admiran con asombro y miedo
 « El don funesto de Minerva casta,
 « Y mole colossal de aquel caballo.
 « Timetes fué el primero, sea acechanza,
 « De acuerdo con los Griegos, siempre infieles,
 « O que el hado crüel así lo manda,
 « Quien dijo á la Ciudad se condujera,
 « Y puesta en el alcázar la gran máquina:

« Pero Cápis mas cáuto proponía
 « Hundirle al punto en las marinas aguas,
 « Ó á pavesas tornarle con el fuego,
 « Ó sondear con hierro sus moradas.
 « El vulgo apasionado se divide
 « En dos partidos; pero Laocoon salta
 « Desde la Ciudadela dando voces
 « Con grande multitud, y luego esclama:
 — « ¡ Que han partido creéis los enemigos?
 « ¡ Que delirio os domina y os engaña?
 « ¡ Infelices ! creéis presentes Griegos
 « Donde todo es ardides y falacias?
 « ¡ No conocéis á Ulises ? ó se encierran
 « Aquí soldados con sus fieras armas
 « Que os harán combatir los altos muros,
 « Ó arruinar á su salvo nuestras casas.
 « Troyanos ; el engaño aquí se oculta,
 « Alerta estemos siempre. Desconfianza
 « Me causan Griegos aunque ofrezcan dones. »
 « Así dice y blandiendo su gran lanza
 « Del monstruo en el higar fija la deja,
 « Y suena el golpe en las cavernas anchas.
 « Y si no fuera el celestial mandato,
 « Si nuestra obsecacion no nos cegára,
 « El hierro vengador bien deshiciera
 « Este sangriento asilo de desgracias.
 « ¡ Muros de Troya, de Priámo gloria,
 « Hasta ahora vivierais y su alcázar!
 « En este instante con furiosos gritos,
 « Frigios pastores ante el Rey llevaban
 « A un jóven, que Troyanos desconocen,
 « Con las manos ligadas á la espalda;

« Y él astuto bien lejos de oponerse,
 « Entrega su persona voluntaria
 « Para dar con dichosa estratagema
 « Feliz cima á su empresa temeraria,
 « Y los muros de Troya abrir al Griego;
 « Y resuelto á morir con confianza
 « Quiere llenar el pérfido proyecto,
 « Ó glorioso finar en la demanda.
 « Rodean al cautivo los Troyanos,
 « Curiosos á porfía le insultaban:
 « Oye ahora del Griego los ardidés
 « Y á todos los conoce en esta hazaña.
 « Solo, indefenso, turbacion fingiendo,
 « Con asustados ojos contemplaba
 « La ansiosa multitud que le rodea,
 « Y con voz congojosa así esclamára:
 — « ¡ Ay ! que tierras ó mares salvar pueden
 « A un triste desgraciado ; y que esperanza
 « De refugio ó ampáro ! Entre los Griegos
 « No tuve autoridad, y á su venganza
 « Arden por inmolarme los Troyanos.
 « Y este lamento de dolor, en calma
 « La cólera convierte, y que nos hable
 » Aunque esté prisionero con confianza,
 « Cual sea su ascendencia y el motivo
 « Por que se levantó la fatal máquina.
 « Mas del temor fingido al fin repuesto
 « Dice:—, ¡ Oh gran Rey ! con la espresion mas franca,
 ,, Hablaré la verdad ; que si el destino
 ,, A Sinon desgraciado le tornára,
 ,, Mas mentiroso nó. Negar no puedo
 ,, Que la Grecia es mi dulce y cara patria,

« Y si acaso ha llegado á tus oídos
 « De Palamedes el renombre y fama,
 « Descendiente de Belo y gran guerrero;
 « La víctima inocente y malhadada
 « Cuyo crimen tan solo consistía
 « Oponerse á una guerra tan aciaga,
 « Ora que ya no existe; en llanto y luto
 « Se lamenta su pérdida pasada.
 « Era pobre mi padre y quiso enviarme
 « Bajo su proteccion seguir la armada,
 « Y yo como pariente muy cercano,
 « Y mientras él el mando conservára,
 « Y mientras prosperó, por sus consejos
 « El brillo de su gloria á mi alcanzára;
 « Mas dés que sucumbió por los engaños
 « Del hijo de Laertes y sus tramas,
 « Triste mi vida con el llanto paso
 « Entre la oscuridad vertiendo lágrimas....
 « Mas ¿ que digo? callar ni entonces pude
 « Aunque callar prudencia me ordenaba,
 « Y fortuna ofreciera favorable
 « Ocasión de volver á nuestra patria
 « Con la victoria, y vengador yo fuera
 « De sus manes; en fin mi ardiente rabia
 « Rumores indiscretos difundiendo,
 « Implacable me atraen la venganza.
 « Este el primer origen de mis males,
 « Y Ulises desde entonces busca causa
 « Para inquietarme con calumnias nuevas,
 « Llenando el campo de noticias vagas.
 « El odio que tan fuerte merecía
 « Quiso impedir con negras asechanzas.

- « Su furor no descansa por que artero
 « Y con la astucia del ministro Cálcas....
 « Pero ¿ por que cansaros con mis quejas
 « Y con la relacion de mis desgracias ?
 « ¿ Por que tardais vengaros , ó Troyanos ?
 « Si á los Griegos medis por una escala ,
 « Si el solo nombre basta á vuestro enojo
 « ¿ Por que tarda el castigo y la venganza ?
 « El Ítaco esto anhela , y los Atridas
 « Os pagarán bien cara vuestra hazaña.»

- « Estas palabras acabaron luego
 « Nuestra ansia curiosa á estimularla ;
 « Redoblamos preguntas, le pedimos
 « Detalles, inocentes, ya olvidada
 « La astucia artificiosa de los Griegos
 « Y hasta dó su maldad podia ocultarla.
 « Él fingiendo dolor y disimule,
 « Acaba de engañar nuestra confianza.
 — « Mas de una vez los Griegos resolvieron
 « Abandonar de Troya la campaña
 « Y una guerra tan grande que extinguia
 « Su valor , y ¿ ojalá lo egecutáran !
 « Mas de una vez el borrascoso piélagos
 « Detuvo su partida y los ataja ,
 « El Austro con su furia los detiene,
 « Y sobre todo la gigante masa
 « Que su cabeza alzó , de nubes cubre
 « Con truenos y relampagos el ancha
 « Esfera resonando, horror y miedo
 « Se derrama en el centro de la armada ,
 « Y á consultar envia presuroso
 « A Euripylo de Apolo las palabras ;

« Y Euripyllo á su vuelta del Santuario
 « Solo dice : « De Dánao gran raza,
 « La sangre de una vírgen inmolando
 « Los enojados vientos ya aplacáran,
 « Y dan felice curso á los bajeles
 « Que de Troya llegaron á las playas.
 « Sangre será de un Griego la que ahora
 « Os dé vuelta feliz, tranquila calma.»
 « Este terrible oráculo entendido,
 « De espanto y de terror llenó la armada;
 « Cada cual teme por su vida propia
 « Sin saber al que Apolo designára.
 « En esta confusion tragéra Ulises
 « En medio la asamblea al sabio Cálcas,
 « Y le intima al instante que publique
 « La voluntad del cielo en voces claras.
 « Ya muchos advertidos consideran
 « Y descubren los pliegues de esta trama,
 « Y en ella la persona y los indicios,
 « Y preveen callados mi desgracia.
 « Diez dias calló Cálcas obstinado;
 « Encerrado en su tienda rehusaba
 « Destinar á la muerte á un infelice,
 « Pero instó Ulises y por fin declara
 « Que Sinon es la víctima pedida;
 « Ninguno reclamó, mas todos callan
 « Y miran sin temor lo que él temia
 « Sobre agena cabeza al punto cáiga.
 « Llega el dia fatal, todo dispuesto
 « Con la harina y la sal se preparaba,
 « Sacando vendas que ceñir debian
 « Mi triste frente ; yo la muerte aciaga

« Evité , lo confieso , y las prisiones
 « Rompí , y oculto me quedé en las aguas
 « De fangosa laguna , allí esperando
 « Si los Griegos partir determinaban,
 « Perdida la esperanza desde entonces
 « De volver á mirar mi dulce patria,
 « Hijos , padres y amigos , que seria
 « Todo sacrificado á la venganza
 « De la sangre inocente , la que fuera
 « De mi evasion la pena necesaria.
 « Vosotros pues á nombre de los Dioses,
 « Testigos que fiáis en mi palabra,
 « Y si la buena fé con la justicia
 « Existe aun y los mortales la aman,
 « La compasion mostrad á un infelice
 « Que nunca ha merecido esta desgracia.»
 « Conmovidos con lágrimas cedimos,
 « Y benignos su vida perdonáran.
 « Priamo mismo ordena que le quiten
 « Los hierros que sus manos estrechaban,
 « Y le infunde confianza bondadoso
 « Diciéndole propicio estas palabras:
 — « Quien quiera que tu seas al momento
 « Olvida , jóven ; tu perdida patria,
 « Ya serás nuestro ; mas responde ahora
 « Con verdad y franqueza á mis demandas,
 « ¿ Con que objeto han alzado este coloso?
 « ¿ Quien ha sido su autor ? ¿ es una máquina
 « De guerra ? Él así dijo , y con el dolo
 « De alma á disimular tan avesada
 « De Griegos en la escuela , levantando
 « Sus libres manos á los cielos clama:

— « Eternos fuegos , Dioses inmortales,
 « Y vosotras divinas tristes aras,
 « Venda sacra que huí , víctima pronta
 « Al cuchillo que vierte sangre humana,
 « Yo os tomo por testigos y que pueda
 « Revelar los secretos de mi patria,
 « Pues cesaron sus leyes de obligarme.
 « Y tú , Pergámo , si te dá mi alma
 « Tu salvacion , sé fiel á tus promesas,
 « Te diré la verdad , te doy la paga.
 « Al combatir los Griegos contra Troya
 « Solo en Palas tenian su confianza;
 « Mas despues que Diomedes con Ulises
 « (El feliz inventór de acciones malas)
 « A sacar se atrevieron del Santuario
 « El fatal Paladion y degolláran
 « Las guardias , y tambien la casta vírgen
 « Tocáron con su mano ensangrentada;
 « Desde entonces la Grecia vió perdidas
 « La fuerza y el valor que antes dió Palas,
 « Colocada la estatua en medio al campo
 « Sus irritados ojos centellaban,
 « Corre amargo sudor sobre su cuerpo;
 « ¡ O prodigio ! tres veces luego se alza
 « De la tierra agitando la ancha Egide,
 « Blandiendo á un tiempo la terrible lanza.
 « Cálcas al punto grita que es preciso
 « De Pérgamo dejar las playas anchas,
 « Y repasar la mar , que era imposible
 « A Troya destruir la griega espada
 « Sin que nuevos auspicios pronostiquen,
 « Que ya aplacada la divina Palas

« A Pérgamo tornára con la fuerza
 « Con que en Argos zarpó la griega armada;
 « Y si ahora navegan á Micénas
 « Solo es por preparar nuevas escuadras,
 « Y volver con sorpresa á acometerla
 « Cuando menos pudieran esperarlas.
 « Tal es el plan de Cálcas , mas queriendo
 « Del Paladion la imágen profanada
 « Expiar , al intérprete del cielo
 « Esta ofrenda mandó se fabricára
 « Para aplacar la Diosa. Cálca entonces
 « Hasta el cielo ordenó su mole alzarla,
 « Para que ella jamás entrar pudiera
 « Por las puertas de Troya y sus murallas;
 « Porque ahora como antes tambien fuera
 « Escudo protector y fuerte espada:
 « Mas si osais imprudentes la alta ofrenda
 « Y las manos sacrílegas profanan
 « Este don aceptado por la Diosa,
 « Serian destruidos (quiera Palas
 « Convertir sus presagios contra el mismo)
 « El Frigio imperio y Priaméa raza.
 « Pero si vuestras manos condugeren
 « Dentro los muros á la imágen sacra,
 « Se armaria á su vez para atacarlos
 « Los muros de Pelope toda el Asia.
 « Tal Cálcas dijo , tal destino fiero
 « A las naciones de la Grecia aguarda.
 « Con estos artificios y perjurios
 « Diestro ahuyenta Sinon la desconfianza,
 « Y la astucia y las lágrimas de un pérfido
 « Triunfan de los que antes no domáran

« Ni mil naves , ni el hijo de Tideo,
 « Ni el fuerte Áchiles , ni diez años de armas.
 « Al instante otro objeto mas terrible
 « Se nos presenta que la vista espanta,
 « Y á todos asaltando de improviso
 « La turbacion al corazon derrama.
 « Laocoon , sacerdote de Neptuno
 « Elegido por suerte , ante las aras
 « Al Dios ofrece de un soberbio toro
 « La víctima solemne y ordinaria.
 « Viérase de repente que aparecen,
 « Estando el mar en su profunda calma,
 « Que nadando se parten desde Tenedos
 « (De horror me lleno al referirlo) y que andan
 « Sus círculos rodando sobre el Ponto
 « Dos enormes serpientes , y elevaban
 « Sus cuellos y sus crestas sanguinosas
 « Dominando las ondas ; y nadaba
 « Del cuerpo el resto en líquida llanura
 « Y con las colas sacudian sus aguas,
 « Y sus tortuosos pliegues revolviendo
 « Se aproximan bramando hácia la playa.
 « Sus centellantes ojos despedian
 « Rayos de sangre y fuego ; aceleradas
 « A tierra se encaminan relamiendo
 « Con silvadoras lenguas bocas anchas.
 « A todos los domina el terror frio,
 « Pero á los mónstruos que no espanta nada,
 « A Laocoon derechos se encaminan
 « Y en torno á sus dos hijos se enlazáran.
 « Y sus cuerpos furiosas oprimieran
 « Y delicados miembros despedazan

„ Con mordidas crueles. Laocoon volando,
 „ De sus hijos al ver tan gran desgracia,
 „ Presuroso se lanza á su socorro;
 „ Mas entonces tambien encadenáran
 „ Del sacerdote el cuerpo , y dobles nudos
 „ Le ciñen con cerúleas escamas.
 „ Dos veces levantáran las cabezas
 „ Sobre la de aquel mismo que desgárran;
 „ Y él cubierto de espuma y negra sangre
 „ Y con veneno que las vendas sacras
 „ Manchan , procura con rabiosa fuerza
 „ Romper los lazos que sus miembros atan
 „ Lanzádo al cielo horribles alaridos;
 „ Cual del altar salvado un toro brama
 „ Que el hacha agita que su frente hiere.
 „ Las horribles culebras serpeáran,
 „ Y arrastrando sus cuerpos por el suelo,
 „ Ligeras corren y el espacio salvan
 „ Que el templo y ciudadela distinguián
 „ Junto á los pies de la terrible Pallas
 „ Que las protege con el ancho escudo
 „ Y con la punta de su fuerte lanza.
 „ Vivamente los ánimos se agitan
 „ Y poseidos de terror esclaman
 „ Que Laocoon recibido habia
 „ De su profanacion la justa paga,
 „ Cuando atrevido con violencia arroja
 „ Del coloso al costado impia el arma,
 „ Y era preciso conducir al punto
 „ El simulacro augusto entre murallas,
 „ Y aplacar con las súplicas y ruegos
 „ De la Deidad la cólera irritada.

„ Derribamos un lienzo de los muros
 „ Formando brecha y anchurosa entrada:
 „ La mano todos ponen á la obra;
 „ Unos ruedas móviles le fijarán
 „ A sus pies, y á su cuello ligán cuerdas,
 „ La máquina penetra muy ufana,
 „ Y guerra y sangre lleva dentro el seno;
 „ Y jóvenes doncellas la acompañan
 „ Himnos cantando, mas se holgarán todas
 „ De las cuerdas tocar con que la arrastran.
 „ Entra al fin, llega al centro y se detiene
 „ De la Ciudad que fiero amenazaba.
 „ ¡ O Ilion donde las Deidades moran!
 „ ¡ Muros de Troya que la gloria tanta
 „ De sus guerras mirásteis y combates!
 „ En el umbral la máquina se para;
 „ Cuatro veces la brecha la detiene,
 „ Cuatro veces retumba la gran masa
 „ De las armas al ruido, pero ciegos
 „ Seguimos nuestra empresa á colocarla
 „ Dentro la Ciudadela en el recinto.
 „ Entonces aparece allí Casandra
 „ Y sus labios anuncian nuestra ruina
 „ Porque un Dios ordenaba sus palabras.
 „ Mas los Troyanos crédito no dieran
 „ A la hija de Priamo inspirada.
 „ Este día fatal que ser debía
 „ Nuestro postrer momento fué de gala
 „ Y fiesta y regocijo, con las flores
 „ Los pórticos y templos se engalanan.
 „ Entre tanto seguía su carrera
 „ El cielo, en el océano se lanza

« La noche , y cubre con inmensa sombra
 « El cielo y tierra con las hondas tramas
 « De los pérfidos Griegos; los Troyanos
 « Se tienden á lo largo en las murallas.
 « Calla el grito de guerra y sus fatigas
 « De Morfeo en los brazos olvidaban.

« Zárpa en Tenédos la enemiga flota
 « Y en buen órden el piélago sulcaba,
 « Y el momento aprovecha favorable
 « En que el astro que gira y siempre calla
 « Y sin traicion alumbra, dirigia
 « Su rumbo cierto á conocida playa.
 « Brillaba en la Real lúcida antorcha;
 « Sinon con este signo (las sagradas
 « Deidades le guardáran para ruina)
 « Furtivo sale de la oscura estancia ,
 « Y el Griego del caballo que vomita
 « El depósito horrendo que ocultaba.
 « Llenos de gozo bárbaro se cuelgan
 « Tisandrò, Esteneleo y Atamantas;
 « Sigue Ulises con Toas y con Pirro
 « De Aquiles hijo , Macaon , y de la máquina
 « El inventor Epéo , y Menelao.
 « Dueños de la Ciudad ya sepultada ,
 « De la nocturna fiesta muy rendidos,
 « En el sueño y el vino , degollaban
 « Todas las centinelas, y las puertas
 « Abren de la Ciudad á las escuadras
 « Que protegen su fiera estratagéma.

« Era aquel el momento en que enviáran
 « A los tristes mortales fatigados ,
 « Las supremas Deidades la bonanza

" Del dulce sueño , y la gozé yo mismo ,
 " Cuando me pareció que viendo estaba
 " A Hector agobiado de tristeza ,
 " Que un torrente de lágrimas derrama;
 " ¡ Cual pareció á mi vista ! A la trasera
 " De un carro con la tierra ensangrentada
 " Y los pies horadados sostenian
 " Con las correas ; o que horrible estaba !
 " ¡ O grandes Dioses ! que diverso fuera
 " De aquel Hector tornando de la armada
 " Con despojos de Achiles y triunfante
 " Lanzó á las naves vengadoras llamas !
 " Erizada la barba , sus cabellos
 " Sangre destilan , y sangrientas llagas
 " De heridas que recibe combatiendo
 " En torno de los muros de su patria.
 " Un frio horror domina mis sentidos
 " Y enternecido creo que exclamaba ,
 " Y llorando decia:— ¡ O luz de Troya !
 " Su gran sostén , su apoyo , su esperanza ,
 " ¿ Donde estabas tan lejos de nosotros ?
 " ¿ Quien pues te ha detenido en nuestras ansias ?
 " ¡ En que estado nos hallas consumidos
 " De fatigas y guerra cruel , insana !
 " ¡ Gran parte de valientes ciudadanos
 " Con males infinitos abrumada !
 " ¿ Mas que bárbara mano tu semblante
 " Antes siempre sereno , tan tirana
 " Pudo desfigurar ? ¿ quien con heridas
 " Sangrientas maltrató belleza tanta ?
 " Sin responder el héroe á mis preguntas
 " Un suspiro profundo entonces lanza ,

« Y con acento dolorido dice:
 — « Huye , hijo de Venus , de las llamas
 « Que té rodean , huye , el enemigo
 « Es quien domina ya nuestras murallas ,
 « Troya se arruina , su poder fenece ,
 « Toda su antigua gloria está acabada ;
 « Por la patria y el Rey asaz hicimos :
 « Y si un brazo mortal pudo salvarla ,
 « A Pérgamo este brazo defendiera.
 « Mas sus Dioses Penates y su patria ,
 « Troya á tí los confia en este instante
 « Dales seguro asilo en las murallas
 « Que ilustrarán tu fama con sus glorias ,
 « Despues que errantes por la tierra y agua
 « Anduvieren.» Así dijo , y él mismo
 « Del santuario de Vesta la sagrada ,
 « Imágen trae con su venda y fuego
 « Que ardiera eternamente ante las aras.
 « Confusos gritos mil se oyen cercanos
 « Que con sústo y lamento resonaban
 « En la Ciudad , y aunque un espeso bosque
 « El palacio de Anchises lo separa ,
 « El estrépito crece , y el rüido
 « De las armas distinto se escuchaba.
 « Y mas y mas cercano resonando ,
 « Sobresaltado me despierto en alas
 « De la angustia , corriendo presuroso
 « Del palacio á lo alto y escuchára
 « Cual si fuera algun viento impetuoso
 « Que en la mies se enfurece con la llama ,
 « O cual torrente con la lluvia hinchado
 « Que descende veloz de la montaña ,

" Las rocas y las plantas destruyendo,
 " Las mieses destrozando y la esperanza
 " Del labrador y de su buey cansado ,
 " Y en su rápido curso todo arrastra
 " Mientras mira el pastor de la alta roca
 " Cual de tanta rüina sea la causa ;
 " Y vé del risco con espanto y miedo
 " Rodar entre torrentes su cabaña.
 " Ya no pude dudar en este instante
 " Cual de los Griegos fuera la venganza ;
 " De Deifobo el palacio se desploma
 " En medio de las llamas, y se abrasa
 " Ucalegon vecino. Ya ilumina
 " Del puerto de Sigeo la mar ancha
 " El incendio, y los gritos del guerrero
 " Resuenan con las roncadas trompas varias.
 " Fuera de mí á las armas corri presto,
 " Sin mas designio que de gente armada ,
 " Intrépidos unir fuertes amigos
 " Los que en la ciudadela guerreáran ,
 " Y arrebatados de furor y cólera
 " Quieran solo morir en la demanda.
 " En este instante solo á Panto veo
 " Que del peligro apenas se salvára
 " De en medio de los Griegos , á Pantéo
 " El hijo de Otríades que llevaba
 " Hácia la ciudadela y hácia el templo
 " De Apolo nuestros Dioses y sagradas
 " Ceremonias, corriendo de sí fuera
 " De mi padre al palacio y sustentára
 " Un tierno netezuelo , y le pregunto :
 " ¿ De salvarnos Pantéo hay esperanza ?

« ¿ Hay quien pueda auxiliar la ciudadela ?
 « El con hondos suspiros contestára :
 — « Ya todo se acabó , ya llegó el día
 « Y aquella última hora tan aciaga.
 « Troya é Ilion pasaron con su gloria,
 « Argos ya triunfa, y Júpiter traslada
 « Inexorable su poder ; los Griegos
 « De la Ciudad son dueños incendiada.
 « El coloso entre muros su cabeza
 « Dominándolo todo ya levanta ,
 « Y vomita feroces batallones
 « Mientras Simon difunde ardiente llama
 « Nuestra credulidad , vil , insultando ;
 « Entran por nuestras puertas mas escuadras
 « Que nunca enviára la falaz Micénas
 « Para batir ardientes nuestras playas.
 « Las calles otros llenan , oponiendo
 « Altas montañas de erizadas lanzas
 « Prontas á dar la muerte ; caen luego
 « Sus puertas , que abandonan asustadas
 « Sus centinelas , que entre sombras tiran,
 « Pero que al enemigo nunca alcanzan. »
 « De Pantéo el relato y de los Dioses
 « La inspiracion siguiendo , de las llamas
 « Y dardos por el medio marchó presto
 « Adonde el ruido del combate clama ,
 « Y de las armas que hasta el cielo sube.
 « En el camino con la luna clara
 « A Ifito y á Rifeo reconozco,
 « A Dimas con Hipanis y la escuadra
 « Del hijo de Migdon y al gran Corebo
 « Que á Troya poco hacía se acercára

« Del amor de Casandra poseído,
 « Ofreciendo el auxilio de sus armas,
 « Como su amante esposo y el amigo
 « Del pueblo con quien hizo firme alianza.
 « Despreció los preceptos y advertencias
 « De su esposa infeliz ; Triste Casandra !
 « Cuando los ví dispuestos al combate
 « Aplaudiendo ; les digo , su arrogancia :
 — « Guerreros, la fortuna no os protege,
 « Mas si vuestro valor resuelto se halla
 « A este jefe seguir que todo emprende,
 « Y á Troya la mirais ardiendo en llamas;
 « Sus Dioses protectores la abandonan ,
 « Sus templos , sus altares y sus aras.
 « Ilion espera solo de nosotros
 « Un socorro bien débil ; nuestra audacia
 « Solo aspira morir ; al enemigo
 « Intrépidos corramos ; la esperanza
 « Entre tanta rüina que nos resta,
 « La única salvacion es no esperarla. »
 « Mis voces los tornáran cual furiosos ,
 « Y á lobos semejantes , que la rabia
 « Del hambre solicita en las florestas ,
 « Y en sombrías cavernas dó esperáran
 « Sedientos de la sangre sus hijuelos.
 « Tales volamos á la gente armada ,
 « La inevitable muerte despreciando ,
 « Y caminan en marcha redoblada
 « De la Ciudad al medio protegidos
 « De oscura noche en tenebrosas alas.
 « ¿ Quien describir podrá de aquella noche ,
 « El desastre y horror y la matanza ?

« ¡ Que torrentes de lágrimas ardientes
 « Igualarse podrán con tal desgracia?
 « Esta Troya por fin dó siglos tantos
 « El imperio reinó de toda el Asia.
 « Millares de cadáveres tendidos
 « Yacen en templos, calles, y en las casas;
 « Mas no sólo cayéran los Troyanos;
 « Griegos muerden también la tierra avara,
 « Que en las entrañas del vencido arde
 « Tal vez el fuego de la patria cara.
 « Dó quier lamento, horror y también muerte
 « Dó quier asalta con imágen varia.

« Androgeo el primero se presenta
 « Ante nosotros con crecida escuadra,
 « Y este imprudente gefe se persuade
 « Que sus amigos eran de confianza.
 — « Dáos prisa, nos dice, ¿cual ser puede
 « De tanta lentitud la indigna causa?
 « Ya vuestros compañeros á las naves
 « Los Troyanos despojos arrancáran
 « Del furor del incendio, y ora apenas
 « Tocais tardíos la sonante playa?»

« Así dijo, y percibe que ha caído
 « (Oyendo las equívocas palabras)
 « En medio de enemigos; se detiene
 « Dudoso el miedo y el terror le asaltan.
 « Semecjante al viagero que imprudente,
 « A una culebra oprime con su planta
 « Bajo agudos abrojos; y turbado
 « Retrocede á la vista que le alarma,
 « Del mónstruo enfurecido el cuello hinchado,
 « Y la cabeza erguida se levanta.

« No de otra suerte resaltó Androgeo
 « De sorpresa y horror al ver tal saña.
 « Nuestra tropa le embiste y le rodea,
 « Y se aprovechan todos de la falta
 « Que el terreno que pisan no conocen,
 « Cayendo envueltos en crüel matanza.
 « Protege la fortuna nuestra empresa;
 « El valiente Corebo entonces clama
 « Embriagado del próspero suceso:
 — « Sigamos el sendero que nos marca
 « Y saquemos partido de este triunfo,
 « Mudemos los escudos, y las armas
 « Y los Griegos penachos adoptemos
 « En lugar de los nuestros ¿ quien repára
 « En astucia y valor contra enemigos?
 « Convida el enemigo con sus armas.”

« Estas palabras dice , y en su frente
 « El morrion de Androgeo acomodaba
 « Que el penacho sombrea, y carga al brazo
 « El magnífico escuro, y con la espada
 « Del muerto príncipe el costado cñe.
 « Dimas , Rifeo , los guerreros se arman
 « De los Griegos despojos , luego siguen
 « Disfrazados y riñen ; mas contraria
 « La voluntad de las Deidades era;
 « A favor de las sombras gran matanza —
 « En los Griegos hicimos combatiendo;
 « Muchos vuelven dispersos á las playas,
 « Y á los bajeles tornan , ó ya heridos
 « De algun temor mas vil , vuelven la espalda
 « Y entran en el Caballo que los trajo
 « Y les abre un asilo en sus entrañas,

« Pero ; ay ! ; Quien confía en la fortuna,
 « Si Dioses enemigos la contrarian ?
 « Mas aqui de repente se presenta
 « De Priámo la hija , era Casandra ,
 « Esparcido el cabello , conducida
 « Por feroces soldados que la sacan
 « Del templo de Minerva , élla sus ojos
 « Centellantes al cielo levantaba ;
 « Sus ojos , pues sus maños oprimian
 « Lazos de duro fierro. Mas la rabia
 « Y furor que ardoroso el pecho enciende
 « De Corebo á la vista de su amada,
 « Con desesperacion se lanza luego ,
 « Olvidando el peligro que amenaza
 « En medio á los raptores , mas tuvimos
 « Un terrible principio de desgracias.
 « De dardos un diluvio sé desploma
 « Que nuestros compañeros nos lanzaban ;
 « La apariencia engañosa en los morriones ,
 « El ropage estrangero con las armas ,
 « Causó horrible ruina al mismo tiempo
 « La libertad que dimos á Casandra.
 « Picados ya los Griegos de este ultrage
 « Nos embisten buscando la venganza ;
 « Ajax estaba al frente y los dos hijos
 « De Atréo le seguian con la armada
 « De los Dólopes. Céfiro y el Euro
 « Con el Noto pugnando no causára
 « Estrépito mayor , mas torbellinos
 « La floresta gimiendo , y levantáran
 « Del tridente al impulso de Neréo
 « Del fondo del abismo espumas blancas.

« Los que antes á la sombra de la noche
 « Con engaño y ardid los dardos lanzan,
 « Ahora se presentan los primeros
 « Que el acento conocen de la habla,
 « Los ropages de Griego y sus modales ;
 « Furiosos al instante nos asaltan.
 « Corebo es el primero que cayera
 « De Peneléo por la aguda espada,
 « Delante de la Diosa cae Riféo
 « El mas justo que en Troya se proclama,
 « De la ley observante y mas piadoso :
 « Mas los DÍoses así no lo juzgáran.
 « Hípanis espirára y también Dímas
 « Con dardo que lanzó mano Troyana,
 « Ni á ti mismo te libra infeliz Panto
 « Tu piedad conocida , ni las bandas
 « De Apolo sacerdote. ¡ O vos cenizas
 « De Troya un tiempo y las ardientes llamas
 « Que sus últimos restos devorasteis
 « Testigos me sereis ! no puse nada
 « Que acelerar pudiera vuestra ruina ,
 « De los Griegos los dardos , la venganza
 « Desprecié , y mi destino si pudiera
 « Ser el morir aquí , mi brazo honrára
 « Tan distinguido honor : pero entre tanto
 « La multitud con su furor me arrastra
 « Como el torrente que feroz se escapa
 « Con Ifito y con Pélias ; vejez tarda
 « Al primero agobiaba, el otro herido
 « Por la mano de Ulises lento avanza
 « Al palacio de Príamo , altos gritos
 « De guerra y confusion luego me llaman,

« Alli Marte sangriento y los furores
 « De la encendida guerra y las desgracias ,
 « Todo allí se amontona qual si el resto
 « De Troya triste de la paz gozára ,
 « Y como si la muerte no tuviera
 « Mas víctimas que hacer de Frigias almas ;
 « Aplican las escalas contra el muro ,
 « El escudo en el brazo, el cuerpo en guardia,
 « Asiendo con las manos las almenas,
 « Intrépidos , furiosos las asaltan ;
 « Los Troyanos sobre ellos precipitan
 « Altas torres y techos con las tablas,
 « Últimas armas que el furor arroja
 « Con desesperacion sin esperanza ,
 « Recurso vano contra muerte cierta.
 « Vuelan las vigas ricas que doradas
 « Adornaban del rey altos retretes .
 « Otros defienden con la ardiente espada
 « Estrechando sus filas valerosos
 « En angustia y furor reales estancias ,
 « É impávidos detienen combatiendo
 « Todo el esfuerzo de las griegas armas :
 « El peligro del rey anima el mio
 « Y al socorro volé de la desgracia,
 « Sosteniendo al vencido en mi presencia
 « É inspirando el aliento que faltaba.
 « Hubo un tiempo una puerta que secreta
 « Por sendero escondido paso daba
 « Del palacio interior á los salones ,
 « Por dó Andrómaca fiel comunicára
 « En los dichosos dias del imperio
 « De Hécuba infeliz con la morada ,

« Y del brazo pendiente conducía
 « A presencia de Príamo á Astianacta
 « Su nieto ; por aquí desconocido
 « Llegué de los Troyanos á la estancia
 « De dó dardos inútiles arrojan.
 « Hasta el cielo subía levantada
 « Una alta torre en rápido declive
 « Del empinado techo , que dejaba
 « Descubrir la ciudad y el campo Griego
 « Y los bajeles todos de la armada:
 « Con ferradas palancas embestimos
 « De cimiento arrancar la enorme masa ;
 « Separámosla al fin ; y sacudiendo
 « A repetidos golpes de las hachas ,
 « Con estrépito caen sus escombros,
 « Batallones enteros estrellára;
 « Mas otros le suceden al momentõ,
 « Y piedras , dardos , flechas que lanzaban
 « El aire agitan sin cesar corriendo ,
 « Y muerte y fuego sin cesar volaban.
 « Ante el mismo vestibulo y umbrales
 « Del palacio de Príamo , giraba
 « Con insultante gozo el fuerte Pirro
 « Luciendo con el brillo de sus armas ,
 « Tal la oculta serpiente en el invierno
 « De la tierra saliendo se mostraba ,
 « Hinchada con venenos y brillando
 « En su piel juvenil manchas pintadas ,
 « Y su erguida cabeza al sol ardiente
 « Vibra la lengua entre sus fáuces anchas.
 « Junto estaba Perifas el gigante ,
 « Y el que carro de Aquiles gobernaba

„Automedon y Esciros sus guerreros
 „Que al cielo lanzan rutilantes llamas.
 „A su frente está Pírrro que hacha en mano
 „Rompe las puertas y los goznes saca,
 „Y abierta su espesura ver se dejan
 „Con grande admiracion las ricas salas
 „Y dorados retretes del rey Príamo
 „De los antiguos reyes de su raza.
 „La entrada defendiendo, el umbral muestra
 „Que aún allí permanece real guardia;
 „Tumulto y confusion adentro reinan
 „De gritos femeniles la algazara
 „Que en las bóvedas suenan del palacio,
 „Y en todos los recintos del alcázar.
 „Las mugeres abrazan con gemidos
 „Y trémulas y exánimes y pálidas
 „Las bronceadas puertas, y las besan
 „Con sus labios de hielo y se desmayan.
 „El implacable Pirro ardiendo en ira
 „Insta, acomete y con furor ataca,
 „Y de Aquiles al hijo todo cede,
 „Y las dobladas puertas quebrantadas
 „Al cotinuado golpe del ariete
 „Todas se rinden, de sus quicios saltan
 „Y estrepitosas caen, vence el número;
 „Asesinan al paso cuantos hallan;
 „Ya los soldados el palacio inundan
 „A manera de un rio que arrebatá
 „Impetüoso y vencedor destruye
 „Cuantas barreras su furor alcanza,
 „Cubriendo con sus ondas espumosas
 „Los pastores, ganados y montañas.

« Embriagados de sangre yo vi á Pirro
 « Y á los hijos de Atréo en la morada
 « Real , y vi tambien con sus cien nueras
 « A Hécuba y á Príamo en las aras
 « Que ellos mismos habian encendido
 « Y con su propia sangre las apagan.
 « Cincuenta lechos vi del nupcial talamo,
 « De numerosa prole alta esperanza,
 « Cien pórticos soberbios que estrangero
 « Oro y ricos despojos adornaban,
 « Solo ruína y escómbros parecian;
 « Lo que el fuego perdona es de la armada.

« ¿Preguntarás acaso que destino
 « El de Príamo fué? cuando tomada
 « La Ciudad dominando el enemigo
 « En su propio palacio , siente en su alma
 « El desgraciado anciano que revive
 « El antiguo valor , toma las armas
 « Que ya no llevan sus cansados miembros,
 « Ni ya sostener pueden sus espaldas;
 « Ciñe al costado el reluciente ácero,
 « Mas la mano no puede con la espada,
 « Solo busca la muerte entre los Griegos,
 « En lo interior de la real morada.
 « Só la bóveda azul del claro cielo,
 « Y junto de un laurel se alzaba un ara
 « Cuyos antiguos encorvados ramos
 « Sombrealan las Deidades soberanas,
 « Que consagró Piedad. La reina viendo
 « Que murió para Troya la esperanza
 « A Príamo agobiado con los años
 « Y tambien con el peso de las armas,

—« Desgraciado, le dice, ¿ que funesta
 « Ceguedad te acomete y avasalla?
 « Troya no ha menester tales guerreros
 « En tanta estremidad De Héctor la espada,
 « Aunque ahora viviesé, inútil fuéera.
 « Ni á Troya en su desastre la salvára
 « Aquella mano que sostuvo á Pérgamo.
 « Aquí venid, sentaos, y que está ara
 « Ó á todos nos proteja, ó moriremos
 « Todos unidos con igual desgracia.»

« Así dice, juntandose al anciano
 « Se coloca y se sienta en la ara sacra.
 « Entre tanto Polítes de Priámo,
 « Hijo que perdonó pelea á espada,
 « Por entre flechas de enemigos huye
 « Herido y corre en la real estancia,
 « Y mientras huye con veloz carrera,
 « Pirro inflamado ya desnuda el arma
 « Y pronto como el rayo le acomete,
 « Le estrecha, le persigue y ya le alcanza
 « Y cási á herirle vá, y al fin le hiere
 « Y ante la faz del padre en sangré nada.
 « Mas Priámo indignado solo escucha
 « El dolor de la muerte en sus entrañas,
 « Y aunque solo su muerte está presente
 « De cólera en reproches se desata.

— « Barbaro, esclama, que los Díosés quieran
 « Que ultrage tal nó quede sin venganza.
 « ¿ Ante la faz de un padre al hijo hieres
 « Y en su sangré ; inhúmáno ! se la manchas
 « Y que sus ojos vieran tan horrible
 « Espectáculo fiero de tu saña?

" Aquiles de quien mientes que eres hijo

" En su cólera así no me tratára;

" A Príamo hūmillado le respeta,

" El que sêguro vuelve y llevar manda

" De Héctor los despojos y que pueda

" Tributarle las honras funerarias."

" Estas palabras dice, y con el brazo

" Trémulo un dardo sobre Pirro lanza,

" Y con murmullo vano el bronce hiere

" Del escudo que entonces allí se clava.

— " Pues bien, le dice Pirro, esta noticia

" A mi padre darás, y cuan extraña

" De Neoptolemo su hijo es la conducta:

" Ahora morirás." Y luego arranca

" Del altar al anciano vacilante,

" De su hijo en la sangre derramada

" Y los cabellos canos revolviendo

" La siniestra, y con la otra levantada

" La barba, escōnde el reluciente acero

" Hasta la guarnicion en la garganta,

" Tal fué el hado de Príamo, así muere

" De Troya en medio de su ardiente llama

" Y las ruinas de Pérgamo, así muere

" El monarca mas grande que vió el Asia.

" Aquel que dominó tantas naciones,

" Pueblos innumerables y comarcas,

" Yace un tronco sangriento y su memoria

" Entre muertos sin fin está olvidada.

" Por la primera vez de horror me lleno

" É inmoble me quedé, que tal me pára

" De un anciano infeliz la vista horrible,

" Y un hijo muerto que en la sangre nada

- " Degollado cruelmente. La memoria
 " De mi padre tambien me recordaba
 " Que era igual en edad, abandonado
 " Y sin defensa con mi esposa cara
 " Y mi querido hijo, tierno niño,
 " Que á todos nos rodea la desgracia.
 " Registro en torno, ni un amigo solo
 " Yo viera junto á mi, triste quedára:
 " La fatiga y cansancio los ahuyenta,
 " Y los techos ardiendo con las llamas.
 " Al fin dirijo mis inquietos ojos
 " Del incendio á la luz, que iluminaba
 " Hacia el templo de Vesta á donde miro
 " A la hija de Tindaro, callada
 " Y trémula se oculta en este asilo,
 " Furia comun de Troya y de la Esparta,
 " Que del odio implacable del Troyano
 " Y del Griego temiendo la venganza,
 " Y la cólera justa de su esposo,
 " La presencia de todos evitaba
 " Buscando de las aras á la sombra
 " Proteccion que no es justa si la alcanza.
 " La presencia de objeto tan odioso
 " En mi pecho encendia ardiente rabia,
 " Y ya me disponia con un golpe
 " A vengar la ruina de mi patria.
 " ¡Que! yo mismo furioso me decia,
 " ¿Esta á Micénas torna? ¿verá á Esparta
 " Y en triunfo con un séquito brillante
 " La servirán de esclavas las Troyanas?
 " ¿A su esposo verá, verá á sus hijos
 " A mi patria arrasando en sangre y llamas?

" Pero no, no será que aun que mezquina
 " Sea la triste gloria que se alcanza
 " Con el acero á una muger hiriendo
 " Y de femenil triunfo indigna mancha,
 " Justo precio merece el fuerte brazo
 " Que la tierra liberte de tal plaga,
 " Y yo mismo quedára complacido
 " Si lográra aplacar las sombras pátrias,
 " Todos heridos en infame agravio
 " Con sangre de tal víctima." Así hablára,
 " Cuando Venus mi madre se presenta
 " Con aquel resplandor y luz tan clara,
 " Que Diosa ser mostró cual nunca fuera
 " Antes vista por mí, y así esclamára
 " Con sus rosados labios.— " Hijo mio,
 " Que indomable furor tu pecho inflama?
 " Tu cólera á dó vá y á dó te lleva?
 " ¿Tu ternura olvidó las prendas caras,
 " Y del comun amor dulces objetos?
 " No piensas en el riesgo en que dejáras
 " Tu anciano padre, esposa, al tierno Ascanio?
 " ¿Vivos encontrarás á los que amas?
 " Escuadrones de Griegos los rodean
 " Y á no ser que mi amor todos ampara,
 " Víctimas fueran de enemigas furias:
 " Y ni la odiosa faz de la Espartana
 " Hija de Tindar ni el infame París
 " Los objetos no sean de tu rabia;
 " Séanlo si los Dioses implacables
 " Que el imperio trastornan y el monarca
 " Que Troya dominó; mas ahora mira,
 " (Que yo disiparé las sombras vanas

- « Y oscuras meblas que tus ojos cubren)
 « Mira y no temas , que tu madre manda
 « Que sus consejos sigas , y tu vista
 « Fija sobre estas ruinas que en montañas
 « Ya de confusas piedras con el humo
 « Neptuno y su tridente levantáran :
 « Los muros mina , los cimientos mueve
 « Y la última piedra en Troya arrasa.
 « A Juno mira que en las puertas Secas ,
 « Impávida se sienta con la espada ,
 « Y á los Griegos estrecha en los bajeles
 « Vengan á concluir tanta matanza.
 « Mira con su Gorgona formidable ,
 « Sentada en una nube , horrible Palas ,
 « Infundiendo á los Griegos nueva fuerza
 « Que acabe de asolar gente Troyana.
 « En fin mira allí á Jove que á los Dioses
 « Inspira mayor furia y nueva saña. ”
 « Estas palabras dice , y se escondiera
 « De noche oscura en las tinieblas bajas.
 « Entonces aparecen horrorosos
 « Espectáculos fieros de irritadas
 « Deidades del Olimpo que conspiran
 « De Ilion á destruir dobles murallas.
 « Troya se abisma que arrasó Neptuno
 « Que de sus ruinas ni el lugar dejára:
 « Como cuando se vé del alto monte
 « Al labrador porfiado con su hacha
 « Arrancar de raíz la antigua encina
 « Y al golpe redoblado que la asalta ,
 « Su alta frente vacila y bambolea
 « Y estrepitosa con ruina estalla;

« Y luego rueda de una en otra roca
 « Cubriendo de despojos la campaña.
 « Bajo, y guiado por divina mano
 « Atravieso las filas encontradas
 « Y dardos enemigos, siempre ileso
 « Se alejaba de mi la ardiente llama
 « Y al palacio llegué de mis abuelos ;
 « Mi padre fué el primero que reclama
 « Todo mi amor, y quise conducirle
 « A ocultarse conmigo en la montaña.
 « Mas él rehusa, y el morir prefiere
 « En las ruinas de Ilión toda incendiada,
 « Antes que en el destierro. — ” El huír toca
 « A vosotros, decía, en quienes arda
 « De la edad juvenil robusta sangre ;
 « Si Deidades quisieren soberanas
 « Mi vida conservar, en este asilo
 « Su voluntad potente le guardára;
 « Basta que viera á Troya en nuevos grillos
 « Y haber sobrevivido á tal desgracia.
 « Aquí está, está aquí, mi lecho fúnebre,
 « Mi último adios os doy, la muerte infáusta
 « Ó ya me la dará mi propia mano
 « Ó avariento enemigo sabrá darla.
 « Perder la sepultura es cosa fácil;
 « Desde que airado el cielo me tocára,
 « Sobre la tierra arrastro infeliz vida
 « Cuando el gran Jove que el Olimpo manda
 « Y sobre el hombre reina omnipotente,
 « El ardiente vapor y voraz llama
 « Del rayo irresistible me rodea.”
 « Inmoble permanece y así habla

« Mientras que llanto doloroso vierten
 « Creusa, Ascanio, y cuantos nos cercéran,
 « Que claman incesantes y le piden
 « Con su ruina no cause su desgracia,
 « Mas él queda inflexible y sordo al ruego.
 « Al combaté volver, morir con ansia
 « Desesperado quise; ¡ y que podría?
 « Que otra cosa pensar ya me quedaba?
 « ¡ Dejar yo este lugar? ¡ Ó padre mio!
 « ¡ Abandonarte yo? y que esperarla
 « Tal acción tu podrás de mi prudencia?
 « Un precepto tan cruel tu me mandarás?
 « ¡ Ó Padre! si los Dioses han resuelto
 « Que de esta gran Ciudad no reste nada,
 « Si vos lo habeis jurado, y si es la última
 « Vuestra suprema voluntad sagrada,
 « Que para siempre sepultados queden
 « Con vos los vuestros y la cara patria;
 « Patenté está la puerta al enemigo
 « A su espada homicida, y no tardara
 « Dejarse ver á Pirro que aún cubierto
 « De Priamo y sus hijos con las manchas,
 « De Pirro que degüella ante su padre
 « Los hijos, y á su padre ante las aras.
 « ¡ Ó Diosa! ¡ ó madre mia! me has salvado
 « Del incendio voraz de tantas llamas
 « Y de los crueles dardos enemigos,
 « Para que de mi padre en la morada
 « A mi padre, á mi esposa y á mi hijo
 « El uno sobre el otro, derramada
 « Su sangre á mi presencia yo la viera,
 « Amigos, no tardeis, dadme las armas,

« Las armas , los vencidos ya muramos,
« Lució la última aurora y ya me aguardan
« Los Griegos á emprender nuevos combates,
« Todos muramos hoy, mas con venganza.

« Y llorando á mis pies mi cara esposa
« Se arroja , mis rodillas abrazaba,
« Y al umbral de la puerta me detiene
« Y á Julio me presenta desolada;
— « Si vas , dice , la muerte á buscar solo
« Llévanos y la suerte nos iguala:
« Pero si ya tu sabes y esperiència
« Aun te inspira el valor y la confianza,
« Defiende antes que todo este palacio
« Dó tu padre , tu hijo y desgraciada
« Tristé muger , un tiempo tan querida
« Y que tu tierna esposa se nombrára.”
« Así corre , llorando y los acentos
« De dolor resonaban en las salas
« Del palacio. Entre tanto al dulce Julio
« Teníalo en los brazos, y una ráfaga
« Luminosa su frente rodeando
« Blandamente la mira sin dañarla
« Su cabeza al momento el fuego sacro.
« Penetrados de susto , aquella llama
« Que del cielo desciende y se difunde
« Misteriosa, corrímos á apagarla.
« Mas Anquises gozoso al cielo mira
« Levantando los ojos y así esclama:
— « ¡ Ó Júpiter ! si el ruego ablandar puede
« Tu corazón y la piedad lo alcanza,
« Concédenos, benigno , éste presagio
« Confirmado con signos de tu gracia.”

- « Asi acabó de hablar , y en el momento
 « Un trueno resonó de izquierda banda
 « Que llenando la bóveda celesté
 « Las sombras de la noche torna claras;
 « Sobre el palacio baja y la techumbre
 « Toca, y radiante por el bosque pasa
 « Del monte Ida , y el sendero muestra
 « Con surco luminoso que derrama
 « Del sulfúreo vapor olor subido
 « Que al momento llenó toda la casa.
 « Venció á mi padre este segundo signo,
 « É invocando á los Dióses adoraba
 « El intérprete lúcido del cielo
 « Y dice: — ” Ya te sigo á donde marca
 « Tu voluntad , ya parto á donde quieras,
 « A mi familia y á mi nieto salva
 « Soberana Deidad; este presagio
 « Y Troya lo merece malhadada.
 « ¡ Ó hijo mio ! acompañarte quiero
 « Ya no me niego mas , cedo á tu instancia.”
 « El dice , y se escuchaban , los ruidosos
 « Vapores resonantes de las llamas.
 « Partámos , padre mio , y al instante
 « Gustoso os cargaré sobre mi espalda,
 « Pronto recibiré carga tan leve,
 « Cuanto suceder pueda no me espanta;
 « Salvacion y peligro sean comunes,
 « El jóven Julio de mi mano vaya
 « Pendiente ; que mi esposa de mi lejos
 « A la vista nos siga , y en pos salgan
 « Los criados que adviertan cuanto digo.
 « Junto de la Ciudad hay muy cercana

« Una altura y sobre ella una ara antigua
 « De Ceres, al presente abandonada,
 « Y junto al mismo templo un ciprés viejo
 « Cuya sagrada sombra conservaba
 « De nuestros padres la piedad; iremos
 « Todos á aquel lugar por sendas varias,
 « Y vos, padre, tomad de nuestro culto
 « Tomad ahora los reliquias santas,
 « Y con ellas también los Dioses patrios
 « Y los penates Dioses, yo manchadas
 « Las manos del combate con la sangre
 « Aun húmeando no podré tocarlas
 « Sin crimen, hasta tanto que me lave
 « De alguna fuente viva en la agua clara.
 « De esta manera hablando al punto pongo
 « Sobre mi corva espalda aquella carga,
 « De una piel de león antes vestida.
 « Sígueme Julio con infantil marcha
 « De mi mano pendiente, en pos mi esposa
 « Trás de mis huellas, y por sendas varias
 « Camino, y á aquel que no espantaron
 « Lluvias de dardos y enemigas lanzas
 « Conduciendo la muerte á cada instante;
 « Ahora el menor viento causa alarma
 « Por la carga que llevo y que conduzco.
 « De la Ciudad las puertas ya tocaba
 « Y una arriesgada senda había vencido,
 « Cuando improviso se escucharon de armas
 « Y gente el ruido, hácia nosotros viene
 « Con redoblado paso que escuchaba
 « Mi padre atentamente en las tinieblas:
 « — ” Hijo mio, hijo mio, al punto esclama,

" Huye , huye , ellos son , ellos se acercan ,
 " Los bronceados morriones ya se alcanzan
 " A ver y los escudos centelleando. "

" Yo no sé que Deidad tan cruel y aciaga
 " Con turbacion y espanto me domina,
 " Y quita reflexion á toda el alma
 " Que yo fuera de mi ando extraviado
 " Para el fin de evitar las sendas claras.
 " ¡ Ay ! mi esposa Creusa perdí entonces ;
 " Recobré mis sentidos y ya estaba
 " Conocida la pérdida , en la altura
 " De Céres en el templo abandonada ,
 " Todos nos reunimos y ella sola
 " De compañeros tantos es quien falta,
 " Que la fuga del hijo y del esposo
 " Tan gran mal nos causó sin esperanza.
 " En mi furor desesperado invoco
 " A los Dioses y hombres que acusaba
 " Por causa de mi mal. Ni Troya entera
 " De cenizas cubierta , me mostrára
 " Tan horrible espectáculo á mis ojos ;
 " A mis socios entrego con confianza
 " A mi padre y mi hijo , y los Penates
 " Dioses que un hondo valle resguardaba.
 " Y vistiendo mis armas nuevamente
 " Camino á Troya , despreciando cuantas
 " Aventuras pudieran sucederme ,
 " Recorriendo las calles y anchas plazas
 " Aunque la muerte encuentre ; reconozco,
 " Registro todo y busco en cuanto alcanza
 " Y puede permitir la noche oscura
 " Y el horror del silencio ; y con el ansia

" Que mis ojos tenían reinar vía
 " El susto y el terror, torno á la casa
 " Paterna á dó pudiera dirigirse.
 " Allí vuelvo y los Griegos dominaban,
 " El fuego devorante el techo incendia,
 " Y la cumbrera vomitaba llamas
 " Con torbellinos de revuelto humo
 " Iluminando toda la campaña,
 " De Príamo el palacio y ciudadela
 " De nuevo registré con ansia vana.
 " Solo ví con horror Fenix y Ulises
 " El execrable, que despojos guardan
 " Bajo el templo de Juno y en el átrio,
 " Que pudieron salvarse de las llamas.
 " Las mesas de los Dioses, vasos de oro,
 " Ricos tapetes de encendida grana
 " Del vencedor son presa, y en hilera
 " Niños, mugeres, trémulas esclavas:
 " Me atreví en el salón mi voz soltando
 " A llamar á Creusa desgraciada
 " Con dolorido acento, pero inútil;
 " Creusa, repitieron las estancias.
 " Mientras que en la ciudad sin otra guía
 " Que la rabia y furor que me animáran,
 " Ante mis ojos se presenta luego
 " De Creusa la lúgubre fantasma:
 " Era la sombra misma de Creusa,
 " Era su propia imágen, y mas alta
 " Y magestuosa: yo quedára inmoble,
 " Los cabellos se erizan, las palabras
 " En los labios se hielan y la sombra
 " Calmando mi inquietud así me llama:

— « Cesa , querido esposo , el sentimiento
 « Es inútil ahora ; así lo manda
 « La voluntad de Jove que te ordena
 « Que el ir no puedas con tu esposa cara.
 « Un destierro mas largo sufrir debes ;
 « Las llanuras del mar , sus ondas vagas
 « Antes has de surcar que á Hesperia lleges
 « Que el Tiber riega con sus mansas aguas :
 « De una colonia Lidia el fértil campo ,
 « Y una suerte mas próspera te aguarda ,
 « Trono y alianza réal ; y si á Creusa
 « Amas aún , olvida la desgracia
 « De su destino ; los palacios regios
 « Del Mirmidon y el Dólope , las damas
 « De la griega nacion , contar no pueden
 « En la tropa servil de sus esclavas
 « De la sangre de Dárdano la nuera
 « Y la esposa del hijo de Acidalia.
 « De los Dioses la madre aqui me tiene
 « En el confin de estas secretas playas,
 « Quédate adios, y que tu amor me vea
 « En el gage de amor de nuestras almas. »
 « Bañado en lloro responder quisiera
 « Al encanto feliz de estas palabras ,
 « ¡ Cuanto decirle pude ! y élla en tanto ,
 « De mi se aleja como sombra vana.
 « Tres veces abrazarla me propuse
 « Y á mis brazos tres veces se escapaba ,
 « Cuando ser dueño de ella me creia,
 « Cual sueño volador ó éter con alas.
 « Así la noche pasa y yo retorno
 « A ver mis compañeros ; y aumentada

« Con gran sorpresa veo muchedumbre
« De hombres , mugeres. y de desgraciada
« Plebe infelice que resuelta fuera
« Del destino seguir la suerte vária ,
« Y con los tristes restos de fortuna
« Todos quieren seguirme adonde vaya,
« A surcar mares, á arrostrar peligros,
« Obediente á las leyes soberanas.

« Ya el lucero brillaba sobre el Ida
« Con el claro esplendor de la mañana,
« Los Griegos dueños de las puertas quitan
« De podernos salvar toda esperanza.
« Cedo en fin al destino ; á tomar vuelvo
« Sobre mis hombros la preciosa carga ,
« Un sendero buscando presuroso
« En la altura que ostenta la montaña.





La Eneida.

LIBRO III.

« Cuando á los Dioses humillar les plugo
 « El Asia y la nación del rey Priámo,
 « Digna ¡ ay! de mejor suerte, y la soberbia
 « Troya desapareció; solo quedando
 « De ruinas humeantes los despojos,
 « De los Dioses séguir justos mandatos
 « Preciso fué; buscar lejano asilo
 « Y desiertos países, y nos damos
 « Gran prisa á construir cápaz escuadra
 « Al pie del monte Ida en el Antandro,
 « Reuniendo los fieles compañeros;
 « Mas sin saber aún donde el acaso
 « Nos conduzca, ni á donde permitido
 « Nos fuera establecer reino Troyano.
 « Yá se anuncia la blanda primavera,
 « Cuando Anquises, mi padre, con cuidado

- « Nos manda que nos demos á la vela;
 « Y obedeciendo ciegos á su mando
 « Con lágrimas dejamos la ribera
 « De la playa querida dó está Antandro,
 « Y el campo dó fué Troya. De esta playa
 « Desterrados salimos navegando
 « Con rumbo al ancho mar con mis amigos,
 « Grandes Dioses, Penates, hijo, aliados.
 « Hay un vasto pais que no está lejos
 « De Troya, y al Dios Marte consagrado,
 « Cuya inmensa llanura cultiváran
 « Los Tracios en un tiempo gobernados
 « Por Licurgo severo, y muy unidos
 « De la hospitalidad con fuertes lazos
 « Y de sangre tambien; siendo el amigo
 « De Troya, mientras fuera prosperando.
 « Mi rumbo allí dirijo, y los auspicios
 « No fueron favorables, sí contrarios;
 « De una bahia al fondo luego alzára
 « De una nueva Ciudad regular plano.
 « Dile mi propio nombre y ofreciera
 « A mi madre; y los Dioses invocando,
 « Que mi empresa protejan; y en la playa
 « A la orilla del mar un toro blanco
 « Al gran rey del Olimpo..... junto se alza
 « Una grande eminencia y en lo alto
 « Espeso bosque de frondoso mirto.
 « Me acerco, y del primer arbusto arranco
 « Algunos ramos y cubrí con ellos
 « Aquel altar, y al recordar mi espanto
 « Del prodigio que ví cuando el arbusto
 « Con mi mano arranqué, salió brotando

- « Negra sangre del tronco ; helarse siento
 « En mis venas la mía , otra vez hago
 « Mayor esfuerzo y otro arrancar quiero,
 « Y este sangre tambien vá goteando.
 « En pensamientos mil se agita el alma
 « Y del bosque á las Ninfas implorando
 « Y al Dios de los combates que protege
 « Tan inmensas comareas ; los presagios
 « Ahuyenten y felices se ños muestren.
 « Mas doblando mi esfuerzo y apoyando
 « En tierra mi rodilla , procuraba
 « Tercera vez desarraigar el ramo;
 « ¿ Callaré ó lo diré? salió del hondo
 « De la tierra una voz cuyo son claro
 « Me dice estas palabras : — ” ¡ Ay Eneas !
 « ¿ Por que intentas romper á un desgraciado?
 « Perdona á su sepulcro , no se manchen
 « Con crimen tal tus inocentes manos;
 « Yo nací en Troya , ni estrangero fuera
 « Yo para tí ; si sangre ves brotando
 « No es el tronco insensible el que la vierte:
 « Huye ; ay ! de este suelo malhadado;
 « Huye de la mansion de la avaricia.
 « Yo Polidoro soy que crueles dardos
 « Penetrando mi cuerpo hondas raices,
 « Cuales tu mismo ves le traspasaron.”
 « Asombrado de horror con tal objeto;
 « El cabello se eriza , y respirando
 « Apenas sale de mi voz el eco
 « Y mueren las palabras en mis labios.
 « De Príamo era el hijo Polidoro;
 « Y este príncipe viendo el duro estado

- « En que Troya se hallaba ; desconfía
 « Del éxito feliz , á su hijo enviando
 « A la Corte de Tracia , á donde fuera
 « Con el celo de amigos educado:
 « Cuando Ilion sucumbiera y su fortuna,
 « Las espaldas volvieron á otro bando;
 « Al vencedor el pérfido siguiendo
 « De la hospitalidad huella el sagrado;
 « Dá muerte á Polidoro y se apodera
 « De su riqueza. ¡ Execrable insano,
 « Ó deseo del oro ! ; á cuanto exceso
 « Arrastras al mortal nunca saciado!
 « Del espanto repuesto , dí á mi padre
 « Y amigos parte del horrendo caso;
 « Que los Dioses me muestren y les pido
 « Que consejos me dén : pero acordaron
 « Por asenso comun darse á la vela,
 « La tierra criminal abandonando
 « Que la hospitalidad no respetára.
 « A Polidoro hicimos funerarios
 « Honores que su sombra no disfruta,
 « Y un túmulo y altares levantamos
 « A sus manes , ciñendo nuestras frentes
 « Con el negro ciprés que rodeamos
 « Con las azules vendas ; las Troyanas
 « Lloran en torno , que en lo antiguo usaron,
 « Tendida la melena , sendas copas
 « De leche y sangre encima derramando,
 « Del lugar del reposo dó se encierran
 « De Polidoro el alma y polvo vano;
 « Y con voz clamorosa le decimos
 « Aquel último adios al desgraciado.

- « Al tornar la estación que nos permite
 « Confiar el buqué al líquido mar ancho,
 « Y tranquilo lo muestra el viento leve,
 « Y el Austro suena con susurro blando
 « Y á navegâr convida, los navíos
 « Los pusimos á flote y ya dejamos
 « El puerto y las ciudades y las tierras,
 « Que al fin desaparecen muy léjanos.
 « En medio al mar Egéo está una isla
 « Que aman Neptuno y Tétis; la que errando
 « Entonces por las costas y riberas
 « El Dios del arco fuerte, con su mano
 « Por reconocimiento la fijara
 « Entre Giaro y Micon, menospreciando
 « El caprichoso viento; allí dirijo
 « De mis naves el rumbo, fatigados
 « De la mar, un asilo apeteciendo;
 « Ya llegados á tierra saludamos
 « De Apolo la Ciudad donde naciera.
 « Al rey Amo del dia consagrado
 « Gran sacerdote y rey al mismo tiempo
 « De aquellos habitantes, le encontramos,
 « Y la venda real su frente ciñe,
 « Con verdes ramos del ceeste lauro.
 « Anquises reconoce al rey amigo,
 « Y en señal de amistad le dá la mano
 « Y á su alcázar le lleva. Yo dirijo
 « Mis súplicas á Apolo en el santuario,
 « Que en una antigua roca resplandece;
 « Dios de Timbrea, dije, que obtengamos,
 « Si benigno escucháres nuestro ruego,
 « Un pueblo establecer con firme arraigo

« Dó mi posteridad eterna viva,
 « Y tengan nueva Troya los salvados
 « Restos del Griego y del soberbio Aquiles.
 « ¿ Quien será nuestra guía ? ¿ á donde hallamos
 « Un estable lugar ? ¡ Ó tierno padre !
 « Instruye compasivo á los Troyanos,
 « Muéstrales un lugar para que acordés
 « Sigam tu inspiración y tus oráculos. ”

« Apenas nuestra súplica fenecía,
 « Todo retiembla en torno del santuario,
 « Las puertas ; los laureles ; y altos montes.
 « La trípede gimiera y prosternados
 « Oimos con respeto estas palabras :

— « Ó de Dárdano raza en los trabajos
 « Endurecida , si buscáis la tierra
 « Donde el tronco nació de antepasados,
 « Ella verá con gozo vuestra vuelta
 « A su abundoso seno ; buscad ; sabios,
 « La cuna maternal ; allí de Eneas
 « La casa reinará ; su imperio santo
 « El orbe sugetando y de sus hijos
 « El mundo admirará su eterno brazo. ”

« Causó grande alegría esta respuesta
 « Del soberano Dios , aunque mostrando
 « Restos de incertidumbre preguntaban ;
 « ¿ Donde están esos muros ? ¿ dó ese campo
 « Donde Fébo nos llama ? ¿ á dó termina
 « El curso vagabundo que llevamos ?

« Los antiguos recuerdos revolviendo
 « De pasadas edades , el anciano
 « Anquises dijo : — ” Ahora escucharéisme,
 « ¡ Ó Próceres ! en medio del mar ancho

« La isla está de Creta del gran Jove
 « La patria , donde fuera el Ida alzado;
 « Nuestra cuna allí está y el fértil reino
 « Con cien ciudades de potente mando;
 « De estas riberas , si el recuerdo es cierto,
 « El primero fué Téucro , que llegando
 « A la Retéa orilla , el nuevo imperio
 « Y de Ilión el muro , y de Pergámo
 « Con fuerte ciudadela se mirára,
 « Los valles solo estaban habitados.
 « Cibéles de allí vino, augusta madre-
 « De los Dioses ; tambien los Coribantos
 « Con el bronce ruidoso y con el nombre
 « Del Ida y con los bosques venerandos,
 « El secreto inviolable en los misterios
 « Y uncidos los leones á su carro.
 « Aplacamos despues los ráudos vientos
 « Y el darnos á la vela apresuramos,
 « El camino siguiendo que los Dioses
 « Marcan de Creta y que no está muy largo;
 « Y con su ayuda á la tercera aurora
 « Ondeán nuestras naves en mar llano.”

« De esta manera hablando Anio inmola
 « De Neptúna en el ara un toro blanco
 « Y otro á tí, hermoso Apolo , fué debido;
 « La oveja negra al crudo invierno airado;
 « Y otra , cual blanca nieve , al viento suave.
 « Corre en tanto el rumor de que lanzado
 « Idomenéo por sus propios súbditos
 « Y el reino de sus padres renunciando,
 « Creta estaba sin dueño; y ya no eran
 « Enemigos de Creta los Troyanos,

"Y que esperaban ver en las desiertas
 "Playas que los estaban esperando
 "Los nuevos habitantes. Ya de Ortigia
 "El puerto abandonamos; el Océano
 "Sulcan ligeros con hinchadas velas,
 "Las riberas de Naxos costeando
 "Cuyas altas montañas resonaban,
 "De las Bacantes con los gritos altos;
 "Y con sus verdes montes á Donisa
 "Y á Oléaro también y blanca Páros,
 "Y á las Cícladas todas numerosas.
 "Su tierra recorriendo en giros varios.
 "Oyese de la chusma vocinglera
 "El grito de alegría, y el trabajo:
 "Los marinós animan que decían:
 "Vamos á Creta, compañeros, vamos
 "A la patria dó fueran nuestros padres,
 "Donde los Coribantes habitaron.
 "Sopla el viento y nos lleva dó la costa
 "Muestra el lugar del maro deseado,
 "Y una nueva Ciudad levanto luego,
 "Que Pérgamo la nombro, que al Troyano
 "La gloria de su patria le recuerda
 "Y los triunfos sublimes junto al Janto;
 "Les excito al amor de estos lugares
 "Y que una ciudadela fabricando
 "Se consêrven seguros; los bajeles
 "Barados en las playas custodiamos.
 "La juventud alegre alianzas forma,
 "Se desmonta la tierra, y yo reparto
 "Heredades, y leyes les dictaba;
 "Cuando subitamente un mal contagio

" De un aire corrompido se derrama.
 " Sobre los hombres, árboles y campos;
 " Que mostrándose horrible amenazaba;
 " Unos sienten morir la vida amando,
 " Otros con languidez la vida llevan,
 " Con el soplo de Sirio ardiendo el prado
 " Con la esterilidad, y las espigas
 " Enfermas nos negaban rubio grano.

" Mi padre entonces manda repasemos

" La mar, y preguntando á los oráculos
 " Dé Orfía, y aplaquemos al divino
 " Apolo, que se digne consolarnos
 " En medio á tantos males y fatigas
 " De la navegación y sus trabajos.

" Era la noche y los vivientes todos

" Del sueño reposaban en los brazos.
 " De disco de la luna penetraban
 " En la morada los inciertos rayos,
 " Con suave resplandor, y parecióme
 " Que tenía delante á los sagrados
 " Dioses, de la Frigia protectores,

" A los Santos Penates que mis manos

" De las llamas salvaron desde Tröya,

" Y en voz consoladora así me hablaron;

— " Lo que en Délos Apolo te dijera

" De su orden hoy mismo te anunciamos:

" Nosotros desde Tröya te seguimos

" Siendo tu nuestra guía, atravesamos

" Los tempestuosos mares en tus naves:

" También levantaremos los alzados

" Muros de la Ciudad que lleve al cielo

" Tus descendientes, que á su imperio damos

- « El orbe todo; á preparar empieza
 « De este pueblo tan grande los vallados
 « Dignos de su grandeza. Que no abatan
 « Tu valor y tu esfuerzo los trabajos
 « Del largo padecer del mar furioso.
 « Mudar de habitacion sea el primer paso ;
 « Que la Deidad de Délos no mandára
 « Que fuera Creta el sitio señalado.
 « Hay un pais que el Griego Hesperia nombra
 « Por su antiguo valor muy celebrado
 « Y por su fértil y abundoso suelo :
 « Los Enotrios un tiempo le habitaron
 « Y de sus reyes uno mandó á Italia,
 « Aquí está el domicilio tan buscado
 « Y del Lacio y de Dárdanos los padres
 « Del que origen tenemos ; vé á tu anciano
 « Padre y dirásle lo que manda Apolo
 « Que Corito y la Ausonia están marcados
 « Para que los busquemos ; no ama Jove
 « Para nuestra mancion Dictéos campos. ”
 « Con tal vision atónito escuchaba,
 « (Que en verdad no era sueño aquel relato)
 « Y creí ver los Dioses que me hablaban :
 « Ví sus frentes de vendas rodeados
 « Mientras que me inundaba un sudor frio,
 « Entonces presuroso me levantó ,
 « Y las manos al cielo dirigiendo ,
 « Su protección les pido y el amparo ,
 « Libaciones haciendo en sus hogares ;
 « Luego refiero á Anquises lo pasado
 « Y por que tan alegre me mostrára :
 « El conoce su error que lo causaron

- « De la antigua progenie el doble tronco :
 « Hijo mio , me dice , á tí que es dado
 « De Troya en los destinos ser esperto ,
 « Sola anunció Casandra tales casos ;
 « Ella , recuerdo , prometió á mis hijos
 « Lo que ahora ya veo realizado ;
 « Hablando de la Hesperia y de la Italia
 « Y un imperio á nosotros destinado.
 « ¿ Pero fijar entonces quien pudiera
 « La atención en Casandra y sus oráculos,
 « Y de Hesperia en el seno sospechára
 « Tuviese un descendiente eterno mando ?
 « A Febo obedecemos y á sus órdenes
 « Y por sendas mejores procedamos ;
 « Esta nueva ciudad abandonemos
 « Y surquemos al punto el Oceáno. ”
- « Ya en alta mar nos vimos muy gozosos ,
 « Las tierras desaparecen , no miramos
 « Mas que el agua y el cielo , y de repente
 « Negra una tempestad nos vá llevando
 « Con fiera oscuridad , la mar levanta
 « Y las espesas ondas agitando
 « Con tenebroso viento cubre el cielo
 « De nubes que entreabrieron los relámpagos ;
 « Vemos del negro mar el hondo abismo ,
 « Un velo envuelve el dia , amontonados
 « Vapores negro el cielo nos tornáran ,
 « Y un oscuro tan grande desviando
 « El rumbo al navegante por los vientos
 « Sobre el líquido seno , rodeados
 « De una noche profunda. Palinuro
 « Confiesa no conoce el rumbo claro

« Que deberá seguir ; y por tres dias
 « Anduvimos errantes ; no alcanzando
 « Las estrellas á ver ni el mismo cielo,
 « Tierra al fin descubrimos en el cuarto;
 « Los altos montes , rústicas cabañas
 « Y denso humo tambien , con entusiasmo.
 « Cálcase el viento, ni las velas llena,
 « El marino se encorva , y apoyado
 « Sobre el remo las ondas oprimiendo,
 « Vuelan en la llanura nuestras naos.
 « Libres ya de la mar y sus peligros,
 « A una de las Estrófades llegamos;
 « Estrófades se llaman unas islas
 « Que el Jonio mar las baña en su Océano.
 « Celeno las habita y las Harpías
 « Despues que de Finéo en el palacio
 « Cerrada fué la puerta y por el miedo
 « Le dejaron , su mesa abandonando;
 « No existieron jamas mónstruos tan fieros,
 « Ni los Dioses en cólera enviaron
 « Del fondo del infierno aves mas crueles,
 « Estas aves horribles imitando
 « De muger el semblante , fuertes garras
 « Por manos tienen ; por dó quier dejaron
 « De avides los testigos pestilentes
 « Con hambre siempre horrores provocando.
 « Ya llegados al puerto descubrimos
 « Que de bueyes y cabras los rebaños
 « Con libertad pacian sin pastores;
 « Al punto acometimos hierro en mano,
 « Convidando á los Dioses y al gran Jové
 « A tomar parte en presa ; aderézando

" Junto de una ensenada nuestros techos
 " Y los ricos manjares aprestamos.
 " Mas vé ahí que vienen las Harpias
 " Con su rápido vuelo y ruido extraño
 " Desde la alta montaña á nuestras mesas
 " La asquerosa inmundicia derramando,
 " Al pestífero olor uniendo infames
 " El horroroso grito de su canto.
 " Buscamos un asilo en lo profundo
 " Del hueco de una roca, que arbolado
 " Espeso la cubria hacía gran tiempo,
 " Honda y profunda asáz; y preparamos
 " Banquete nuevo y el sagrado fuego
 " Para darnos despues algun descanso.
 " Mas la tropa ruidosa sale al punto
 " Y las viandas, ligeras, agarrando
 " Corrompiéndolo todo con su aliento.
 " Que se armen todos á mis socios mando
 " Y á esta raza infernal hagan la guerra;
 " Y para egecutarlo se ocultaron
 " Bajó las yerbas con escudo y lanza.
 " Elias descenden de los montes altos;
 " Miseno que las vió desde la altura,
 " De su trompa sonó los ecos claros,
 " Cuando se anuncia con ruidoso vuelo
 " Del enjambre los gritos redoblados.
 " Mis compañeros acometen prontos
 " Y pretenden herir con hierro insano.
 " Este avaro enemigo tan impuro
 " En su propio plumage halla su amparo
 " Con piez invulnerable; entonces parten
 " A la montaña y dejan devorados

- " Los restos de su presa con las marcas
 " Del pestífero olor que allí exhaláron.
 " Sola Celeno en su escarpada roca
 " Su voz oír dejó que infunde espanto,
 " Anunciando funestas predicciones:
 " — " ; Que ! dijo ella , no basta mis rebaños
 " Asesinar ; O raza de perjuros !
 " Guerra quereis hacer en nuestro bando
 " Y lanzar de su imperio á las Harpías ?
 " Escuchad pues y conservad grabado
 " Lo que os voy á decir ; que el mismo Febo
 " Así me lo declara por el mando
 " Del padre de los Dioses ; á la Italia
 " El rumbo os llevará con viento-blando ;
 " Su puerta os abrirá y antes que el muro
 " Cercaré la Ciudad con su vallado
 " Y el Destino os fijaré , un hambre horrible
 " El castigo será de mis rebaños,
 " Devorareis las mesas que os sirvieren."
 " Así dijo ; y al punto levantando
 " Fugaz, rápido vuelo , desaparece
 " Y se oculta en el bosque, allí inmediato.
 " Mi padre al cielo invoca y á los Dioses
 " Y les promete sacrificios gratos.
 " — " ; Dioses ! esclama , con piedad humilde
 " En la ribera ; suspended los malos
 " Sucesos que anunció Virgen insana ;
 " Compasivos guardad un pueblo santo."
 " Entonces manda desatar los buques,
 " Que en la ribera estan aprisionados,
 " Hinchán las velas los favonios vientos
 " Y espumosas las ondas van rodando ;

- « Por arte del piloto ya se dejan
 « De los mares en medio ver los prados
 « De Zazinto y los bosques que la cubren,
 « Same, Neritos con peñascos altos:
 « Ítaca queda atrás donde Laertes
 « Reinó, y de maldiciones recargamos
 « A la tierra que á Ulises alimenta.
 « Luego las altas cumbres se miraron
 « De las Leucátes y el temido templo
 « De Apolo al marinero tan aciago.
 « Aunque con gran fatiga, dirigimós
 « Allí el rumbo gozosos penetrando
 « En la humilde Ciudad; la áncora pende
 « Y entorchan la ribera nuestros náos.
 « Contra toda esperanza tierra hubimos
 « Y perfumes de incienso á Jove damos
 « Cumpliendo nuestros votos en las aras
 « Y de Aecio en la playa los Troyanos
 « Juegos miraban y el aceite corre
 « Por los hijos de Ilion, los que luchando
 « Los usos de su patria recordaban
 « Gezosos á la fin de verse salvos
 « De las Griegas Ciudades enemigas
 « Y del mar los peligros evitando.
 « En tanto el sol concluye su carrera,
 « El soplo de Aquilon la mar hinchando;
 « Yo suspendo del templo en la bronceada
 « Puerta un escudo que llevara Abanto;
 « Al cual esta inscripcion acompañaba:
 « *Estas armas consagra Eneas grato,*
 « *Que fueron de los Griegos victoriosos.*
 « Mando dejar el puerto y en los bancos

« Al punto se colocan los remeros
 « Que argentaban las ondas con doblados.
 « Golpes, y ya bien pronto se descubre
 « La tierra superior á los Feacios
 « Costeando el Epiro, de Caonia
 « Al puerto llego, y á Butroto vamos.
 « La fama precursora nos anuncia
 « Sucesos que parecen muy estraños.
 « Heleno, hijo de Priamo, decian,
 « En la Griega nacion está reinando,
 « Y de Pirro la esposa con su trono,
 « Andrómaca ha pasado al del Troyano.

« Admirado al oir tales rumores,
 « Impaciente por ver, oir y hablarlo
 « A Heleno, y de su boca estos sucesos
 « Escuchar al momento, á tierra salgo;
 « Dejo naves y gente en la ribera
 « Y del puerto me aparto en un sagrado
 « Bosque que está muy próximo á un arroyo,
 « Que del Simois recuerda el cristal claro,
 « A Andrómaca encontré que allí ofrecia
 « Ofrenda y sacrificio funerario
 « A Hector que fuera su primer esposo,
 « Y con doliente voz le está llamando
 « Junto al sepúlcro que de césped era;
 « Levantóle ella misma con sus manos,
 « Y que solo servia á recordarla
 « Dolorosa memoria con su llanto.

« Después vido acercarse triste Andrómaca
 « Armas Troyanas rodeando el ámbito;
 « Inmóble se quedára, y sus sentidos
 « Se turban y la sangre con desmayo

« Se le hiela quedándose un momento
 « De aquella suerte ; luego que ha pasado
 « Largo tiempo. — ” ¿ En fin, dice, hijo de Venus,
 « Yo te veo ? ¿ aun vives ? ¿ y mandado
 « Vienes á que yo sepa tu destino?
 « ¿ Se cerraron tus ojos, por acaso
 « A la luz ? ¿ dó Hector está ? ” A estas palabras
 « Bañaba al rostro bello el tierno llanto,
 « El bosque resonando con lamentos;
 « Con mis suspiros responder no alcanzo.
 « A estas palabras : — ” Vivo, le decia,
 « Pero el mas infelice y desgraciado
 « De los vivientes; lo que ves no dudas,
 « Y tú ya sin tu esposo ¿ cual aciago
 « Destino te domina ? ¿ algun dichoso
 « Digno de tí encontraste ? ¿ Eres acaso
 « De Hector la viuda ó de Pirro esposa?
 « Ella con débil voz, los ojos bajos
 « Y con hondo dolor que el pecho oprime;
 — « ¡ Dichosa, dice, la hija de Priamo
 « Condenada á morir ante los muros
 « De Troya y del sepulcro del tirano!
 « Dichosa veces mil, que no sufriste
 « La ley de ser cautiva del malvado
 « Que á su lecho le arrastra, el enemigo
 « Vencedor de su patria ; yo pensando
 « Cuando de Troya las cenizas viera,
 « He sufrido la suerte de un esclavo.
 « Del uno al otro mar-lejos de Troya
 « Arrastrada me ví, Pirro inhumano
 « Digno hijo de Aquiles me retuvo
 « Hasta que al fin vencieron los encantos.

« De una nieta de Leda , Hirmíone altiva,
 « Y entonces me abandona á Heleno dando
 « Aun que esclavo tambien esposa esclava.
 « Abrasado de amores entretanto
 « Oreste , perseguido de las Furias,
 « A un rival indefenso mató insano;
 « Con la muerte de Pirro se pasáran
 « Parte de sus estados al Troyano,
 « Los que nombró Caonia por que quiso
 « El nombre conserváran de un hermano:
 « Aquí á Pérgamo ves , la Ciudadela
 « Que sobre esta montaña levantaron.
 « ¿ Pero á dó tu destino te condujo?
 « ¿ Que vientos á esta tierra que habitamos?
 « ¿ Que es del jóven Ascanio? ¿ le conserva
 « El cielo ? ¿ y vive de Céres el vastágo?
 « ¿ Es sensible á la muerte de su madre?
 « ¿ Échase ya de ver que será bravo
 « Sobrino de Héctor y de Eneas hijo?
 « ¿ Será igual su valor y fuerte mano?
 « Así llorando Andrómaca decia,
 « Con profundos suspiros ; y á lo largo
 « El hijo de Priámo se aparece
 « De una gran comitiva acompañado;
 « Conoce á sus antiguos compañeros,
 « Y con llanto de gozo á su palacio
 « Nos conduce ; le sigo y reconozco
 « Al momento la imágen de Pergámo,
 « Y de árido arroyuelo la figura
 « Que á Troya baña su famoso Janto,
 « Al entrar abracé la puerta Escéa;
 « Tambien mis compañeros se gozaron

- « Viendo al rey y la órden que destina
 « A su palacio y sus salones anchos
 « A dulces y magníficos manjares
 « Y la dorada copa al don de Baco.
 « Dos dias pasan, y los frescos vientos
 « Las velas con el Euro estan soplando.
 « Entonces me dirijo al favorito
 « De los Dioses y al dueño del oráculo;
 — « ¡ Oh digno descendiente de los reyes!
 « Intérprete de Apolo soberano
 « Que te inspira y declara los destinos,
 « Y patentes te fueron los sagrados
 « Secretos de las tripodes divinas,
 « Y los laureles de la excelsa Cláros,
 « Ni los astros del cielo, ni las aves
 « Te ocultan su volar y dulce canto:
 « ¡ Por que, dime, tan solo me habrán dicho
 « De los potentes Dioses los oráculos,
 « Que feliz navegando, en algun dia
 « De Italia llegaremos á los campos
 « Dó la fortuna varia probaremos
 « En aquellos paises tan tejanos?
 « De las Hárpias en fin, Celeno sola
 « Un terrible prodigio me ha anunciado.
 « Por venganza cruel un hambre fiera:
 « ¿ Como podré vencer tantos obstáculos? »
 « Helene inmola entonces segun rito
 « Para aplacar los Dioses holocaustos
 « De dos tiernos novillos y desata
 « La venda de su frente y por la mano
 « A tu templo me lleva, ¡ ó sabio Apolo!
 « Mientras que en su presencia nos postramos

« De religioso horror el alma llena,
 « Por su inspirada boca así me ha hablado :
 — « Hijo de Venus, claramente ves
 « Que correrás los mares con presagios
 « Los más nobles, y Jove, el mismo Jove
 « Reglará tus destinos y tus hados,
 « Tal es el orden que inmutable rige
 « En el progreso de sucesos varios ;
 « Algunas advertencias solo puedo
 « Darte, y te ayudarán en riesgos tantos
 « De los innotos mares que te lleven
 « De la Ausonia hasta el puerto deseado.
 « A Heleno ocultan las terribles Parcas
 « Lo demás, y de Juno el cruel mandato
 « Que declarar lo veda, y esa Italia
 « Que tan cercana eres engañado
 « Y pronto á recibirte ; tierra inmensa
 « Aun te tienen de ella muy lejano.
 « Antes de allí se encorvarán los remos
 « En el mar de Sicilia y en los anchos
 « Que bordarán la Ausonia y los que tocan
 « Del mismo infierno los infestos lagos ;
 « Verás de Circe la ominosa tierra,
 « Antes que te reciba hospitalario
 « Un pueblo en donde tú ciudad levantes.
 « Óyeme ahora atento, y con cuidado
 « Escucha las señales con que puedas
 « Reconocerla. Cuando tú apartado
 « Del río en la ribera, se aparezca
 « Una puerca tendida alimentando,
 « De sus pechos pendientes treinta hijuelos
 « Ella blanca y sus hijos también blancos,

- " Al término estarás de tus fatigas;
 " Allí estará también tu imperio alzado.
 " No te asuste comer con ansia extrema
 " Las mesas, su carrera harán los hados;
 " Tú implora siempre á Apolo poderoso,
 " Que no oirá jamás tu ruego en vano.
 " Evita las ciudades y vecina
 " Costa de Italia nuestro mar tocando,
 " Allí Griegas ciudades se levantan,
 " Allí reinan los Griegos Naricianos,
 " De Idomenéo el muro de Salento,
 " Allí está el débil muro que la mano
 " Alzó de Filoctétes á Petilia
 " La pequeña ciudad; entonces cuando
 " Tus bajeles te lleven á la opuesta
 " Parte del mar, y estés allí llenando
 " El sagrado deber, votos hicieres
 " En la ribera, en púrpura velado
 " Estarás por si acaso en el momento
 " Que arda en honor del Dios el faego sacro,
 " Algun rostro enemigo con su vista
 " El favorable auspicio torne aciago;
 " Que los tuyos observen este rito,
 " Y que sea inviolable el observarlo.
 " Despues de haber partido del Epiro
 " Y el viento hácia Sicilia os vá inclinando,
 " Y que al vecino monte de Peloro
 " Vuestros ojos les dén mayor tamaño,
 " El rumbo inclinarás hácia la izquierda
 " Buscando la ribera en giro largo:
 " Huye de la derecha y de sus aguas,
 " Cuentan que en otro tiempo con estrago

- "Espantoso, Sicilia una gran ruina
 "La separó de Hesperia; ¡Tan gran daño
 "Puede hacer con violencia el tiempo añoso!
 "Un solo continente antes formaron
 "Y ahora forman dos, que el mar furioso
 "De aquella union arrebató el espacio
 "Dividiendo ciudades y campiñas
 "Por medio de un canal por ambos lados.
 "En la derecha Escila está sentada;
 "Caríbdis á la izquierda resonando,
 "Mónstruo que no reposa en sus furores:
 "Tres veces en el día el mónstruo insano
 "Las ondas absorviendo, otras tres veces
 "Hasta el cielo las lanza vomitando.
 "En una roca oculta se-halla Escila
 "Que á veces manifiesta el rostro grató,
 "Y así atrae el bajel á los escollos.
 "Figura de doncella en cuerpo humano
 "Tiene hasta la cintura, mas el resto
 "Un delfin con dos colas féo y largo.
 "Mejor es navegar con largo rumbo
 "El triangulo Pachino, atravezando
 "Una de las tres puntas de Sicilia,
 "Antes que ver á Escila en su barátro,
 "Que llena las tres bocas con bramidos
 "De los cerúleos perros resonando.
 "En fin si Heleno á conocer alcanza
 "De lo futuro los misterios altos,
 "Si Febo le revela las verdades,
 "Sigue de mis consejos el mas sabio
 "Que repetiré siempre; sea tu esmero
 "Y lo mas principal de tus cuidados,

- « De Juno angusta su favor con votos
 « Y con ferviente súplica alcanzarlo.
 « Aplaquen su furor ardientes ruegos,
 « Y seguro tendrás el breve paso
 « Que á Sicilia separa de la Italia;
 « Que al peligro piedad lo torna vano.
 « Cuando á Italia llegáres, toma tierra
 « En el puerto de Cúmas no lejano
 « Del misterioso lago y las sonantes
 « Florestas del Averno, y el oráculo
 « De una Sacerdotisa que animada
 « Del sagrado furor del entusiasmo,
 « Al pié de una montaña en tersas hojas
 « Los nombres y respuestas colocando
 « Puestas en órden en la interna cueva
 « Junto á la entrada, y se retira, y cuando
 « Al abrirse la cueva el viento sopla
 « De inmuebles que antes eran ván volando
 « Sin que jamas procure la Sibila
 « Restablecer la serie de sus cantos.
 « Vánse los consultores sin respuesta
 « Maldiciendo la cueva y sus oráculos.
 « Mas tú no mirarás como perdido
 « El tiempo que empleáres en tal caso,
 « Y aunque tus compañeros impacientes
 « Y el viento te prometan viage grato
 « Y terminar tu curso, á la Sibila,
 « Por cualquiera manera, es necesario
 « Te manifieste de los altos Dioses
 « Cual es la voluntad, y de sus labios
 « Escuches la verdad que profetiza
 « En tu presencia inalterable oráculo,

« Y el premio te dará de tu homenaje;
 « Élla te mostrará sendero claro
 « Que conducirte pueda á tu destino
 « Que hasta ahora te ocultan los arcáños.
 « Tales son los consejos que yo puedo
 « Dárte, Príncipe ilustre; á tí te es dado
 « Tu fama levantar hasta los cielos
 « Con tu valor y el nombre del Troyano.”

« Después que de los Dioses el intérprete
 « Amistosos consejos diera sabio,
 « Ricos presentes conducir mandára
 « A mis bajeles, de marfil nevado
 « Brillante argentería y oro puro,
 « Calderos de Dodóna bronceados;
 « Una coraza con su triple malla;
 « También me presentára con un casco
 « Con ondeantes plumas que antes fueran
 « Armas de Neoptolemo malhadado;
 « Ni olvida generoso al padre Anquises,
 « Y á todos los presentes dió regalos
 « Y no dejando á nadie descontento
 « Armas nos dá, remeros y caballos,
 « Y completa las Naves que no tienen
 « El número cabal de tripularios.

« Las velas soltar manda el padre Anquises
 « El viento favorable aprovechando;
 « El ministro de Apolo le dá honores
 « Y de él se despide y dice grato:
 « Anquises, á quien Venus halló digno
 « De su augusta alianza, tan amado
 « De los Dioses, á quienes tu salvaste
 « Dos veces de la ruina del Troyano,

- « Mirando estás la-Italia y te apresura
 « A alcanzarla ; mas ; ay ! que navegando
 « Sin que á ella toques , pasarás ligero
 « El punto de la Ausonia á dó el oráculo
 « En que Apolo mostrándose propicio
 « Os envia , aun queda muy lejano.
 « Párte , Padre dichoso , que es muy digno
 « De vuestro amor tal hijo ; y por que tardo
 « En dejaros partir cuando los vientos
 « Os llaman á surcar el Océano ?
 « Llena de angustia Andrómaca al momento
 « De la partida le presenta á Ascanio
 « Dones que en la riqueza no cedian.
 « Era un Frigio manton que con sus manos
 « Ella misma con oro habia tegido
 « Y con ricos bordados realzado ;
 « Recibe , dice Andrómaca , hijo mio ,
 « Aquestos dones que te sean gratos
 « Y recuerdo de aquella que los diera ;
 « Sea prenda de amistad , que siempre guardo
 « En mi pecho , recibe el don postrero
 « De la esposa de Hectór : y tu, retrato
 « De Astianacte , mi amor , tambien recíbelos.
 « Así tenia sus ojos , así el blando
 « Gesto y los rasgos del semblante amable
 « Y ahora crecieran con iguales años. ”
 « Enternecido entonces , les decia ,
 « Felices ya vivid en el descanso
 « Que ingrata la Fortuna no os persigue ;
 « Mientras nosotros con peligros vamos
 « Resistiendo los mares y el destino,
 « En reposo vivis , sin perturbarlo

« El tempestuoso mar ni de la Italia
 « Que de nosotros huye el cruel engaño :
 « Aquí á Troya mirais , y los cristales
 « Que la márgen remedan de otro Janto :
 « ¡ Oh ! quiera el Cielo que mejor auspicio
 « Os libre de los Griegos comarcanos.
 « En fin si al Tiber llego , y sus riberas
 « A poseer y prometidos campos ,
 « Ojalá que estos pueblos bien unidos
 « De sangre y amistad con fuertes lazos,
 « Llegasen á formar un solo pueblo
 « Y otra Troya en la raza de Dardáno ;
 « Y que unida la Italia y el Epiro
 « Cumplieran nuestros votos sacrosantos. ”

« Partimos y los inares mas vecinos
 « De Acreceraunia al monte costeamos ,
 « El tránsito mas corto hácia la Itana:
 « En las ondas el Sol iba bajando,
 « Y cubrian las sombras las montañas ,
 « Después que por la suerte señalado
 « El puesto que ocupáran los remeros ,
 « En la orilla tranquila reposaron
 « Los fatigados miembros con el sueño.
 « Llevan las Horas de la noche el carro
 « Que no está en la mitad de su carrera ,
 « Mas Palinuro vigilante y cáuto
 « El viento observa y al menor susurro
 « Alerta oido sin cesar prestando ,
 « Sus ojos siguen silencioso el curso
 « Lento de las estrellas al helado
 « Arcturo, y mira las lluviosas Hiadas
 « Las Osas y Orion brillando el arco ;

« Y del tiempo sereno ya seguro,
 « De la alta popa la señal sonando,
 « A los vientos desplega la ancha vela .
 « Dividiendo su seno plateado.
 « Ya las estrellas huyen y la aurora
 « Colora con su luz el monte alzado ,
 « Y de lejos se miran de la Italia
 « Montañas á la flor del Océano.
 « ¡ Italia ! grita Acátes el primero
 « ¡ Italia ! ¡ Italia ! dicen los Troyanos
 « Con el clamor del gozo , luego Anquises
 « La copa llena de licor sagrado,
 « Y á los Dioses dirige esta plegaria :
 « Potestades celestes , cuyo brazo
 « Mar y tierra gobierna , con el tiempo
 « Y el curso de estaciones siempre vario
 « Concédenos los vientos favorables
 « Que propicio nos lleven donde ansiamos. »
 « Fué la súplica oida , luego el viento
 « Con mayor fuerza sopla y vemos claro
 « Un puerto cuya entrada se alargára ,
 « A dó está de Minerva un templo alzado
 « Con un alcázar de la Diosa , y luego
 « Recogiendo las velas , volteamos
 « La proa á la ribera. El puerto formá
 « En la parte oriental abierto un arco
 « Y en frente dos escollos dó se estrellan
 « Las espumosas ondas en sus bajos ,
 « Y por detrás del mismo se ocultáran ,
 « Dos torreadas rocas cuyos brazos
 « Cercan con doble muro el alto templo,
 « Y el templo se descubre mas lejano.

« Se ofrecen á mí vista lo primero ,
 « Corceles que lucian como el ampo
 « Que en el bosque pacian á lo lejos ;
 « ¡ O tierra hospitalaria ! el padre anciano
 « Dice al verlos , la guerra nos preparás ,
 « A la guerra se aprestan los caballos,
 « Esos feroces brutos que obedientes
 « Al freno , unidos el ardiente carro
 « Conducen , y con ellos guerra anuncian ,
 « La paz tambien con ellos esperamos.”
 « Asi dijera Anquises; y á sus ruegos.
 « Unen tambien los suyos los Troyanos
 « A la guerrera Palas que gobierna
 « En las comarcas suspiradas tanto.
 « Cubiertos nos llegamos á las aras
 « Con un velo de púrpura , al mandato
 « De Heleno obedeciendo , y ofrecimos,
 « A la potente Diosa que está en Argos,
 « Los ordenados ritos; y cumplidos,
 « De las antenas á doblar los brazos
 « Al viento , se mandó huyendo al punto
 « De la tierra enemiga á los Troyanos.
 « Alli aparece de Tarento el golfo ;
 « Que si Hércules fundó , rumor es vano ;
 « De Juno Laciniana en frente miro
 « El templo , con las rocas y naufragios
 « Escifaceos y Cáulon; se descubre
 « El Etna siciliano; óyese insano
 « Terrible mugidor ruido espantoso ,
 « Y las ondas del mar que se agitando
 « En las rocas confusas se perdian .
 « En la ribera , y hierve el mar airado

" Mezclándose á la arena; pero Anquises
 " Esclama : " Esta es Caribdis anunciado
 " Por Heleno en sus rocas , huid presto
 " De este lugar y con los fuertes brazos
 " El peligro venced ; ó compañeros !
 " Palinuro el primero á izquierda mano
 " Revolviera su proa , y con su ejemplo
 " La naos con las velas esforzando
 " Siguen el mismo rumbo , las montañas
 " De agua á los cielos se las vé tocando
 " Y entreabiertas nos hunden al abismo,
 " Tres veces los escollos escarpados
 " Con gran ruido lanzáran hasta el cielo,
 " Y en rocios tres veces ván bajando.
 " El viento y sol nos abandonan juntos;
 " Rendidos de fatiga y de cansancio
 " De los Cícoples vamos á la costa;
 " Es el puerto seguro , hondo y ancho;
 " Pero luego se escucha con zozobra
 " Que está el Etna vecino rebramando
 " Con terrible erupcion : altas montañas
 " Lanza de espesas nubes con relámpagos,
 " Cenizas , llamas , humo , ondeante lava,
 " Rocas ardiendo que con vuelo ráudo
 " Sus entrañas arrojan con torrentes
 " De calcinadas piedras , y entretanto
 " Resuena el hondo abismo de su seno
 " Rompiendo en sordo ruido con espanto.
 " De Encélado , se cuenta , medio ardiendo,
 " Del poderoso Jove , por el rayo
 " En castigo de loco atrevimiento
 " Le oprime el Etna con su peso , y cuando

- " Sus fatigados miembros se revuelven
 " Su aliento abrasador llamas lanzando,
 " Sicilia se estremece , y sus vapores
 " Tornan en noche oscura el dia claro.
 " En las puertas de Oriente el sol brillaba,
 " De la noche las sombras ahuyentando,
 " Y del bosque salia una figura
 " Con aspecto tan feo y descarnado
 " Que compasion excita; se encamina
 " A nosotros y viene suplicando
 " Y tendidas las manos nos llamaba;
 " Cautiva la atencion ver los andrajos
 " Sostenidos de espinas; era Griego.
 " El resto que en el sitio del Trovano
 " A su país sirviera; y aunque lejos,
 " Las armas y vestidos le mostraron
 " Que Ilion la patria de nosotros fuera.
 " El infeliz vertiendo triste llanto
 " Se precipita al punto á la ribera
 " Y suplicando esclama: — " Oid , Troyanos,
 " Yo os conjuro por Dioses y Deidades,
 " Por el dia que alumbra y que mirámos,
 " Que me saqueis de aquí , llevadme presto
 " A dó querrais : humilde os lo demando,
 " Griego soy lo confieso , batí á Troya;
 " Si de esta injuria mi perdon no alcanzo
 " Sea el mar mi sepulcro , en el abismo
 " De las ondas perezca , si es que acaso
 " Perecer debo por la mano de hombres."
 " Cuando así concluyéra , él humillado
 " Estrechamente abraza mis rodillas:
 " Que nos diga quien es aun le exhortamos,

- « Quien es su padre diga , que desgracia
 « Le persigue. Mi padre la su mano
 « Le alarga y le asegura con tal prueba,
 « Espere proteccion y firme amparo.
 « Del susto recobrado , asi principia:
 « — Compañero de Ulises desgraciado,
 « Es Ítaca mi patria y Acheménides
 « Es mi nombre , soy hijo de Adamasto.
 « Mi padre que era pobre y lo echo menos
 « Me hizo partir á Troya. Acelerados
 « Huyen mis compañeros del destino
 « Crúel y por olvido me dejaron
 « En la honda caverna , baja, oscura,
 « Del Cíclope que habita allí inhumano
 « Con la sangre y la carne palpitante,
 « Y yo mismo le ví. (¡ Dioses sagrados,
 « La tierra libertad de tal azote!)
 « Él mismo con su cuerpo levantado
 « Con su cabeza toca al alto cielo;
 « Y el oírle y hablarle causa espanto.
 « Carne humana le nutre y sangre bebe
 « Que vierten infelices desgraciados,
 « Vi devorar los miembros casi vivos
 « Que vivos resistian los bocados.
 « Mas no fué impunemente , porque Ulises
 « No dejó sin castigo tal agravio,
 « Y su astucia prudente no le olvida
 « En tan difícil y angustioso caso:
 « Pues cuando viera al Cíclope que lleno
 « De la sangre , y de vino bien cargado
 « Pesada la cerviz , de la caverna
 « Cubriendo el cuerpo todo el largo espacio,

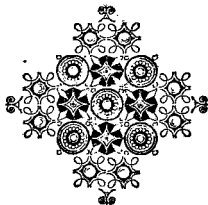
" Y de carne y de vino y sangre lanza
 " Grande indigesta mezcla vomitando.
 " Imploramos piadosos las Deidades.
 " Sobre nuestro destino suerte echando.
 " En torno del coloso nos pusimos,
 " Con agudos bastones horadamos
 " El ojo que en su frente relucía
 " De una cargada ceja sombreado,
 " Único, á un griego escudo semejante,
 " Cual flamígero sol lanzando rayos.
 " Así venganza dimos á los Manes
 " De los Griegos y al Cíclope hondo llanto.
 " Pero huid de aquí lejos, infelices
 " Troyanos, ¿ que os detiene desgraciados?
 " Cortad vuestras amarras, que no menos
 " Que Polifemo és, el que ordeñando
 " Ora está en su caverna sus ovejas.
 " Cíclopes otros cien en estos campos
 " Vecinos y florestas habitáran.
 " Tres veces de la luna el disco blanco
 " De su creciente faz rodára en torno,
 " Mientras mi triste vida yo he pasado
 " De esta espesa floresta en las manidas
 " De las bestias feroces, observando
 " Desde alguna alta roca estos gigantes
 " Que el ruido de sus pies dá sobresalto,
 " Y el eco de su voz espanto y miedo;
 " Las bayas de los arboles mas bravos,
 " Las yerbas y los frutos mas silvestres,
 " Han sido mi alimento y mientras tanto
 " Observabalo todo; vuestras naves
 " Es el primer objeto que he mirado

" Acercarse á estas playas , desde luego
 " Resolví presentarme , fijo el ánimo,
 " A cualquiera nacion aunque muriera,
 " Antes que ver sus execrables manos."
 " De decir acababa, cuando vimos
 " Que en la montaña está con su rebaño
 " Este enorme pastor que lo conduce
 " A pastos conocidos y trillados.
 " Mónstruo espantoso , informe con un ojo,
 " Lleva en la mano un pino despojado
 " Que sus inciertos pasos asegura;
 " Sus ovejas le siguen ; -supreciado,
 " Su único consuelo en la desgracia;
 " La flauta pastoril lleva colgando
 " De su cuello , y luego que llegára
 " Del mar á la ribera , con su mano
 " La sangre se lavó con un rabioso
 " Gemido , y con los dientes rechinando
 " Por medio de las ondas atraviesa
 " Que á la cintura apenas le llegaron,
 " Y por ellas camina sin concierto.
 " De espectáculo tal horrorizados ,
 " Intentamos la fuga que al instante
 " Llevándonos al Griego aceleramos ,
 " A su prudente aviso agradecidos.
 " Cortamos las amarras ; encorvados
 " Sobre los remos y agitando el piélagos
 " El Cíclope nos oye y mueve el paso
 " Adonde el ruido sale, el brazo alarga
 " Sin asir cosa alguna, y abrasado
 " De cólera furioso , un grito horrendo
 " Que retemblar hiciera el hondo lago

- « En el profundo abismo , y á la Italia
 « De susto llena , el Etna resonando
 « Con eco mugidor. Con tal rüido
 « La raza de los Cíclopes tocando
 « A los cielos , del bosque á la montaña
 « Corre , bajan al punto levantando
 « Estos hijos del Etna sus cabezas
 « Como la aérea encina , ó ciprés alto
 « En el bosque de Jove ó la floresta
 « De Diana. Al mirar tal espectáculo
 « Se redobla el esfuerzo y nuestras velas
 « Al viento favorable las soltamos.
 « De Heleno la advertencia en vano anuncia
 « Inevitable muerte si dejamos
 « Entre Escila y Caribdis el camino;
 « Resueltos á volver atrás el paso.
 « Cuando por el estrecho de Peloro
 « Aleja el riesgo el Bóreas soplando;
 « Atrás quedan las bocas de Pantagias
 « Que vivos las rodean los peñascos.
 « La baja Tapso , los Megáros senos,
 « Cuyos nombres conoce el Griego , cuando
 « Con Ulises corriera estas riberas;
 « Allí se deja ver el mar Sicanio,
 « Frente de las lagunas del Plemmirio
 « Está la isla Ortigia; aquí el nombrado
 « Alféo, segun cuentan, por secretos
 « Conductos por el mismo fabricados;
 « Con las suyas tus aguas , Aretusa,
 « Confundes en los mares Sicilianos.
 « Fieles á los avisos que dió Heleno
 « A los Dioses rendimos holocausto

- « En el mismo lugar ; de allí salimos
 « Y los fértiles campos costeamos,
 « Los que riega el Helor de huinchadas aguas.
 « Corro el cabo Pachino y sus peñascos
 « Que se alzan sobre el mar y desde lejos
 « Vemos á Camarina , á quien los hados
 « Su lago abandonar la prohibieron
 « Veo la inmensa Gela y su gran llano
 « A la márgen de un rio de su nombre.
 « Aparece tambien aunque lejano
 « Agrigento ceñido de murallas,
 « Célebre en otro tiempo en sus caballos;
 « Los vientos favorables me retiran
 « De tí ó Selinunte y renombrados
 « Palmosos bosques ; sigo el arrecife
 « Y escollos que se ocultan en los bajos
 « De Lilibéa y con propicio viento
 « Entramos en el puerto de Drepáno,
 « Dó me esperaban duelos y pesares.
 « Aquí de penas de la mar cansado
 « El mejor de los padres hé perdido
 « Que de Troya salvé ; ahora quedando
 « Próximo á sucumbir en el peligro
 « De destinos adversos y del hado.
 « Ni tal desgracia me anunciara Heleno,
 « Ni quiso preveyera el triste caso,
 « Ni Celeno crüel que pronostica
 « Mi rüina fatál en sus oráculos.
 « Tal fuera mi destino ; el sitio dejo
 « De mi desgracia , y al momento parto,
 « Y una Diosa enemiga me conduce
 « A esta tierra y á mares tan contrarios.»

**Aquí Eneas concluye , á quien atentos
Escuchaban los Tirios y Troyanos.**





La Eneida.

LIBRO IV.

De la pena mas cruel la reina herido
 Siente su puro y amoroso seno,
 Y al corazon profundamente abrasa
 De oculta llama inestinguible fuego.
 De Eneas el valor y la grandeza,
 Su semblante, su origen y su acento,
 Todo junto en su mente está grabado.
 Ni su pena calmára el dulce sueño,
 Que amorosa inquietud el pecho agita.

Ya la aurora lanzaba desde el cielo
 Las sombras, y del dia el Dios radiante
 Los rayos de su luz enciende Febo,
 Cuando fuera de sí dirige Dido
 A su hermana, que sabe sus secretos,
 Estas palabras, y la dice; — « Ana,
 « ¿Que imágenes son estas que en mi pecho

- « En la pasada noche se levantan?
 « ¿ Que huésped será éste? ¿ que extranjero
 « El que entra en mi palacio? ¿ que nobleza!
 « ¿ Que porte! ¿ que valor! ¿ que hazañas! creo.....
 « Sí; no puedo dudarlo, que él descende
 « De los celestes Dioses; siempre el miedo
 « Se deja ver en alma envilecida.
 « ¡ Que guerras no contára! ¿ cuantos riesgos,
 « Impasible no ha hollado! si no hubiera
 « Renunciado por siempre al lazo estrecho
 « Del conyugal amor, cuando imprevista
 « Muerte crúel burlára mis afectos;
 « Si el tálamo nupcial y la brillante
 « Antorcha que preside al himeneo,
 « No fueran para mí tan odiosos;
 « A esta sola flaqueza el firme pecho
 « Pudo rendirse; sí, mi dulce hermana,
 « Te lo confieso: desde que Sicheo
 « Con fin tan deplorable ha perecido,
 « Desde aquel triste día tan funesto,
 « En el que de mi esposo los Penates
 « Un hermano crúel tornó sangrientos;
 « Por Eneas tan solo mi alma siente,
 « Y vacilante mi virtud ya veo;
 « Conozco los vestigios de una llama
 « Que de amor me abrasára en otro tiempo.
 « Pero ábrase la tierra y que me trague
 « En sus abismos, y el ardiente fuego
 « Del padre de los Dioses me confunda
 « En la mansion de pálidos espectros
 « Y en las profundas sombras de la noche,
 « Antes que yo quebrante tus preceptos

« ¡ Santo Pudor ! y tus sagradas leyes.
 « Mi ternura y mi amor serán eternos
 « Para aquel que me uniera á su destino
 « El primero : guardándolos ilesos
 « Consigo en el sepulcro » Y así hablando
 En lágrimas inunda el albo seno.

— « ¡ Ó hermana mas amada que la vida!

« Ana responde : ¡ sola en triste duelo
 « La dulce primavera de tus años,
 « Pasas sin conocer el nombre tierno
 « De madre, y las delicias tan preciadas
 « Del casto amor y merecidos premios?
 « ¡ Que ! ¿ una fria ceniza acaso creés
 « Y una sombra en la tumba estén contentos.
 « Con sacrificio tal , abandonada
 « A tu intenso dolor ? Creerte quiero,
 « Que ni en Tiro ni Libia , esposo alguno
 « De tu alma haya obtenido el amor tierno.
 « Habiendo desdeñado al fiero Iarbas,
 « Y otros príncipes nobles que en su seno.
 « El Africa alimenta belicosa.
 « ¡ Resistirás tambien al dulce afecto
 « Que es de tu corazón y de tu agrado?
 « ¡ No vés que te rodean fieros Gétulos,
 « Y Numídas sin freno , y esas Sirtes
 « Que tan terribles son al extranjero;
 « Y junto los desiertos abrasados,
 « Y lejos combatiendo los Barceos?
 « ¡ No recuerdas de Tiro las discordias
 « Y los rencores de tu hermano ? El cielo,
 « Está bien persuadida , y Juno misma
 « De Eneas los bajeles condujeron

« A tus playas ; ya ves cuantas Ciudades,
 « Que fuerte poderoso y grande imperio
 « Si himeneo te cubre con su sombra
 « Y protegen de Troya los guerreros.
 « ; Cuanta gloria no lleva hasta los astros
 « El nombre de Cartago y de los Penos!
 « A los Dioses procura hacer propicios
 « De la hospitalidad ; pretesta luego,
 « A fin de detenerle , los furores,
 « Tempestades del mar que alza el invierno,
 « A Orion llavioso , y los bajeles rotos,
 « En la pasada tempestad deshechos.»

Este discurso inflama el ya abrasado
 De Dido el corazon y estos consuelos
 Dan la esperanza al alma vacilante
 Que del pudor los lazos van rompiendo.

Ya juntos en las aras se presentan
 Y recogen presagios lisongeros;
 Las mas bellas ovejas sacrifican
 A Céres que dá leyes , luego á Febo;
 De libertad al padre , hermoso Baco
 Y á Juno mas que á todos , que dá el premio
 De himeneo en los lazos venturosos.

En las astas el vino está vertiendo
 De una novilla , Dido magestuosa
 En la mano la copa sosteniendo,
 Y vése de continuo paseando
 En torno á los altares bien cubiertos
 De ofrendas y de imágenes sagradas,
 De grandes Dioses , y principia haciendo
 Los sacrificios con sus ojos fijos
 En las entrañas palpitantes : luego

Ansiosa las consulta : ¡ Ó vana ciencia
 De los agüeros ! ¿ Que servirán templos?
 ¿ Que votos servirán para dar calma
 A un pecho ardiendo en amoroso fuego?
 En llamas entretanto arden sus venas
 Que á la llaga de amor dán alimento.
 Arde la infeliz Dido en su delirio
 Y corre la Ciudad ; así ligero
 Se escapa el cervatillo por el bosque
 De Creta ; que un pastor hirió de lejos
 Cazando , y sin saberlo lleva el dardo
 Matador enclavado ; y vá corriendo
 Y la flecha vá fija en el costado.

Ya Dido lleva á Eneas por el medio
 De Cartágo y le muestra preparada
 Una Ciudad entera , y los portentos
 De su riqueza ante sus pies ofrece:
 Quiere hablar y al seguir queda suspenso
 El discurso. Ya á veces en la tarde
 Cuando el sol va á morir , un gran festejo
 Prepara y en deseo ya se abrasa
 De oír de aciaga Troya los sucesos,
 Con el alma pendiente de los labios
 Del héroe , y en fin cuando los cielos
 La noche conduciendo los separa
 Y cubre las estrellas con su velo,
 Al sueño convidando ; en los salones
 Sola y triste se inclina sobre el lecho
 Donde Eneas estuvo , y verle cree;
 Otras veces le finge su amor mismo,
 Que cuando abraza á Ascanio , al padre abraza,
 En el alma su imágen reteniendo,

Y así engañar á Amor que la devora.
 Ya no se alzan de torres los cimientos,
 Ni en fuerte juventud brillan las armas,
 Ni se obra en el muro ni en el puerto;
 Todo está interrumpido en los trabajos
 Con máquinas que están tocando al cielo.

Entre tanto la hija de Saturno,
 La esposa del gran Jove, que está viendo
 Que el amor á la reina dominára
 Con violencia tan grande, en tal extremo
 Que su gloria olvidára; á Venus bella,
 Dice: — « En verdad, muy grandes los troféos,
 « Tú y tu hijo tendreis en los despojos
 « De una débil mortal al vencimiento
 « Por dos Divinidades; bien conozco
 « Que estos Lares os llenan de recelo
 « Que á mí están consagrados, y que Eneas
 « Tanto aquí se demora; mas ¿ que término
 « Tendrán nuestros combates? ¿ que ventajas
 « De esta empeñada lucha sacáremos?
 « En una paz segura cimentada
 « Con un feliz y plácido himeneo
 « Tranquilos quedaremos. Tú has ganado
 « Lo que con tanto ardor fuera tu anhelo;
 « En tus llamas se abrasa Dido hermosa,
 « Y el fuego del amor arde en su pecho;
 « Que ambos en adelante estén unidos
 « Con los mismos auspicios estos pueblos;
 « Que Dido se someta á un Frigio esposo
 « Y dote de la reina sean los Penos.»

Ni á Venus sorprendiera este discurso
 Tan lleno de artificio; era su intento

Que el imperio de Italia se mudase
Al de Africa , las suertes invirtiendo.

— « Insensato sería el que intentára,
« Venus responde , despreciar tu obsequio,
« Y prefriese un desigual combate
« Si auxilia la Fortuna tus proyectos.
« Pero la incertidumbre del destino
« Me hace dudar que Júpiter dé asenso
« A que en una Ciudad vivan unidos
« La colonia de Troya con los Penos,
« Aprobando la union de ambas naciones
« Y las leyes juntando con los pueblos.
« Tú que su esposa eres , á tí toca
« Probar si el corazon cede á tu ruego;
« Obra tú pues , y seguiré tus pasos.»

— « Será mio el cuidado de este empeño,
« Juno la dice , pero escucha ahora
« Y brevemente te diré el proyecto
« Que medito : Mañana Dido triste
« Con Eneas salir se habia propuesto .
« A cazar en el bosque , cuando Apolo
« Al desplegar sus lúcidos reflejos
« Apagando á la aurora sus albores
« Con su brillo ilumine todo el suelo.
« Mientras que los ginetes á caballo,
« El bosque rodearen extendiendo
« Sus redes en contorno, una gran lluvia
« Y nubes con granizo y hondos truenos
« Harán se alejen todos ; entonce Eneas
« Con Dido ocultos á una gruta huyendo.
« Presente allí estaré contigo unida,
« A entrambos ligaré con lazo estrecho

« El Troyano , de Dido será esposo,
 « Siendo Himeneo allí mi compañero. »
 La Diosa de Citera nada aprueba,
 Mas finge consentir en el proyecto
 De Juno y con astucia se sonrie.

Al océano bañan los destellos
 De la naciente aurora , el astro hermoso
 Del dia tambien sale. Sale á un tiempo
 De la Ciudad la juventud gallarda,
 Y en tropel corren los ginetes diestros
 Massílicos que llevan la trailla
 Muy numerosa con su ardor inquietos;
 Con redes varias y con largas picas
 De la anchurosa hoja ; los primeros
 Fenicios en la puerta aguardan firmes
 A la reina que estaba en su aposento;
 Y el soberbio coreel brillando en oro
 Y púrpura , agitando su crin luengo,
 El suelo hiere el resonante casco
 Y fiero tasca el espumoso freno.
 Al fin se deja ver de numeroso
 Cortejo acompañada la cubriendo
 Un largo manto Tirio recamado
 Con rica bordadura , y pende luego
 Desde la espalda la dorada aljaba.
 Ata una trensa de oro sus cabellos
 Y del mismo metal brillante hebilla
 La púrpura estrechando al sutil cuerpo.
 Tambien de Frigios trae inmensa turba
 Que al ardoroso Julio vá siguiendo;
 A todos los eclipsa el bravo Eneas
 Por su gracia y belleza y porte regio.

Al lado de la Reina se coloca,
 Su séquito al de Dido reuniendo:
 Tal se mostrára Apolo cuando deja
 La fria Licia y Janto y torna á Délos
 Que le sirvió de cuna , con las danzas
 De los alegres coros de los pueblos
 De Agatirsos , Cretenses y Driópes
 Que su alabanza cantan en su templo.
 Apolo se adelanta desde el Cinto
 Y oprime blandamente sus cabellos
 Con ondeantes trenzas de oro puro
 El sagrado laurel su sien ciñendo,
 Y en la espalda sonando las terribles
 Flechas que en el carcáx están luciendo.

Llegan á la montaña y desalojan
 De sus manijas , animales fieros,
 Cabras saltantes , temerosas liebres,
 De rocas empinadas descendiendo;
 Huyen tambien los ciervos que salvando
 Las inmensas llanuras , forman cerco
 Y con nubes de polvo se retiran
 A la altura escarpada de los cerros:
 Pero el jóven Ascanio entre los valles
 Ya á unos se adelanta de ardor lleno,
 Ya de otros queda en pos , atrás dejando
 A otros muchos, y anhela que en el medio
 Un javalí espumoso se aparezca,
 Ó un terrible leon feroz rugiendo.

Pero el aire ensordece , inmenso ruido
 Al de la tempestad siguiera presto
 Que al granizo acompaña; y de los Tirios
 Y guerreros Troyanos , con el Nieto

De Venus se dispersan , con espanto,
 Buscando en la campaña algun remedio.
 De lo alto descenden los torrentes
 Que impetuosos cubrieran todo el suelo,
 Y el capitán Troyano y Reina Dido,
 Juntos van á una cueva ; y al momento
 La Tierra y Diosa Juno que presiden
 Al consorcio nupcial , la señal dieron.
 Déjanse oír entonces desde lo alto
 Truenos continuos , y los claros fuegos,
 Testigos del secreto , iluminaron
 Lazos tan infelices y funestos:
 Las Ninfas en la cumbre lamentaban
 Este dia fatal , primer encuentro
 Que dió la muerte á Dido y sus desgracias;
 Desde entonces de nada le sirvieron
 La decencia y decoro que cubria
 Con el sagrado nombre de himeneo
 Un clandestino amor , y su flaqueza
 Es amor sin decoro , amor sin freno.
 Al instante la Fama difundia
 Del África en los pueblos el suceso,
 La Fama , el mónstruo mas veloz que á todos
 En rapidez excede. El movimiento
 Es su vida y creciendo fuerza adquiere;
 Débil, tímida y lenta al primer vuelo
 Se levanta en el aire y sus pies tocan
 La tierra , y su cabeza esconde el cielo.
 Indignada la Tierra en sus furores,
 Se dice , por la venganza que ejercieron
 Los Dioses , á luz diera aquesta hermana
 De Céu y Encelado, con ligeros

Pies y con prestas voladoras alas;
 Mónstruo horrible y enorme vá cubriendo
 ¡ Ó prodigio ! debajo cada pluma
 Ojos que velan sin temor del sueño,
 Bocas abiertas y parleras lenguas;
 En las tinieblas de nocturno tiempo
 Con sus alas recorre cielo y tierra,
 Sus ojos no reposan un momento,
 En torreados palacios pasa el dia
 Derramando el alarma entre los pueblos;
 De mentira es el nuncio infatigable
 Y de engañoso error el mensajero.

Con maligno placer publica entonces,
 Ó á su rumor uniendo el verdadero,
 Anuncia que á Cartago llegó Eneas,
 Que de Troyana sangre descendiendo,
 Benigna lo recibe Dido hermosa
 Por su esposo querido y compañero;
 Y en regalo y placeres divertidos
 Las noches pasan del cansado invierno,
 Y esclavos del amor han olvidado
 Los penosos cuidados del imperio.
 Estos tristes rumores que la Diosa
 Hacía circular , llevan su vuelo
 Al palacio de Iarbas que inflamáran
 El furor del audaz resentimiento.

Hijo del Dios Ammon y de una Ninfa
 Que los Garamantidas nacer vieron,
 Habia él erigido en sus estados
 Cien humeantes aras en cien templos.
 Ardiera noche y dia el fuego sacro,
 Sin jamas apagarse ni un momento,

Ante los Dioses , y la sangre riega
 De numerosas víctimas el suelo,
 Y las puertas con flóridos festones
 Y recientes guirnaldas reluciendo,
 Furioso le tornáran los rumores
 Que inflaman con su cólera los celos;
 Y al pie de los altares levantando
 Las manos, dirigia á Jove excelso
 Esta súplica humilde : « Ó Dios potente
 « A quien ofrece el Moro en ricos lechos,
 « Sus libaciones de oloroso vino,
 « ¿ No ves lo que aquí pasa ? inútil miedo,
 « Nos llena de terror tu ardiente rayo?
 « Si el espanto derrama con su fuego
 « En las nubes rodando sin designio,
 « Es un vano murmullo el que tememos?
 « Una muger errante en nuestras costas
 « Alcanza á precio de oro alzar un pueblo,
 « Sujeta á condiciones , sin las cuales
 « No podia tranquila poseerlo:
 « Mi mano esta muger ora desdeña
 « Y á Eneas por esposo recibiendo
 « Quiere sea su apoyo , con su mano
 « Le dá su corazon y todo un reino.
 « ¿ Y ahora el nuevo París en su corte
 « Con la mitra enlazada junto al cuello,
 « La barba y el cabello perfumados,
 « Se goza en su conquista ? ¿ mas yo ofrezco
 « Y ofrendas acumúlo en los altares
 « Con una fama inútil satisfecho? »

Así oraba , las manos sobre el ara;
 Mas Jove poderoso oye su ruego

Y á la Ciudad real vuelve los ojos
 Y á los amantes del honor desprecio.
 Llama á Mercurio entonces y le dice:
 « A los Céfiros llama , y con ligero
 « Vuelo baja á la tierra , y al Troyano
 « Que en los muros de Tiro olvida ciego,
 « Los campos que el Destino le promete;
 « Hiende sin dilacion el aire , y presto
 « Dirásle estas palabras ; que su madre
 « Venus , jamas me prometiera esto:
 « Que de los Griegos le libró dos veces
 « Para que estableciera su denuedo
 « Un gran imperio en la guerrera Italia
 « Con sus leyes , su fama y su gobierno;
 « Y la fecunda prole que algun dia
 « La noble sangre fué de antiguo Téucro
 « A su ley sujetando el orbe todo.
 « Si al esplendor de tal destino ageno
 « No le inflama el deseo de su gloria,
 « Olvidarse podrá de aquel renuevo,
 « Su propio hijo Ascanio destinado
 « De Roma á cimentar potente el cetro:
 « ¿ Que proyectos le animan? ¿ que esperanza
 « En la tierra enemiga no volviendo,
 « Sus ojos á la Ausonia y á Lavinia,
 « A la sangre ofrecida de sus nietos?
 « Que se embarque , ya basta ; vuela , dile
 « Que esta es mi voluntad.» Mercurio presto
 De su padre el mandato al punto cumple,
 Los borceguíes de oro atando luego,
 Y las alas le llevan por el aire
 Por la tierra y el mar cual veloz viento.

Toma su vara de oro poderosa
 Con que evoca las sombras del Averno,
 Y las lanza también al negro Tartaro;
 Con su vara dá y quita el dulce sueño,
 Y en los párpados sella el de la muerte.
 Ella regla del aire el movimiento,
 Y atraviesa la nube tempestuosa.
 En su vuelo descubre á Atlas excelso
 Que en sus hombros sostiene el alto Olimpo,
 De Atlas cuya corona guarnecieron
 Verdes pinos y cercan densas nubes
 Y la azotan las lluvias y los vientos;
 Sus espaldas las cubre espesa nieve.
 De su rígida barba por el medio
 Corren entre carámbanos los rios.
 Sobre la alta montaña para el vuelo
 Antes que reposar; de allí se lanza,
 De su cuerpo aereal con todo el peso
 Hacia la mar, cual ave que girára
 En torno á la ribera sin sosiego,
 Y en la pescosa roca el vuelo abate,
 Y la tierra costeando, siempre el piélagos,
 Y la arena desflora de la Libia;
 Así hendia los aires por el medio
 De tierra y cielo de Cileno el hijo
 Dejando atrás á su materno abuelo.
 Apenas sus alados pies tocaron
 Las vecinas cabañas de los Penos,
 Cuando vé á Eneas levantando fuertes;
 Dando á los edificios brillo nuevo.
 Pende al costado la potente espada
 Con estrellas de jaspé reluciendo;

Cúbrele un manto de brillante púrpura,
 Presente de la Reina que tegieron
 Sus manos y realzan de oro fino
 Bordados que le dán nuevo ornamento.
 El Dios se acerca entonces y le dice:

« ¿ Tú eres quien á Cartágo das cimientos?
 « De una muger esclavo harás tu gloria
 « En levantar sus muros altaneros,
 « ¿ Y en tu delirio olvidas las promesas,
 « Y gloriosos destinos de los Teúeros?
 « El soberano Dios que lo vé todo
 « Y á solo una señal retiembla el Cielo,
 « A tí me envia desde el alto Olimpo,
 « Y él mismo me mandára, que ligero
 « Cortando el aire su mandato sepas.....
 « ¿ Cual es pues tu esperanza y tus proyectos?
 « ¿ Que inaccion vergonzosa te detiene
 « De las costas de Libia en torpe sueño?
 « Si tan alto destino no te inflama
 « Ni por tu propia gloria haces esfuerzos,
 « Sobre el jóven Ascanio pon los ojos
 « Que ha de ser de tu gloria el heredero;
 « El hijo tan querido á quien los hados
 « Dieron Roma, la Italia, el universo.»

El hijo de Cileno así dijéra,
 Y á los hombres oculta el rostro bello,
 Y cual sutil vapor desaparece,
 Y en el aire se pierde allá á lo lejos.

A la vista del Dios, mudo quedára,
 Se turba y se le erizan los cabellos
 Y la voz espiró sobre los labios.
 Ya se abrasa de huir en el deseo

Y abandonar la tierra de delicias,
 El aviso del Dios obedeciendo.
 Mas ¡ ay ! ¿ que podrá hacer ? ¿ como prepara
 A la Reina perdida en tanto incendio?
 ¿ Como á hablarle principie ? ¿ que la diga?
 Ruedan mil pensamientos en su pecho,
 Vuela del uno en otro su designio,
 Sin tranquilo pararse en un proyecto.
 Siempre incierto y dudoso en sus angustias,
 Al fin á la partida está resuelto.
 Llama al bravo Cloanto á su presencia
 Y llegará Mnestéo con Sergesto.
 Manda equipar la escuadra con presteza,
 Pero todo sin ruido y con silencio,
 Y en la ribera se reúnan todos,
 Fingiendo la ocasion del movimiento.

Entretanto la Reina generosa
 Todo lo ignora, y sin tener recelo
 Que la suerte tirana causa diera
 Que pudiera romper lazo tan tierno,
 El mismo conversando proporciona
 Se encuentre favorable algun momento.
 Sus órdenes gozosos obedecen
 Y en las naves esperan en silencio.

Mas ¿ quien puede engañar á un fino amante?
 La Reina sospechó todo el secreto;
 Recelosa en el seno de la calma,
 Ella misma previene el lance fiero.
 La impia Fama anuncia al pecho amante
 Que Eneas vá á partir desde aquel puerto.
 Ella desesperada se abandona
 De furibunda rabia á los accesos.

Corre por la Ciudad cual si corriera
 Una sacerdotisa de Liëo
 De furor poseida, y de la fiesta
 Luego que apareció signo primero
 Del tercer año que las orgías marcan:
 Y rebramára con nocturnos écos
 El monte de Citéron: ella entonces
 A Eneas dirigió tales acentos:

— « ¡ Esperástes, ¡ ó pérfido! con dolo
 « Y disimulo tu traición cubriendo,
 « Ignorándolo yo, salir callado
 « De mi imperio? ¡ Cruel! ¡ que no pudieron
 « Detenerte mi amor, ni aquella mano
 « Que me diste, ni á Dido ya muriendo
 « Con la muerte mas cruel? ¡ pero que digo!
 « ¡ No te detiene el borrascoso invierno?
 « ¡ Al furor de los mares tornar quieres
 « Y de Aquilon airado al torvo ceño?
 « ¿ Vas á buscar ¡ cruel! tierras estrañas
 « Y que tú no conoces? ¡ Ah! si al menos
 « Troya antigua existiera, ¡ á Troya fueras
 « De las rocas y mares por el medio?
 « Tu huyes ¡ ay! de mi, por estas lágrimas
 « (El solo bien que de tus manos tengo)
 « Y lazos de himeneo comenzado
 « Con que yo á tí me uní, si algun derecho
 « Al reconocimiento he merecido,
 « Si hay en mi alguna cosa con que puedo
 « Tu corazón calmar, piadoso seas,
 « Renuncia, si es que puede humilde ruego
 « Conmoverte, renuncia á éste designio.
 « Por tí el odio adquirí de tantos pueblos

« Y naciones de Libia y los Nomados;
 « Me aborrecen por tí los Tirios mismos:
 « Por tí sacrifiqué mi honor y fama,
 « Los que me levantaron á los cielos:
 « ¡ En que manos, cruel, dejar pretendes
 « La moribunda Dido? Si el desprecio
 « ¡ Ó mi querido huesped! es mi suerte,
 « Ni este nombre tendré cuando himeneo
 « El llamarte mi esposo permitia.
 « ¡ Esperaré que venga, airado y fiero
 « Pigmaleon mi hermano, el alto muro
 « A derribar atroz; ó Iarbas Gétulo
 « Me haga su cautiva? ya menor fuera
 « Mi llanto, mi dolor y sentimiento,
 « Si antes de abandonarme me quedára
 « Una prenda de amor; un hijo tierno
 « Que tu nombre llevara y tu figura,
 « Que retratára en infantiles juegos
 « A Eneas, no creyera mi abandono
 « Ni tan duro y crüel ni tan desierto.»

Asi le hablára Dido, mas el héroe
 A obedecer los Dioses ya resuelto,
 Fija la vista en tierra, se esforzaba
 A ahogar el pesar que oprime el pecho.
 Él en fin brevemente le responde:

— « Sí; gran Reina, gustoso lo confieso,
 « Que los favores que de tí recibo
 « Mas grandes son que tú lo estás diciendo,
 « No lo podré negar que en tiempo alguno
 « No existiera jamás solo un momento,
 « Que no sea agradable á mi memoria
 « El recuerdo de Elisa, y á mi seno

« Sopló vital anime , y mientras rija
 « El aliento de vida en estos miembros.
 « Ahora tú me acusas , mas me bastan
 « Pocas palabras para estar absuelto
 « De crimen tan enorme : mas es justo
 « ¡ Ó Reina ! descubrirte mis intentos
 « Y mostrarte la causa : yo no pude
 « Encender las artorchas de himeneo,
 « Ni con motivo tal aquí he venido:
 « Si á mí me permitiera el alto cielo
 « Que mi suerte fijára y mi destino
 « Segun mi voluntad ; los tristes restos
 « De la encendida Troya aqui quedáran;
 « Consagrados serian á este imperio.
 « El palacio de Priamo aqui fuera
 « Con todo su esplendor , sería este pueblo
 « Vencido, por mis manos consolado
 « Y de Pérgamo el nombre fuera eterno.
 « Pero el Grineo Apolo anuncia á Italia
 « Y el oráculo Licio en el sendero
 « De Italia ordena dirigir mis pasos;
 « Allí mi amor está , allí está el centro
 « De mi patria. Si Libia, si Cartago,
 « A tí que eres fenicia inflama el pecho;
 « ¿Por que se ha de envidiar á los Troyanos
 « De la Ausonia habitar los campos bellos?
 « ¿ Por que no buscaremos otra patria
 « En regiones y climas estrangeros?
 « Cuando tiende la noche el negro manto
 « Y con húmedas alas cubre el cielo,
 « Siempre mi padre Anquises se presenta
 « En mis sueños mirando á Julio atento,

« Recordando incesante el duro agravio
 « Que yo le hiciera á su querido nieto,
 « Privándole tal vez de aquella gloria
 « Que el destino le dió del sueto Hesperio.

« El mismo mensajero de los Dioses
 « Por Júpiter enviado (séame el mismo
 « De mi verdad testigo) ha descendido
 « Para comunicarme sus decretos.
 « Sí, con mis propios ojos yo he mirado
 « A Mercurio brillante con reflejos,
 « Por medio á la muralla, y mis oídos
 « Escucharon sus suaves dulces ecos;
 « Que si ahora te causan tristes quejas
 « Tus pesares y míos, no soy dueño
 « De dejar de ir á Italia. » Así habló Eneas.

Dido le escucha, más con torvo ceño,
 El semblante indignado, y con sus ojos
 De alto abajo le mira con silencio;
 Y colérica dice: — « No; no, ingrato,
 « No es tu madre una Diosa, ni tu abuelo
 « Dárdano: el horroroso monte Caucasó
 « Te llevó entre las rocas de su seno,
 « Y su leche te diera alguna Hircana
 « Tigre: ¿Disimular acaso puedo
 « Al recibir ultrage tan terrible?
 « ¿Acaso en mi dolor gimió el perverso?
 « ¿Sus ojos me miraron compasiva
 « Y de amor lastimado sintió el peso?
 « ¿Su semblante bañara ardiente lloro,
 « Ó tierno acarició mi amante pecho?
 « ¡Ya Juno me abandona, y Jove misino
 « Indiferente mira tanto duelo!

« Despues que de las ondas y las rocas
 « En mis playas , errante , yo le hospedo
 « En su miseria ; ¡ ay loca ! y con él páрто
 « Mi trono , yo las naves le devuelvo
 « Y libro de las garras de la muerte
 « Todos sus infelices compañeros.
 « ¡ Desgraciada de mí ! ya yo me rindo
 « A los transportés de furor ; ya veo
 « De Licia los oráculos , Apolo,
 « Mensagero el de Jove , sus decretos
 « Por los aires conduce tan odiosos,
 « Y á referirlos se apresura luego.
 « Los altos Dioses solo á Eneas cuidan
 « Y su reposo turban. Parte presto,
 « Yo no te detendré , tus imposturas
 « En desmentirlas nó , no me detengo ;
 « Corre en pos de la Italia y por las ondas
 « A la merced camina de los vientos,
 « Ese imperio fantástico buscando.
 « Pero si Dioses hay tan justicieros
 « Y enemigos del crimen , tu suplicio
 « En el mar hallarás , y pereciendo
 « De Dido el nombre invocarás en vano,
 « Y con pálida luz iré de lejos
 « Armada en pos de tí ; y cuando el frio
 « De una muerte infeliz hiele tus miembros,
 « Te seguirá mi sombra en todas partes....
 « ¡ Traidor ! seré vengada y está cierto
 « Tu destino sabré , la misma Faña
 « Me llevará la nueva al negro Averno. »
 Así dice , y el diálogo interrumpe
 Y presurosa se retira huyendo

De aquel odioso sitio, y se ocultára
 De la vista de Eneas: el que lleno
 De temor, en su seno preparaba
 La respuesta. La Reina sin aliento,
 En sus brazos la llevan sus esclavas,
 Moribunda y la ponen en su lecho.

Eneas bien quisiera enternecido,
 Consolar y calmar aquel violento
 Furor desesperado; pero gime
 Y le combate el amoroso incendio.
 Mas él solo á los Dioses obedece,
 Y vuelve á ver sus naves; vigor nuevo
 Su presencia le presta á los Troyanos
 Que á la ribera salen muy ligeros.
 Ya flotan en las aguas los bajeles,
 En el bosque inmediato se hacen remos
 Que hojas y ramos llevan mal cortados,
 Y mástiles que troncos antes fueron
 En la rápida fuga preparados;
 En tropel los Troyanos corren presto
 A la ribera y dejan sus cuarteles;
 Parecen las hormigas conduciendo
 Desde un monton de trigo el grano hermoso,
 La escasez del invierno asaz temiendo.
 La llanura atraviesa el negro bando,
 Y conduce el botin por un sendero
 Estrecho y en la yerba dibujado,
 Unas fuertes empujan con violento
 Esfuerzo el peso del enorme grano,
 Otras marchan ligeras impeliendo
 A las que se retardan castigando:
 Todo es actividad y movimiento

En los trábajadores. Dinos, 'Dido,
 ¿ Al ver esto cual fué tu pensamiento?
 ¿ Y cuales tus gemidos cuando vieras,
 Con dolor indecible, en vivo fuego,
 De lo alto del palacio, que en la playa
 Todo es bullicio activó y movimiento
 En la agitada mar, con altos gritos
 Y el alegre clamor del marinero?
 ¿ Cruel amor, cruel amor á que no obliga
 Tu fuerza omnipotente en mortal pecho?
 Dido segunda vez al llanto vuelve,
 Segunda vez su corazon tan fiero
 Arde impetuoso con la dulce llama,
 Y vencida de amor recurre al ruego:
 Del amor al capricho otra vez cede;
 'Antes todo tentarlo, y morir luego.

« ¿No ves, hermana mia, en la ribera
 « Que es todo agitacion todo es estruendo?
 « La vela llama al viento y alegroso
 « Con festones corona el marinero
 « La popa. Si prever antes pudiera
 « Un tan dudoso trance, sostenerlo
 « Acaso ahora podria. Pero muestra
 « Por una desgraciada tu desvelo,
 « Por tu hermana infeliz; tú sola fuiste
 « Con quien guardó aquel pérfido respeto,
 « Su secreto pensar te confiára
 « Y de su corazon viste el sendero,
 « Y los momentos favorables sabes
 « Para ganar su amor; yo te lo ruego;
 « Háblale tú humillada, á este Troyano;
 « Yo ni en Aulide jurára con los Griegos

« Destruir á los Téucros con bajeles;
 « Ni vertí las cenizas del paterno
 « Sepulcro , ¿ por que ahora niega oido
 « A mis palabras , intratable y fiero?
 « ¿ A dó corre ? que al menos le conceda
 « A este amante infeliz este consuelo.
 « Espere á huir con vientos favorables;
 « Que yo ahora no hablo de himeneo,
 « Ni reclamo el derecho que ha vendido,
 « Ni exijo olvide al Lacio que es su anhelo,
 « Ni el reino preparado. Solo pido
 « Con lágrimas amargas y con ruegos,
 « La triste dilacion indiferente
 « Para él y para mí , y que aquel fuego
 « Le dé tiempo á calmarse , y á Fortuna
 « Que de mí triunfe y me acostumbre el tiempo
 « A mi dolor cruel ; última gracia
 « Que te pide tu hermana en su tormento.
 « Ruégaselo ; y te lo acuerde , que la muerte
 « Dará á mi gratitud eterno sello.»

Tales eran las súplicas de Dido,
 Y tales los mensajes que amor ciego
 Envía por su hermana desgraciada,
 Que vá y vuelve á llevar , mas sin provecho.
 El héroe siempre inmóvil al tierno llanto
 Que hace derramar y á tantos duelos,
 Le domina el destino , un Dios le cierra
 Los oídos , cruel y oprime el pecho.
 Como en los Alpes una antigua encina,
 Cuya altura afianzará el cano tiempo,
 Que combaten los vientos conjurados
 Sin poderla arrancar tantos esfuerzos.

Silba el aire y la cima, con el soplo
 Impetuoso, se inclina algun momento,
 Cubren despojos la anchurosa tierra,
 De hojas y ramas vé cubierto el suelo;
 Pero ella firme queda en la alta roca
 Que cuanto su alta frente sube al cielo,
 Otro tanto al Averno sus pies tocan.
 De esta manera Eneas los violentos
 Duros ataques con valor resiste
 Con alma grande é invencible pecho;
 Y su resolucion nada la altera
 Aunque bañe al semblante el lloro tierno.

Su destino conoce Dido infausta,
 Que le fuera hasta ahora siempre adverso,
 Invocando, angustiada, triste muerte
 Que á su socorro llama, aborreciendo
 De tanta luz la claridad molesta.
 Confirmanla en su idea, los agüeros;
 Negra miró tornarse el agua clara,
 Y el vino en roja sangre al mismo tiempo
 Que ofrecia sus dones á los Dioses,
 Y en las aras ardia el sacro incienso.
 Sola Dido mirára estos prestigios,
 Que á su hermana ocultó; pero aun se vieron
 Otros signos tambien; en el palacio,
 De mármol existía un alto templo,
 A su primer esposo consagrado,
 Y á quien ella tributa gran respeto;
 Blancas vendas continuas le adornáran
 Y verdes hojas que los ritos fueron
 En las fiestas de Dioses consagradas.
 Todo yace tranquilo, y cuando el velo

De las nocturnas sombras se estendiera,
 Bien se creyera oír los tristes ecos
 Que resuenan en medio del santuario,
 Llamándola su esposo, y que del techo
 El solitario buho respondía,
 Con el fúnebre canto y largo acento
 De su espantosa voz. Mil predicciones,
 Hechas por los antiguos agoreros
 Con horribles pronósticos, la asustan,
 A enfurecido Eneas vé en el sueño;
 Siempre se cree sola, abandonada,
 Errante en soledades y desiertos,
 Y los Tirios la buscan á ella sola.
 Tal es su frenesí, fuera Pentéo
 Que miraba dos soles y dos Tébas
 Y un escuadron de Furias del Averno;
 De Agamenon al hijo semejante,
 Tan nombrado en la escena de los Griegos.
 De su madre, huye Oréstes, que vá armada
 Con hachas y serpientes, y en el templo
 Las vengadoras Furias vé sentadas
 Y el Terror á las puertas presidiendo.
 Vencida del dolor la triste Reina,
 La desesperacion dentro del pecho,
 Y resuelta á morir la infeliz Dido,
 Se ocupa en preparar de muerte el tiempo;
 Y aparentando la serena frente,
 A Ana encubre su fatal proyecto,
 Y con doloso engaño así la dice
 Ocultando su cruel resentimiento.
 « Felicítame, hermana; la esperanza
 « Torna á mi corazón, hallé el secreto

« De volver á ganar á aquel ingrato,
 « Ó jurarle por siempre olvido eterno.
 « Allá en el Océano en donde Apolo
 « Se oculta, y de Etiopia en el extremo,
 « Una comarca existe en donde el Atlas
 « Con su espalda sostiene el universo-
 « De estrellas coronado. He conocido
 « A una Sacerdotisa, que en el templo
 « Servia á las Hespérides, cuidando
 « Del dragón que vigila el árbol bello,
 « Que dá el sagrado fruto y le alimenta
 « Con la líquida miel, con el veneno
 « De fria adormidera. Ella asegura
 « Que sobre el corazon há grande imperio
 « Con sus encantos, y mudar pudiera
 « A su arbitrio alegría en triste duelo,
 « Y al gozo de mil penas rodearle;
 « A los rios el curso detenerlo;
 « Volver atrás los ástros, y las sombras
 « Evocar de la noche del Averno;
 « La tierra oirá bramar bajos sus plantas,
 « Los árboles bajar del monte excelso.
 « Yo te juro por Jove, hermana mia,
 « Y por este vivir que tanto anhelo,
 « Que los prodigios odio de la magia;
 « Prepararás la hoguera allá en lo interno
 « Y oculto del palacio, y sobre ella
 « Colocarás las armas que pendieron
 « Dó fué su habitacion, y mas que todo,
 « Toda mi perdicion, el nupcial lecho.
 « La gran Sacerdotisa me ordenára
 « Destruir y abrasar cualquier objeto,

« Que pudiera traer á mi memoria
 « Del pérfido malvado, algun recuerdo.»

La mortal palidez cubre el semblante
 Cuando acabó de hablar : ningun recelo
 De su intencion tuviera Ana infelice,
 Ni sospechar pudiera que el apresto
 De un solo sacrificio y una hóguera,
 Aumentase el furor á mas exceso,
 Que imaginar pudiera se igualase
 A la funesta muerte de Sicheo.
 Pero Ana obedece : una gran pira
 Que de cortada encina y pino al cielo
 Se levanta, la adorna Dido misma
 Con guirnaldas y ramos funeréos:
 Del ingrato coloca sobre el túmulo,
 El malhadado reluciente acero,
 Y sobre el lecho la dorada imágen
 Que la imágen retrata de aquel pérfido,
 Segura de la suerte que le espera
 Aderézanse altáres en el cerco,
 Y la Sacerdotisa destrenzado
 El cabello y con voz de ronco trueno,
 Las cien divinidades invocaba
 Que en el abismo mandan del Averno,
 A Dïana la triple y casta Diosa,
 El Cáos tenebroso, el hondo Erebo,
 Rociaba altar y pira con el agua
 Que corre de la fuente del Averno;
 Con ansia busca yerbas que cubiertas
 Con el verde abundante y tierno vello,
 Córtadas con la hoz de rojo cobre
 De la luna en menguante á los reflejos,

El venenoso suco destilando;
 Se busca el Hipomanes, que saliendo
 De la frente de un potro se escapára
 De la avidez materna; sosteniendo
 Estaba Dido hermosa junto al ara
 De la harina sagrada un vaso lleno
 En su mano, y llevaba un pie descalso
 Y á la cintura el traje bien revuelto;
 A los Dioses protesta y á los astros
 Testifiquen sus últimos momentos
 En su adverso destino, y si hay alguna
 Divinidad que mire los tormentos,
 Compasiva, de amantes desgraciados
 Su venganza ella implora en el Averno.

Era la noche, y cuanto respirára
 Sobre la tierra, gusta el blando sueño,
 Del dia las fatigas olvidando
 En brazos del reposo dulce y ledó;
 En el bosque sombrío, en el mar bravo
 Todo reposa y siguen por el medio
 Los astros su carrera y mudas quedan
 La campiña y rebaños, y el sosiego
 A las pintadas aves aprisiona,
 A los que siempre ven lagos serenos,
 Ó los campos de espinas erizados,
 Que adormecidos yacen con Morfeo
 Sus penas olvidando y sus trabajos;
 Mas no reposa Dido, sus beleños
 Ni en la noche mitigan sus pesares
 Ni al corazon alivian sus tormentos;
 Pero vése también que ya sus ojos
 Se tornan cada instante mas intensos,

Nuevo furor sus párpados abrieran
 Y su alma agitada hasta el extremo,
 En el violento horror de la borrasca
 Alimenta mil tristes pensamientos.

« ¿Que puedo hacer, decia, en tal ultrage?
 « ¿Volveré á los amantes que antes fueron?
 « ¿Mendigaré su amor á los Numidas,
 « Y á los que antes traté con tal desprecio
 « Pediré por esposos? ¿ó las naves
 « De Troya voluntaria iré siguiendo?
 « ¡ En verdad, en verdad que tal auxilio
 « Esperarlo podré! siempre el recuerdo
 « De un beneficio vive en su memoria,
 « Y aunque yo lo quisiera ¿ consintiéralo?
 « ¿ Y en sus bajeles recibir querrian,
 « Objeto tan odioso los soberbios?
 « ¡ Infelz! las perfidias no conoces
 « De esos Laomedontes, ¡ que! ¿ yo puedo
 « Surcar acaso los inmensos mares,
 « Y fugitiva, me verá en su séquito
 « Con la insolente chusma? ¿ Con los Tirios
 « Los podré perseguir y todo el pueblo?
 « Este pueblo que á Tiro abandonando
 « Tanto sufrió ¿ le obligaré de nuevo
 « A padecer fatigas y trabajos,
 « Y á combatir los mares y los vientos?
 « Muere que lo mereces, hierro solo
 « Es de todos los males el remedio.
 « Tu sola fuiste, hermana, quien cedieras
 « A mis lágrimas tristes y á mis ruegos;
 « Tu sola, dulce hermana, quien cargaste
 « En mi frente estos males, y rindieron.

« Mi pobre corazon para entregarle
 « A un enemigo pérfido extranjero.
 « ¿ No pude vivir libre de estos lazos
 « Con mi inocente vida y pudor fiero,
 « Libre de tanto amor que me devora
 « Y la fé conservando á mi Sicheo?»

Su corazon agitan tales cuitas,
 Mientras que Eneas á partir resuelto,
 Del bajel en la popa dormitaba;
 Mas teniéndolo todo ya dispuesto,
 Ver en sueños del Dios la imagen cree
 Que á aparecerse torna, repitiendo
 Las idénticas órdenes; el mismo
 Se asemeja á Mercurio en el acento,
 La misma tez de rosa, su voz era
 Igual tambien y rojos sus cabellos,
 De alegre juventud el brillo hermoso.

« ¿ Hijo de Venus, dice, en tal momento,
 « Te puedes entregar al sueño suave?
 « ¿ No ves que te rodean tantos riesgos?
 « ¿ Insensato! ¿ Los Céfiros no escuchas
 « Que favorables soplan sus alientos?
 « La Reina que á morir está resuelta,
 « Crímenes y perfidia es su deseo,
 « Y á la cólera y rabia se abandona
 « Y al furor implacable del desprecio.

« Huye, infeliz, que si la aurora llega;
 « De bajeles el mar verás cubierto,
 « La amenazante llama está brillando
 « Y en la anchurosa playa todo es fuego:
 « Huye ¿ quien en mugeres jamas fia?
 « En muger la inconstancia es su elemento.»

Estas palabras dice, y en la sombra
Del nocturno vapor se vá escondiendo.

Eneas asustado y temeroso

De volver á mirar aquel espectro,

El sueño sacudia apresurado,

Llanaba á sus tranquilos compañeros:

«Ea, pues, levantáos, en los bancos

«Colocáos al punto, dad al viento

«Las desplegadas velas; un mensage

«Segunda vez me manda el alto cielo:

«Huid, apresuráos, las amarras

«Cortad. Ya tu mandato obedecemos,

«Gran Dios, cualquier que seas, obsequioso,

«Benigno nos guiad y protegédnos,

«Mostrándonos los astros favorables.»

Habla y desnuda el fulminante acero,

Y de un bajel cortando las amarras,

De todos se apodera el mismo fuego,

Agitando los remos vigorosos

Y prontos de la playa están bien lejos;

Desparece la mar bajo las naves

Al poderoso choque de los remos,

Y cortando el bajel azules ondas,

Refluyen las espumas reluciendo.

Deja ya de Títon la blanca aurora

El lecho de oro puro, difundiendo

Sobre la tierra los primeros rayos

Que de su carro envía el rubio Febo.

La Reina de lo alto del palacio

Al relucir del sol blancos destellos,

Vé surcando en buén orden los bajeles,

Y las velas hinchando el ráudo viento

En alta mar , y mira el puerto y playas
 Que en silencio profundo están desiertos;
 Ni del marino se oye el grito alegre.
 Mesa entonces , furiosa , sus cabellos,
 Hiriendo veces mil el pecho hermoso.
 « ¡ Gran Júpiter ! decía , ese estrangero,
 « Ese pérfido parte de mi estado,
 « ¿ Y no habrá quien le alcance persiguiendo
 « A las veleras naves , que separan
 « A ese traidor infame de este reino?
 « ¿ Por que á la mar no lanzan mis bajeles?
 « Corred , volad , la antorcha en mano ardiendo
 « Sus naves abrasad ¿ quien os detiene?
 « Las velas desplegad , forzad los remos...
 « ¿ Pero que digo ? ¿ adonde me arrebatá
 « Mi destino ? ¿ Pensar en otro tiempo
 « Así debiera yó , cuando le daba
 « Mi trono y mi corona ! ya estoy viendo
 « Esa mano , esa fé , ese hombre pio,
 « A quien son los Penates compañeros,
 « Que á su padre cargó sobre sus hombros,
 « A un padre con la edad cási deshecho.
 « ¿ Y no pude en pedazos destrozarle
 « Y lanzar á la mar sus frios miembros?
 « ¿ No pude asesinar á sus Troyanos
 « Y al mismo Ascanio degollar , haciendo
 « Sirviere de alimento al propio padre?
 « Mas , dudosa Fortuna , el vencimiento
 « Del combate detiene ; y ya resuelta
 « A morir ¡ infeliz ! ¿ que temer puedo?
 « Incendiára su campo , abrasaria
 « Sus bajeles , el hijo y padre muertos,

« Toda su descendencia estinguiría,
 « A mi misma matándome sobre ellos.
 « ¡ Ó tú , Sol , que iluminas con tus rayos
 « De los hombres mortales crueles fechos!
 « Y tú , Juno , el origen y testigo
 « De todos mis pesares y tormentos,
 « Hécate por quien todas las Ciudades
 « Gritos resuenan y nocturnos ecos,
 « Furias , Divinidades que mirando
 « Estais á Dido en este trance horrendo;
 « Sus voces escuchad , mirád mis cuitas,
 « Volved vuestra venganza á aquel perverso
 « Que cruel me desampara; y si es preciso,
 « Este mónstruo infernal que llègue á puerto
 « Y del furor se salve de las ondas;
 « Si Júpiter lo quiere y tal el término
 « Al fin deberá ser de su carrera,
 « Al menos que asáltado por un pueblo
 « Belicoso , arrancado de su asilo,
 « De los brazos de Julio esté bien lejos,
 « Estrangero socorro mendigando,
 « De los suyos la sangre correr viendo,
 « Y á una paz vergonzosa sometido
 « Ni el trono goze ni que viva quieto;
 « Que perezca con muerte prematura
 « Teniendo por sepulcro el mar horrendo.
 « Y vosotros ¡ Ó Tiros ! que vuestro odio
 « En adelante sea un odio eterno;
 « A vuestros descendientes sin reposo
 « Y á su posteridad lo recomiendo.
 « Sea este el homenaje á mis cenizas;
 « Que nunca haya amistad entre ambos pueblos,

«Y que un día se alze del sepulcro
 «De Dido un vengador, que á sangre y fuego
 «A los hijos de Dárdano destruya.
 «Desde ora en años y por siglos luengos
 «Se combatan sus fuerzas enemigas;
 «Haya entre las riberas odio eterno,
 «Y un mar con otro mar, armas con armas,
 «Y combatiendo muera el postrer nieto.»

Así dice, y ansiosa é impaciente
 De vida tan odiosa á poner término,
 Su alma ocupaban pensamientos vários,
 Y á la nodriza dice de Sicheo,
 Que la suya quedára allá en su patria,
 Con sus padres sus huesos confundiendo.
 «Barce cara, oye, mira, vé á mi hermana
 «Y la dirás cuidosa que al momento
 «Se purifique con el agua clara
 «Y las ofrendas traiga, que el precepto
 «De espacion ordena, y venga pronto;
 «Y tu misma la frente vé ciñendo.
 «Con la sagrada venda. El sacrificio
 «Está ya preparado al Dios supremo
 «Que en el Averno con su tropa manda;
 «Hoy tengo, Barce armada, el pensamiento
 «De ofrecerle, piadosa, por si alcanzo
 «Calmar la turbacion dentro mi pecho,
 «Y la guerra encender á los Troyanos
 «Donde perezcan todos en su fuego.»
 Esto la dijo Dido, y Barce marcha
 Con la vivacidad que inspira el celo,
 Pero siempre sus pasos le retarda
 De la senil edad enorme el peso.

Fuera de sí la Reina con la idea
 De su horrible designio, y el proyecto
 Que medita, el semblante sanguinoso
 Y llamas de los ojos despidiendo,
 Trémulas también tiene las mejillas
 Con mortal palidez el rostro y seno.
 Precipitada corre hacia el palacio,
 Sube á la hoguera, furibunda, y luego
 Desenvaina la espada del Troyano
 (Que debiera tener mejor empleo)
 Y la vista fijando en las reliquias
 De Troya, y del amor el dulce lecho
 Que le es tan conocido, el llanto suelta
 Dejando delirar el pensamiento.
 Oprime el lecho, el cuerpo abandonado,
 Las últimas palabras profiriendo;
 « ¡ Ó dulces prendas! ¡ para mí tan caras
 « Cuando el destino y el amor quisieron!
 « Esta ánima llevad, y libertadme
 « De estas crueles zozobras en que muero:
 « Viví y seguí la venturosa senda
 « Que me abrió la Fortuna, ahora desciendo
 « Con mi gloriosa imagen al abismo
 « Donde corren las aguas del Leteo,
 « Fundé una gran Ciudad, ví sus murallas
 « Que mis manos alzaron y mi esfuerzo.
 « A mi esposo vengué, y el crimen viera
 « De un hermano el castigo; ¡ hiciera el cielo
 « Que las Troyanas naves no llegaran
 « A tocar las riberas de este suelo!»
 Así dice, y el labio al lecho oprime:
 « Moriré sin venganza; sí, así muero

« Y aun así me complace , que así muera
 « Y á las regiones baje del Averno.
 « Que el Troyano cruel desde los mares
 « Mirando de estas llamas el incendio,
 « De esta hoguera le siga el cruel presagio
 « Que es de su muerte el signo verdadero.»

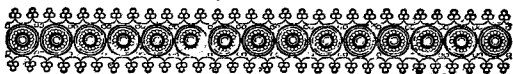
Diciendo estas palabras se dá el golpe
 Fatal , y sus mugeres la acudieron
 Y espirando la hallan , en sus manos
 Vertiendo sangre el espumoso hierro.
 Un grito general suena en palacio,
 En medio á la Ciudad zozobra y miedo
 Reina en el mismo instante de la nueva,
 Dó quer se escucha el lloro y el lamento
 De gemidos y gritos de mugeres,
 Y el lúgubre clamor cual si del reino
 De Tiro ó de Cartago le asaltáran
 El enemigo al último momento;
 Y llama y torbellino anda impaciente
 Por dó habitan los hombres y en los templos.

Ana fuera de sí con tal noticia,
 Sus pasos precipita el rostro hiriendo,
 Despedazando el seno y atraviesa
 De la gran multitud por el congreso,
 A su hermana llamando por su nombre,
 A la espirante Dido. « ¿ Era tu objeto
 « Esto que meditabas , cruel hermana?
 « ¿ Has querido engañar mi tierno afecto?
 « Vé ahí lo que indicaban esta hoguera,
 « Estos sacros altares y estos fuegos:
 « ¿ Cuanto quejarme debo de tí , hermana,
 « En el grande abandono en que me quedo!

« ¿ Como negar pudiste que yo fuera
 « De tu infelice muerte el compañero?
 « ¿ Por que no me llamaste á tu destino
 « Las vidas terminando un mismo acero,
 « Con un mismo dolor un mismo instante?
 « ¿ Para de mi alejarte, en ese lecho
 « Morir determinaste; y estas manos.
 « Alzaron esa hoguera, y con mis ruegos.
 « Los Dioses de mis padres invocando?
 « Yo el puñal he clavado en ese pecho
 « Que á tí y á mí dió muerte, y á tu hermana,
 « Y al Senado y Ciudad y á todo el pueblo.
 « Aguardadme y que lave sus heridas,
 « Y si respira aun, mis labios mismos
 « Reciban esos últimos suspiros
 « Y sientan ¡ay! su postrimér aliento. »
 Diciendo estas palabras á la hoguera
 Se sube y estrechára contra el seno
 Su moribunda hermana, y su vestido
 La sangre estanca del herido pecho.
 Dido con languidez procura entonces,
 Los ya gravados párpados abriendo,
 Moverlos y al instante los cerrára.
 Y hierve y murmurando vá corriendo
 Sangre que mana la profunda herida.
 Tres veces procuró con nuevo esfuerzo
 Sobre el brazo apoyarse, otras tres veces
 Cae desfallecida sobre el lecho,
 Y con errantes ojos la luz busca.
 Y al hallarla gimió mirando al cielo.
 Ya la potente Juno compasiva,
 Del largo padecer tan crudo y lento,

**A Iris envía desde el alto Olimpo,
 Para el alma librar de los estrechos
 Lazos con que el cuerpo combatía.
 Por muerte natural no está muriendo,
 Ni menos era muerte merecida,
 Fatal víctima fuera antes del término
 Por delirio imprevisto. Proserpina
 Ni quitado le había su cabello,
 Ni el alma destinada al fiero Dite.
 Iris pues, las esferas recorriendo
 Con sus húmedas alas que matiza
 Con mil colores contrapuesto Febo,
 Desciende al fin, y cuando ya está junto,
 De Dido en la cabeza para el vuelo.
 « Traigo, dijo, á Pluton este tributo
 « Que él mismo me lo manda, y te liberto
 « De la prision del cuerpo. » Y al instante
 Su derecha cortó el fatal cabello;
 Al momento el calor que dá la vida
 Se disipa y al aire vá ligero.**





La Eneida.

LIBRO V.

Eneas valeroso en tanto sigue
 Lo que resuelto habia , y van sulcando
 Los bajeles las ondas que oscurece
 El aquilon ; los ojos á Cartago
 Torna , que resplandece con las llamas
 De la hoguera de Dido. ¿ Qué habria dado
 Causa para encender fuego tan grande?
 Se ignora ; mas , que pueda un pecho amando
 Con desesperacion , y á donde llegue
 Fuerza de amor violento con obstáculos,
 Y lo que egecutar la muger pueda
 De corazon ardiente , apasionado,
 Son motivos siniestros y bien tristes,
 De un agüero terrible á los Troyanos.

Desde que navegaron los bajeles
 En alta mar , la tierra no miraron

Sino al agua y al cielo, y una nube
 Densa, amenazadora, que de lo-alto
 Pende sobre la flota, y en su seno
 La noche y tempestad iba llevando;
 Y espumosas las ondas se cubrían
 De tinieblas; Palinuro con el mando
 De la nave de Eneas, de la popa
 Con fuerza grita: « ¡ Ó príncipe magnánimo!
 « Aunque Júpiter mismo lo prometa,
 « Con tempestuoso cielo y tan extraño,
 « Esperanza no tengo que lleguemos
 « A la arena de Italia; se ha mudado
 « El viento, y ya combaten los bajeles
 « Con mugidoras ondas, levantando
 « Su fuerza con violencia del oscuro
 « Negro horizonte, y se resiste en vano
 « Contra el aire que espesan pardas nubes
 « Y su fuerza nos vence, y arrastrados
 « Por la borrasca, inútiles ahora
 « Nuestros esfuerzos son; si quiere el Hado,
 « Otro rumbo nos muestra la Fortuna;
 « Yo creo que tendremos muy cercano
 « Y ya muy pronto alguna tierra amiga,
 « La tierra de Sicilia, de tu hermano
 « Erix, si es que conozco las estrellas,
 « Que por mi antes de ahora se observaron.»
 Eneas le responde: « Hace ya tiempo
 « Que el viento nos obliga á egecutarlo;
 « Y te veo luchar con su violencia:
 « Suelta al viento las velas ¡qué! ¿habrá acaso
 « Tierra mas grata para mí, y mas cómoda
 « Que pueda recibir mis fatigados

« Bajeles , mas que aquella que custodia
 « Para mí Acestes , que nació de Dárdano,
 « Y dó ahora reposan las cenizas
 « Del venerable Anquises ? » Así hablando
 Al puerto se dirigen los navios;
 Las velas , con su soplo el viento hinchando;
 Cortan las aguas y en el puerto entran
 Con gritos de alegría los Troyanos.

No sin sorpresa Acestes luego mira
 Que en el puerto las naves van entrando,
 Desde una alta montaña , y á su encuentro
 El corre bien armado de sus dardos,
 Y le cubre una piel de osa de Libia.
 Nació de una Troyana y del preclaro
 Rio Crimiso; ni olvidó su origen,
 Y felicita alegre á los Troyanos
 Por su próspera vuelta , y les prodiga
 Los rústicos presentes de sus campos,
 Y consuela , gozoso , en sus fatigas
 Con socorros de amigo en sus trabajos.

Desde que el Sol ahuyenta las estrellas,
 Del día los destellos derramando,
 Eneas reunió sus compañeros,
 Y desde una eminencia suelta el labio.

— « Pueblo , que eres la sangre de los Dioses,
 « Nobles hijos que sois del fuerte Dárdano;
 « El año ha concluido su carrera
 « Despues que las cenizas confiamos
 « De mi padre á la tierra y sacros restos,
 « Levantándole altares funerarios
 « A sus augustos Manes ; yo bien creo
 « Que este día fatal ahora tocamos

« Para mi doloroso y venerable,
 « ; Justos Dioses que así lo habeis mandado!
 « Y aunque yo entre los Gétulos viviera
 « Ó en su abrasada arena vagueando
 « Ó asaltado en los muros de la Grecia
 « Ó cautivo en cadenas, siempre sacro
 « Este día será, y en él mis votos
 « Cumpliré según rito, renovando
 « En su altar sus ofrendas; hoy venido
 « Aquí, porque los Dioses lo ordenaron,
 « A este mismo lugar en que reposan
 « Las cenizas y huesos de mi anciano
 « Padre; y aun supuesto que aquí habitan
 « Generosos amigos y aliados,
 « Reunámonos todos y gozosos
 « Los debidos honores le rindamos;
 « Pidámosle también propicios vientos
 « Y ojalá que consienta en renovarlos
 « Cada año en adelante, cuando un templo
 « En Ciudad fabricada por mis manos,
 « A su sola memoria se dedique.
 « Acestes cual nosotros, que es Troyano,
 « Dos toros le franquea á cada nave,
 « Al banquete á los Dioses convidando
 « De nuestros padres, y á los que honra Acestes,
 « Que en su hospitalidad se muestra franco.
 « A más de esto sabed, que si la nueva
 « Aurora, anuncia favorable y claro
 « Día, vereis combates diferentes;
 « Las galeras primero, disputando
 « De su velocidad; serán segundos
 « Aquellos que en carrera aventajados

« Se muestren poderosos ; y la lanza
 « La lleven cierta de su blanco al lado ;
 « Ó que disparen la ligera flecha
 « Ó el combate no tema en pugilato
 « Con el temible cesto ; todos puedan
 « Aspirar á los premios ajustados
 « Con victoriosa palma. De aquí lejos
 « Las profanas palabras , con los ramos
 « Coronad vuestras stenes religiosas. »

Así dice , y de el mismo consagrado
 Maternal mirto se corona Acestes
 Con Ascanio tambien y los Troyanos.
 Entonce Eneas la asamblea deja
 De un brillante cortejo acompañado,
 Y le seguia un numeroso pueblo,
 Y al túmulo de Anquises caminaron.
 Aquí , segun costumbre , se derraman
 Sobre la tierra los gentiles vasos
 Para la libacion , segun es uso
 Con vino y sangre en víctima humeando ;
 Y dos vasos tambien de fresca leche,
 Las purpurinas flores derramando.
 Eneas dice entonces : — « Salve , padre,
 « Salud sombras y manes venerados,
 « Paternales cenizas que á hallar vuelvo
 « Y con quien nunca permitiera el Hado,
 « Visitára la Italia prometida
 « Y del Tiber y Ausonia el fértil campo. »
 Apenas pronuniciára estas palabras,
 Cuando vé una serpiente se arrastrando
 De aquel lugar sagrado desde el fondo,
 Con siete anillos y con giro vago,

Tranquila abraza el túmulo y altares
 Que lo rodean. Brilla el azulado
 Color sobre su espalda, y las escamas
 De oro luciente semejante al arco
 Que el Sol opuesto baña en sus colores.
 Queda á su aspecto Eneas espantado,
 Lleno de temor santo; la serpiente
 Sus anillos revuelve entre los vasos
 Y desflora las carnes de las víctimas
 Sin en ellas hacer el menor daño;
 Y vuelve á entrar ligera en el sepulcro,
 Las ofrendas y altares sin tocarlos.
 Alentando el prodigio al pio Eneas
 Homenajes redobla y holocaustos,
 Ignorando si es Genio de aquel sitio
 Ó acaso guarda del sepulcro pátrio.
 Inmola, segun rito, cinco ovejas
 Y de puercos bien gruesos otros tantos
 Con cinco negros toros. Tambien vierte
 De vinos nuevas copas, invocando
 De Anquises grande el alma y á sus Manes
 Que de Aqueronte el lago abandonaron.
 Tambien sus compañeros reunidos,
 Segun su facultad, sacrificaron
 Tiernos novillos con ofrendas pingües
 Y en filas ponen los bronceados vasos,
 Y sobre el blando cespede tendidos,
 Las palpitantes carnes enfilando,
 En agudo azador que en brasas gira,
 Todos se sacian del banquete sacro.
 Déjase ver el suspirado dia,
 Y ya del sol conducen los caballos

A la novena aurora rodeada
 Con la mas pura luz. Ya publicado
 La fama habia aquella fiesta célebre
 Y del ilustre Acestes resonando
 El nombre insigne , pueblos se reunen
 Y una gran multitud de los Troyanos
 En la orilla , parecen deseosos,
 Unos por ver alegres sus aliados,
 Y otros por tomar parte en el combate.
 Eneas llega luego presentando
 De la grande asamblea ante los ojos, .
 En el medio del circo colocados
 Los prometidos premios al que venza:
 Allí se vieran tripodes sagrados
 Y las verdes coronas con las palmas
 Victoriosas con armas relumbrando
 Talentos de oro y plata : al mismo tiempo
 La trompa anuncia el juego comenzado.
 De los bajeles principió el combate;
 De las galeras escogidas cuatro,
 En fuerza iguales de la armada toda
 Ya sus veloces remos preparando
 Por juventud alegre protegidas.
 Y ya Mnesteo con remeros bravos
 Rápida mueve la veloz Ballena;
 Mnesteo ora Italiano , despues ramo,
 Que á los ilustres Memmos dió su nombre;
 Gyas de la Quimera tiene el mando
 Y á una Ciudad flotante se asemeja,
 Que al esfuerzo potente de su banco
 De remeros , que en gradas se levantan
 Unos sobre los otros van cortando

Las ondas ; y Sergesto les seguía
 Que dió nombre á los Sergios afamados,
 Y que el Centáuro rige , grande y fuerte.
 En la azulada Escila vá Cloanto
 El grande , á cuya sangre unia Roma
 De vosotros Cluentos , timbre alzado.

Lejos en alta mar de la ribera,
 Enfrente dó se vieran espumando
 Las ondas , una roca hay que combaten
 Ellas y que tal vez se oculta ; cuando
 Los vientos tempestuosos escondieran
 Los luceros brillantes de los astros.
 Pero en tranquila calma se la vía
 De las aguas en medio , como un campo
 Dó las marinas aves se reposan
 A disfrutar del Sol ardientes rayos.
 Allí plantea Eneas una encina
 Entera toda con sus verdes ramos,
 Donde fije la vista el marinero.
 Pero para volver allí llegados,
 Tienen que navegar un largo trecho
 Antes que al puerto toquen retornando.

La suerte arregla el puesto ; en la alta popa
 Ven los espectadores , los gallardos
 Gefes todos de púrpura cubiertos
 Y que el oro embellece relumbrando.
 También la juventud allí aparece,
 Las sienes coronadas con el ramo
 Que á Hércules consagran. En la espalda
 Desnuda , relucía el puro blanco,
 Los brazos apoyados en los remos,
 Ojos y oídos , todos , observando

A la señal , y el corazon latiendo
 Entre el gozo y temor, y el alto
 Honor de la victoria. Mas ya suena;
 Todos partieron , todos se lanzaron;
 Del combatiente el grito el aire llena;
 Las aguas encanece el fuerte brazo,
 Sulcan con igualdad , parten las ondas,
 Y las proas armadas de ferrado
 Triple espolon , los anchos mares cortan.
 No atraviesan el circo ni tan rápidos
 Los carros voladores al combate;
 Y el conductor ardiente en sus caballos,
 Que sobre ellos se inclina y los azota
 Ó con la rienda , ó resonante látigo.
 Suena el bosque vecino con los gritos
 De la confusa voz de los apláusos,
 Y los suaves murmullos de los votos,
 Las riberas estrechas retumbando,
 Cuyos ecos repiten las colinas.

En medio del estrépito á lo largo
 Gyas ligeramente se adelanta
 A sus competidores , y Cloauto
 Sigue de sus remeros bien servido,
 Pero de su bajel el paso es tardo.
 Mas ya la preferencia se disputan
 La Ballena que atrás deja al Centáuro.
 Pero vogan de frente siempre iguales
 Hendiendo la corriente al mar salado.

Los rivales se acercan á la roca,
 Mas Gyas , su ventaja conservando,
 Voga triunfante en medio de las olas,
 Y al piloto Menetes con un alto

Grito esclama : « A donde vás , le dice;
 « A la derecha ; cambia al otro lado ;
 « A la ribera acercate , aunque el remo
 « Toque la roca del izquierdo bajo ;
 « Deja á los otros que en la mar se engolfen. »
 Así dijera ; mas Menete en tanto,
 Que teme los escollos allí ocultos,
 Ligero se adelanta y toma el largo.
 — « ¿ A que viene ese rumbo ? entra en la roca, »
 De nuevo grita Gyas ; y así hablando,
 En el momento vé que le estrechaba
 Muy de cerca la nave de Cloanto,
 Y que costeando el rumbo por la izquierda
 Entre la roca y el bajel pasando
 Por el medio corriera , y como flecha
 A la ribera torna sin obstáculo.
 La cólera violenta el pecho abrasa
 Del guerrero , las lágrimas rodaron ;
 Y al ver la timidez de su piloto,
 Los años y el decoro desdeñando
 Y el peligro del buque , de la popa
 A Menetes arroja al mar hinchado.
 El mismo entonces toma el gobernalle ;
 Y se hace él nuevo gefe , y mas osados
 Sus compañeros , y la proa vuelve
 A la ribera. No sin gran trabajo
 Del abismo saliera el buen Menetes
 Con húmedos vestidos , y de años
 Cargado , y en la roca al fin se sienta :
 Rien de la caída los Troyanos,
 Riense al ver que con las ondas lucha,
 Rien al verle el agua vomitando.

Sergesto y Mnesteo eran los últimos;
 Pero en sus ojos brilla el dulce rayo
 De la esperanza de pasar á Gyas ;
 Sergesto vá á la roca mas cercano
 Y no adelanta mas que la largura
 Del buque , mas no toda, que un espacio
 La Bállena lo ocupa, con la proa
 Cási el costado toca del Centáuro.
 De estribor á babor anda Mnesteo
 Sin cesar sus remeros animando,
 Y les dice : — « Valor , mis camaradas,
 « De aquel Hector valiente , asociados;
 « Esforzad vuestros miembros , que yo mismo
 « Os elegí por míos , cuando el Hado
 « A Troya destruyó; que brille ahora
 « Esa fuerza y valor que ya admiraron
 « Las Sirtes de Getulia y el mar Jonio,
 « Y las corrientes del Maleo rápido.
 « Ya no aspira Mnesteo á la primera
 « Palma , ni menos al glorioso ramo:
 « ¡ Ojalá que así fuera ! mas dejemos
 « La gloria victoriosa á quien la ha dado
 « El poderoso Dios que el mar gobierna;
 « Al menos que la afrenta no tengamos
 « Los últimos de ser ; que nuestro oprobio
 « Sea el único triunfo á que aspiramos. »
 Tal discurso infundiendo un valor nuevo
 Se vé al remo afianzar el fuerte brazo,
 Y anheloso respira el labio seco,
 Los miembros todos en sudor bañados.
 Casualidad feliz, de su deseo
 El honor les dispensa ; arrebatado

Sergesto por su ardor, quiere acercarse:
 A la roca por círculo mas bajo,
 Y se empeña en un paso peligroso
 Y al escollo las puntas alcanzando.
 Contra ellas luego con violencia toca;
 Y los remos saltaron en pedazos,
 Y suspensa la proa allí quedára
 Destrozada; y el tiempo malogrando,
 Pértigas, palas, fierros y otras armas,
 Cuyas agudas puntas emplearon
 En recoger el resto de los remos.

Mas Mnesteo á quien diera tal Acaso
 Nuevo gozo y valor, el remo agita
 Y en su ayuda los Vientos invocando,
 Vence el escollo, y vuelve, acude, boga
 En las líquidas ondas sin retardo.
 Cual tímida paloma, que con susto
 De su roca en el hueco retirado,
 Deja su tierno nido y sus hijuelos,
 Y de sus alas suena el golpe rápido
 Cuando deja su nido en la zozobra;
 Pero luego girando, el aire vago
 La vé tranquila y en profunda calma
 Y el líquido elemento va surcando,
 Sin que la agitacion reine en sus alas.

Así sobre la mar no menos rápidos
 Van Mnesteo y su veloz Ballena,
 De su carrera al venturoso Hado,
 Y deja atrás al infeliz Sergesto.
 Entre escollos y arenas abrumado,
 Demandando socorro á sus amigos,
 Y el resto de sus remos empleando

En alcanzar á Gyas ó á la enorme
 Quimera que privada de aquel sabio
 Piloto , lleva su rival temible:
 Solo queda el lugar del gran Cloanto,
 Que ya el término busca en su carrera,
 El le persigue y une todos cuantos
 Esfuerzos puede y cerca le rodea:
 Con el nuevo combate se doblaron
 Gran multitud de gritos , por Mnesteo
 Llenando el cielo de clamor lejano:
 Prefiriendo morir antes que pierdan
 De la victoria el merecido láuro.

Cloanto con los suyos , orgulloso,
 Al ver que disputaban tan en vano
 Su alcanzada victoria , los anima
 Que el éxito feliz ya tan cercano
 Lo creen , porque pueden obtenerlo.
 Y acaso los bajeles van entrando
 En el puerto de frente y mereciendo
 El premio suspirado de Cloanto.
 Mas , sus brazos estiendo hácia las olas
 Y á los Cielos sus súplicas alzando:
 « Yo les dijera ; Ó Dioses ! á quien toca,
 « El imperio tener del mar airado,
 « Y sobre él corro ahora , yo os prometo
 « Por vuestro mismo honor ofrecer grato
 « Al pie de los altares y en la orilla,
 « Un poderoso toro en color blanco;
 « Si me escuchais , yo arrojaré en las ondas
 « Con libaciones de oloroso Baco
 « Sus entrañas. » Oyéronle al instante
 Las Ninfas y Nereidas con el sacro

Forco su compañero y Panopea
 La casta y Palemon, los que escuchando
 La súplica sentida, cual la flecha
 La voladora nave al puerto enviaron.

Luego el hijo de Anquises, llama á todos
 Los jueces, según ley; presto el Herald
 A Cloanto lo aclama victorioso,
 Y en su frente le ciñe inmortal láuro.
 Sirven de recompensa á cada nave
 Un talento de plata con tres grasos
 Bueyes, á su eleccion y en abundancia
 Los dones diera del risueño Baco.
 Premio del vencedor era una cota
 De armas de oro tegida, con bordado
 Purpúreo que la ciñe doblemente
 Y que imita en sus ondas al Meandro:
 Mas el rico bordado representa,
 Corriendo tras los ciervos á un gallardo
 Príncipe jóven que en los bosques de Ida
 Perseguia, anhelante, con sus dardos
 La fugitiva tropa. De repente
 El ave que de Jove lleva el rayo
 Baja precipitada desde el monte,
 Y en el jóven las garras aferrando,
 Mas alto que las nubes le arrebatá
 Sin que arrancarle puedan ni sus Ayo
 Ni el inútil ladrido de los perros.

Eneas dió por premio al inmediato
 Una coraza con la malla triple,
 Con artista tegido entrelazado;
 La misma que ganó junto á la orilla
 Del Símois con Demólo peleando

Bajo los muros de la excelsa Troya;
 Y tal fuera el magnífico regalo
 Que de adorno sirviendo á su decoro,
 Era defensa fiel contra los dardos.
 Los esclavos Sagaris y Fegéo
 Con gran dificultad iban cargados
 De la fuerte armadura tan pesada,
 Mientras que Demoléo, sin obstáculo,
 Los Troyanos persigue en la llanura.
 Consistió el tercer premio en bronceados
 Calderos dos, con dos ovales copas
 De plata con relieves erizados:
 Y ya los vencedores recibido
 Habian su recompensa y sus aplausos
 Y con vendas de púrpura, ceñidas
 Sus altas frentes, todos van marchando.

Entre tanto Sergesto se liberta
 De la funesta roca, remolcando
 La desierta galera : destruido
 Un órden de sus remos, con escarnio
 De los espectadores insolentes.
 Tal fuera una serpiente, que rodando
 Un carro la oprimiera, sorprendida,
 Con la rueda veloz; ó bien airado
 Un viagero le lanza dura piedra
 Y la deja mortal; mas ella en vano
 Procura hacer esfuerzos, revolviendo
 Sus pliegues y sus ojos centellando:
 Su cabeza altanera se levanta
 Y silva, y su valor es un desmayo.
 Tal de Sergesto, lentamente avanza
 Su bajel con los restos de su estrago.

En fin al puerto llegan, y las velas
 Se hinchan con el céfiro mas blando.
 A Sergesto le dió su recompensa
 Eneas satisfecho que salvado
 Fuera el bajel y tristes compañeros;
 Díerale otro presente muy mas grato;
 A la esclava Foloe la Cretense,
 Diestra en las obras de Minerva, dando
 A dos bellos gemelos que pendian
 De sus pechos el néctar regalado.

Concluido el combate se dirige
 Eneas á un estenso y anchò prado
 Al que rodean las colinas altas,
 Que los espesos bosques sombrearon.
 Hay en medio del valle una llanura
 Que su figura forma anfiteatro.
 Con el héroe camina un gran cortejo,
 Y de un trono de cespèd en lo alto,
 Desde allí le mostrára al gran concurso
 Los premios que pensaba dedicarlos,
 Si pretendan vencer en la carrera,
 Y los ostenta allí para animarlos.
 De Troya y de Sicilia se presentan:
 Son los primeros Niso y Eurialo.
 Eurialo reúne á la belleza,
 Vigor de juventud y esfuerzo raro.
 Mas Niso es conocido como amigo
 De aquel jóven guerrero, tan gallardo
 De la casa de Priamo; le sigue
 Diores ilustre, en pos camina Salio,
 De este el fiero Patron, de la Acarnania,
 Aquel de Arcadia. Helimo el Siciliano

Y Panope tambien que siempre siguen
En el bosque corriendo á Aceste anciano.
Preséntanse otros muchos cuyos nombres
Las sombras del olvido han eclipsado.

Reunidos en torno al grande Eneas,
« Escuchadme , les dice , estoy mirando
« Que alegre emulacion el pecho os llena
« Y el premio que esperais dará mi mano.
« Cada cual tendrá un hacha de dos filos
« Que de plata guarnece el metal blanco,
« Con dos dardos brillantes y cretenses;
« Y este timbre de honor , alcancen cuantos
« Combatan ; y tendrán premio distinto
« Con las frentes de olivo coronados
« Los vencedores tres ; y un corcel bello
« Con un rico jaéz habrá ganado
« El vencedor primero , y el segundo
« Un carcáx de Amazonas , rebosando
« De flechas que envió la dura Tracia,
« Y ciñe un ancho cinto , relumbrando
« Con oro , y una hevilla que engastáran
« Ricas preciosas piedras ; tendrá un casco
« El tercero que ya á un valiente Heleno
« Antes sirviera. » Dice , y ocuparon
Los combatientes su lugar , y dada
La señal , se levantan , cual el ráudo
Rápido torbellino , el ojo fijo
En el frontero meta. Niso ufano
El primero saltó , mas siempre avanza
A los otros gran trecho , suelto el paso
En la carrera cual ligero viento,
Ó vuela por la esfera ardiente rayo.

Salio le sigue , pero á gran distancia,
 Pero aun mas lejano está Euriálo.
 En pós Helimo llega , y casi toca
 Pié con pié , y le descalza y vá rozando
 En la espalda Diores , y si hubiera
 Otro espacio mayor , lo vence acaso
 Y dejára dudosa la victoria.
 Casi tocaban ya los fatigados
 Combatientes el meta , cuando Niso
 En la sangre de un toro resbalando,
 Que por casualidad lo degolláran;
 El vencedor gimió casi triunfando,
 Vacila sobre un suelo mal seguro
 Y cae rostro en tierra sobre el fango.
 Mas no le olvida Euriálo su amigo
 Que al punto se levanta , y sobre Salio
 Salta , derriba y déjale tendido
 En la tierra sangrienta ; y Euriálo
 Cual rápido relámpago se lanza,
 Y por la industria de su amigo caro
 Vence y concluye su veloz carrera,
 De la asamblea en estruendoso aplauso.
 Helimo despues llega , y tambien Diores
 Que gana de esta suerte el tercer láuro.
 Pero bien pronto resonó con gritos
 El largo y espacioso anfiteatro
 Y clamores de Salio , que se acerca
 A los jueces , ardiente , reclamando
 Contra el fraude que roba la victoria,
 Y el merecido premio ya alcanzado.
 Siempre tiene Euriálo de su parte
 El público favor , y el dulce llanto

Que honor hace verter á la hermosura,
 Que realza virtud cuerpo gallardo.
 Dióres le secunda en su dictámen
 Y á voces le proclama laureado,
 Pues si aquel alcanzára el vencimiento
 El triunfo no era suyo, sí de Salio.

Mas lleno de bondad, el pio Eneas,
 « Hijos míos, les dice, están intactos
 « Y sin mudanza alguna vuestros dones,
 « Pero permitireis al pecho grato
 « Compadezca á un amigo, que no es digno
 « De su desgracia. » De esta suerte hablando
 De un velludo leon la piel le diera
 Con las uñas doradas al buen Salio.
 « Sí así se recompensan, dijo Niso
 « A los vencidos; si él del polvo alzado
 « Tal compasion merece en su caída,
 « Yo debiera alcanzar el primer láuro,
 « Si la ingrata Fortuna no me hiciese
 « Quirme de lo mismo que ahora Salio. »
 Y al mismo tiempo deja ver su cuerpo
 Todo cubierto con la sangre y fango.

Eneas se sonrie, bondadoso,
 Y un escudo traer luego ordenando
 Del gran Didymaon obra maestra
 Del templo de Neptuno arrebatado
 De los Griegos, honrando con tal premio
 Al jóven combatiente, hermoso y bravo.

La carrera acabada, y repartidos
 Los premios: así Eneas soltó el labio;
 — « El que se sienta con vigor y esfuerzo
 « Con el cesto aparezca armado el brazo,

« Y por premio tendrán los combatientes,
 « El vencedor con oro bien ornado
 « Un novillo feroz con vendas sacras,
 « Y consuele al vencido un bello casco
 « Con una espada. » Al punto se presenta
 El orgulloso Dares, prócer y alto,
 Con fuerza gigantesca; y los murmullos
 Y gritos se escucháran al mirarlo;
 Dares, que á París solo combatía,
 Dares que junto del sepulcro alzado
 De Héctor el grande le dejó tendido
 Y moribundo só la arena al bravo
 Atleta Butes, arrollando á todos:
 Formidable gigante del preclaro
 Amys Rey de Bebrýcia descendiente
 Se jacta ser, y estos títulos nombrando
 Muestra Dares su ánsia del combate,
 Erguida la alta frente, bien armado
 Y removiendo las espaldas anchas:
 Agita el uno y luego el otro brazo
 Membrudo, él incesante el aire azota.
 Se busca allí un segundo, más hallarlo
 En tan vasto concurso no fué fácil.
 Nadie se vé poner el cesto en mano
 Y con tal adversario medir fuerzas.
 Dares triunfante, piensa altivo y vano,
 Todos cederle deben la victoria;
 Y á Eneas, el motivo preguntando,
 Asido tiene al toro de las astas;
 « Hijo de Venus, dice, nadie osádo
 « Se ofrece á combatir, ¿ esperar debo,
 « Ó mandas que me lleve el toro sacro? »

Los Troyanos lo aprueban con murmullo,
 Y piden que á Darés se cumpla el pacto.
 Acestes indignado reconviene

A Entelo que de él junto está sentado
 Con reproches muy vivos y le dice;

« ¡ Ó tú , de nuestros héroes el mas bravo!

« ¿ Que es ya de tu valor ? ¿ querrás ahora

« El rico premio lleve sin ganarlo?

« ¿ A dó están las lecciones de Erix fuerte?

« ¿ Donde el Dios tu maestro tan nombrado?

« ¿ Ha muerto ya tu fama que estendida,

« Los nobles Sicilianos ensalzaron?

« ¿ Ya no piden trofeos? » Mas Entelo:

— « Sí , le responde , aun siento que yo ardo

« En amor de la gloria ; ni cobarde

« Temor apaga el fuego en que me abraso;

« Pero está ya mi sangre entorpecida

« Y es hielo todo el cuerpo con los años:

« El valor no circula entre mis venas.

« Si como en otro tiempo , el fuego sacro

« De juventud tuviera cual posee

« Ese atrevido con su orgullo vano,

« El entrar en la lid yo no temiera

« Sin que el premio me incite á egecutarlo,

« Ni este soberbio toro es quien me tienta. »

Diciendo así arrojó con noble garbo

Un par de cestos que al concurso asombra

Por el enorme peso , al registrarlos.

Eran los mismos con que se arma Erix

Y con justas correas á su brazo

Ligaba ; pero todos aturridos

Quedaron con la vista de doblados

Siete cueros espesos , sus costuras:
 El duro fierro y plomo atravesando.
 Dares mismo se admira mas que todos,
 Y contra arma tan fuerte ha protestado.
 Pero el hijo de Anquises va y levanta
 Los cestos y revuelve con sus manos
 En direcciones varias , y su peso
 Y correas enormes observando.

— « Cual seria tu asombro , dijo Entele,
 « Si los cestones vieras que ganaron
 « De Hércules en las manos la victoria.
 « Del terrible combate ; Erix tu hermano
 « Estos llevaba , que las manchas tienen
 « De sangre que vertió rival contrario,
 « Y á Alcides combatió con estos mismos.
 « Yo tambieu los usára un tiempo , cuando
 « Animaba el valor mi ardiente sangre ,
 « Y envidiosa vejez me tornó cano.
 « Mas si el Troyano Dáres se resiste
 « Que pueda usar mis armas sin agravio,
 « Y así á Eneas y Acestes les complace,
 « Sean armas iguales las que hagamos,
 « De Erix dejo las armas en tu obsequio,
 « Mas tu deja el ceston de los Troyanos.»

Hablando así , de sus espaldas quita
 Su vestidura doble , ver dejando
 Enormes miembros con sus grandes huesos,
 Y aparece en la arena grande y alto.
 Traigan Eneas manda á su presencia
 Dos pares de cestones igualados,
 Y el mismo los enlaza á los atletas
 Con fuertes ligaduras en sus brazos.

Al instante uno y otro se sostienen
 De los pies en las puntas, levantados
 Sus brazos tan temibles. Si se acercan
 El golpe evitan hácia atrás llevando
 Rápidas las cabezas, mas se encuentran
 Las manos y se tocan con las manos,
 Y se cruzáran y el combate traban;
 Es el uno mas ágil, suelto y blando,
 Y de la juventud le agita el fuego:
 El otro, mas terrible en lo esforzado
 De sus brazos y mole de su cuerpo;
 Mas sus rodillas trémulas fallando,
 Se encorvan bajo el peso, y anheloso
 El respirar agita el pecho ancho.
 De mil golpes que asestan, unos yerran
 Ó azotan entre tanto el aire vano;
 Al costado otros suenan con gran ruido,
 Los otros sobre el pecho resonaron,
 En torno á los oídos y mejillas
 Rápida sin cesar vuela la mano
 Con repetidos golpes. Pero Entelo
 Siempre fuerte en sus pies y en firme plano,
 Inmóvil vá siguiendo con los ojos
 En cada movimiento á su adversario,
 Y los golpes evita con un giro
 En el simple mover del cuerpo á un lado.
 Dáres se parecia á un gran guerrero
 Que ataca á una Ciudad con muros altos
 Inaccesibles ó que armado busca
 En torno del baluarte algún espacio
 Por dó pueda encontrar la fácil brecha,
 Y solo diera inútiles asaltos.

Enderezóse al fin el bravo Entelo,
 Y de toda su altura el brazo alzando,
 Sobre Dáres venia, mas lo evita
 Retirando hácia atrás el veloz paso.
 Todo el esfuerzo se perdió en el aire
 De Entelo y por su peso arrebatado,
 En la tierra cayó, cual fuera un pino
 Que incesantes minaron tristes años,
 Ó en el Ida arrancaron las raices,
 Ó en la intrincada selva de Erymanto.
 Segun el interés que los anima
 Se levantan Trinachios y Troyanos,
 Y el inmenso clamor el aire hiende:
 Lleno de compasion el mismo anciano
 Acestes, á su amigo á socorrerle
 Se levanta y Entelo, no asustado
 Por la caída, vuelve mas terrible.
 La cólera y despecho reanimando
 De nuevo su valor, él siente el fuego
 De juventud lozana, y respirando
 Venganza, le persigue por la arena,
 Huyendo Dáres con sus pasos rápidos,
 Y derecha é izquierda, multiplica
 Sus golpes mas terribles, semejando
 Al granizo impetuoso que cayera
 Sobre la habitacion sin dar descanso,
 Y sobre el triste golpes menudea,
 Y en torno al vencedor él gira en vano.
 De compasion movido, el pio Eneas,
 De la venganza impide los estragos,
 Y á Darés de fatiga consumido,
 A Entelo se lo quita de las manos;

Y para consolarle le decía:

— « ¡ Que ceguedad te tiene desgraciado?
 « ¡ No miras que esta fuerza no es humana
 « Y que pelea el cielo por tu daño? »

Así dice, y separa á los rivales
 Y sus fieles amigos le llevaron
 A las naves; no pueden sostenerle
 Sus rodillas, la frente bamboleando
 Y la sangre vomita con los dientes
 Mezclados con la espuma de sus labios.
 Pero Eneas llamándoles, entrega
 A este la espada y el pulido casco,
 Y al vencedor el toro y la victoria.

El vencedor soberbio que mirando
 Estaba el fiero toro así dijera:

— « Hijo de Venus, escuchad: Troyanos,
 « ¡ Cuales mis fuerzas ser pudieran antes
 « En el vigor de juveniles años!

« A Dares de la muerte lo salvásteis. »
 Cuando de esta manera hubiera hablado,
 Puesto en frente del toro, el brazo alzára
 Alto cuanto pudiera, rompe el cráneo,
 Y el cerebro saltó de entre las astas;
 Vacila herido y cae. Con ecos altos

Entelo dice: — « Erix, aquesta víctima
 « Aceptarás por Dáres, don mas grato;
 « Y el cesto vencedor aquí abandono
 « Y á tí Erix sublime el arte sábio. »

Luego Eneas convida á los que anhelan
 Su destreza mostrar con flecha y arco,
 Y los premios propone. Levantóse
 Un mástil con poder de fuerte brazo

Del bajel de Sergesto ; y en la cima
 Una paloma se ata , que fué el blanco
 Del tirador , y se mostró el primero,
 Con la ruidosa voz de los apláusos,
 El grande Hipocoon, de Hirtaco el hijo
 Mnesteo le sigue , el que triunfado
 Habia del bajel en el combate,
 Y su sien ciñe de la oliva el ramo.
 El tercero Euriton , tú , hermano ilustre,
 Que el tratado rompiste , gran Pandaro,
 Obediente á los Dioses , contra Griegos
 Tú la primera flecha disparando,
 De Acestes que del último en el fondo
 Quiso probar el venerable anciano
 Su juvenil destreza , mas ya encorvan
 Todos el arco en el potente brazo
 Y sacan del carcáx aguda flecha.
 La primera salió de hijo de Hirtaco
 Que silvando en el aire el mástil hiere,
 Y en él quedára fija como un clavo.
 Tiembla el árbol al golpe , y la avecita
 Tiembla con miedo y susto redoblado,
 Y el aire llenan los sonoros gritos.
 Mnesteo el ardiente , encorva el arco,
 La vista fija , y hácia lo alto mira
 Y con el dardo se inclinára al blanco,
 Mas la dicha no tuvo de tocarla;
 Pero rompe , certero , el fuerte lazo
 Del que penden los pies al mástil presa,
 Ligera vuela por el aire vago
 Y en la nube sombría se perdiera,
 Que al medió dia trae el viento ráudo.

Euriton que tenia el arco pronto,
 Lista la flecha, invocó á su hermano
 Con la vista siguiendo la paloma,
 Sus alas en el viento resonando,
 La hirió bajo la nube, y ella cae
 Trayendo en tierra atravesado el dardo.

Perdida la victoria queda Acestes,
 Mas disparó su flecha sin embargo
 Por mostrar su destreza y arco fuerte;
 Pero se deja ver extraordinario
 Prodigio que anunciára gran desgracia.
 Un suceso bien triste publicando,
 Aunque tarde, los Dioses, por la boca
 De fieles adivinos: penetrando
 Por la nube la flecha, un luminoso
 Sulco la consumiera, atrás dejando
 De estrellas una luenga cabellera.
 Todos quedan Trinacrios y Troyanos
 Suspensos, á los Dioses protectores
 Pidiéndoles auxilios y el amparo.
 El agüero aceptar no teme Eneas,
 Y á Acestes en sus brazos estrechando,
 De magníficos dones le colmára,
 Y dice: « Padre mio, aceptád grato
 « Esta copa tan rica: al noble Anquises
 « Que en otro tiempo el rey del país Tracio
 « Ciseo, como prenda y dulce gage
 « Le diera de amistad. » Y coronando
 A Acestes con un láuro victorioso,
 De vencedor le aclaman los aplausos.
 Mas el sabio Euriton no manifiesta
 Por esta preferencia vivo agravio,

Aunque mató en el aire la paloma
 A la tierra bajando de lo alto.
 Dióse el premio tercero al que rompiera
 La cuerda, mas el último á aquel dardo
 Que sin tocar el ave temerosa,
 Lo fija al mástil como firme clavo.

Antes que fine el último combate
 Dijo Eneas de Julio á su fiel Ayo :
 — « Parte, hijo de Epítide, y dí á Ascanio
 « Que si tiene ya pronto y preparado
 « El escuadron de jóvenes, y presta
 « La cabalgata, la conduzca armado
 « A nombre de su abuelo en el instante. »
 Y lo repite, dando al mismo paso
 Orden al pueblo que advertido fuera
 Dejar en libertad el ancho campo.
 Entonces se adelanta con buen orden
 Y con ricos jaeces á caballo,
 Con noble continente que embelezan
 Los ojos de sus padres venerandos;
 Manifiestan gran gozo con murmullo
 Juntos los de Sicilia y los Troyanos
 Las gurnaldas ciñeran corta crencha
 Y la derecha afianza agudos dardos;
 Muchos con un cárcax sobre la espalda,
 Y con anillos de oro vá colgando
 Al cuello una cadena que se ondea
 Sobre del pecho. Iban muy gallardos,
 Tres jefes que conducen tres brigadas
 Que los ojos cautivan y los ánimos.
 Manda, doce ginetes, cada gefe,
 Y tomando el primero un nuevo Priamo

Que de su abuelo trae un nombre ilustre.
 Es Polites, su hijo, que al Romano
 Con su noble progeñie dará gloria,
 Manchado es el corcel que monta, y blancos
 Los delanteros pies como la nieve,
 Y blanco es el lucero bien marcado
 Que aparece en la erguida enhiesta frente:
 Atis es el segundo que del Lacio
 Será el ilustre tronco de los Atis;
 Llevan Atis y Julio iguales años
 Y se aman tiernamente. Fuera el último
 Mas hermoso que todos, Julio Ascanio,
 Déjase ver en un bridon Sidonio,
 Que le dió Dido hermosa, don bien caro.
 Y de su grán ternura prenda fina;
 Y montan los caballos Sicilianos
 Los jóvenes restantes que lo ordena
 El generoso Acestes el anciano.

Con apláuso reciben á los niños
 Que en ellos ven sus padres, los Troyanos.
 Rodearon el circo á paso corto.
 A la presencia del concurso vario
 Epitide señal entonces diera,
 El látigo estallante resonando.

Parten al punto con la apuesta tropa
 Y con tres divisiones forman bandos,
 A una nueva señal embisten todos,
 Armas unos con otros presentando;
 Otros evoluciones egecutan
 De la izquierda á derecha repasando,
 Ya corren de vanguardia á retaguardia.
 O en direccion opuesta ó intentando.

Envolverse uno á otro, ó hacer círculos
 Que unos sobre los otros van cerrando.
 La imágen del combate se retrata,
 Unos huyen corriendo, otros tornando
 La espalda vuelven al contrario, y otros
 Haciendo voltifaz les van cargando
 Con lanza en ristre, mas amigos vueltos
 Marchan todos de frente mano á mano.
 Como la fama cuenta, que de Creta
 El laberinto en su recinto opaco,
 Con mil tortuosas sendas y caminos.
 La huella se perdía por acaso
 Sin esperanza alguna; tal los jóvenes:
 En sus evoluciones, los Troyanos
 Su marcha cruzan, se repliegan todos
 Con raro movimiento, ó simulando.
 Tal el Carpatio mar ó el de la Libia
 Los delfines presentan retozando
 Con juegos diferentes en los mares.
 Cuando levantó el muro Julio Ascanio
 De Albalonga, estos juegos y combates
 Por él mismo despues se renovaron,
 Y al Latino enseñára á celebrarlos.
 Como infantes los dió con los Troyanos,
 Los Albanos al fin los transmitieron
 A la soberbia Roma, que hoy guardaron
 De su origen glorioso monumento,
 Y hasta ora se conserva el nombre grato
 De los juegos Troyanos, y los jóvenes
 De las bandas Troyanas se nombraron.
 Así se terminaron los combates,
 Homenage á su padre tan amado.

La fortuna se muda en este instante,
 Y mientras que así honraban los Troyanos
 El sepulcro de Anquises con sus juegos,
 La hija de Saturno de lo alto
 Del cielo envia á Iris á las naves
 De Ilión con su vuelo activo y ráudo
 Que los vientos le prestan; mil proyotos
 Su corazon agitan, que apagado
 Su cruel resentimiento no estuviera.
 Iris recorre el aire, dibujando
 Un arco que retrata mil colores.
 Y un momento despues nó la miraron.
 Ella descubre un pueblo numeroso
 Corriendo la ribera; abandonados
 Entonces ven el puerto y los bajeles.
 Solas están mirando el oceáno
 Las Troyanas y lloran por Anquises;
 « ¡ Ay ! decian, vertiendo amargo llanto
 ¿ Tras de fatigas tantas, aun nos quedan
 Tantos mares y escollos que ir pasando ?
 Una Ciudad le piden á los Dioses,
 Que resistir no pueden los trabajos,
 Y disgustos de un viage tan sin término.
 Iris bastante diestra en artes malos,
 Y su rostro ocultando y su ropage,
 Se lanza en medio de ellas imitando
 De la anciana Beróe la figura,
 La esposa que antes fué del Imariano
 Doricles, respetado en otro tiempo
 Por su cuna y sus hijos. Este engaño
 Enmedio á las Troyanas la coloca.
 « ¡ Que desgraciadas somos ! esclamando,

- « ¡ Por que la cruda muerte no nos dieron
 « Los crueles Griegos en lo muros pátrios?
 « ¡ Infelice nacion ! á esta desdicha .
 « ¡ Qué nueva suerte nos reserva el hado?
 « Siete veces el año á estío trae
 « Desde que cayó Troya , y otros tantos
 « Estrechos mares , tierras apartadas,
 « Las rocas y ios climas mas lejanos
 « Corremos al capricho de las ondas
 « Por el inmenso mar , siempre buscando
 « Esa Italia que huye de nosotros,
 « Mas ahora por fin hemos llegado
 « De Erix, nuestro hermano, á la comarca,
 « ¡ Acestes, nuestro hoesped, querrá acaso
 « El consentir gustoso levantemos
 « Una Ciudad á tantos ciudadanos ?
 « ¡ Oh patria mia! ¡ oh Dioses! que á los Griegos
 « Pérfidos , arrancamos de las manos ;
 « Ya de Troya no habrán muros altivos
 « Con que antes orgullosa la nombraron,
 « Ni Simois habrá de Hector la gloria .
 « Seguidme y ya vereis como incendiamos
 « Estas naves funestas . Esta noche
 « En sueño ví á Casandra , este dechado
 « De inspiracion , y gran sacerdotisa
 « Que poniendo , imperiosa , entre mis manos
 « Antorchas encendidas , me decia :
 — « Aquí es dó está el lugar , debeis buscarlo ,
 « A donde Troya está ; vuestra morada ;
 « El momento ha llegado ¡ que tardamos
 » En que la profecia esté cumplida ?
 « Presentes aqui están altares cuatro

« De Neptuno, y un Dios nos suministra
 « Las armas, y el valor nos está dando. »

Así dice; ella misma dá el ejemplo
 Y un madero encendido, en su arrebató
 Lo levantó en el aire, y luego agita
 La llama que la lanza el fuerte brazo.
 Las Troyanas atentas, quedan mudas,
 Todas sobrecogidas con espanto.
 Pirgo que todas ellas más anciana,
 Nodriz de los hijos de Priamo ;
 « Compañeras, les dice ¿no es Beróe ?
 « ¿No es aquesta la esposa de Imariano,
 « El que antes habitó cabo Rheteo ;
 « De sus ojos no visteis brillar rayos
 « De aquel fuego divino en su semblante ?
 « ¿No oísteis de su voz el eco blando ?
 « ¿No visteis aquel porte magestuoso ?
 « Pocos instantes hay que yo he mirado
 « Solitaria á Beróe, y aun enferma
 « Llena de la congoja y triste llanto ;
 « Por que á Anquises no hiciera los honores
 « Funerarios debidos á este anciano. »
 Así digera Pirgo. Las Troyanas
 Dudosas que hacer deban en tal caso,
 Sus miradas sombrías dirigian
 A las naves partidas en dos bandos.
 Unas quedarse en tierra apetecian,
 Otras ir al imperio de los Hados.
 Entre tanto la Diosa alzára el vuelo,
 Y el aire pinta de colores vários,
 Ellas fuera de sí con tal prodigio,
 Con delirio y clamor de el fuego sacro

Despojan los altares , y lo lanzan
 Con resinosos leños , hojas , ramos,
 Y el fuego en libertad pronto devora
 Con las pintadas popas, remos, bancos.

De Anquises al sepulcro vá el primero
 Eumelo al inmenso anfiteatro ,
 Y anuncia que se abrasan los bajeles
 En torbellinos de humo centellando.
 En su corcel Sidonio á la cabeza
 De su escuadron estaba el bello Ascanio,
 Y el primero se lanza con tumulto
 Y con rápido vuelo llega al campo.
 Sus ayos asustados no pudieron
 Contener su furor. « ¿ Que amor insano,
 « Las dice , os arrebatá, desgraciadas?
 « No son bajeles griegos, son Troyanos
 « Los que quereis quemar , vuestra esperanza;
 « Abrid los ojos , conoced á Ascanio,
 « Hijo de vuestro Rey.» Mas las Troyanas
 Al verle se disipan con espanto
 Por la ribera , ó van al bosque huyendo,
 A su afrenta ocultar, y están mirando
 Su error y lo conocen , que de Juno
 Ya en ellas no domina el crudo mando.
 Mas el furor de la indomable llama
 Ya nada le detiene : el humo tardo
 De la abrasada estopa en torbellinos
 Lleva la actividad del fuego avaro,
 Y un ardiente vapor entra en las naves
 Y el fuego incendia general estrago.
 Ya nada lo detiene , ni el esfuerzo
 De los guerreros , ni agua sin descanso

Que á torrentes vertian los marinos.
 Eneas con tal vista horrorizado
 Rasga su vestidura , pero implora,
 Ambas manos al Cielo levantando;
 — « ¡ Ó Júpiter ! esclama, Dios potente,
 « Si esterminar por siempre á los Troyanos
 « No has jurado , si aun quieres compasivo
 « Y te dignas mirar los desgraciados
 « Mortales , hoy permite que se salven
 « Mis naves del furor del fuego insano.
 « Liberta de la muerte que amenaza,
 « De la abrasada Troya el resto vago:
 « Ó acaso tu furor último sea
 « Que lanzes sobre mí brillante rayo,
 « Ó tu mano me abisme para siempre.»

No bien Eneas así hablára , cuando
 El Cielo de repente se oscurece,
 Una gran tempestad desde lo alto
 Se levanta y la lluvia con violencia
 Arrebatada , el trueno retumbando
 Hace temblar las cimas de los montes
 Y hondos valles ; la nube en su regazo
 Amontona huracanes , que á torrentes
 Con la sonante lluvia corren rápidos.
 Ella cubriera al punto los bajeles,
 Muerto se queda el fuego y apagado:
 Fuera de cuatro se preservan todos
 Que el incendio voraz iba alcanzando.

Eneas aterrado con tan triste
 Suceso , se abandona còntemplado,
 Si á sus altos destinos renunciára,
 Y fijára en Sicilia ó navegando

Hacia Italia. Era Náutes instruido
 Por la mano de Pálas, celebrado
 Por un saber muy útil, casi á todo
 Sus respuestas mas propias aplicando;
 Lo que debia temerse, si los Dioses
 Su cólera mostráran, y el mandato
 De aquello que prescriban inmutables
 En órden del destino. Y este sabio
 Y venerable anciano dirigia
 Palabras de consuelo al Rey Troyano.

— « De Venus hijo; en vano se resiste
 « Al destino; es preciso obedezcamos
 « A su fuerza imponente, cualquier sea
 « De contraria Fortuna el duro caso;
 « Con paciencia tranquila es soportable.
 « Acestes como tú es un Troyano
 « Y sangre de los Dioses; sabios medios
 « Con él consulta para unir los bandos
 « Como tú lo deseas; hay algunos,
 « Tus mismos compañeros, cuyas naos
 « Han perecido, y otros disgustosos
 « De seguir tu Fortuna y nobles Hados,
 « Y otros que larga edad han hecho inútiles,
 « Mugerres que en la mar, son sus trabajos
 « Y fatigas mayores, y aun aquellos
 « Que sin fuerza y valor se amedrentaron
 « A vista del peligro que ahora crece;
 « Deja que una Ciudad sea su ampáro,
 « Llamarémosla Acestes, por el nombre
 « Del generoso príncipe que grato
 « A ello se prestára.» Eneas siente
 Renacer su valor con el tan sabio

Discurso de su antiguo y caro amigo,
Y con ardor se entrega á sus cuidados.

Ya tornaba la noche presurosa
A traer las tinieblas en su carro,
Cuando Eneas creyó que estaba viendo
Desde el Cielo venir al suelo bajo
A Anquises descendiendo, y le dijera:
« ¡ Ó hijo, que amé mas que á todo cuanto
« Amar pude en la tierra! Jove mismo
« A tí me envia; el Cielo que apiadado
« De tus males las llamas apagára
« Que abrasan los bajefes. A los sabios
« Consejos sigue del anciano Náutes:
« Sigán tus huellas jóvenes gallardos
« Que combatan la Italia belicosa;
« Gente aguerrida y dura en los trabajos
« Con una vida sóbria y siempre austera.
« Mas antes al Averno penetrando
« Verás sus hondas simas, hijo mio;
« No habito la region del hondo Tártaro,
« Ni entre sombras que afligen los tormentos;
« Yo habito ahora los Elíseos Campos;
« Allí te guiará casta Sibila,
« Antes con abundancia derramado
« Hayas la sangre de las negras víctimas;
« Tú allí conocerás los troncos claros
« De tu progente y las Ciudades fuertes
« Que tu nombre alzarán hasta los astros.
« Ya el fin de su carrera hace la noche
« Y del Sól siento el soplo en sus caballos.
« Adios te queda. » Dice, y en los aires
Se pierde mas sutil, ligero y vano

Que un sueño , disipándose á su vista.
 — « Dime ¿donde te alejas ? ¿De mis brazos
 « Donde te escondes ? exclamaba Eneas.
 Las dormidas cenizas se avivaron
 Y la arena sagrada desparciendo
 Sobre el hogar con los perfumes varios
 Ofrece , respetuoso , este homenaje
 De Troya á los Penates y al sagrado
 Altar de Vesta; y á sus Compañeros
 Y mas que á todos al real anciano.
 A Acestes la orden dá , con los consejos
 Que tanto recomienda el padre caro;
 Los dictámenes todos se conforman,
 Acestes los acepta de buen grado.
 Los hombres y mugeres , que lo anhelan
 En la nueva Ciudad se empadronaron,
 Y aquellos para quienes es la gloria,
 Aparato infeliz del humo vano.
 Sus bancos reparaban los remeros
 Y las cuerdas y rémos devorados
 Por fuego abrasador en los bajeles.
 En número son pocos , pero bravos
 Guerreros fuertes que valor respiran.
 Luego Eneas trazó con el arado
 De la Ciudad la gran circunferencia,
 Y por suerte separa , señalando
 Los sitios de las casas ; Ilion uno
 Y Troya será el otro , nombres gratos
 Para el Troyano príncipe que manda.
 Sabia administracion luego arreglaron
 Con el senado , leyes , senadores:
 Abrense los cimientos , y un sagrado

Templo que se levanta á las estrellas
 En la cumbre del Erix , con el santo
 Augusto nombre de la Idalia hermosa:
 El sepulcro de Anquises encargado
 A una Sacerdotisa , siempre fija
 Y á su memoria un bosque dedicaron.

Ya toda la nacion por nueve dias
 Sacrificios , banquetes renovando,
 Los vientos apacibles los convidan
 A las ondas volver á los Troyanos,
 De lamentos se llena la ribera
 Y de la despedida con abrazos,
 Y las mugeres mismas con los hombres,
 Aquellos que la marcha causa espanto,
 Y del Cielo la cólera terrible
 Al destierro partir están ansiando.
 Eneas los consuela bondadoso,
 Y recomienda á Acestes con gran llanto,
 A nombre de la sangre y parentesco
 Que á todos los uniera. Tres muy grasos
 Novillos á Erix luego sacrifica,
 Y una negra cordera en holocausto.
 A la tempestad fiera. Las amarras
 Rápido cada cual desenlazando
 Su puesto ocupa. Mas de la alta popa
 La cien ceñida de olivoso ramo,
 De la ribera lejos ya se mira,
 Y de la popa arroja con su mano
 Las entrañas que humean , á las olas
 Con oloroso vino las libando.
 El viento sopla en popa á los bajeles
 Agitando las aguas, y en sus bancos.

Hienden los marineros á porfia
A la salobre espuma sin descanso.

De pensamientos mil se ocupa Venus;
Venus sobresaltada fuera en tanto
Y á Neptuno camina y le confía,
En muy pocas palabras su quebranto.

— « De la implacable Juno , la gran cólera
« Y el odio que no acaba , hoy á implorarlo
« Todo me obliga ; ni la templa nada,
« Tiempo ni compasion , ni el soberano
« Mandato del gran Jove , ni el destino,
« De su furor detiene los asaltos.
« Haber sacrificado no le basta
« De la Frigia el imperio á sus conatos,
« Ni perseguir los miserables restos
« Mas allá del sepulcro sin descanso.
« Que lo diga ella misma , si es que puede
« Decir ella el motivo de odio tanto;
« Tu mismo presenciaste la borrasca
« Que de Lybia en el mar , el viento airado
« Con las ondas levanta hasta los Cielos,
« De Eolo protegida : pero en vano;
« Sobre tu mismo imperio mira ahora
« Para colmo de horror haber mandado
« A las Troyanas que ellas mismas fueran
« Las que incendiáran con sus propias manos
« De mi hijo las naves , y así obliga
« Sus socios á vivir en suelo extraño.
« Que hagas , te suplico , que naveguen
« Sin peligro y que lleguen todos salvos
« Del Tibre á la ribera , y vean libres
« El feliz suelo y Laurentinos campos.

« Esto es cierto, y los hados prometieron
 « Lo que ofrece la Parca á los Troyanos.»

El hijo de Saturno, que el mar doma,
 Así responde á la Deidad de Páfos;

— « Muy justo es, ó Diosa de Citera,
 « Que en donde tu naciste halles ampáro:
 « Yo lo estimo y merezco esta confianza,
 « Yo reprimí el furor del conjurado
 « Cielo y la mar, ni fué menor mi celo
 « Por Eneas tu hijo, que allá en Janto
 « Y el Simois, cuando Aquiles persiguiendo
 « Con sus feroces Griegos los Troyanos
 « Al pie de sus murallas los degüella
 « Por millares, y gime el rio hinchado
 « Con cadáveres yertos que á las aguas
 « Del Janto no podian darle paso.
 « Resistir quiso Eneas de Peléo
 « Al hijo, á quien los Dioses dan ampáro,
 « Y de la muerte le libró una nube
 « Con la que le ocultaba, rodeado,
 « Aunque yo mismo destruir queria
 « Los cimientos y muros del Troyano
 « Que estas manos alzaron á los pérfidos.
 « Al corazon confia, no ha mudado,
 « Siempre yo soy el mismo y del Averno
 « Al puerto llegará tu Eneas salvo;
 « Un hombre solo causará pesares,
 « Una víctima sola cumple el pago.»

Tranquila así quedando Citerea
 Con tan dulces palabras, sus caballos
 El Rey del mar al carro azul poniendo,
 Y en sus bocas los frenos espumando,

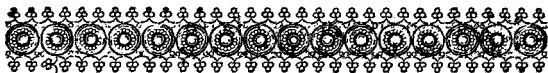
Las riendas ondeantes só la espalda,
 Sobre las aguas vuela el ráudo carro,
 Y las ondas se escuchan abatidas
 Bajo el eje ruidoso resonando.
 Acompañan al Dios un gran cortejo.
 Con formas diferentes. Hacia un lado
 Las monstruosas ballenas se están viendo
 Y el rebaño también del viejo Gláuco;
 Estaba Palemon hijo de Ino,
 Los ágiles Tritones y el gran bando
 De Forco : al lado opuesto allí se miran
 Tétis , Melita , Panopea , el casto
 Virginal seno , con Nesea , Spio,
 Talia y Cimodóce retozando.

Siente Eneas calmarse en este instante
 Su inquietud , y alegría ocupa el ánimo:
 Ya manda levantar todos los mástiles
 Y fuéranse las velas desplegando,
 Y de concierto maniobrarán todos;
 Izan á un tiempo y con entrambas manos
 Revuelven las antenas suspendidas
 Del poderoso mástil en lo alto;
 Los bajeles al viento se abandonan
 Y Palinuro á todos vá guiando,
 Que al frente de la escuadra era el primero
 Que debia seguir el rumbo dado.
 La húmeda noche en su veloz carrera
 Apenas la mitad iba tocando,
 Y los marinos todos estendidos
 Junto á sus remos y desnudos bancos,
 Tranquilos reposaban con el dulce
 Sueño , de la fatiga suave bálsamo.

Mas el ágil Morfeo descendiendo
 De la celeste bóveda y sus astros,
 Las espesas tinieblas atraviesa
 Y retira las sombras, caminando
 Derecho á Palinuro, y le acompañan
 Sueños los mas horribles, mas aciagos
 Para tí Palinuro; só la forma
 De Forbas se ocultaba el Dios alado,
 Se sienta junto á él. en la alta popa
 Y así le habla, engañoso, en eco blando:
 — «Hijo de Jaso, dice, ó Palinuro,
 «Mi amigo, la mar guía nuestras naos
 «Cual lo quiere el deseo, é igual viento
 «Lleva siempre las velas; ahora es dado
 «Disfrutar un momento de reposo;
 «Reclina la cabeza, y del trabajo
 «Liberta ahora tus cansados ojos
 «Por un momento, mientras yo entretanto
 «Ocuparé tu puesto, Palinuro.»
 Ya tenia los ojos muy gravados
 Y con dificultad los iba abriendo.
 — «¿Piensãs, responde, no conozca acaso
 «Este mar y estas olas tan tranquilas
 «En la apariencia? ¿en ellas hay descanso?
 «¿De este fiero elemento podré fiarme?
 «¿A Eneás, al capricho abandonarlo
 «De los pérfidos vientos, cuando fuimos
 «El juguete y la burla de su engaño?
 Así habla, el timon teniendo firme,
 Sin dejarlo un momento de la mano,
 Y consultando siempre las estrellas.
 El Dios agita entonce el fatal ramo,

Mojado con las aguas del Letéo
 Sobre sus sienes, de virtud cargado,
 De este rio infernal. En el momento
 Se quedaron inmóviles ambos párpados;
 Apenas este sueño sorprende
 A sus lánguidos miembros, y arrojado
 Morfeo sobre de él, lo precipita
 Y con él al timón; el que arrancado
 De la popa una parte vá consigo,
 Socorro en la caída demandando;
 Mientras que sus dormidos compañeros
 No oyen las voces que repite en vano.
 Alza entonces Morfeo el ráudo vuelo.
 Y se vá á confundir en el espacio.

Las naves entretanto siguen rápidas.
 Y sin riesgo cortando el océano:
 Seguras las tornaba la promesa
 Del gran padre Neptuno. Ya tocamos
 De las Sirenas, antes peligrosos
 Escollos donde brillan huesos blancos.
 De tantos desgraciados. Las ruidosas
 Ondas se sienten con furor bramando;
 Entonces mira Eneas á sus naves
 A merced de las ondas, sin el sabio
 Piloto; y rigiéndolas él mismo
 De nocturnas tinieblas rodeado.
 Un gran dolor su corazón oprime
 Por su amigo infeliz con llanto amargo:
 — « ¡ Ó Palinuro, dice, tú confiaste
 « Mucho en la calma de elementos falsos!
 « Tú ahora quedarás sin sepultura
 « Y en la playa; desnudo, en suelo extraño. »



La Eneida.

LIBRO VI.

Lágrimas derramando Eneas habla,
 Y navega la flota á vela llena;
 A Cúmas llega en fin, en cuya rada
 Las orillas encuentra de la Eubea.
 Las proas ven la mar, de la ancla penden.
 Las naves que bordaban la ribera:
 La ardiente juventud viva y alegre
 Huella de Italia la anhelada tierra;
 Unos del pedernal las chispas sacan
 Que un tiempo se ocultáran en sus venas,
 Otros el bosque abaten, las manidas
 Que fueron antes de feroces bestias,
 Y mas allá se muestran anchos rios
 Que esta tierra fecundan tan risueña.
 Entretanto sus pasos dirigia
 Eneas hácia el monte, á dó la cueva

Sombría está que habita la Sibila
 Y la fiera Deidad que la gobierna,
 El mismo Dios de Délos, que la inspira
 Entusiasmo y furor, y la dijera
 Los arcanos que anuncian lo futuro;
 De Hécate al bosque sacro ya se acercan,
 Y entran al edificio que reluce
 Todo con oro puro y aun se cuenta,
 Si se cree á la fama; huyendo Dédalo
 Desde el reino de Mínos, él se eleva
 Osado sobre el aire con las álas,
 Y caminando por ocultas sendas
 En las regiones frías de la Osa
 Para el rápido vuelo, y luego llega
 De Cúmas á los muros, dó consagra
 De los aéreos remos la alta ofrenda
 Al poderoso Febo, y de Androgéo
 En la puerta esculpiera la tragedia;
 Y los hijos de Cécrope que enviáran
 Por horrible tributo en cada vuelta
 De año, cien hijos suyos. Allí graba
 De Pasífae la amorosa afrenta
 Y el vergonzoso ardid que á su amor sirve
 Del Minotáuro muerto, única prenda
 De su execrable llama. Allí se vido
 El laberinto de tortuosas sendas,
 Adonde de salir no hay esperanza;
 Pero Dédalo en fin á una princesa,
 De compasivo amor bien poseido,
 Los tortuosos caminos vá y le muestra
 Del palacio insidioso, con un hilo
 Que sus dudosos pasos le presenta

A su querido amante. Y tú, gran parte
 ¡Icaro desgraciado! aquí tuvieras
 Si lo consienta el llanto de tu padre.
 Dos veces esculpir en oro intenta,
 Tu caída fatal, y otras dos veces
 Los buriles agudos se cayeran
 De las paternas manos. Los Troyanos
 Registráran aun tantas bellezas,
 A no llegar Achates, que enviado
 Había Eneas delante y Compañera
 Deífobe, hija de Gláuco, de Diana
 Y de Apolo la intérprete severa,
 La que airada le dijo al rey Troyano:
 « ¿ Es esta la ocasión que fijar deba
 « Los ojos en mirar objetos tales ?
 « Dáte prisa y al punto sean tu ofrenda,
 « Siete pingües novillos que acompañen
 « Siete escogidas cándidas ovejas. »

La Sibila así dice, y presurosa
 Las ofrecidas víctimas degüella,
 Y caminan entonces los Troyanos
 Al templo que sombrea gruta inmensa
 De la montaña, á un lado socavada,
 Que lleva á otras cien muy anchas puertas
 Donde otras tantas voces resonaron
 Que son de la Sibila las respuestas.

Al sagrado lugar y muy atentos;
 « Tiempo es de preguntar, ella digera;
 « Presente está el oráculo y nos oye
 « Un Dios. » Y dice así, y entra en la puerta
 Del templo, y se cambiara de repente
 Su faz y su semblante, la melena

Se eriza con horror, el pecho hinchado
 Y anhelosa respira. Con la fuerza
 Del furioso arrebató, era mas alta
 Su talla y la su voz mortal no suena,
 Siempre le inspira el Dios de cuyo sople
 Omnipotente está su alma opresa.

«¿Hijo de Anquises el Troyano, callas
 «Y en tus votos y ruegos ahora cesas?
 «Solo así se abrirán del santo templo
 «Las puertas tan terribles.» Pero ella
 Calla y se apodera religioso
 Horror de los Troyanos. Dice Eneas:
 «¡Oh poderoso Apolo! tú que siempre
 «Tuviste compasión de las miserias
 «De la grandiosa y destruida Troya,
 «Tú también que lanzaste aquella flecha
 «Y la mano de París dirigiste
 «Cuando de Eáo al hijo lo abatiera;
 «Y con cuyos auspicios tantos mares
 «Atravesé y corrido las riberas
 «De los Masilios campos, las que bordan
 «Con las salvages Sirtes la ancha tierra:
 «En fin á Italia vemos que delante
 «De nosotros parece que se huyera;
 «Que la fortuna adversa que persigue
 «A Troya cese aquí; que es tiempo vengas;
 «Y á los Dioses y Diosas que envidiaban
 «De Ilion la gloria, su poder concedan
 «A la nación de Dárdano; y tú, santa
 «Sacerdotisa, que lees en las sendas
 «De lo futuro, el imperio que yo pido
 «Se debe á mi destino, haz placentera

«Que la raza de Téucro y nuestros Dioses
 «Errantes, los Penates que antes fueron
 «De los vientos y mares el juguete,
 «Les dé reposo al fin la Lacia tierra;
 «Un magnífico templo alzaré entonces
 «De mármol Pario donde el culto tengan
 «Las dos Divinidades de estos pueblos,
 «Y fiestas fundaré que el nombre muestren
 «Del Dios de Délos, y también se alzára,
 «Que así lo mandaré que hagas tu mesma,
 «En mis estados un santuario augusto
 «Que guarde tus oráculos y sean
 «Guardados los destinos y secretos
 «De mi prosperidad y descendencia:
 «Yo te consagraré, docta Sibila,
 «Mortales predilectos los que sean
 «De ellos fieles intérpretes, mas te pido
 «Solo una cosa, que no sean ligeras
 «Hojas que lleve el caprichoso viento
 «Y que hables tu misma, te lo ruega
 «Mi voz.» Así dijera el gran Troyano.

Cuanto mas se inflamára del Dios llena
 La Sibila, y se agita sacudiendo
 El yugo que la oprime con su fuerza;
 Y cuanto mas rebelde se mostrára,
 Otro tanto obstinado por vencerla
 El Dios, remueve su espumosa boca,
 Pero domando al fin su resistencia
 A su alta inspiracion dócil la vuelve;
 Y se abren por sí mismas las cien puertas
 Del Templo, que derraman en el aire
 De la sacerdotisa estas sentencias:

- « En fin , del mar no temerás los riesgos,
 « Pero grandes , terribles se te esperan
 « Sobre la tierra , ni dudarlo debes;
 « Llegarán los Troyanos donde reinan
 « Los Latinos , y allí llegar les duele.
 « Guerras horribles miro , horribles guerras,
 « Y al Tíber espumando negra sangre,
 « Un Sínois y un Janto allí se encuentran,
 « Los enemigos Griegos , y un Aquiles
 « También hijo de Diosa , y Juno fiera
 « Siempre con los Troyanos implacable,
 « Guerra les hará siempre por dó quiera.
 « En peligro tan grande , ¿ que socorro
 « No implorarás entonces , y cual sea
 « De Italia la Ciudad á quien no acudas?
 « Un extraño himeneo que dar pueda
 « Una esposa que acoja á los Troyanos,
 « Les traerá también tempestad nueva.
 « Empero no te rinda el caso adverso,
 « Triunfe de la Fortuna tu firmeza,
 « Y el socorro primero, inesperado;
 « Te lo dará enemiga Ciudad Griega.»

Tal de Cúmas hablára la Sibila
 En el centro profundo de su cueva,
 Que hace resonar con los gemidos
 Los misterios envueltos en tinieblas,
 Y Apolo domeñaba sus furoros
 Haciéndola sentir freno ú espuela.

Desde que apareció tranquila , y calma
 La su espumosa boca , dice Eneas:

- « No hay trabajo ó peligro cuyo aspecto
 « Sea nuevo para mí , Virgen modesta,

« Ya todo lo he previsto, y hace tiempo
 « Soy dispuesto á sufrir cuanto acontezca:
 « Solo una gracia que pedirte tengo;
 « Del infierno, se dice, está es la puerta
 « Y la laguna tenebrosa oscura
 « Que los desagües de Aqueronte llenan,
 « A ella descender, sea permitido,
 « Y al venerable anciano ver yo pueda;
 « Enséñame el camino y las sagradas
 « Puertas abre que dentro ver me dejan
 « A un padre tan querido, que en mis hombros
 « Lo salvé de las llamas de la Grecia;
 « Que de mis viajes fuera compañero,
 « Y en medio de sus años y flaquezas,
 « Atravezó los mares tempestuosos
 « Y cielos que amenaza la tormenta.
 « Sacerdotisa argusta, oye mi ruego,
 « Por el padre y el hijo te interesa.
 « Tú que lo puedes todo, á quien no en vano
 « Hécate ha confiado de las selvas
 « Y bosques del Averno la custodia,
 « Te lo suplico ansioso lo concedas.
 « Si Orfeo con los ecos de su lira
 « Retornára á la luz su esposa tierna,
 « Si Pólux con la muerte rescatára
 « Su dulce hermano con la muerte alterna,
 « Pasando y repasando las fatales
 « Puertas, ¿ que te diré de las empresas
 « Del heroico Teseo y grande Alcides?
 « De Jove traigo yo mi descendencia.»

Así Eneas hablaba, y con la mano
 El ara estaba asiendo. «Sangre excelsa

- « De inmortales , el hijo del Troyano
 « Anquises , la Sibila respondiera:
 « Fácil es la bajada á los infiernos,
 « De este imperio está abierta la ancha puerta,
 « Pero volver atrás la luz buscando
 « Este es el gran trabajo , esta es la empresa.
 « Héroes descendientes de los Dioses,
 « De Júpiter amados , por la fuerza
 « De su virtud insigne , han merecido
 « Con su intento salir ; el paso cierran
 « Densos bosques que ciñen del Cocito
 « Las negras aguas , pero si tú anhelas
 « Con tanto ardor , y si el pasar no temes
 « De la Estigia laguna las funestas
 « Aguas , y ver el Tartaro dos veces,
 « Y si tanta osadia es Isongera
 « A tu valor ; saber lo que es preciso
 « Antes debes ; un árbol hay que encierra
 « En su espesura un gajo consagrado
 « Del infierno á la Reina , que ser muestra
 « De oro en hojas y ramos , y se oculta
 « En un oscuro valle de la selva.
 « No es dado á algun mortal ver el imperio
 « Del Tártaro , sin que antes recogiera
 « Este rico presente de la Diosa
 « Proserpina , que es ley hecha por ella,
 « Y si un ramo se corta , es reemplazado
 « Por otro que las hojas de oro lleva.
 « Párte pues , y examina por tus ojos
 « El bosque todo , mas si á hallarle llegas
 « Y le coge tu mano y él te sigue,
 « Camina ; y si encontráres resistencia

« Ni el destino te guía hácia el Averno
 « Que inútil fuera el hierro ni la fuerza,
 « Para que al fin pudieras arrancarlo.
 « Fuera de esto tu ignoras que yaciera
 « En la playa tendido un compañero,
 « Que mancha de la flota la presencia
 « Con su cadáver, y en tanto en este templo
 « Avido oído á mis anuncios prestas.
 « Sepultura darás antes que todo
 « A las cenizas, y en la tumba enciérralas;
 « El sacrificio fúnebre prepara
 « De espacion con las ovejas negras.
 « Verás luego la Estigia, el bosque horrible,
 « Lugar donde los vivos nunca llegan.»
 Así habló la Sibila.

Eneas sale

De la gruta muy triste, el alma llena
 De oráculos que anuncian el misterio,
 Agitando su alma iguales penas,
 Achates le acompaña, fiel amigo,
 Y forman conjeturas muy diversas,
 Preguntando uno á otro, quien sería
 El compañero cuya muerte acerba
 Anuncia la Sibila, y el sepulcro
 Que á sus cenizas tanto recomienda.
 Al llegar encontraron á Miseno,
 Que tendido se vió sobre la arena,
 Que una inmériata muerte arrebatara;
 Miseno hijo de Éolo, al que no hubiera
 Igual para encender á los guerreros
 Al belicoso son de la trompeta;
 De Héctor fué el compañero en otro tiempo

En la lanza mostrando igual destreza
 Que en la sonora trompa. Cuando Aquiles
 Cortó de Héctor la vida en la contienda,
 El valiente Miseno siguió entonces
 La fortuna que cupo al grande Eneas
 Digno de su valor, mas cuando quiso
 Los Dioses desafiar con su trompeta
 De Anftrite en la líquida llanura,
 Envidioso el Tritón (asi se crea),
 Le arrebató y arroja al temerario
 En los escollos y espumosa arena.
 En torno están llorando los Troyanos
 Y mas que todos el piadoso Eneas.
 Cumplen de la Sibila los mandatos
 Con las fúnebres aras que se elevan
 Hasta el cielo; y entonces en un bosque,
 Antigua gruta de silvestres fieras,
 Caen con ruido encinas, pinos, fresnos,
 Con redoblados golpes de hacha horrenda,
 Y la aguda segur hiende los troncos
 De los gigantes árboles que ruedan
 Desde la alta montaña. Eneas se arma
 De los agudos hierros que él emplea
 El primero al trabajo, y dá el ejemplo.
 El Héroe poseído de tristeza
 Con ojos fijos mira el bosque inmenso,
 Y se dice: « Si acaso apareciera
 « En las profundidades de este bosque
 « Este ramo de oro; ya que ciertas
 « De la Sibila son las profecías
 « ¡ Miseno para tí, tan verdaderas!»
 Cuando apenas hablára: dos palomas

A su vista volando se presentan
De esmeralda, en el surco.—«Reconozco,
« Que aquellas son sin duda aves maternas;
« Guiad y mostrad, dice, si se halla
« El camino, y dirigid las sendas
« Con vuelos hácia el lugar del bosque
« Donde hojas tan nobles sombra hicieran
« A la fecunda tierra. Madre mía,
« En la duda cruel que me atormenta
« No me abandones, no.» Y así diciendo
Se para y los indicios, fijo, observa
Que dan las aves, que camino emprenden.
La pareja sagrada va derecha
Y luego se retira revolando
Y pica á veces en la verde yerba,
Mientras que con la vista la alcanzára.
Mas del Averno á la garganta llegan
Donde infestos vapores se exhaláran.
Entonces cortan rápidas la esfera,
Y van á descansar sobre la planta
Donde el oro brillante se refleja
Sobre las verdes hojas. Asi como
La Liga de esmeralda que despliega
En el bosque sus hojas y dorados
Frutos sobre los troncos que le alientan,
Así brilla también sobre la encina
La Rama que los céfiros ondean.
Eneas ase el ramo y lo arrancára
Con impaciencia grande, y se lo lleva
Dó mora la Sibila; y entretanto
Juntos lloraban cerca á la ribera
Los Troyanos al infeliz Miseno,

Y los honores últimos le hicieran
 A sus cenizas ; y una pira alzaran
 De hendida encina y resinosa tea:
 Y con lúgubres plantas en los ángulos
 La adornan y el ciprés al frente fuera
 De la pira ; la cima ornan las armas.
 Agua hirviendo unos traen en calderas
 De bronce , y el helado cuerpo lavan ;
 Déjase oír entoces las querellas
 Y lamentosos gritos , y rociaban
 Con lágrimas ardientes las postreras
 Reliquias que en el lecho se colocan,
 Y con la roja púrpura cubrieran
 Despojos ¡ ay ! bastante conocidos ;
 Con otros que encorvados parecieran
 De triste peso ¡ ministerio horrendo !
 Llorosos le colocan en la hoguera,
 Y la encendida antorcha le aplicáran
 Segun antigua usanza ; pero vueltas
 Las tristes faces ; del sentido amigo
 La ardiente llama de abrasada leña
 El incienso devora con la víctima,
 Y el aceite de oliva que vertieran
 Sin tasa ni mesura en porcion grande:
 Abrasada la pira ya deshecha,
 De ella sacan los huesos aun ardientes
 Y el oloroso vino baña y riega
 Las calientes cenizas. Corineo
 De bronce en una urna las encierra ;
 De la feliz oliva toma un ramo
 Y con él un rocío á todos diera
 De agua pura : despues que se espieran,

Las últimas palabras se dijeron.
 Alza entonces Eneas á su amigo
 Un túmulo soberbio, dó se vean
 La trompeta y el remo por sus armas
 Que al pie de una montaña hora se elevan:
 Y de Miseno guarda el nombre eterno.

Cumplido este deber, piadoso Eneas
 Egecutar procura los mandatos
 Que la Sibila con rigor le ordena.
 Alzase una caverna honda y profunda
 De una floresta en medio, que rodean
 Y altas rocas defienden, y las aguas
 Del lago que en su abismo las ondea
 Se alzan negros vapores invisibles
 Que el aire infestan hasta la alta esfera,
 Que impunemente ni las aves pasan,
 Ni por encima rápidas no vuelan;
 Los Griegos le nombraron el Averno.
 Y allí mandó llevar el pío Eneas
 Cuatro toros muy negros, y sobre ellos
 La Sibila vertió vino en la crencha
 De en medio de las astas; y lo arroja,
 Primera libacion de sacra hoguera,
 A Hécate invocando en altas voces
 Que tiene igual poder en Cielo y Tierra.
 El cuchillo sagrado unos sepultan
 En las víctimas sacras que degüellan,
 Y en las copas reciben la espumosa
 Sangre, y entonces el piadoso Eneas,
 A las Eumenides y á su hermana
 La Tierra, inmola una ovejuela negra;
 Y á tí una estéril vaca ¡ Ó Proserpina!

Y los otros altares aderezan
 Donde el Rey del infierno con el negro
 Rito nocturno, las estrañas yerbas,
 Las que mezcladas con la sangre roja
 En el bullente aceite las incendia.

Al descubrirse el Sol, toda se arde
 La montaña en su cima, y mas retiembla
 Bajo sus pies la tierra, y ahullaban
 Los canes que anunciáran la presencia
 De la Diosa; y entonces la Sibila
 Con inmenso clamor así dijera:

— « Lejos de aquí, profanos; de este bosque
 « Sagrado ya salid; sigue tú, Eneas,
 « Mis pasos con la espada siempre en mano:
 « Ahora es necesario la firmeza,
 « Ármate de valor y atrevimiento.»
 Así habla, é intrépida se entra,
 Por la negra caverna, y él la sigue
 Intrépido también con planta presta.

Deidades que reináis sobre los muertos,
 Y silenciosas sombras que gobiernan
 Caos y Flegeton, anchas moradas
 De la Noche y Silencio, que me sea
 Permitido decir cuanto se vió
 En los abismos y profundas cuevas,
 Y publicar secretos que se ocultan
 En los hondos abismos de la tierra.

Solos ambos caminan por las sombras
 De tenebrosa noche, y por las huecas
 Regiones dó Plutón tiene su imperio;
 Cual sucede al viagero que atraviesa
 El bosque, con la luz de luna avara

Y devora el color la noche espesa.

Hacia la misma entrada, en la garganta
 Primera del infierno, allí se sientan
 El Llanto, los Cuidados vengadores,
 Allí está Enfermedad pálida y lenta,
 La cansada Vejez, Temor, el Hambre
 Que es del mal consejera, la perversa
 Indigencia que son de horrible aspecto.
 La Muerte y el Dolor allí se vieran,
 Y hermano de la Muerte el blando Sueño;
 Del Gozo criminal la imagen fiera;
 En las puertas se mira la ominosa
 Guerra. En sus férreos lechos las perversas
 Furias, y la Discordia que insensata
 Tejidos lleva con sangrientas vendas
 Sus cabellos de vívoras: se alza
 En la mitad un olmo que desplega
 Sus ramos espesosos á lo largo:
 Y allí, según se dice, se sustentan
 Todos los vanos Sueños adheridos
 A las hojas del árbol. En las puertas
 Habitan monstruos mil; allí Centáuros,
 Allí Scila también que representa
 Doble forma y Briareos con cien brazos,
 Y con horrible silvo Hydra Lerneá,
 Y la Quimera vomitando llamas,
 Las Górgonas, Harpías y la negra
 Sombra, que los tres cuerpos retratarán.

A vista de estos monstruos, saca Eneas
 La reluciente espada, presentando
 La punta á todos ellos; si no fuera
 Que la docta Sibila le persuade

Que sombras era todo y apariencias,
 Y aéreos fantasmas que rodaban;
 A ellos al momento acometiera,
 Mas repetidos golpes sin herirlas,
 Imágenes fantásticas ser prueban.

Aquí el camino empieza que conduce
 Del Aqueronte á la caverna inmensa
 De limo llena, rápido torrente.
 Que vomita con ímpetu, y que rueda
 Arena y negro lodo en el Cocito.
 Es el guarda y custodia en la ribera
 De un rio tan inmundo y tan crecido,
 El terrible Caron que lo navega
 Conduciendo la barca del infierno.
 Es sucio y asqueroso en sus maneras,
 Su mal peinada barba sobre el pecho
 Le cae, y á la espalda el manto lleva,
 Y sus ojos despiden fieras llamas.
 Él dirige por sí la barca negra
 Con el remo y las velas, trasladando
 Pálidas sombras á la orilla opuesta:
 Robusta y vigorosa es del barquero
 La vejez, que es de un Dios; la turba espesa
 De sombras este lado ocupa siempre,
 Hombres, mugeres, héroes que dejan
 De la vida el sendero, niños, jóvenes,
 Antes del himeneo las doncellas,
 Hijos idolatrados que la pira
 Ante la faz del padre consumiera;
 Como las hojas que el otoño arranca
 Y á los primeros frios ven la tierra,
 O á las aves que arrostran por las ondas,

Presurosas corriendo las riberas,
 Cuando el rigór de la estacion las manda
 A los climas volar que el sol calienta;
 Mas rígado el barquero á unas recibe
 Y á otras de la playa las aleja.
 Deja admirado á Eneas tal concurso
 Y á la Vírgen pregunta ¿qué pretenda
 Esta gran multitud? ¿qué solicitan?
 ¿Por qué unas se obligan á estar quietas
 Y otras cortar las ondas con el remo?
 Y la Sacerdotisa respondiera:
 «Hijo de Anquises, sangre de los Dioses;
 «Del Cocito ya estás en la presencia,
 «Y la Estigia Laguna en cuyo nombre
 «No en vano juran las Deidades mismas.
 «Esta gran multitud que Caron lanza
 «Son desgraciados que insepultos quedan:
 «El barquero Caron, es quien conduce
 «Las fantasmas de aquellos que ya tengan
 «Reposo en el sepulcro, pues no pueden
 «Del ronco lago atravesar las sendas,
 «Hasta tanto que encuentren un asilo
 «Que á sus cenizas el sepulcro presta;
 «Todos sin este honor andan errantes
 «En torno de esta mísera ribera,
 «Hasta que hayan pasado los cien años,
 «Y aquella agua fatal paso conceda.»
 Eneas agitado contemplaba,
 De estas sombras la suerte lastimera.
 Entre estas sombras desgraciadas mira,
 Que el honor del sepulcro no tuvieran
 Ni Leucaspio, ni Oronte el fuerte y bravo,

Que de la escuadra Licia hubo la enseña,
 Y de Eneas siguiendo la Fortuna,
 A ellos y su escuadra el mar hundiera.
 Palinuro aparece; Palinuro
 El Piloto, de Libia en la mar negra,
 Los astros observando en la alta popa,
 Cayó precipitado en la onda fiera.
 Con gran dificultad conocer pudo
 La sombra melancólica en tinieblas;
 Mas se acerca y le dice: — «Palinuro,
 «¿Qué Deidad nos privó de tu presencia
 «Y en las ondas te hundió? habla; que Apolo
 «Que jamas me engañó, me prometiera,
 «Mas con vana esperanza, que algun dia
 «De la Ausonia pisáras las riberas.»
 —«No, respondió el piloto, hijo de Anquises,
 «Febo no te engañó; que verdadera
 «Su promesa sí fué; no, que me lanza
 «A las ondas un Dios; no sé que adversa
 «Suerte, cuando al timon estaba asido.
 «Gobernando el bajel que dirijiera,
 «Sacudiéndome un golpe me arrojara
 «A la mar, y el timon tambien trajera.
 «Juro por cuanto tienen mas terrible
 «Los mares, que el alma mas inquieta
 «Por tí temia mas que por mí mismo,
 «Mirando que el bajel sin timon fuera
 «Y sin piloto al mar abandonado,
 «Y con la tempestad que le acometa
 «No era posible, sin que un Dios asista,
 «Resistir su furor y su braveza.
 «Tres dias, ó mas bien, tres horrosas

«Noches, del mar luché con la violencia
 «Del Noto; al cuarto día vi la Italia,
 «Nadando yo creía que la tierra
 «Tocaba, y á pesar de mis vestidos
 «Húmedos, ávidas manos casi asieran
 «A las agudas puntas de una roca,
 «Cuando una nación bárbara que anhela
 «Algún rico botín, me precipita
 «Con la espada en la mano. En la ribera
 «Ahora es juguete mi sangriento cuerpo
 «Del viento volador y ondas inquietas.
 «¡Ó héroe invencible! te suplico
 «Por el áura vital que te sustenta,
 «Por la luz de los Cielos que disfrutas,
 «Por Anquises tu padre, y dulce prenda
 «Tu Julio, que me libres de este estado
 «Tan triste y horroroso: que la tierra
 «Mi cuerpo cubra que en el puerto yace
 «De Velino, mas si es que encuentras senda
 «Que tu madre la Diosa te mostrara
 «Camino á estas regiones (que sin ella
 «No atravesaras nó, la negra Estigia)
 «Tiende tu mano compasiva, y lleva
 «Contigo á un desgraciado, que se vido
 «Privado del reposo, y gustar pueda
 «En la sombría estancia de los muertos.»

La Sibila interrumpe su indiscreta
 Súplica y le dice: «¡Ó Palinuro!
 «¡Quien te pudo inspirar esa ánsia fierá?
 «¡Sin estar sepultado, el lago Estigio
 «Podrás atravesar, las aguas negras
 «Del río formidable de Eumenides

«Y sin órden del Cielo la ribera
 «Fatal ? Ya ni el ruego mudar puede
 «Lo que afirmó el destino. Pero atienda
 «Tu afliccion á mi dicho , que consuelo
 «Te dará en tu desgracia ; de horror llenas
 «Las vecinas Ciudades , por los signos
 «De espantosos prodigios que las cercan,
 «A tus huesos darán sepulcro honroso,
 «Y de fúnebre honor anuales fiestas,
 «Y en tu sepulcro se honrará tu nombre
 «Y tendrá *Palinuro fama eterna.*»

Calmóse la inquietud del desgraciado
 Con la feliz noticia , y le consuela
 Saber que *Palinuro* tendrá gloria
 De que se jactará la grande *Hesperia*.
 La *Sibila* y *Eneas* su camino
 Seguián, y hácia el rio ya se acercan.
 De la *Estigia* en el centro está el barquero,
 Y al ver que el bosque mudos atraviesan,
 El se anticipa y grita en tono horrible:
 «Quien quiera que tú seas y pretendas
 «Aproximarte armado á estas orillas,
 «Dime cual es tu intento , y que te abstengas
 «De un paso adelantar ; aquí las sombras
 «Su mansion tienen con la noche horrenda,
 «Y el sueño , mas no es dado que yo pase
 «A vivos en la barca , y no me alegra
 «Con *Hércules* en ella traspasára
 «*Teseo* y *Piritoo* , descendencia
 «De los ilustres Dioses inmortales.
 «El primero sacó de la cadena
 «A la guarda infernal , la que medrosa

«Del trono mismo de este Rey la lleva;
 «Y se atreven los otros á robarse
 «Del propio lecho de Pluton la Reyna.»

La Síbila de Apolo le responde
 En muy pocas palabras : «Tú no temas
 «Acechanzas iguales ni receles.
 «Estas armas no anuncian la violencia;
 «Continúe el Cerbero sus ladridos
 «A las pálidas sombras ; permanezca
 «Fiel siempre Proserpina al casto esposo.
 «El príncipe Troyano , el grande Eneas
 «Por su piedad famoso y por las armas,
 «Desciende del Erebo á las tinieblas
 «Para ver á su padre , y si el designio
 «De tan pio deseo no te mueva ,
 «Al menos este ramo.» Al mismo tiempo
 Debajo de la túnica se viera
 El ramo, y á su vista desaparece
 Del barquero feroz la resistencia.
 Lleno de gran respeto ante la vista
 Del fatal brillo de la augusta ofrenda,
 (Que hacía mucho tiempo no habia visto),
 Vuelve la barca , llega á la ribera,
 Y á su bordo recibe á Eneas grande,
 Mientras las sombras de la playa ahuyenta
 A dó estaban sentadas. La barquilla
 Tejida con las frágiles cortezas,
 Con el peso del héroe dá paso
 A la infernal corriente. Mas los lleva
 Del rio al lado opuesto , y desembarcan
 En sucio limo y algas azulejas.
 Recostado en la cueva que domina

A la antigua laguna , de allí suena
 Con su triple ladrido el Cancerbero,
 De muertos el imperio , y cuando viera
 Sus encrespadas sierpes la Sibila,
 En su roja cabeza lanza presta
 Soporífero pan , que miel componen
 Con beleño crúel de adormideras.
 El mónstruo hambriento , con su triple boca
 Se apodera al instante de la presa,
 Y entonces dominado por el sueño
 Con su cuerpo llenó toda la cueva.
 Dormida así la guarda del infierno,
 Entonces pasa Eneas la ribera,
 Que pasada una vez jamas se pasa,
 Y sigue á la Sibila compañera.
 Óyense lamentosos tiernos ecos
 De estos tristes lugares en las sendas;
 Débiles sombras que al amor materno
 El sepulcro arrebatá , sin que sientan
 El placer de la vida ; y allí junto
 Las víctimas están de ímpia Sentencia.

Ni estos lugares rige el ciego Acaso,
 Hay jueces escogidos que discreta
 La suerte determina ; ya sacude
 Mínos su urna fatal que á todos prueba,
 Llama á su tribunal las sombras mudas
 E investiga su vida mas secreta.

A lo lejos se vé triste el semblante,
 Aquellos que de vida en la carrera,
 Con voluntaria muerte la abreviaron,
 Hasta ahora inocentes , y detestan
 A la luz y la vida aborreciendo.

¡ Cómo ahora mejor cargar quisieran
 Trabajos y pobreza, y cuantos males
 El mortal sufrir puede acá en la tierra!
 Mas se opone el destino y la odiosa
 Laguna, que en sus aguas encadena
 Sus ondas, y la Estigia nueve veces
 Sobre sí replegada los encierra
 En la mansion de sombras.

La llanura

Se descubre espaciosa y muy estensa,
 Infelice llanura á la que llaman
 De lágrimas el campo; allí pasean,
 Bajo alamedas de cortados mirtos,
 Tristes aquellos dó el amor ardiera,
 Y el funesto veneno derramára
 Voladores cuidados, que aun los cercan
 Con las penas, dolores y pesares
 Mas allá de la muerte. Allí vió Eneas
 A Fedra con Procris y á Erifila
 La triste, que mostrára la sangrienta
 Herida del cruel hijo, y está Evadne
 Con Pasifae, Laodamia y la doncella
 Antes, varon ahora en los infiernos,
 Que la muerte le dió forma primera.
 Con ella vaga Dido que aun mostrára,
 De su pecho la herida y sangre fresca.

Desque el Troyano Eneas fuera junto
 De ella, y la reconoce en las tinieblas,
 Como cuando se vé ó verse cree,
 A la naciente luna entre las nieblas;
 Con amorosa voz así la dice,
 Entre pesar y angustia el alma llena:

«¡Ó Dido desgraciada! ¡que! ¡es posible
 «Y ni dudar podré que es cosa cierta,
 «Que de tu vida se apagó la antorcha.
 «Al furor entregada de tus penas?
 «¿El hilo de tu vida, atroz cortáras?
 «¡Ay, yo la causa de tu muerte fuera!
 «Mas pongo por testigos á los Dioses
 «Del Cielo, del infierno y de la tierra,
 «Seguro de la fé del juramento,
 «Que de tu reino á mi pesar saliera;
 «Los Dioses que á bajar ora me obligan
 «A mirar la mansion de las tinieblas,
 «Ellos mismos por órdenes precisas
 «Tu abandono absoluto y fuga ordenan.
 «¿Pudíérase creer que mi partida
 «Tanto dolor causára y tanta pena?
 «No huyas de mi vista; no, detente,
 «No me trates así, mi Dido bella,
 «¿Y por que te retiras? la vez última
 «¡Ó Reina! esta será que yo te vea.»

Con discursos de lágrimas mezclados
 A la cuitada sombra, quiere Eneas
 Su dolor mitigar, pero la ira
 En feroces miradas bien se muestra;
 Dido vuelve la espalda, y fiera fija
 La vista en tierra, cual la dura peña
 Donde la mar combate está insensible.
 Al fin precipitada ella se aleja,
 Indignado el semblante, al bosque umbroso
 Donde Sicheo habita, y blanda y tierna
 Con su primer esposo amante vive,
 Suerte tan desgraciada aflige á Eneas;

Con la vista la sigue lamentando
 Su desgracia, y prosigue hasta que llega
 A dó la estremidad de una llanura
 De un retiro agradable que frecuentan
 Los famosos guerreros. Allí mira
 A Tideo el valiente, allí se encuentra
 Con Parténope el bravo, y sombra pálida
 Del gran Adrasto; allí también gimieran
 Multitud de Troyanos que murieron
 En los combates, y que acá en la tierra
 Hicieron derramar el llanto y duelo:
 Gláuco, Medon, Tersíoco y los siguieran
 Tres hijos de Antenor y Polibetes
 De Céres Sacerdote; el carro lleva
 Ideo siempre armado y lo conduce;
 Estas sombras le siguen por que anhelan
 Llegar á él, hablarle y detenerle,
 Y persiguen en pos, saber quisieran
 De su viage la causa; mas los Griegos
 De Agamenon soldados, gente en guerra,
 Al relucir las armas el Troyano,
 Allá en la oscuridad de espanto quedan
 Poseidos, y huyen mas ligeros
 Que antes en sus bajeles se escondieran.
 Otros quieren gritar, pero en sus labios
 El grito muere, ni la voz resuena;
 Solo se deja oír un débil ruido.
 Pero entre sombra tanta encuentra Eneas
 A Deifobo el hijo de Priámo,
 Despedazado el cuerpo con horribandas.
 Heridas y el semblante mutilado,
 Cortada la nariz y las orejas;

Trémulo , avergonzado se ocultaba
 De su ignominia y fealdad. Con pena
 Le reconoce Eneas , y le dice,
 Como que conocido bien le fuera:

«¡ O Deífobo valiente ! Sangre ilustre
 «Del generoso Téucro ¡ Tanta afrenta
 «Quien pudo hacer en tí con tal venganza?
 «¿En que mano caiste? En la postrera
 «Noche á mí me dijeron , que cansado
 «De matanza y de sangre , al fin cayeras.
 «Sobre un monton de Griegos degollados.
 «Entonces por mí mismo en la Retea
 «Ribera , yo mandé que se te alzára
 «Un sepulcro, y por mí llamados fueran.
 «Tus Manes por tres veces en voz alta,
 «Tus armas y tu nombre allí se quedan.
 «Pero, mi dulce amigo , yo no pude
 «A ti mismo encontrar , para que diera
 «A tu cuerpo sepulcro con tus padres.»

Deífobo le responde : « Satisfecha
 «Quedó tu obligacion, mi tierno amigo,
 «Con tu amigo y su sombra en la miseria:
 «Este era mi destino , y el terrible
 «Delito que abortó la cruel Helena,
 «A quien debo tan fiero tratamiento.
 «De su fidelidad últimas prendas.
 «Tú te acuerdas , y tiempo era olvidarlo,
 «La engañosa alegría tan extrema
 «De aquella noche, que embriagára á Troya,
 «Y el caballo los muros atraviesa,
 «En su vientre llevando los armados
 «Enemigos ; y finge aquella pérfida

«A las Frigias llevar cual las Bacantes
 «Por toda la Ciudad haciendo fiesta:
 «Con la antorcha en la mano al Griego llama,
 «Y por señal les dió la Ciudadela:
 «Entonces yo, rendido de fatiga,
 «Al sueño me entregué sin resistencia,
 «Y disfruté tranquilo aquel reposo
 «Que á la muerte tan bien se pareciera.

«Helena en tanto aleja generosa,
 «Las armas que ocultó mi cabecera,
 «Y de las que jamás me separára:
 «Y á Menelao llama, y vil le entrega
 «Toda la habitacion de mi retiro,
 «Pretendiendo alcanzar de esta manera
 «El perdon de su crimen con traiciones.
 «Entraron de tropel juntos con ella
 «Los Griegos furibundos, y entró Ulises,
 «Ulises inventor de la tragedia.
 «¡Ó Dioses! ¡si me es dado que yo implore
 «Contra los Griegos la venganza vuestra,
 «Con ellos renovar tantos horrores!
 «Pero, dime tu mismo, ¿cual ser pueda
 «La causa por que vivo aquí te hallas?
 «¿De la mar te condujo la tormenta?
 «¿Es orden de los Dioses, ó aventura,
 «Ó reves de furtuna el que te impela
 «A ver esta mansion de angustia y llanto
 «Y que del Sol la luz jamás recrea?»

Mientras que él así hablaba, ya la aurora
 Cumplia la mitad de su carrera,
 Y el tiempo señalado acaso espira
 En ociosos discursos; y se acerca

Y dice la Sibila: «Ya es la noche
 «Y en suspirar pasamos lo que queda,
 «Aquí el lugar está dó se divide
 «El camino; el que ves á la derecha,
 «Al palacio conduce del gran Pluto
 «Rey del infierno; aquí está la senda
 «Que á los Elisios guia; pero este otro
 «Que se inclina derecho por la izquierda,
 «Al Tártaro conduce; mansion triste
 «Donde el perverso hallára eterna pena.»

Mas Deifobo en la cólera se abrasa

Y á la Sibila dice: «No se encienda
 «Tu rostro, que yo al punto me retiro,
 «Y á las sombras me torno en las tinieblas.
 «Adios príncipe, honor de los Troyanos,
 «Ojalá que tu suerte feliz sea.»

Diciendo estas palabras se retira;

Vuelve entonces Eneas, y á la izquierda

Una alta roca mira rodeada

De una triple muralla, en donde rueda

Rápido el Flegeton, que arrastra enormes

Gigantes rocas; y se vé la puerta

De un horrible lugar, largas sostienen

Columnas de diamante, y su dureza

Ni vencer puede el hierro, ni los hombres

Ni las Deidades con su fuerza inmensa:

De hierro allí una torre se levanta

Del aire en medio, y fuera centinela

Tisifone con túnica de sangre

Y horrible en el vestibulo se sienta.

Allí se oyen gemidos que confunden

Los silbos del azote y las cadenas

Que arrastran los culpables, se estremece
 Horrorizado Eneas, oído presta,
 Y dice á la Sibila: «¿Qué delitos
 «Se castigan aquí? ¿cómo atormentan
 «Los reos criminales?»—«Ó gran gefe
 «De los Troyanos; ella respondiéra,
 «Jamás pisa este umbral el hombre justo;
 «Cuando Hécate me encarga de las selvas
 «Sagradas del Averno y su custodia,
 «Aquí ella me conduce y manifiesta
 «Estas negras moradas. Radamanto
 «Su rígido poder aquí despliega,
 «Investiga los crímenes, y obliga
 «Al criminal confiese sus ofensas
 «Cuando se gloriaba en disimulo
 «Acá sobre la tierra, y detuviera
 «La espiacion hasta el final momento
 «Que termine la muerte su existencia;
 «Cuando el fatal decreto se pronuncia,
 «Tisifone al instante se presenta
 «Armada de un azote de venganza,
 «Y acompaña un insulto á cada queja.
 «Con la siniestra mano les ofrece
 «Sus horribles serpientes, y se llegan
 «Sus horrendas hermanas en su auxilio.»
 Ábrese en este instante la ancha puerta
 Del Tártaro, y giráran con estrépito
 Espantoso sus goznes: «Mira, observa,
 «Le dice la Sibila, aquel espectro
 «Que al vestibulo está de centinela
 «Y defiende la entrada; adentro habita
 «Una Hidra terrible, la que abiertas

«Tiene siempre cien bocas. Y ese Tártaro
 «Es muy hondo y sin término ; Caverna
 «Cuya profundidad dobla la altura
 «Que iguala con los Cielos á la Tierra.
 «Allí están los Titanes , esos hijos
 «Antiguos de la Tierra , que la fuerza
 «Precipitó del rayo en el abismo
 «En cuyo fondo para siempre fueran.
 «Aquí los Aloidas , monstruosos
 «Gigantes , que atentaron á la excelsa
 «Bóveda de los Cielos con sus manos
 «Y Jove derribó desde su esfera.
 «Allí tambien estaba Salmoneo
 «En su horrible suplicio , por que intenta
 «Imitar al relámpago , y del trueno
 «Su aterrador estrépito ; y que lleva
 «En su mano la antorcha iluminada,
 «Y orgulloso y triunfante él atraviesa
 «A Élide en su carro y á otros pueblos
 «Que asombrados le miran de la Grecia,
 «Pretendiendo el honor de las Deidades,
 «Y con bronce sonoro él arremeda
 «La tempestuosa nube y luz del rayo,
 «Que no es dado al mortal que imitar pueda.
 «De los Dioses el Padre omnipotente,
 «De en medio le arrebatada de la negra
 «Nube y torbellino , con el fuego y humo
 «Confundido del rayo que le hundiera
 «En el fondo sin fondo del abismo.
 «A Ticio allí se vé que de la Tierra
 «Que todo cria , es hijo , y que tendido
 «Su cuerpo ocupa todo nueve enteras

«Grandes yugadas, y de un buitre enorme
 «De su pecho en el fondo se alimenta,
 «Y su pico cruel estimulado
 «Por el hambre voraz, en él se ceba
 «En hígados y entrañas sin que mengüen,
 «Y sin reposo dar, siempre su presa
 «Nace, y fecunda renacer se mira,
 «Para eterno suplicio de su pena.

«¡Pero á que hablarte yo de los Lapitas
 «Ixion y Piritoo que una negra
 «Roca está siempre pronta de lo alto,
 «Y con ella se hundiera su cabeza?
 «Con dorados cojines y con lechos
 «Suntuosos de real magnificencia
 «Las mesas aparecen, mas la Furia
 «Mas terrible, al primero que estendiera
 «La mano, y gustar quiera estos manjares,
 «A cualquiera de todos que se atreva,
 «Se levanta y aplica la incendiada
 «Antorcha que amenaza, y los aleja
 «Su voz de trueno que pavor derrama.
 «Los que á sus hermanos aborrezcan,
 «Los ímpios que á su padre maltratáran,
 «De los avaros la caterva inmensa
 «Que mira siempre el oro en mortal ánsia,
 «Sin que en ello la sangre parte tenga;
 «El adúltero muerto en su fazaña,
 «Los que la Patria sin piedad vendieran
 «Y las banderas siguen enemigas;
 «Los que venden la fé que prometieran
 «A su señor, en sitios adecuados
 «Al suplicio, implacables los encierran.

«No te detengas , no , me preguntando
 «Cual el destino fuera , cual la pena
 «Y la suerte de aquellos criminales
 «Que una fatal desgracia los uniera.
 «Sin cesar unos ruedan una roca,
 «Otros penden del radio de una rueda;
 «Allí está y estará perpetuamente
 «El infeliz Teseo, y muy mas fuera
 «Desgraciado que todos Flégias triste,
 «Que con voz que resuenan las tinieblas
 «Advierte sin cesar:”—«Aprended todos
 «Ya con mi ejemplo á respetar la excelsa
 «Santa Justicia, y á los Dioses mismos
 «Que afligen al mortal que los desprecia.»
 «El que vendió á su Patria y la esclaviza
 «Al yugo del tirano; aquel que hiciera
 «La ley y la abrogó por oro infame,
 «Y el mónstruo que á su hija propia afrenta,
 «Delitos tan horrendos allí espían
 «El gozo criminal que antes tuvieran.
 «Aunque me fuera dado con cien bocas,
 «Con una voz de hierro otras cien lenguas,
 «Ni pudiera contar todos los crímenes,
 «Ni contar sus castigos y sus penas.
 Mas la Sacerdotisa dijo entonces:
 «Sigue ya tu camino , y esa ofrenda
 «Dásela á Proserpina y dáte prisa;
 «Ya descubro las fraguas en las cuevas,
 «De Cíclopes los muros, y ya veo
 «Delante de nosotros su ancha puerta,
 «Y bajo de esta bóveda debemos
 «Depositara esta sagrada ofrenda.»

Así dijo, y caminan á igual paso
 Por las oscuras tenebrosas sendas
 Que rápidos salvaron, y al palacio
 De Pluton llegan donde Eneas entra
 En el sagrado pórtico, y se baña
 Con agua pura, cristalina y fresca,
 Allí dejando el misterioso ramo,
 Cumpliendo este deber, y satisfecha
 La Diosa, á los verjeles se encaminan
 Y fortunados bosques, mansion bella
 A donde el Gozo habita; en estos campos
 Es el aire mas puro, y la luz diera
 Color mas apacible á aquellas sombras
 Que allí habitan; su sol y sus estrellas
 Tienen tambien; los unos se divierten
 Del cuerpo ejercitándose en las fuerzas
 Ó en alegres combates, ó luchando
 Sobre la blanda y la dorada arena;
 Otros himnos entonan, otros danzan;
 De Tracia el gran cantor, que ondeante lleva
 Su túnica, y hablar hace á la lira
 Sus siete tonos con su man ligera,
 Ó ya los pulsa con marfil nevado.
 Allí estaba tambien la descendencia
 De Téucro, de Asáraco y de Dárdano,
 Fundadores de Troya, concurrencia
 De todos los Soldados valerosos,
 Y héroes felices de la edad primera.
 Eneas de allí lejos, asombrado,
 Mira las armas, carros, lanzas fieras,
 En la tierra clavadas; los çaballos
 Paciendo libres con la rienda suelta.

El gozo y el placer que estos guerreros
 Tuvieron al vivir, ese conservan
 Por las armas, y carros y caballos,
 Cuando bajan al seno de la tierra.

A derecha y á izquierda se ven sombras
 Que gustan sobre el cespced las ligeras
 Comidas, y cantaban dulces himnos
 Que de Apolo en honor el bosque llenan,
 A la sombra de láuros odoríferos.
 Donde Eridano impetuoso rueda
 Sus aguas, aparecen los guerreros
 Que por su pátria su existencia dieran,
 Los Sacerdotes castos y virtuosos,
 Los poetas que pios, solo fuera
 Digna su musa de cantar con Febo:
 Los que enseñaron fuentes de riqueza,
 Y aquellos que benéficos son dignos
 De su frente ceñir con blancas vendas.

Cuando en medio llegaron de estos héroes,
 Les habló la Sibila en tal manera:
 Diríjese á Museo, noble prócer,
 Figura magestuosa que se eleva
 Entre la multitud de aquellas sombras
 Que en torno de él están. « ¡ A donde queda,
 "Decidme, almas felices, la morada,
 "Ó region, donde Anquises se aposenta?
 "Hasta aquí por su causa hemos venido,
 "Y de Erebo pasamos la ribera.»
 Museo brevemente le responde:
 "Fija mansion aquí nunca tuvieron;
 "Habitamos la sombra de este bosque
 "Con yerba fresca que las ondas riegan:

«Este es nuestro retiro ; si os agrada,
 «Esta altura subid , vereis la senda
 «Que os mostraré yo mismo sin perderos.»
 El primero camina á la eminencia,
 Y la hermosa llanura les mostrára
 De dó bajan al punto.

Anquises piensa
 Y observa atento en un florido valle,
 Las sombras encerradas ; eran ellas
 Almas que en algun dia tornar deben
 A la mansion de vivos. Considera,
 Y con ansiosa vista repasaba
 De su posteridad y descendencia,
 Sus destinos , fortunas , sus virtudes,
 Sus heróicas acciones , su grandeza.
 Desde que á Eneas percibió de lejos.
 Que venía hácia él por la pradera,
 Alegre le tendió los tiernos brazos,
 Y con gozosas lágrimas dijera:

—« Al fin , hijo , veniste , ni te impiden
 «Trabajos en el viage ni te arredran;
 «Todo lo vence tu piedad, que tantas
 «A tu padre le diste ínclitas pruebas.
 «¡Al fin hablarte puedo y escucharte!
 «Yo acá en mi corazon juzgaba cierta .
 «Esta dicha, ni lejos la creia
 «Ó que burlada mi esperanza fuera.
 «¿ Cuantas tierras y mares no has corrido?
 «¿ Cuantos peligros , cuantas esperiencias
 «No hicistes hasta ahora en el momento
 «En que te veo ya? Mas yo temiera
 «Mucho tu permanencia en la infiel Libia.»

—«Yo mismo, padre mio, dijo Eneas,
 «Cuantas veces en sueños ¡ay! mirára
 «Tu misma sombra de tristeza llena
 «Ante mis ojos! Y esta fué la causa
 «Por que yo he descendido á estas tinieblas.
 «Nuestros bajeles en el mar Tirreno
 «Están anclados; dáme que yo pueda
 «Esa mano estrechar, y ahora abrazarte.»
 Así hablando, las lágrimas corriéran
 Por su rostro, y tres veces estendia
 Sus brazos á estrecharle, y mas ligera
 Su sombra se escapó de entre sus brazos,
 Cual céfiro sutil, ó el sueño vuela.

Entretanto vé Eneas en el fondo
 De un valle, un bosque que mirar se deja,
 Retirado de allí, dó murmurantes
 Con el céfiro blando las espesas
 Ramas están, que forman un retiro
 Dulce, apacible que las aguas riegan
 Del Leteo olvidoso. Allí se miran
 Pueblos mil que cubrían la ribera
 Como enjambres que corren presurosos
 En el estío, de ardorosa abeja
 Y en los floridos campos se derraman
 En torno de los lirios y azucenas,
 Y se escucha en el valle y la llanura
 Profundo susurrar que ronco suena.

Eneas sorprendido al espectáculo,
 Cuya causa ignoraba, luego inquiera
 Que rio es este y de donde se difunde
 La multitud que inunda la ribera.
 —«Son estas almas, les dijera Anquises,

«Que presto animarán las formas nuevas
 «De cuerpos, que se acercan á la orilla
 «Del Leteo, y disfrutan en sus quietas,
 «Tranquilas aguas el eterno olvido
 «De cuanto se pasára antes en ellas.
 «Hace tiempo, hijo mio, que anhelaba
 «De ellas hablarte y que pudiera al verlas,
 «Enumerar contigo la progenie
 «De estos seres sin cuento y descendencia,
 «Para que un vivo goce disfrutase
 «Contigo, y gran placer de hablar de Hesperia.»

—«Ó padre mio, Eneas le responde;

«¿Será posible que las almas vuelvan
 «A la tierra otra vez, y que en los cuerpos
 «De materia tambien se les encierra?
 «¿Quien este amor de vida inspirar puede
 «A estos desgraciados?»—«No te sorprenda,
 «Anquises le responde; ¡Ó hijo mio!
 «Pronto satisfaceré lo que desea
 «Esa curiosidad; en un momento
 «Diré lo que ocultó naturaleza.

«Saber debes, ó hijo, antes que todo,
 «Que el Cielo con la Tierra, y esa inmensa
 «Y líquida llanura con la luna
 «Y el astro de Titan, por él se estienda
 «Sobre los miembros de ese inmenso cuerpo
 «La vida y movimiento á cuanto fuera:
 «Todos los animales de aquí nacen,
 «Aves, hombres, cuadrúpedos y fieras,
 «Los que habitan del mar el ancho seno;
 «Y aquellos mónstruos que ese fuego llevan
 «De animada semilla, que derrama

«Con su activo poder naturaleza,
 «Cuyo origen sublime está en el Cielo:
 «Mas causa alteracion la vana mezcla
 «De los pesados cuerpos, y groseros
 «Miembros á que la muerte los sujeta,
 «Como en cárcel oscura el alma tienen.
 «A su origen celeste ya no eleva
 «Sus ojos; y aunque viera la luz pura
 «Por la última vez, y que le deja
 «La vida, ella no puede desprenderse
 «Del vicio y de las manchas que atrajera,
 «La malhadada union al cuerpo duro:
 «De aquí nació el castigo, crueles penas
 «Y suplicios que sufren estas almas,
 «Los que espian, las unas que suspensas
 «Al viento están espuestas ó que hundidas
 «Al fondo de un estanque, ya se encuentran
 «Lavadas de sus crímenes, ó el fuego
 «Las purifica todas con su fuerza.
 «Pero despues de todo, nos admiten
 «A las vastas llanuras Eliséas,
 «Quedando solo algun pequeño número
 «Que habita siempre esta mansion risueña,
 «Hasta que borre el tiempo nuestras manchas,
 «Y desprendidas ya de toda mezcla,
 «Con la pureza del celeste origen
 «El fuego elemental nos alimenta.
 «Todos estos que ves junto al Letéo
 «Pasados los mil años de su prueba,
 «Por un Dios conducidos, volver quieren
 «A encerrarse otra vez en las cadenas
 «Del cuerpo, y retornar á la luz pura

«Sin un solo recuerdo de sus penas.»

Así dice , y conduce á la Sibila
Y juntamente al hijo. Al medio llega
De las ruidosas sombras. Se coloca
Con ellos , pero allí de una eminencia
De dó llegarlas vé , las reconoce
De sus fisonomias por las señas.

«Ven , hijo mio , te pondré delante
«De los ojos la gloria y la grandeza
«Reservada á la Italia y los Troyanos,
«Y verás en su noble descendencia,
«Estas almas sublimes que algun dia
«Tu nombre llevarán á las estrellas.

«¿Ves aquel jóven que se apoya sobre
«Su cetro ? Pues la suerte ordena
«La luz vea el primero antes que todos
«De la sangre de Ausonia , mas con mezcla
«De la nuestra tambien ; será tu hijo;
«Cuando vea la luz , tú no existieras,
«Que Lavinia tu esposa dará un fruto
«Tardío en tu vejez , y que en las selvas
«Se criará, y Silvio le nombrarán
«De Alba los habitantes ; raza egregia,
«Grande Rey de los hombres y los Reyes,
«Si en Alba-longa nuestra sangre reina.
«Prócas vendrá despues de la troyana
«Nacion gloria, y Capis, y otro Eneas,
«Grande Silvio que hará tu nombre ilustre
«Por valor y piedad , si es que se sienta
«De su padre en el trono. A los que sombra
«La cívica corona les hiciera ,
«Alzarán las Ciudades de Nomento,

- "De Colacia el alcázar, y á Fidena,
 "Gabia, Pomecia, con los fuertes campos
 "De Inuis, Bolax, Coran, que nombres fueran
 "De las tierras que ahora están sin nombre.
 "De su abuelo será en la alta esfera
 "Compañero feliz, hijo de Marte
 "Que Ilia dará á luz, noble princesa
 "De la sangre de Asáraco, gran Rómulo
 "¡Los dos penachos que á la par lucieran,
 "No ves en su morrion, que puso Jove
 "De su Divinidad señal muy cierta?
 "Bajo de sus auspicios, hijo mio,
 "Roma la grande, Roma la soberbia
 "Estenderá su imperio á los confines
 "Del mundo, y su valor á las estrellas.
 "A esta inmensa Ciudad siete montañas,
 "Como muro invencible, la rodean;
 "En héroes fecunda, y semejante
 "A Berecintia, cuya frente cerca
 "La corona de torres cuando pasa
 "De Troya por el medio, y que se huelga
 "Ser de los Dioses madre gloriosa,
 "Cien nietos abrazando que nacieran
 "De estirpe valerosa y esforzada,
 "Para mandar los Cielos y la tierra.
 "Vuelve hácia aquí los ojos, mira atento,
 "Allí están tus Romanos, allí vieras
 "La alta progenie de los Julios mismos,
 "Que un dia con los Dioses ya se asientan
 "Al celeste banquete en la luz pura;
 "Mira al que mereció tantas promesas,
 "A ese César augusto, de un Dios prole

"Que el siglo de Saturno nos tragéa
 "En el dichoso Lácio, y estendiendo
 "Su imperio, mas allá de donde llegan
 "Los Garamantas, y los Indios fieros,
 "Y la constelacion del Sol la senda,
 "Y adonde Atlas en sus hombros carga
 "El gran peso del mundo y su alta esfera.
 "Y ya para anunciar tanta esperanza
 "Del vencedor, oráculos resuenan
 "En las ondas del Cáspio, y la Meótides,
 "Y el Nilo con sus siete bocas tiembla
 "Y se enturbia de espanto. Ni fuerte Hércules
 "Que con su flecha hirió rápida Cierva
 "Y á la Lerna laguna temblar hizo,
 "Que vió en paz de Erimanto la floresta:
 "Ni de la India el vencedor soberbio
 "Que en carro triunfador de Nisa vuela
 "Con furibundos tigres, y cubria
 "Con racimosos pámpanos las riendas,
 "Anduvo tanta tierra, aunque los Dioses
 "Benignos dirigieran sus empresas.
 "¿Y podremos dudar sean inmortales
 "Hazañas de valor tan estupendas?
 "¿Y de fijar tememos la morada
 "Y los destinos nuestros en la Hesperia?
 "¿Pero quien es aquel tan noble anciano,
 "Cuya frente la oliva la ciñera
 "Y en sus manos conduce la cuchilla
 "Sacra? Su barba cana bien nos diera
 "A conocer al Rey de los Romanos,
 "Que primero fundó con justa ciencia,
 "Las mas sólidas leyes y mandado

«Con sus pequeños Cures en la tierra,
 «Pobre, con sabio y con su recto juicio,
 «Un estendido imperio estableciera.
 «Síguele Tulio que el reposo indigna,
 «É inspira en los espíritus la guerra,
 «A quien le daña el ocio y la molicie:
 «Y la paz que del triunfo se desdeña.
 «Anco le sigue en pos, ansiando gloria,
 «Del áura popular el alma llena.
 «¿Tú quieres ver á los Tarquinius Reyes?
 «¿De Bruto vengador el alma fiera,
 «Del tirano el azote, el que restaura
 «De libertad las faces, el que lleva
 «El primero de cónsul el imperio,
 «Y las crueles segures que precedan
 «A su persona con terribles hachas?
 «¿Sus hijos que le mueven fiero guerra,
 «El grito de la sangre él acallando
 «De hermosa libertad los hace ofrenda?
 «¡Padre infelice! ¡Cual será el jüicio
 «Que la posteridad de tí ficiera!
 «De la natura triunfará constante
 «El amor de la patria y gloria eterna.
 «A lo lejos están Décios y Drusos,
 «Y Torcuato inflexible, con sangrienta
 «Hacha, y Camilo que á llevar tornára
 «Contra sus enemigos sus banderas.
 «Los dos que ves allí tan semejantes
 «De las armas en brillo, y que se unieran
 «Ora mientras la noche los cautiva
 «En su vuelo, declaran cuanta guerra
 «Cuanto esterminio harán si acaso tornan:

«A tocar de la vida la existencia,
 «El uno con el otro ¡ cuantos brazos,
 «Cuanta sangre vertieran sus querellas
 «Cuando desde lo alto de los Alpes
 «Y roca, al solitario hijo de Almena
 «Consagrada, vá el suegro contra el yerno
 «De Oriente protegidos por las fuerzas!
 «Hijos míos, dejad combates crueles,
 «Y que vuestro valor jamás revuelva
 «El invencible brazo contra el seno,
 «De la Pátria. Abandonad las guerras,
 «Dejad la destrucción, y tú, mi sangre,
 «Las armas de tu mano caer vea.

«Subirá al Capitolio con su carro
 «Triunfante, el que á Corinto antes venciera,
 «Y que antes derrotára á los Aquéos,
 «Y á Argos desolára y á Micenas
 «Pátria de Agamenon, y que vengára
 «De Aquiles en su fiera descendencia
 «A la Troyana sangre y sus abuelos
 «Y en el templo á la púdica Minerva,
 «¡ Y quien podrá olvidarte Caton justo,
 «Y á tí intrépido Coso? ¿ quien no acuerda
 «La noble raza de los Gracos libres?
 «Y á los dos rayos de fulmínea guerra,
 «Los Scipiones, azote de la Libia,
 «Y á Fabricio tan rico en su pobreza?
 «Y á tí, Serrano, cuyas manos propias
 «Siembran el surco; Fabia descendencia,
 «¡ Como podré, cansado, en tus hazañas
 «Seguirte? Te conozco á tí que llevas
 «Tu cabeza mas alta, y lento vences

«Solo, la furia de enemigas fuerzas.

«Otros pueblos, lo creo, harán respire
 «El bronce, con la gracia y la belleza,
 «Y que retrate el mármol los semblantes
 «Vivos, y la elocuencia mayor fuera
 «Y que marque el compás senda á los astros;
 «Mas tú, Romano, solo en esto piensa,
 «Como gobernarás todos los pueblos,
 «Y mantengas en paz su descendencia,
 «Como castigarás á los rebeldes,
 «Y perdones á aquel que te obedezca.»

Así Anquises hablaba, y la Sibila
 Con Eneas, le escuchan con sorpresa:
 «¿Tú no ves, continua, cual se avanza
 «Marcelo fiero, de despojos llena
 «La diestra, y la frente victoriosa
 «Sobre todos los héroes se eleva?
 «¿Y su caballería vencedora
 «Su protección á Roma le dispensa
 «En su mayor afán, y destrozara
 «Galos, Cartagineses, y suspenda
 «Por la tercera vez al Capitolio
 «Los opimos despojos que se deban
 «Al gran padre Quirino?»

En este instante
 Eneas le interrumpe, y le dijera;
 «Junto de aquel Romano pasa un jóven
 «Con las armas brillantes, noble y bella
 «Su presencia, mas tiene su semblante
 «Y la vista abatida, dice Eneas:
 «¿Quién es? ¿será su hijo, ó será alguno
 «De tan noble y tan clara descendencia?

«¡ Que semejanza reina entre uno y otro!
 «Pero una noche oscura le rodea
 «Con su lúgubre sombra.»

«¡ Oh hijo mio!

«Llorando Anquises dice , tu no inquietas
 «La gran ruina y desgracia de los tuyos
 «Que tantas lágrimas ¡ ay ! harán se viertan!
 «Apenas el destino le mostrara
 «Sobre la tierra , prolongar no pueda
 «Su vida ¡ O grandes Dioses ! es posible
 «Que esta Roma , tan grande os pareciera!
 «Si á disfrutar llegara éste presente
 «De vuestras manos ! ¡ Que! tambien se oyeran
 «De gritos y lamentos dolorosos
 «En el célebre campo , y en la misma
 «Ciudad de Marte. ¡O Tiber ! en tu orilla
 «Verás la pompa fúnebre que riegan
 «Tus ondas y el sepulcro con cadáveres,
 «Tintas tus aguas por la vez primera.
 «¡ No prometiera vástago Troyano
 «Tanta esperanza á la Latina Hesperia,
 «Ni Roma mecerá cuna de infante
 «Tan digno de su gloria y su grandeza!
 «¡ O antigua probidad ! ¡O Ciudad santa
 «De los antiguos tiempos ! ¡o firmeza!
 «¡ O valor invencible en los combates!
 «Ni enemigo jamas se le presenta
 «Impunemente á este gran guerrero;
 «Ya sin caballo venga á la contienda,
 «Ya la espuela agitando los hijares;
 «¡ Héroe desgraciado ! si tu llegas
 «El destino á vencer en algun dia,

«Tú Marcelo serás. ¡Ah! dadme llenas
 «Las manos con los lirios y las flores
 «Mas hermosas, y colme de esta ofrenda
 «De mi nieto la sombra, y que reciban
 «De mi mano esta honra pasagera
 «Esas frias cenizas sin ventura,
 «Que respiran dolor y angustia eterna.»

Anquises así hablando, recorria
 Con su hijo tierno la region aérea,
 Y descubriendo inmensas maravillas,
 En su gloria futura el alma ardiera;
 De la guerra le hablaba que hacer debe
 A los pueblos Latinos de Laurenta,
 Y de medios y arbitrios poderosos
 Con que le diera cima á tantas penas.

Dos puertas tiene el Sueño, una de asta
 Que dá paso á las sombras verdaderas,
 Otra de marfil blanco muy pulido,
 Que el poder trabajó con arte estrema,
 Por dó envian los Dioses infernales
 Engañosas imágenes ligeras.
 Anquises con su hijo y la Sibila
 Hablando siguen y á la puerta llegan,
 Y por la de marfil les dá salida.
 A la armada se vuelve el pio Eneas,
 Y se une á sus caros compañeros;
 Despues sin demorarse en la ribera,
 Recto camina de Gaeta al puerto;
 El ancla de la proa está suspensa,
 En la playa se miran los bajeles,
 Y los recibe la brillante arena.

LA ENEIDA

DE VIRGILIO,

TRADUCIDA EN VERSO ENDECASILABO

POR

D. GRACILIANO AFONSO,

DOCTORAL DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE CANARIAS. — AÑO DE 1853.

~~~~~  
TOMO II.  
~~~~~

PALMAS DE GRAN-CANARIA.

IMP. DE M. COLLINA, CALLE DE LA CARNICERIA N. 3.

1854.



La Eneida.

LIBRO VII.

Tú tambien les darás un nombre eterno,
¡O Gaeta! de Eneas la nodriza,
A las riberas nuestras con tu muerte;
El lugar dó reposan tus cenizas
Rendirá su homenaje á este precioso
Depósito ; y si acaso es adquirida
Esta gloria á tu nombre, tu sepulcro
Dará á la grande Hesperia inmortal vida.

Despues que cumplió Eneas los deberes:
Fúnebres, que la piedad le prescribia;
Despues que levantase la eminencia
Del sepulcro, al ver la mar tranquila,
Se hace á la vela y abandona el puerto.
Cuando la noche-llega, un viento envia:
Fresco y blando, y el disco de la luna
Ofrece al navegante luz propicia,

Y las ondas mecidas blandamente
 Con sus trémulos rayos reflectian,
 Y ya cási tocaba en la ribera
 De la tierra famosa, dó la hija
 Poderosa del Sól, que sonar hace
 Sin cesar las florestas escondidas
 Con su canto armonioso; y retirada
 Estaba en el palacio donde habita,
 Que en la noche ilumina con la llama
 De odórifero cedro; y diestra agita
 Con los ágiles dedos la ruidosa
 Lanzadera, que en hilos presta gira
 De su flexible tela; desde lejos
 Se oye al leon rugir, cuando resista
 A la cadena, y exhala en las tinieblas
 De la noche su rabia; tambien gritan
 Los osos encerrados en establos,
 Y los lobos ahullan; todos víctimas
 Desgraciadas que la Diosa infáusta
 Por medio de sus mágicas bebidas,
 De la figura humana las privára,
 Y crueles alimañas parecian.
 Mas Neptuno temiendo que el virtuoso
 Troyano éntrase en la fatal bahía,
 Y sufriera mudanza tan terrible,
 De viento favorable entonces hincha
 Las velas, y pasaron los escollos,
 Que en púrpura brillante revestia,
 A las ondas y al aire colorando,
 La roja Aurora que su carro gira.
 Cuando el aire callado y sin aliénto
 En calma fuera, que ni el remo agita.

Las cristalinas aguas, pio Eneas,
 Estando en la alta popa, luego avista
 Un bosque inmenso dó el tortuoso Tiber,
 Su rápida corriente precipita
 A la ancha mar con sus arenas de oro.
 En torno y en su cáuce allí se miran
 Aves mil muy diversas, habituadas
 A las riberas y á las claras linfas
 Del rio, que divierten con su canto.

Eneas mudar rumbo entonces grita;
 Y singlando hácia tierra, entra gozoso
 Por el lecho del rio en cuya orilla,
 El bosque dulce fresco derramaba.

Agora diré yo, Musa divina,
 Erato, cuales fueron los antiguos
 Reyes, gobierno, estado de la invicta
 Nacion del viejo Lacio, cuando Troya
 Con sus naves llegára á tus orillas.
 Traeré á la memoria su combate
 Primero, que de sangre las cubria.
 Inspírame ahora tú, divina Musa,
 Por que intento contar la alta rüina
 De horribles guerras y de armados Reyes,
 Que sed de sangre y de venganza anima
 A carnicera destruccion rabiosa:
 Recuerda de la Etruria ardientes iras,
 Y Hesperia con sus armas en la mano;
 Carrera muy mas ancha está á mi vista,
 De mis versos el estro se levanta.
 Es sabido que el Rey de la Latina
 Gente, en sus años ya muy avanzados,
 Las ciudades gobierna y las campiñas.

Hacía mucho tiempo que estos pueblos
 Tranquilos y pacíficos vivían
 Debajo de su imperio; las memorias
 Antiguas del gobierno referían,
 Que de Fáuno era hijo el rey Latino,
 Y de Marica Ninfa Laurentina;
 Pico, padre de Fáuno, por Saturno,
 La luz del Sol miró con su divina
 Sangre, que fué primer ilustre origen
 Latino (así los Dioses lo querían).
 No tuvo hijos varones; al primero
 Le arrebató la muerte cuando via
 Su juventud apenas; mas tuviera
 De su reino heredera única hija,
 De su casa esperanza, en la edad propia
 De himeneo, del cual era ya digna:
 De un esposo los votos provocando
 Príncipes Lacios que la Ausonia cria.
 Entre todos los nobles pretendientes,
 A Turno distinguió su valentía
 Y su hermosura; poderosos reyes
 En larga série su ascendencia estriban,
 Y del Latino rey la misma esposa
 Anhela sea el esposo de su hija:
 Mas, prodigios de espanto que enviáran
 Los Dioses, temerosos lo impedian.

En el recinto del palacio estaba,
 En situación remota y escondida,
 Un antiguo laurel, por muchos años
 Con religioso culto allí existía.
 Latino, según cuentan, le había hallado
 En el mismo lugar que antes destina,

Para que allí se abrieran los cimientos
 De la ciudad que Febo regiría,
 Y que por esto se nombró Laurento
 A la nueva colonia. Pero un día
 Un prodigioso enjambre se aparece
 Que en gran susurro por el aire gira,
 Y en la cima del árbol se coloca,
 Y los pies enlazando se enracima
 Y de las ramas y las hojas pende.
 El adivino al ver tal maravilla,
 Esclama: «Estoy mirando que ya llega,
 «De estas anchas regiones á la orilla,
 «Un héroe extranjero y una armada
 «Que aquí dirige el rumbo, y en la misma
 «Real habitacion tendrá su estancia.»
 Pero en otra ocasion en que Lavinia,
 En pie junto á su padre, el sacrificio
 Del incienso mas puro ella ofrecia,
 En su largo cabello el fuego prende,
 Y arde con la corona y pedrerias
 Todo el adorno de la frente régia,
 Que se rodea de una luz sombría;
 Y se aumenta voraz aquel incendio
 Con humo denso que veloz se inclina
 Por la habitacion toda; se creyera
 Que un funesto presagio significa
 Aquella maravilla extraordinaria.
 El adivino dice: «Habrás Lavinia
 «Un destino brillante y glorioso,
 «Pero el pueblo tendrá la guerra impía
 «Con todos sus horrores.» Asustado
 El rey corre ligero y se encamina

A consultar á Fáuno en el sagrado
 Bosque de su padre, dó se mira
 La ebúrnea fuente que lanzando el agua,
 Con estrépito grande, cristalina,
 Misteriosa, que exhala los vapores
 Emponzoñando el aire; aquí reunida
 Está la Italia con la Hesperia tierra,
 Y á consultar sus dudas se encamina;
 En el ara coloca el Sâcerdote,
 Y tendiera las pieles de las víctimas
 Sobre la dura tierra; en los vellones,
 Al caer de la noche, en sueños mira
 En torno las figuras mas estrañas.
 Habla con las Deidades, y es oida
 De Aqueronte la voz, á quien pregunta,
 Los manes evocando de la sima
 Del Averno. Latino se presenta
 El óraculo á oír, y sacrifica
 Cien ovejas á Fáuno, segun rito,
 Y los vellones cien que profetizan,
 De lecho le sirvieron al reposo.
 Desde el centro del bosque, la salida
 Voz se oyó, que dijera estas palabras:
 — «Guárdate ¡hijo mio! que tu hija
 «Se enlace con el principe del Lacio;
 «Deja que goce de la paz tranquila;
 «Huye del himeneo proyectado:
 «Del Cielo la piedad, siempre benigna,
 «Un yerno te dará, de cuya sangre
 «Unida con la nuestra en algun dia,
 «Nuestra gloria y el nombre alze á los astros,
 «Y de cuya progenie esclarecida,

«Saldrá la descendencia que domine.
 «Cuanto registre el Sol y mares ciñan.»

La respuesta de Fáuno y la advertencia.
 En el silencio de la noche oída,
 No la ocultó Latino; ya la fama
 Con voladoras alas la publica,
 Haciendo resonar en toda Italia
 El rápido rumor de esta noticia.
 Suben en tanto el Tiber los Troyanos,
 Atando sus bajeles á la orilla
 Gramosa; Eneas y el hermoso Julio
 A descansar se sientan só la cima
 De un árbol, preparando los primeros
 Aquellos panes que servir debían
 De alimento, formando las pirámides
 De los frutos campestres. Consumidas
 Grandes porciones, recurrieron todos,
 Impelidos del hambre mas activa,
 A devorar cortezas que sirvieran
 De mesas á las viandas mal provistas,
 Que Jove así lo manda; entonces Julio,
 «¡Que! ¿las mesas comemos?» les decia.
 Riendo; esta agudeza al escucharla
 Fué como la señal, la que termina
 El fin de tantas penas. No se escapa
 A la sagacidad de Eneas esta dicha
 Que al oráculo daba cumplimiento,
 El, de los Dioses la piedad admira,
 Y arrebatado esclama: — «Te saludo,
 «¡Ó Tierra! tantas veces prometida
 «Por los Dioses; salud ¡Ó Tutelares
 «Felices de Ilion! ora se explica.

«Que esta es mi habitacion, esta la tierra,
 «Ésta mi pátria con su gloria antigua:
 «Así lo entendió Anquises que explicára .
 «Secretos del destino; él me decia:
 «Luego que tu llegáres, hijo mio,
 «A una tierra de tí no conocida,
 «Y tus víveres todos consumidos,
 «Llegándoos á comer las mesas mismas;
 «Seguro estarás ya de tu reposo,
 «Libre de los trabajos y fatigas,
 «Pensando en plantear ya los cimientos
 «De una nueva Ciudad. Aquí termina
 «Esta hambre terrible, esta desgracia
 «Última que será de tus desdichas.
 «Valor, amigos míos, que mañana,
 «Cuando la aurora traiga el nuevo dia,
 «Corriendo todos por diversas sendas
 «Y abandonando el puerto, nuestra vista
 «Registrará el pais, reconociendo
 «Los pueblos y Ciudades que la habitan;
 «Agora libaciones al gran Jove
 «Hagámos, y de Anquises la propicia
 «Sombra invoquemos, y en las mesas nuevas
 «Nuevo fragante vino se nos sirva.»

Despues que hablára así, ciñe su frente
 Con verdes ramos; y su voz suplica
 Al Genio del lugar; luego á la Tierra,
 Que todas las Deidades mas antigua,
 A las Ninfas del bosque y á los rios,
 Cuya Divinidad no conocia;
 A la Noche invocaba y á los Astros,
 Que en las tinieblas ya se descubrian;

Y á Jove que en el Ida se venera,
 Y á Cibeles que adoran en la Frigia,
 Y á sus padres que grande le engendraron
 Venus y Anquises que el Erebo habita.

En tal momento, el rey del alto Olimpo
 Tres veces lanza el trueno, y luce y brilla
 De la inflamada nube el rayo ardiente
 Que de la alta Deidad el brazo agita.
 Bien pronto es general el rumor grato
 De los Troyanos, que llegado el día
 Era de levantar los altos muros
 De la noble Ciudad, tan prometida.
 Por oráculos. El gozo preparaba
 Grandes obsequios, que la voz festiva
 Del presagio divino derramaba,
 Y en coronadas copas todos liban.

Cuando á la Tierra la rosada aurora
 Con sus primeros rayos ilumina,
 Los Troyanos por partes diferentes,
 Para reconocerla se encaminan,
 La Ciudad principal, el territorio,
 Y rios que de límites la sirvan.
 De Numicia la fuente ya conocen,
 Que aquel rio era el Tiber ya sabian,
 Y que todo el pais era habitado
 Por belicosos de nacion Latina.
 Luego el hijo de Anquises escogiera
 Entre todas las filas, las mas dignas
 Personas de la armada, embajadores
 Que fuesen ciento en número, y de prisa
 A los muros se acercan donde mora
 El rey, llevando entonces la pacífica

Rama de Minerva, con presentes,
 Que su amistad al príncipe pedían
 Con los Troyanos; y todos los enviados
 Obedecen al punto y se encaminan
 Con paso apresurado. Mas Eneas,
 Con un sulco los muros él designa,
 Muy cercanos del río á la ribera:
 Luego marca el terreno, y fortifica
 Con terraplen este primer asilo,
 Y coronas de almenas la ceñían
 A manera de un campo. Los Troyanos,
 Al término del viage se aproximan,
 Las torres Laurentinas se descubren,
 Y edificios mas altos. Ya se mira
 La flor de juventud junto á las puertas.
 De la Ciudad, que alegre se ejercita.
 Unos doman caballos, otros vuelan
 Con su ligero carro, y otros tiran
 El arco y flechas con robustos brazos;
 Otros se ven, que el premio solicitan.
 De la carrera ó duro pugilato.
 Uno de los ginetes luego quita
 Su puesto, y al anciano rey anuncia.
 De una gente estrangera la venida,
 Alta su talla, su vestido extraño.
 Este príncipe ansía se le diga,
 Entren en el palacio en el instante,
 Y para recibirlos él asista
 En el trono sentado de sus padres,
 De la brillante corte en compañía.
 De la Ciudad en el lugar mas alto,
 Un inmenso palacio allí se via,

Su fábrica sostienen cien columnas;
 Era mansion de Pico, y la cubria
 En torno un bosque espeso consagrado,
 Que temor religioso siempre inspira.
 El cetro del poder lo recibieran
 Allí los reyes, y haces tan temidas,
 Allí los presidian y era el templo
 Donde el santo senado se reunia:
 Era de los banquetes religiosos
 El lugar principal, adonde víctimas
 Se inmolaban; tambien el gran Morueco.
 Con el cedro inmortal siempre vivian
 Las imágenes sacras de sus reyes,
 Ítalo allí se encuentra y de las víctimas
 El padre, el rey Sabino allí se viera,
 Y se le reconoce en la torcida
 Hoz al viejo Saturno y tambien Jano
 De doble frente, con la noble vista
 De la familia Real desde su origen;
 Todos guerreros, con la gloria inclita
 Que su sangre vertieran por su patria.
 Pendientes en el pórtico se miran,
 Armas, carros, hachas y lucientes
 Cascos, broqueles, lanzas, largas picas,
 De Ciudades las puertas, de galeras
 Espolones, y en medio de tan rica
 Gloria de monumentos, con la corta
 Trabea túnica ase una varita
 Con la diestra, un escudo en la siniestra
 Sentado Pico, cuya fuerza invicta
 Los corceles domó, y el mismo Píco
 A quien Circe su esposa enfurecida

Por la pasión, hirió con vara de oro
 Y transformó con mágicas bebidas
 En ave de color vivo y brillante.

A este lugar sagrado con gran prisa
 Hizo venir Latino á los Troyanos,
 Y dijo de este modo en voz propicia:

«Hablad, hijos de Dárdano; Troyanos,
 «Ya vuestra descendencia aquí es sabida,
 «Y aquí os ha precedido vuestra fama
 «Antes de haber llegado á estas orillas.
 «¿Que es lo que me pedis? ¿cual es la causa
 «O la necesidad de que impelida
 «Vuestra escuadra por mares y por vientos,
 «Busque en tierra de Ausonia su acogida?
 «¿El rumbo habéis perdido, ó la borrasca,
 «Cual la suele sufrir gente marina,
 «En el fiero elemento tan terrible,
 «Es la que os ha obligado en vuestra cuita
 «Del Tiber á buscar la embocadura
 «Y asilo en nuestro puerto? No resista
 «Ni la hospitalidad desdeñe, sea
 «Cualesquiera la causa que os obliga.
 «Sabed que los Latinos, este pueblo
 «Del antiguo Saturno, es quien lo guía
 «La virtud y la ley; no por violencia,
 «Sí por inclinacion que le domina.
 «De sus padres observa las costumbres;
 «Hay una tradicion oscurecida
 «Por el tiempo, que observan los ancianos
 «De la Aurunca nacion, que referia
 «Que Dárdano hácido en nuestros campos,
 «Pasó á la Samotracia, de allí á Frigia

«Próxima al monte Ida. Él, de Corito,
 «Dicen partió, que con Toscana linda.
 «Este héroe sentado en trono de oro,
 «El claro Olimpo sin cesar habita,
 «Y el incienso recibe de los Dioses
 «Y el número de altares multiplica.»
 Des que acabó de hablar, dice Ilioneo:
 «¡O poderoso rey! progenie digna
 «De Fáuno, ni borrasca horrible
 «A buscar este puerto nos obliga
 «En tus orillas, ni el perdido rumbo,
 «Ni las estrellas, ni las costas mismas,
 «A dejar nos estrechan nuestro intento;
 «De propósito sí, y eleccion fija
 «En esta gran Ciudad hemos fondeado,
 «Resto de la mas grande monarquia
 «Que el Sol miró jamás en su carrera.
 «Júpiter es el tronco dó venida
 «Es la nacion Troyana, y los Dardános
 «Descendientes del cual hoy se glorían
 «De contar por su abuelo al mismo Jove.
 «Eneas nuestro Rey, que nos envia
 «Hacia tí, tambien de Jove es nieto,
 «Y si es que en la natura hombres existan
 «Mas allá desterrados del océano,
 «Ó ya en la ardiente zona do se mira
 «Dividido en dos partes el gran mundo,
 «La horrible tempestad de ellos oida
 «Fuera, cuando partiendo de la Grecia
 «En las faldas cayó del monte Ida,
 «Y el éxito fatal con que combaten
 «Asia y Europa, ya quizas rendidas,

«Y de tan gran diluvio libertadas;
 «Errante sobre el mar y sus orillas
 «Te pide esta nacion que le concedas,
 «La pequeña porcion que necesita
 «En tus riberas, y á los Dioses pátrios
 «Para se establecer pia acogida;
 «Sin tu daño gozar del aire y agua,
 «Como á todo mortal se le permita:
 «Ni seremos indignos de tu imperio,
 «Se aumentará tu gloria mientras vivas,
 «Y el reconocimiento será eterno,
 «Sin que jamás la Ausonia arrepentida
 «Quede de recibirnos en su seno.
 «Por Eneas lo juro, y la justicia
 «De su destino y la terrible diestra
 «En el combate fiel y siempre invicta.
 «No nos desprecies pues; nos presentamos
 «Con el ruego en el labio, y con la oliva
 «En la mano tambien. ¡ Ay ! ¡ cuantos pueblos
 «Y potentes naciones no querrian
 «Nuestra alianza! Empero, ya los Dioses,
 «Con absoluta voluntad prescripta,
 «Nos ordenan venir á estas comarcas;
 «Dárdano aquí nació; aquí precisa
 «Es su vuelta; y Apolo venir manda
 «Junto al toscano Tiber á la orilla,
 «Y de Numicia á las sagradas fuentes.
 «Por nuestra mano, Eneas os envia
 «Estos presentes que salvados fueran
 «De las llamas de Troya, antigua y rica.
 «En esta misma copa, en los altares
 «Libaba Anquises; y con esta rica

«Tiara, con este cetro, y los vestidos
 «De las Troyanas obras esquisitas,
 «Que á Priamo adornaban cuando leyes
 «En pública asamblea al pueblo dicta.»

El discurso escuchaba de Ilioneo,
 Latino inmoble con la vista fija
 En tierra, que con gesto pensativo.
 No le ocupa la púrpura que brilla.
 Ricamente bordada; mas le asalta.
 Y atrae á la memoria de su hija.
 Himeneo y oráculo de Fáuno.
 Ved aquí el yerno ya que nos destina
 El alto Cielo, y que le llama al trono,
 Y con auspicio favorable indica,
 Que de él ha de nacer un pueblo grande,
 Que el orbe todo á su poder se rinda.

Pero en fin la alegría le posee.
 «¡ Quieran los Dioses, dice, que cumplida
 «Sea su voluntad y mis designios!
 «Alcanzareis, Troyanos, la pedida
 «Licencia, cumplid ya vuestros deseos,
 «Vuestros dones acepto y mientras viva
 «Latino, y que reinare en esta tierra,
 «No recordeis las fértiles campiñas
 «De la opulenta Troya; si se acerca
 «Vuestro Rey, y sincero significa
 «Que ansia su voluntad el ser mi huesped
 «Y de Latino aliado, que su misma
 «Persona venga á este palacio mio,
 «Que no debe temer de que le aflija.
 «Un príncipe que ahora es ya su amigo;
 «Y su mano estrechando lo confirma,

«Y tendrá en su poder gaje seguro,
 «Y alianza que concluya con la vida.
 «Decidle de mi parte (os lo confío),
 «Que siendo padre yo de única hija,
 «Que prodigios de oráculos decláran
 «Que con príncipes nuestros no sea unida,
 «Que de Lacio el destino la reclama
 «Para un yerno extranjero de alta guisa,
 «Héroe cuya sangre con la nuestra
 «Lleve su nombre á la mansion empírea.
 «Eneas es á quien el cielo llama,
 «Así lo creo yo, y á ello me incita,
 «El deseo que así me lo persuade.»

Despues de estas palabras, la órden dicta,
 Que otros tantos caballos se conduzcan
 Con nobles cualidades escogidas,
 De los trecientos que en sus cuadras nutre,
 Que en ligereza igualen á las mismas
 Aves, de la púrpura cubiertos
 Y con ricos bordados esquisita,
 Y penda del pretal un collar de oro,
 Y tasquen frenos de labor divina.
 Para Eneas trageran en un carro
 Corceles dos de un pelo que respiran
 Y que por las narices lanzan fuego,
 De raza celestial que era nacida
 De la que Céres industriosa obtuvo,
 A los caballos de su padre unidas
 Sus yeguas. Y prendados del obsequio,
 Y los ricos presentes que obtenian,
 Retornaron montados hácia el campo
 Con el presagio de la paz divina.

En este instante la implacable Juno,
 De Jove esposa, de Argos se volvía,
 Sobre su carro el aire atravesando,
 Y del Paquino observa ante su vista
 A Eneas y su flota y los Troyanos,
 Que las naves dejando en la tranquila,
 Hospitalaria tierra, principiaban
 Con las casas á alzar torres erguidas.
 Paróse, y de dolor bien penetrada,
 Y agitando en furor la frente altiva,
 En su enojo pronuncia este discurso:
 "¡Raza odiosa! ¡Destinos de la Frigia!
 "¡Siempre contrariareis á mis designios?
 "¡No pudieron morir en las campiñas
 "Sigeas pereciendo en Troya todos,
 "O cautivos, ó en llamas encendidas?
 "Mas, todos han huido mi venganza
 "Por medio á las escuadras infinitas.
 "Sin duda que cansada ya mi cólera
 "De su antiguo vigor está vacía,
 "O mi odio la calma ha consumido.
 "Mas ¿que digo? su pátria ya perdida,
 "Les perseguí, incansable, por las ondas,
 "Ni hallaron el reposo en las fatigas.
 "¡Mas quedan agotadas tantas furias,
 "Y contra los Troyanos son vencidas
 "La fuerza de los vientos y las olas?
 "¡Ni Caribdis sirvieron ni los Scilas
 "Ni las horribles Sirtes? A cubierto
 "De todo riesgo pueblos edifican
 "Dó el Tíber desemboca, sin que teman,
 "Ni á la tierra, ni al mar, ni á Juno misma.

«A los Lapitas destruyéra Marte;
 «Y Jove abandonára á la infinita
 «Cólera de Dïana á Calidonia.
 «¿Y cual de Calidonia y los Lapitas
 «El crimen fuera? Y yo que soy la esposa
 «Augusta de aquel Jove que domina
 «El Olimpo , que á todo se ha atrevido,
 «Que todo lo ha intentado siempre activa;
 «¡ Desgraciada de mí ! me vence Eneas;
 «Débil ya es el poder y fuerza mia.
 «¿ Pero que me detengo suplicando
 «A otro poder si es que en el orbe habita?
 «Si el Cielo no se presta á mi venganza,
 «Del infierno armaré la fuerza invicta.
 «No impediré que Eneas venga al Lacio,
 «Del destino el decreto así lo intima,
 «De Lavinia lá mano será suya,
 «Pero al menos , pondré que le resistan
 «Y retarden su dicha y su esperanza,
 «Obstáculos ; que los súbditos no vivan
 «Del uno y otro príncipe, y que unidos
 «Su alianza poderosa sea la rüina
 «Del suegro con los súbditos y el yerno;
 «Él tu dote será , princesa digna,
 «De Troyanos la sangre, y tu himeneo,
 «Belona, con los Rútulos presidan.
 «Allí verán tambien que de Ciseo
 «Ya sola no será la infeliz hija
 «La que en llama fatal su reino abraze;
 «Venus será la madre que dé vida
 «Al nuevo Páris con funesta antorcha,
 «Que reduzca á este Pérgamo á cenizas.»

Pronunciando la Diosa estas palabras,
 Hacia la baja tierra se encamina,
 Y del abismo y la mansion de Furias
 La cruel Alecto evoca que respira,
 Tristes guerras, venganzas, y traiciones
 Que el corazon destrozan y lastiman.
 Horrible mónstruo que sufrir no pueden,
 Ni Pluton fiero, ni las Furias mismas,
 Sus crüeles hermanas que se ocultan
 Bajo terribles formas, mientras silvan
 Negras serpientes de su frente en torno.
 Juno estimula su rabiosa ira
 Por sus discursos, y la dice: — «Préstame
 «¡Ó de la Noche la potente hija!
 «El servicio que sola hacerme puedes;
 «Salva mi gloria, la mi infamia quita,
 «Impide que el Troyano al Rey Latino
 «Se una de himeneo en llama activa,
 «Y su planta no afianze de la Italia
 «En la abundosa tierra que ahora habita;
 «A tí es dado el armar á los hermanos
 «El uno contra el otro, y las familias
 «Abrasar de discordia con la artorcha,
 «Con el odio y la muerte; tú investiga
 «Pretesto de engañar; Genio fecundo,
 «Dirige los proyectos; la semilla
 «De la guerra difunde en un momento;
 «Y juventud marcial las armas pida.»
 Alecto alimentada con veneno
 De Gorgonas, derecha se encamina
 Del Laurentino Rey hacia el palacio,
 Y buscando callada la sabida

Habitación de Amata, cuyo espíritu
 Ocupaba tan solo la imprevista
 Llegada del Troyano, é himeneo
 De Turno con dolores que le agitan
 Y de su sexo propios arrebatos.
 La Furia de su frente al punto quita
 De su infernal cabello, una serpiente
 Que de la Reina al seno diestra tira,
 Y penetra hasta el fondo en sus entrañas,
 Derramando el veneno que la anima.
 Con la rabia y furor que le posee,
 Turbacion en palacio desparcia;
 Por los vestidos se desliza el mónstruo
 Y desflora sutil la cútis fina,
 Y comunica al alma arrebatada,
 De pasion la influencia viperina.
 De oro un collar remeda en torno al cuello,
 Como venda al cabello sostenia,
 Y como ágil reptil los miembros corre;
 Mientras que el alma estaba adormecida
 Con el primer ataque del veneno,
 Un fuego imperceptible ya principia
 A insinuarse en las venas, mas no abrasa
 Entero el corazon; á su voz quita
 La aspereza, el discurso remedando
 De una madre que tierna llore y gima,
 Y de su hija con las dulces quejas
 El pesar que le da la alianza Frigia.
 — «¡Que! ¡á Lavinia dejar abandonada
 «A esta nacion Troyana fugitiva?
 «¡Padre sin corazon! ¡ay! tú no tienes
 «Ni compasion de tí ni de tu hija;

"Ni de madre llorosa que al pirata
 "Vé se lleva consigo en algun día,
 "Al primer soplo de Aquilon su presa,
 "Mas allá de la mar donde lo siga.
 "No fue así como hizo el pastor frigio
 "Que entró en Lacedemonia con tranquilas
 "Apariencias, y luego el cruel Troyano
 "De Leda se llevó la hermosa hija.
 "¿Que es ya de tu palabra tan sagrada?
 "¿Dó el interés está de nuestra dicha?
 "¿Donde la mano tantas veces dada
 "Que de promesa cierta el gage afirma,
 "A Turno nuestra sangre y nuestro amigo?
 "Si yerno los Latinos necesitan
 "Estrangero, si firme está tomada
 "Resolucion, que sea obedecida
 "La voluntad de Fáuno vuestro padre;
 "La tierra que no fuera sometida
 "A tu imperio será como estrangera;
 "Y así se ha de entender la profecía.
 "Y si el origen de la casa buscas
 "Del noble Turno, su ascendencia indica
 "Que de Acrisio y de Ináco descendiera,
 "Que son del seno de Micenas ínclita."
 Mas ella al ver que ya por los discursos
 De Latino su mente no se inclina;
 De la culebra siente el cruel veneno
 Que ya en el fondo de su pecho habita,
 Y por todas sus venas circulaba.
 Entonces la infelice poseida
 De furiosos y estraños arrebatos,
 Toda medida en su delirio olvida

Y su furor en la Ciudad derrama,
 Semejante al peon que el niño agita
 Con retorcida cuerda que circula
 En medio del teatro en donde trisca,
 Por la cuerda oprimido, y regulares
 Curvas describe que gozosa admira
 La infantil turba que la causa ignora,
 Y el leño vé correr que en torno gira.
 Tal se dejára ver por las Ciudades
 De los pueblo feroces que la sigan;
 Luego se abandonando á los furores
 Mas criminales, finge poseida
 Estar del entusiasmo de Liëo;
 Huye hácia la montaña dó su hija
 Ocultára en el bosque por librarla
 De los Troyanos y la suerte impida
 Del glorioso himeneo." Ven, clamaba,
 "Ven, Baco, de tí solo es ella digna.
 "La princesa por tí del Tirso se arma,
 "Y su hermoso cabello sacudia."
 Ya la Fama volára á todas partes,
 Y los mismos furores se encendian
 En los sensibles pechos maternas;
 El lugar abandonan donde habitan,
 Desnudas las espaldas, los cabellos
 A voluntad del viento las cubrian.
 Otras de piel vestidas, en las manos
 Lanzas llevan envueltas en la viña,
 Y con trémula voz el aire llenan
 De alaridos terribles con la grito.
 La Reina en medio de ellas, con un pino
 Ardiendo, Epitalamio de su hija

Canta y de Turno y corre sin concierto,
 Descarriada la vista y reteñida
 De sangre, clama con la voz terrible:
 «¡ O Latinas mugeres ! si es que existan
 «Sensibles corazones en vosotras,
 «Y de Amata infeliz amais la vida,
 «Si madres quereis ser con sus derechos,
 «Las vendas desatad, venid de prisa
 «A celebrar las órgias.»

De esta suerte

La reina por Alecto conducida,
 De Baco se abandonó á los furores,
 Errante por los bosques y manidas
 De las bestias feroces. Satisfecha
 Y en afectos rabiosos complacida,
 De inútiles dejar tantos proyectos
 De Latino en desorden; determina
 La horrible Diosa desplegar sus alas
 Hacia aquella Ciudad en donde habita
 El atrevido Rútulo, fundada
 Por Dánae que fué de Acrisio hija,
 Colonia por el Noto arrebatada,
 Y la formára la nacion Argiva.
 Ardea la nombraron los primeros
 Habitantes, y guarda fama inclita;
 Mas pasó su fortuna. Aquí en el centro
 Del soberbio palacio, está tranquila
 La noche en la mitad de su carrera,
 Y á Turno le ofreciera las delicias
 Del reposo. Alecto abandonando
 La figura de Furia, parecia
 Una anciana asquerosa, cuya frente

Las plegadas arrugas distinguian,
 Con el cabello blanco que una venda
 Sagrada ciñe con la verde oliva;
 Y en su fisonomia se asemeja
 A Cálybe que fué sacerdotisa
 Muy antigua de Juno y de su templo,
 Y que al príncipe jóven le decia:
 «Consentirás, ó Turno, que se pierdan
 «De tu trabajo el fruto y la fatiga,
 «Y que de Troya una colonia venga,
 «Del cetro apoderarse que destina
 «El Cielo para tí? El Rey te ruega
 «Que el esposo tú seas de su hija,
 «Y con ella la dote que has pagado
 «Con tu sangre; y á un extraño invita
 «Para ser heredero de su trono.
 «Sús, que la gloria y el valor te sigan.
 «Peligros á arrostrar por un ingrato
 «Que se burla de tí; que pronto embistas
 «Al batallon Troyano con que afianzes
 «Segura paz á la nacion Latina.
 «Esto á decir te manda la Saturnia,
 «Su misma omnipotente excelsa hija,
 «Mientras disfrutas el nocturno sueño.
 «Despierta, arma gozoso la aguerrida
 «Juventud, y lleno de confianza
 «A los Troyanos tu valor resista,
 «Que ahora yaciendo están en la ribera
 «Y del Tíber disfrutan las delicias:
 «Que ardan al punto sus pintadas naves,
 «Dejálas reducidas á cenizas.
 «Tal es la voluntad de las Deidades,

«El mismo Rey Latino si se obstina,
 «A su hija en no darte, que lo cumpla,
 «Y sienta tu poder y fuerza invicta.»

Mas el Joven guerrero sonriendo,
 Responde alegre á la sacerdotisa:
 «Que ha llegado la armada del Troyano
 «Es novedad que ya me es conocida;
 «Pero no tengo yo tantos temores
 «Como tú; y yo sé bien que no me olvida
 «La Reina de los Dioses. Pero, ó Madre
 «Helada con la edad, me parecia
 «Que penas te figuras muy inútiles,
 «Y en reales querellas poco dignas,
 «Y que propias no son de tu destino;
 «Del templo las imágenes tú cuida,
 «Y á los guerreros deja, que á ellos toca
 «De la guerra tratar ó paz tranquila.»

Encendióse la cólera de Alecto,
 Con la respuesta que de Turno oia;
 Y un temblor repentino se apodara
 De sus miembros, inmóvil queda y fija
 Su vista de la Furia al cruel aspecto;
 Su figura creció, entonces silvan
 Las serpientes horribles, y aterrado
 Con los abiertos labios solicita,
 Querer hablar para aplacar la Diosa
 Irritada, y lanzando fuego mira
 Y le rechaza; y despues arranca
 De su cabeza sierpes vengativas
 Dos, y con gran estrépito le azota,
 Y en tono amenazante asi le grita:
 «Ved ahí la decrepita que tiene

«Helada la razon y consumida
 «Por la edad, y con frívolos temores
 «En reales querellas se metía.
 «Mírame bien que yo la hermana fuera;
 «Y te lo dice mi fisonomía,
 «De las Eumenides, que saliera
 «De las tinieblas, y es mi comitiva
 «Y en la mano la tengo, muerte y guerra.»

Diciendo estas palabras en él fija
 Una humeante antorcha sobre el seno
 Que al punto despidió llamas sombrías.
 Turno todo espantado, se despierta
 Precipitadamente, y se sentía.
 Le corre un sudor frío en todo el cuerpo..
 Fuera de sí las armas y armas grita;
 En el lecho las busca, en el retrete,
 Solo guerra y furor, guerra homicida:
 Respira fiero con atroz venganza.
 Como en secos arbustos encendida
 La centellante llama con estrépito,
 Bajo la bronceada ancha vasija
 El agua se levanta y salta y hierve
 Con furioso calor, que inquieto agita,
 Los torrentes de espuma por los bordes;
 Y no pudiendo hacer que se restrinja.
 Tanto furor se exhala en torbellinos
 De humo y de vapor. Turno ya intima.
 A su presencia vengan capitanes
 De sus guerreros, pero luego envia
 Cerca del Rey Latino á que se quejen
 Del rompimiento de la paz: que es vista.
 De las armas la precisa urgencia,

Y lanzar de la Italia á la enemiga
 Hueste, y arrojar al extranjero,
 Ó que él solo bastaba si es precisa
 Su persona, y que solo hiciera frente
 A Troyana y Latina compañía:
 Declárese la guerra y á los Dioses
 Pídase luego proteccion divina.
 Los Rútulos se animan al combate;
 De Turno la belleza unos admiran
 Y su brillante juventud describen;
 Otros recuerdan su progenie antigua,
 Otros celebran de su fuerte brazo
 El esfuerzo guerrero y valentia.

Mientras que Turno á Rútulos abrasa
 Con su audacia guerrerra, se encamina
 Con su vuelo infernal Alecto horrible
 Hácia el campo Troyano en donde espia,
 Favorable ocasion á sus designios;
 Y observando que Julio con gran prisa
 Redes dispone con que hacer la guerra
 A las bestias del bosque: ya la hija
 Del Cocito inspirándole á los perros
 Del olor cazador la repentina
 Rabia, y dejando sientan en su olfato
 La exhalacion veloz tan conocida,
 De un ciervo les pusiera vivo rastro
 Al que con grande ardor ya perseguian;
 Que aquella caza la centella ha sido
 Que la guerra incendiara en la campiña.

De una belleza rara y levantadas
 Las astas con primor un ciervo habia
 Gentil, que un tiempo sin maternos pechos

Los hijos de Tirreo asaz nutrian,
 Tirreo mayoral de los rebaños
 Del rey y de las tierras que domina.
 Limpiaba, cuidadosa, en agua pura,
 Al ciervo hermoso la obediente Silvia,
 Y adornaba sus astas con guirnaldas
 De las flores mas bellas y mas lindas.
 El animal sensible de su dueño
 A los tiernos cuidados y caricias,
 Y á regalada mesa acostumbrado;
 Vagaba en la floresta por el dia,
 Mas al caer la tarde, y tal vez tarde,
 De tornar á su casa no se olvida.
 Fuera de su costumbre retirado
 Del rio se bañaba en las orillas;
 Y la frescura goza y verde pasto,
 Cuando de Julio llega la trahilla
 Que se lanza sobre él; y el gran deseo
 De Ascanio de mostrar que poseia
 Su gran destreza en disparar la flecha,
 Tiende el arco y dispara; mas le guia
 Su mano una Deidad, el dardo vuela
 Y el hijar atraviesa de la víctima.
 El ligero animal corre á su establo,
 Y gime, y vierte sangre de la herida,
 Y socorro pidiera, y sus lamentos
 Resonaban en toda la alqueria.
 Mas Silvia la primera, Silvia llora
 Y sus brazos maltrata, y luego grita
 Por socorro y lo pide á todas partes,
 Y á cuantos habitaran la campiña.
 Todos corren ligeros, que sin duda

Novedad tiene el bosque, ellos decían:
 El uno viene de un tizon armado,
 Otro con una rama endurecida
 Con nudos, y todos buscan armas
 Y á todos armas el furor ministra.
 Hasta el mimo Tirreo que se ocupa
 Poniendo en haces la partida encima,
 De una hacha se apodera y marcha al frente,
 Y brama fiero con rabiosa ira.

Mas la Diosa cruel en este instante,
 Todo de una eminencia lo registra,
 Y rápida volando á la cumbre
 Del establo, les dió la conocida
 Voz infernal con retorcida trompa,
 Que reconoce el bosque y hondas simas;
 El lago de Diana la escuchara,
 Y del Nar las sus aguas blanquecinas,
 Y de Velino hasta la misma fuente;
 Y las trémulas madres oprimian
 Las prendas de su amor al tierno pecho.
 A esta terrible voz todos corrian
 Intrépidos volando presurosos,
 Hacia el mismo lugar dó el metal grita:
 Por su parte las bandas de Troyanos
 En batalla formal se precipitan.
 Mas este no era ya combate rústico
 Con nudosos bastones ni con picas
 Al fuego endurecidas. Con espadas
 Desnudas y con armas embestian,
 Que brillan como escudos relucientes,
 Cuando el Sol con sus rayos ilumina.
 Como suele del Noto el soplo airado

Enardecer la mar, luego se hincha,
Las ondas se levantan hasta el cielo,
Y las remueve en la abismosa sima.

Estaba á la cabeza del combate
Almon el primogénito, y la guía
Es de todos los hijos de Tirreo,
Que de una flecha grande cruel herida
Recibe en la garganta, y ráuda corre
La sangre que respiración le quita.
Muchos guerreros en su torno caen;
Cae tambien Galeso que pedia
La paz; Galeso que es mas justo y rico
Que cuantos de la Ausonia el suelo habitan,
Galeso era riquísimo en rebaños,
Cinco de ovejas tiene, y cinco giran
De mugidores bueyes en los pastos,
De donde á los establos revolvián,
Y cien arados de la tierra el seno
Abren para Galeso cien heridas.

Mientras que en la llanura se combate,
Sin que se reconozca á donde inclina
El furibundo Marte su balanza,
Alecto ya segura que cumplida
Su promesa habia sido, y que de sangre
Y cadáveres cubierta la campiña
Henchida se miró, de la ancha Hesperia
Atravesando el aire vuela áltiva,
Y á Juno se dirige: — « Ya ves, Diosa,
« Que á tu placer la guerra está encendida,
« *Diles ahora los amigos sean,*
« *Que alianza formen, que á la paz obliga.*
« Despues que yo miré de sangre Ausonia

«Del Troyano feroz las manos tintas.
 «Pero yo mas haré, si á tí te place,
 «Ciudades alzaré circunvecinas,
 «Y de rumores mil los mas funestos.
 «Llenaré corazones con la ira
 «Del combate, y cubriré los campos,
 «Con los soldados que socorro pidan.»
 — «No, respondió la reyna de los Dioses;
 «Basta de alarma, basta de maligna
 «Influencia, legítimos motivos
 «De la guerra les dejás ya encendida,
 «Y las armas has puesto en ambos pueblos,
 «Y todo se convierte en guerra impía,
 «Que de Venus el hijo ahora celebre,
 «Con el Latino Rey con gran porfía,
 «Sus preparadas bodas. Tú, á quien Jove,
 «Ya no consentirá siembres mas iras
 «Sobre la tierra, puedes retirarte,
 «Que si tu ayuda aún fuere precisa
 «Yo sabré proveer.» Asi dijera
 De Saturno la prole; la Eumenida
 Tiende sus alas y la luz huyendo,
 Vuela al Cocito, y las serpientes silvan.

En el centro de Italia, en las cavernas.
 De las altas montañas, nombrada
 Tiene un lugar al que de Amsanto llaman,
 Cerrado de ambos lados, lo cubrían
 Tenebrosas florestas y un torrente
 Que estrepitoso corre, y luego gira,
 Y todo lo arrebatá en su carrera.
 Abrese una caverna y honda sima,
 Respiradero horrible de dó salen.

Exhalaciones que el Averno aspira
 De Dite la morada; por tal sitio
 Erimnis la cruel se precipita
 Del Tártaro en el hondo, y deja libre
 A la tierra y al cielo de su indigna
 Presencia.

Mas la reñía de los Dioses

Acaba de soplar la llama activa
 De la guerra; y á todos los pastores
 Hacia el centro cruel los encamina,
 El cuerpo conduciendo de Almon joven,
 Y la imagen deshecha y derruida
 Del buen Galeso que justicia implora
 Y venganza del rey. Turno alto grita
 Del alboroto en medio, Turno salta
 Prometiéndole arrollar con mano activa
 Todo á fuego y á sangre, y se lamenta
 De que al Troyano Eneas se le invita,
 Su impura sangre mezcle con la sangre
 Que manchára de afrenta la familia,
 Y la injuria le harán de desterrarlo.
 Mas aquellas mugeres poseidas,
 Y del furor de Baco alucinadas,
 Con el nombre de Amata locas giran
 En torno á la floresta; á Marte invocan
 Bramando todas, y espantosas gritan;
 Arrebatadas con furor insano
 Piden la guerra infanda y homicida,
 Contra auspicios y oráculos de Dioses.
 Esta impaciente multitud camina
 Al palacio del rey; pero Latino
 Sus clamores desoye y desestima:

A una inmoble peña semejante
 Que en mitad de la mar es combatida
 Por tempestad violenta, que sostiene
 Contra el esfuerzo de las ondas frías,
 Y contra los escollos espumosos
 Que mugidoras mas y mas se irritan,
 Y los rodean y se rompen todas
 Y las algas derraman donde espiran.

Ni el furor se termina y siempre crece,
 Y no encontraba al fin fuerza propicia,
 Y se aumenta el temor que le inspirara
 La cruel voluntad de Juno altiva.

Mas despues que invocára muchas veces
 A los Dioses y Vientos, solicita,
 Y clama este buen príncipe: «Infelice,
 «Abandonar la vida es ya precisa
 «Ley del destino; tempestad nos vence
 «Y nos arrastra. Vosotros algun dia
 «Con vuestra sangre pagaréis sacrilegos.
 «Y á Turno en su cabeza, la atrevida
 «Osadia castigarán los Dioses,
 «Que sordos no oirán súplica indigna.
 «Por mi parte alcancé cuanto anhelaba,
 «Reposo conseguí, vida tranquila,
 «Al punto ya llegué; solo he perdido
 «Una fúnebre pompa con mas dicha.»
 Así habla y se encierra en su palacio,
 Y las riendas de estado al punto quita.

Guardábase en el Lacio una costumbre
 Antigua que observaba ley muy rígida,
 De Alba en las Ciudades y aun en Roma,
 Cuando á ser capital del mundo aspira,

Observaba inviolable, cuando llama
 Al poderoso Marte á la encendida
 Guerra, bien fuera entonces contra el Geta,
 El Árabe, el Hircano ó á la India,
 O penetre confines de la aurora
 O inflexible en su idea al Parto pida
 Las Águilas Romanas. Hay un templo
 De guerra que las Puertas denominan,
 Y por la religion son consagradas.
 Y por temor de Marte está impedida
 La entrada con cerrojos y con barras,
 Que en hierro eterno y con el bronce brillan,
 Jano á cuya custodia están confiadas,
 Del templo es centinela alerta y viva.
 Cuando pues el Senado hubo resuelto
 Hacer la guerra, el Consul recibida
 De Rómulo trabea, luego suelta
 La toga con la usanza á la Gabina,
 El mismo abre las tan terribles Puertas,
 Al combate llamando: y la aguerrida
 Juventud con mil gritos le responde,
 Y resuena el clarin que sangre inspira:
 Así quiso estrecharse al rey Latino
 Declaráse la guerra á usanza antigua,
 A los Troyanos con abiertas puertas.
 Mas el Rey se abstuviera de él abrirlas.
 Ocultándose luego en su palacio,
 Y en lo mas escondido se retira.
 Baja entonces la Diosa desde el cielo
 Y las rebeldes Puertas luego giran
 Sobre sus goznes, que ella misma empuja
 Quitando al hierro la su fuerza activa;

Y en guerrera y marcial se torna Ausonia
 Siendo antes apacible y muy pacífica.
 Unos marchan á pie, otros, soberbios
 Caballos rigen que en el llano agitan
 Con aire mas furioso, todos se arman
 Y las armas buscaban á porfia;
 Uno limpia el escudo, el otro agusa
 Del dardo el hierro romo, el otro afila
 El corte de sus hachas con la piedra,
 Todos con la bandera se reaniman,
 Y á todos de la trompa el canto alegre.
 Cinco grandes Ciudades ya fabrican
 Armas, Atina poderosa, Tibur,
 Ardea, Crustumera, y la altiva
 Y torreada Antemna. Bajo el peso
 Del martillo veloz el yunque grita,
 Ahuécanse las armas para el casco,
 El retorcido alambre es de la Egida
 La defensa, el arado, la hoz que fuera
 De labranza el trofeo, se les miran
 Olvidados, y en cambio las espadas
 Que á sus antepasados les servian
 Reciben nueva tiempla; ya la trompa
 Dá su fatal señal; de fila en fila
 Las órdenes circulan; y ya toma
 Corineo su casco, y otro á prisa
 Los fogosos corceles pronto engancha.
 Pide el otro el escudo, enriquecida
 Con guarniciones tres en la coraza,
 El otro viste que la espada ciña.
 ¡Musas! que de Helicon sois las señoras,
 Abrid vuestro santuario y querrais plas,

Decirme cuales Reyes al combate
 Volaron, y los pueblos que seguian
 Sus banderas, los bravos que valientes
 Sostienen en la época escondida
 El valor de la Italia, y que guerreros
 Armó feroz en la sangrienta lisa.

¡Ó Diosa! tú que guardas el recuerdo,
 Sola puedes contar guerras antiguas,
 Que ahora nos dice tradicion oscura.
 De la hermosa Toscana en las orillas
 El feroz Rey Mesencio se adelanta,
 Que los Dioses desprecia, y el que guía
 La numerosa tropa que le sigue
 A la guerra, y junto allí se mira
 Láuso su hijo, que despues de Turno
 El fuera el mas hermoso, que domina
 El vencedor corcel y las feroces
 Bestias; que trajo de la fuerte Agila
 Mil soldados valientes, corto auxilio
 Que no podrá salvarle; suenta digna
 De un padre que le hiciera mas dichoso,
 Ó que Mesencio cruel no le dé vida.

A estos sigue Aventino, que era hijo
 De Hércules fuerte, cuyo carro brilla
 Con las palmas cubierto en la llanura,
 Y que fogosos sus caballos tiran,
 Que en el circo vencieron tantas veces:
 Su escudo que su origen le decia,
 Representa una Hidra que estrechaba
 Cien serpientes que envuelve en sus espiras.
 Aventino fué el fruto que naciera
 De Rea la que fué Sacerdotisa,

En su amor clandestino con Tiringuio,
 Estando en la llanura Laurentina,
 Cuando bañaba en el toscano rio,
 Ya vencido Gerion, á sus novillas.
 La tropa de Aventino marcha armada,
 Con ferrados bastones y buidas
 Lanzas, como las usan los Sabinos.
 Marcha á su frente el adalid, vestida
 De una piel de leon su inmensa espalda,
 Que estiende sobre el cuerpo sus vedijas,
 Y albor esplendoroso de sus dientes,
 Que en sus anchas quijadas relucian,
 Y de morrion sirviera á la cabeza;
 Así la prole de Hércules camina
 En el real palacio.

Dos hermanos
 Que de Tibur el muro defendian
 Y que los vió nacer, el nombre tiene
 De Tiburto su hermano, Argos altiva
 Le dió su descendencia; Coras, Cátilo
 Que al frente ván de su caballeria,
 Las espadas y lanzas arrostrando,
 Que hijos de las nubes parecian,
 Centáuros que bajando la montaña,
 Dejan atrás las nieves cristalinas
 Del Hómolo y de Ortris, y se semejan
 Al bosque que les dá franca salida,
 Cediendo todo al valeroso esfuerzo.
 Intrépido tambien sigue la liga
 El que fundó á Preneste el Rey Cecúlo
 Que hijo de Vulcano, se nutria
 Entre rebaños, y un hogar le viera

Nacer, según lo dice edad antigua.
 Numerosa legion sus pasos sigue,
 De agrestes combatientes que cultivan
 De Preneste orgullosa hermosos campos
 Consagrados á Juno la Gabina,
 Y las frescas riberas de Anio fértil,
 Y las Hérnicas rocas dó vertian
 Sus cristalinas aguas claras fuentes,
 Y tus gratas llanuras, Agnanía,
 Y tu fecunda márgen ó Amaseno.
 Ni en sus espaldas resonantes brillan
 Armas de bronce, ni giráran carros
 Sobre el polvo; mas de plomo lívidas,
 Hacen llover las balas que en el aire
 Cual carbones se tornan encendidas;
 Y dos dardos llevaban en sus manos,
 Y la cabeza cubre piel rojiza
 De carnicero lobo, un pie desnudo
 De cuero cubre el otro calza rígida.

Viene también Mesapo que á Neptuno
 Debe el nacer, y del corcel que guía
 Gran domador; Mesapo que resiste
 Al voraz fuego, ó á la espada fina,
 Que con ellos no vé la muerte airada,
 Y tomando sus armas siempre invictas
 En el pueblo despierta ardor guerrero,
 Aunque en la paz esté su alma dormida;
 O rigieran escuadras de Galeso
 Unos y otros ginetes de Falisca.
 Abandonan los otros las montañas
 De Soracte y los lagos de Cimina
 Y los bosques sagrados de Caperna;

Marchan en bandas con igual medida-
 Unísonos cantandola alabanza
 A su rey: cual sueltos en la orilla.
 Aparecen los cisnes muy mas blancos
 Que la cándida nieve, y se retiran
 De su pasto gustar, y que atraviesan
 Las nubes, derramando su voz líquida,
 Que su garganta en sonos melodiosos
 El aire llenan de la voz herida,
 El Asia, el bosque, con el campo, y río.
 Esta banda mas propia se creia
 Para imitar la nube de salvages
 Pájaros que saludan con su grita
 La tierra que miráran, que una armada
 Vestida en hierro con escudo y pica.
 Tambien se deja ver otro guerrero,
 En nobleza y valor sangre Sabina,
 A la cabeza de una fuerte armada,
 Cláuso es troncó feliz de esta familia-
 Poderosa que manda todo el Lacio,
 Con el ilustre nombre de Claudina.
 Desde que Roma recibió en su seno
 A los Sabinos y á la Amiternina
 Cohorte, y los habitantes de los Cúres
 Y de Ereto tambien los de Melisca
 Fecunda en olivares; los que moran
 La Ciudad de Nomento y la Velina,
 De Tétrica las rocas y llanuras,
 Severo, Casperia, Fóculo, y orillas
 Del Hímelo y que beben en las aguas
 Del Tiber y Fabaris; los que envia
 La Nurcia fria y bandas de la Horta

Y los Latinos que con él dominan,
 De ellos en medio el Alias presuroso,
 Cuyas ondas agita el mar de Libia
 Cuando Orion tempestuoso el agua hirviendo
 A la entrada de invierno; ó las espigas
 Cuantas el Sol en su zenit dorára
 En las llanuras de Hérmó, ó rubia Licia;
 Otras tantas llegára gente armada
 Con que resuena el aire y tierra gima;
 Tambien une á su carro los caballos
 Haleso, Agamenon el que respira
 Odio contra el Troyano, y lleva pueblos
 Belicosos tambien que la hoz afilan,
 Y que al risueño Baco le preparan
 Sus delicias en campos de Masíca.
 Los Auruncos que dejan sus montañas,
 Los que habitan llanura Sidicina,
 Los que dejan á Cáles que frecuentan
 Del vadoso Vulturno las orillas,
 Los feroces Saticulos, los Oscos
 Que con sus cortos dardos siempre embistan,
 Y en la izquierda sujetan la correa
 Que por dar fuerza á la derecha ligan
 El escudo, y la corta y curva espada,
 Cerca acometen y el valor duplican.

Ni olvidado serás, valiente Ebaló,
 Quien dicen engendró Sebetis Ninfa,
 De Telon esforzado que reinaba
 En Caprea y á Télebos domina
 En causada vejez, empero su hijo
 No contento con gloria tan mezquina,
 Sometió á su dominio á los Sarrastes

Y á los que la llanura cerca habitan
 Del Sarno y á los de Rufas y Batulo,
 Y á Celenna, y á los que Abella mira
 De fértiles pensiles rodeada,
 Que como los Teutonios dardos tiran
 Pesados, lleno de corchis el casco,
 De oro el escudo con la espada brillan.
 De las montañas bajan de la Nursa
 Con el valiente Ufens tropa aguerrida.
 Con glorias mil y con felices armas
 Los Equícolas son su favorita
 Fuerza, pueblo feroz y acostumbrado
 A la caza de fieras escondidas;
 Trabajan siempre armados, y se huelgan
 De vivir del botín y la rapina.

Umbroso, sacerdote de los Dioses
 Y guerrero esforzado, se encamina
 A esta guerra, que guia á los Marubios,
 Por mandato de Arquipo, con la oliva
 Ciñe su casco; con su voz y mano
 Culebras y serpientes adormia
 El ponzoñoso soplo, y él calmára
 Sus furias y curaba sus mordidas:
 Mas remediar no pudo el golpe airado
 De una lanza Troyana, no la evitan
 Tus mágicas palabras y tus yerbas
 Del Marses en los montes recogidas,
 Tu herida no adormecen, fuerte Umbroso,
 Te llorarán las selvas de la Angicia,
 Las cristalinas aguas del Fucino,
 Te llorarán sus lagos y sus Ninfas.
 De Hipólito la prole en paz marchaba,

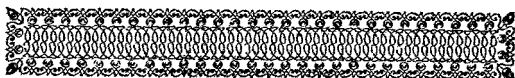
Guerrero de belleza peregrina,
 Virbio que de su armada enviára al frente,
 Aricia, que es su madre quien queria
 Y cuidaba en los bosques de la Egeria
 Y en su húmeda ribera; tristes víctimas.
 Con su sangre regaban los altares
 De la aplacable Diosa. Se decia,
 Que Hipólito al furor sacrificado
 De su crüel madrastra y arterías,
 La venganza paterna satisfizo,
 Arrastrado del mar en las orillas
 Por furiosos corcéles espantados,
 Y que á ver retornó la luz del día
 De Peon por la fuerza de sus yerbas,
 Y de Dïana tierna y compasiva.
 Mas Júpiter airado del arrojó,
 Que le sacára de la oscura sima
 A la mansion de luz, de Apolo al hijo,
 De este arte inventor, le precipita
 Al abismo infernal con el potente
 Rayo; y entonces la Deidad benigna
 Puso al cuidado de la ninfa Egeria,
 Pera tener secreta y escondida
 La persona de Hipólito, acabando
 Su destino en Italia, y se encubria
 Bajo el nombre de Virbio; esta es la causa.
 Porque del templo siempre se retiran
 Los caballos y bosque de Dïana,
 Recordando el espanto que la vista
 De aquel marino mónstruo le causára,
 Su carro conduciendo por la orilla
 Del mar hácia el combate, que llevara

El carro y conductor son sangre y ruina.
 De Adalides intrépido en el medio,
 Está el valiente Turno que tenía
 En su mano la espada. Dá las órdenes
 A todas partes, la cabeza erguida
 Que en la altura del cuello á todos vence.
 Crece su talla prócer con la vista
 Del morrion que sombrean tres penachos
 Al que corona una sangrienta Hidra,
 Cuya abierta garganta lanza llamas
 Que van siempre creciendo á la medida
 Que la sangre se aumenta y la matanza;
 En su pulido escudo el oro brilla:
 Lo está allí grabada, ya cubierta
 De pelo y con la vista de novilla.
 Argos guarda esta Ninfa hija de Inaco,
 Que vierte de una cántara esculpida
 Amenas, cristalinas, dulces aguas.
 En pos de Turno siguen con sus picas
 Y escudos bien armados, una nube
 De Peones valientes que hacen fila
 En la llanura. Gallarda aquí se ostenta
 La juventud Argiana y Aurunquina,
 Los Rútulos y pueblos de Sicania
 Los Sacranos están y los de Lidia,
 Con pintados escudos, y frecuentan
 Tus pastos, Dios del Tiber, y cultivan
 Del Sagrado Numico las riberas,
 Cuyo arado fecundan las colinas
 Rútulas; de Circe las alturas
 Y los fértiles campos donde habitan
 Del Anxur con su templo el rey de Olimpo,

Y el bosque siempre verde en Feronía,
 Y los campos en donde se dilata
 La laguna que negra siempre mira
 Saturno, y donde el Ufens se abre paso,
 Para dejar rodar sus aguas frías
 Por medio de los valles, y se pierden
 De Neptuno potente en la honda sima.

Después de todos marcha de los Volscos
 La Reina poderosa; era Camila
 Que un escuadrón conduce de caballos
 Que con oro brillante relucían;
 Esta guerrera intrépida no emplea
 Sus manos en la rueca y canastilla;
 De Minerva solo ama los combates;
 Los vientos atrás deja si corria,
 Ni se dobla la espiga si la huella,
 Ni sus plantas mojában cristalinas
 Flúidas ondas, si sobre ellas pende.
 Toda la juventud, las madres mismas
 Abandonan sus campos y sus lares,
 Y corren en tropel, y absortas miran
 Desde lejos, y atónitas contemplan,
 Hasta que la perdieran de su vista,
 Como lleva la púrpura que cubre
 La ephiesta, hermosa espalda alabastrina,
 Como al oro la hebilla ata la crencha,
 La gracia con que pende aljaba Licia,
 Como el pastoral mirto orna la lanza
 Donde clavada está punta homicida.





La Eneida.

LIBRO VIII.

Desde que Turno enarboló la enseña
 De guerra en el alcázar de Laurento,
 Y allí se dejó oír el eco ronco
 De la trompa marcial, y sacudiendo
 La rienda en sus bridones impacientes,
 Hierne el escudo con su lanza; presto
 El furor del combate se apodera,
 De todos los espíritus guerreros
 Del Lacio; todo se arma en la defensa
 De la patria en peligro. Ya los fieros
 Jóvenes se abandonan bulliciosos,
 Al feroz arrebató de su fuego.
 Mesapo, Ufens, Mezencio, que desprecia
 A los Dioses, y los mas intrépidos
 Adalides reúnen las sus tropas
 De todas partes, olvidando el suelo

Que cultiváran antes, y resuelven
 A Diomedes el grande enviar Voceros
 Con Vénulo, socorros demandando,
 Y haciéndole saber se hallan los fieros
 Troyanos en la Italia, y asimismo
 Qué Eneas y sus naves, con el séquito
 De sus vencidos Dioses y Penates,
 Ha llegado tambien; pero diciendo
 Que allí viene llamado de los Dioses,
 A reinar poderoso en estos pueblos;
 Que es de Dardano el claro descendiente,
 Y que le siguen, como á gran guerrero,
 Poderosas naciones, y su nombre
 Ya lo empieza á acoger el Lacio entero.
 Mucho mejor que Turno y el Latino
 Puede juzgar Diomedes del suceso,
 Y pensar las ventajas que sacára,
 Si Fortuna ayudáse al estrangero.

Tal es la agitacion de todo el Lacio;
 El héroe Troyano está sintiendo
 La inquietud y zozobra que dominan,
 Y parten su agitado pensamiento:
 Ya en los unos vacila y los rechaza,
 Ó advertido formó nuevos proyectos,
 Sin fijarse jamás en uno solo;
 Al agua semejante en vaso lleno
 Del líquido movable el que reflecta
 Los rayos de la luna ó sol luciendo,
 Cuya trémula luz se lanza en todas
 Direcciones, el techo recorriendo
 Incierta y las paredes que ilumina,
 Y el dorado arteson.

Era el momento

En que cuanto respira, aves, cuadrúpedos,
 Yacen en brazos del tranquilo sueño
 De todas sus fatigas descansando.
 Eneas devorado el triste pecho
 De inquietud y zozobra que le causa
 La desgraciada guerra, el sosiego
 Buscaba sobre el césped que guarnece
 La ribera del río, donde el céfiro
 Blandamente respira, al fin reposa;
 Y á el le pareció salía del seno
 De las aguas, y en medio de los álamos,
 El mismo Dios del Tiber, con aspecto
 De un venerable anciano, á quien cubria
 Un trasparente y azulado velo
 Su espalda y cabellera que tendida,
 La corona sombrea reluciendo
 Con húmedos carrizos. El Dios dice,
 Y calma su inquietud: « ¡ Ó noble resto
 «De la sangre de Dioses, por quien Troya
 «Arrancada de manos de los Griegos
 «Nos es restituida, y se conserva
 «Pergamo para siempre ! Tú en Laurento
 «Y en los campos del Lacio que te esperan
 «Con impaciencia, allí harás el centro
 «De tu morada fija y tus Penates;
 «Guárdate de olvidar este consejo.
 «La guerra que amenaza no la temas,
 «Su antiguo enojo ya dejára el cielo;
 «Que es del sueño ilusion esto no creas,
 «Y para convencerte, estáme atento.
 «Debajo de una encina en la ribera

«Una Cerda hallarás con treinta hijuelos
 «Tendida, todos blancos y pendientes
 «Estarán juntos de sus blancos pechos.
 «Este el lugar será, meta seguro
 «De todos los trabajos tan inmensos.
 «Y cuando inviernos treinta hayan pasado,
 «Tu hijo Ascanio levantará excelsos
 «Muros á Alba de famoso nombre;
 «Ahora te diré, y sabrás presto
 «Los medios con que puedas invencible,
 «Esta guerra acabar con triunfo cierto.
 «Hay en esta comarca una colonia
 «De Arcadios, que viniera en otro tiempo
 «Del estado de Palas, conducida
 «Bajo la enseña del valiente Griego
 «Evandro, el cual aquí se estableciera,
 «De estas altas montañas en el medio.
 «Llamóle Palantea del Rey Palas,
 «Porque así se nombró su bisabuelo,
 «Los pueblos que allí habitan siempre en guerra
 «Están con los que mandan en el reino
 «Latino. A su fuerza une las tuyas,
 «Y una firme alianza harás con ellos.
 «Sin que pierdas el rumbo iré yo mismo,
 «Y seguiré en su esfuerzo á los remeros
 «Que vencerán del río la corriente.
 «Hijo de Venus, sús, y cuando el Cielo
 «Las estrellas oculte, ruega á Juno
 «Con súplicas humildes, sea tu acento
 «Oído con piedad, y que su ira
 «Y su odio se ablanden con tus ruegos.
 «A mí me rendirás tus homenages

«Despues de la victoria; yo el risueño
 «Rio soy el que oprime estas riberas,
 «Y con sus aguas riega el campo ameno.
 «El Tiber soy de las azules aguas,
 «El rio mas querido de los Cielos,
 «Aquí está mi palacio donde habito,
 «Y el rostro escondo entre soberbios pueblos.»
 Dice asi, y en el lecho se sumerge
 De las profundas aguas. Noche y sueño
 Abandonan á Eneas.

Se levanta

El héroe piadoso, y luego vueltos
 Los ojos al naciente puro rayo
 Del dia, llena de su mano el hueco
 Con el cristal, y dice estas palabras:
 —«¡O madres de los rios del Laurento,
 «Ninfas que los correís! ¡O Dios del Tiber!
 «Ondas sagradas que crió su seno;
 «A Eneas recibid y defendedle
 «De todos los peligros, Dios supremo
 «Del Tiber, Dios suave y compasivo,
 «Alivia nuestros males dulce y tierno:
 «En cualquier tierra que tus linfas viertas,
 «Sea cualquiera de la fuente el centro
 «De tu agua cristalina, tres altares
 «Mis ofrendas verán y humildes ruegos;
 «Mírame compasivo y ya confirma
 «Cuál es tu voluntad con signos ciertos.»
 Despues de esta oracion al punto elige
 A dos galeras con sus dobles remos,
 Y se armaron tambien los que acompañan.
 Mas luego se aparece un gran portento

A los ojos hiriendo de improviso,
 En la floresta sobre el verde suelo.
 Una muy blanca Cerda allí se mira
 Con sus treinta blanquísimos hijuelos,
 Eneas los consagra, augusta Reina,
 A tí potente Juno, te ofreciendo
 Al pie de tus altares á la madre
 Y á los treinta que el pecho da alimento.
 El Tiber mientras rige oscura noche,
 Retarda de su curso el movimiento,
 Haciendo que refluya su corriente
 Que laguna parece en lo sereno,
 Y al remero perdona la fatiga
 Que le causára su penoso esfuerzo:
 Y el prodigio mirando los Troyanos,
 Llenos de gozo marchan mas ligeros.

Veloces se deslizan por las ondas
 Los bajeles, y se admiran viendo
 El agua cristalina y bosque umbroso.
 Y en su espalda navegan los guerreros,
 Con sus brillantes armas en las popas
 Pintadas, y prosiguen los remeros,
 Sin reposo durante noche y dia,
 Del Tiber registrando el largo seno
 Bajo la sombra de árboles, cortando
 Las imágenes verdes que en el suelo
 Del cáuce se pintáran tan tranquilas,
 Que el bosque retrataban allá dentro.

El sol en la mitad de su carrera
 Abrasaba la atmósfera en su fuego;
 Cuando una Ciudadela y otras casas
 Acá y allá esparcidas ven de lejos,

Que ciñe el alto muro, aquel que Roma
 Levantára despues hasta los Cielos,
 Y que solo era entonces pobre estado
 Y posesion de Evandro; cambian luego
 La proa, y á la Ciudad ligeros llegan.
 Entonces ofrecia el Arcadieno
 Principe, un sacrificio muy solemne
 A Hércules y Dioses siempre buenos,
 En el bosque sagrado que bien próximo
 De la Ciudad estaba. Palas bello,
 Su hijo, sus guerreros y el senado
 Modesto, allí quemaban sacro incienso,
 Y humeaba la sangre de las víctimas
 Al pie de los altares, cuando vieron
 Los bajeles que vencen la floresta
 Sus mástiles y avanzan quietos remos.
 Se derrama el espanto en el banquete;
 Todos se levantaron. Palas presto
 Impide se interrumpa aquel convite
 Sagrado, y la lanza con denuedo
 Empuñando, se sube á una eminencia
 No lejana y les dice:» ¡O guerreros!
 «¿Que os obliga venir por estas sendas
 «Que os son desconocidas? ¿ que proyectos
 «De guerra ó paz traeis?«Entonce Eneas,
 «En la mano la oliva sosteniendo,
 «Símbolo de la paz, asi responde:
 —«Somos Troyanos; no cause este armamento
 «Recelo; él amenaza á los Latinos
 «Que lejos de prestarse á nuestros ruegos,
 «Y de favorecer nuestra desgracia,
 «Con la guerra nos salen al encuentro

«Mas bárbara é infáusta. Busco á Evandro;
 «Decidle que de Troya los guerreros
 «Solicitan su auxilio y su socorro.»
 Lleno de admiracion Palas oyendo
 Este nombre quedó, ya tan famoso.
 —«Desembarcad, les dice, venid presto,
 «Quien quiera que seáis, venid vos mismo
 «Y con mi padre hablad; os ofrecemos
 «Franca hospitalidad.» Y luego alarga
 La mano con la suya recibiendo,
 Las estrechan y cierran amistosos.
 Se retiran del rio, al bosque espeso
 Eneas se dirige, y concedido
 Con palabras de paz resuena el eco.

Príncipe el mas virtuoso, que naciera
 De los que dominára el Griego imperio;
 Ya que Fortuna quiere que yo implore
 Tu socorro y amparo, te presento
 Este sagrado ramo con las vendas;
 A tí mandando Arcadios y á los Griegos,
 Y de sangre por vínculos unido
 A los famosos dos hijos de Atreo.
 Títulos semejantes no me inspiran
 La menor desconfianza ni recelo;
 Mi lealtad conoce y los oráculos
 De los Dioses, y el claro parentesco
 Que nos une á los dos en nuestro origen,
 Y la fama que os diera el universo,
 Me han hecho antes de ahora vuestro aliado,
 Y á los fieles Destinos obedezco.
 De Tróade á la orilla fuera Dárdano
 El que llegó el primero, y el cimientó

Plantó de Ilion y ya la edad nos cuenta
 Que de Electra nació Dárdano excelso,
 De Atlantide la hija, el que sostiene
 Sobre su fuerte espalda el universo,
 De Mercurio sois vos por Maia hermosa
 Que nació entre los hielos del Cifeno,
 Y á Maia, si creemos los antiguos,
 Atlas tambien le dió su nacimiento,
 El mismo que sostiene las estrellas.
 Nuestra ascendencia tiene un tronco mesmo,
 Yo con causas tan graves apoyado,
 En vez de enviar embajadores diestros,
 Ni el corazon tentar con artificios
 Tu alianza cautelosa pretendiendo,
 Quise venir yo mismo y entregarme
 A tu poder y presentar mis ruegos.
 Los Dáunos que contigo tienen guerra,
 Les ocupa crúel el pensamiento,
 Que si á lanzaros llegan de la Hesperia,
 Nada puede apartarlos del empeño
 De poner bajo el yugo á Italia toda,
 Del uno al otro mar reinando fieros.
 Mi fé recibe, dáme tú la tuya;
 Mi gente tiene el corazon guerrero
 Y valor y experiencia en los combates.»

Así habla Eneas, y le mira atento
 Evandro, y á sus ojos y persona
 Todo examina y le responde luego:
 —«¡O el más valiente que naciera en Troya!
 «Que gozo, que placer tan grande sienta
 «Al verte, recibirte y conocerte,
 «Y hallar en mi memoria los recuerdos

«De los discursos del anciano Anquises
 «Tu padre, y creo los estoy oyendo,
 «De su sũave voz el eco grato
 «Y rasgos de su rostro placentero.
 «Yo no puedo olvidar que cuando Príamo,
 «De Laomedonte el hijo, vino al reyno
 «De Salamina á visitar á Hesione
 «Su hermana, él corriera los senderos
 «De las frias comarcas de la Arcadia.
 «Fuera en su juventud de hermoso aspecto,
 «Y apenas sombreaba sus mejillas
 «De la florida edad el blando vello;
 «Miraba con asombro á los Troyanos,
 «Y á Príamo, y á Anquises el primero,
 «Que á todos oscurece su gran talla
 «Llena de magestad; con el anhelo
 «De mi ardorosa edad, hablar ansiaba
 «A este gran rey y de estrechar sus miembros.
 «Al fin me acerqué á él y le conduje
 «De Fenea á los muros muy contento;
 «Me regaló al partir lleno de flechas,
 «Un Liciano carcáx, de oro dos frenos;
 «Que ahora mi hijo Palas los conserva,
 «Con un manto que borda el oro mismo.
 «La alianza que ahora pides ya formada
 «Lo estuviera en nosotros hace tiempo;
 «Y desde que mañana el sol estienda
 «Su luz brillante, partireis contentos
 «Del socorro; y las fuerzas á que alcanzo
 «En tu poder pondré. Ahora te ruego
 «Que celebres conmigo esta anual fiesta,
 «Que la ley no permite retardemos,

«Y benigno querrás acostumbraros
 «A la mesa de aliados tan sinceros.»
 Vuelven á presentarse las viandas,
 Las copas á llenarse, y al momento
 Se sientan los Troyanos sobre un banco-
 De cesp ed, mas   Eneas concedieron,
 El distinguido honor   la derecha
 Del propio trono de labrado acebo
 Que una piel cubre de leon veloso:
 La mas selecta juventud siguiendo
 Al Sacerdote del altar sagrado,
 Los manjares presenta al estrangero
 De las carnes asadas de las v ctimas .
 Con los dones de Ceres y Li o
 Holoroso, y Eneas y Troyanos
 Entre s  muy gozosos dividieron,
 De un buey enorme la humeante espalda.
 Y las carnes que al ara ahorr  el fuego.
 Concluido el banquete y satisfecha
 El hambre, Evandro le dijera aquesto:
 «¡   pr ncipe Troyano! este convite,
 «Esta solemne fiesta que est s viendo,
 «Para tan grande Dios y altar sagrado,
 «Ni la supersticion, ni olvido fueron
 «De los antiguos Dioses; la fundaron
 «Peligros mas terribles y tormentos
 «De que libre nos vemos, nos obligan.
 «Por justa ley de reconocimiento
 «A pagar anualmente este tributo.»
 «En esta roca, fija desde luego
 «Los ojos, que pendiente est  en la altura:
 «Aquesa enorme masa mira atento

«Acá y allá dispersa, y la desierta
 «Habitacion que en medio está luciendo
 «De la montaña, altura y gran conjunto
 «De mudas ruinas hoy la están cubriendo.
 «Una antigua caverna allí existía
 «Ancha, profunda, inaccesible al fuego
 «Que dá el rayo del sol; era el retiro
 «Del que en gigante y hombre tenía un medio;
 «Al verle horrible, y se nombraba Caco.
 «Allí siempre la tierra con el riego
 «De la sangre vertida húmeda estaba,
 «Y en la puerta se vian por trofeos
 «De la horrorosa cueva las cabezas
 «Lívidas, que anunciaban hombres muertos.
 «Era Vulcano el padre de este mónstruo,
 «Y llamas vomitaba y humo espeso
 «Por su boca, y camina aquella mole
 «De su gigante pie con tardó esfuerzo.
 «Llegan en fin los tiempos deseados
 «Por nuestros votos, que tambien trageron
 «Al gran Dios vengador, nuestro socorro,
 «Alcides grande honor del universo:
 «Con los despojos llega á esta comarca
 «De Gerion triple que con brazo diestro
 «Le dió la muerte; entonces conducia
 «Rebaños de alta talla y gruesos cuerpos,
 «Que en el valle pastaban junto al rio.
 «De Caco la codicia á vista de ellos;
 «Irritada, no pudo contenerse:
 «Y poner cima á crímenes queriendo,
 «De los pastos robó cuatro novillas
 «Con otros cuatro toros los mas bellos,

«Y por que no pudiera conocerse
 «La huella de los pies, los fué trayendo
 «Por la cola hácia atras, por que el indicio
 «Que hasta la cueva iria conduciendo
 «Despareciera todo con el robo,
 «Que oculta de la gruta el fondo negro;
 «Toda averiguacion fuera infructuosa
 «Y ninguna señal marcára el hecho.
 «Hércules entretanto procurando
 «Estos pastos dejar; en movimiento
 «A su rebaño puso, y del instante
 «En que iba á partir estando cierto,
 «A mugir empezaron, y resuenan
 «Con lamentoso adios valles y cerros,
 «Y el bosque que á despecho abandonaban.
 «En la caverna con mugidos tiernos
 «Responden las novillas que se ocultan,
 «Burlando su esperanza á Caco fiero.
 «Amarga risa se apodera entonces,
 «De Alcides inflamado con el fuego
 «De su cólera, y rápido empuñando
 «La su nudosa clava, va corriendo
 «De la montaña á la escarpada cima.
 «Por la primera vez los nuestros vieron
 «Temblar á Caco, y con turbados ojos
 «Alejarse volando como el Euro,
 «Huye y va á sepultarse en la caverna,
 «Que alas daba á sus pies el frio miedo.
 «Apenas entró en ella, luego rota
 «Fué la cadena que de duro hierro
 «Fabricára Vulcano, y sostenia
 «En el aire una piedra de gran peso,

«Y con doble muralla fortifica
 «Las puertas de su asilo; cuando presto
 «Furioso llega el héroe Tirintio
 «Y con los ojos busca si subiendo
 «Pueda llegar allí, mientras bramaba
 «En cólera y enojo; ardiendo el pecho
 «En ira por tres veces abrasado
 «Gira el monte Aventino; tres de nuevo
 «Intenta quebrantar la roca opuesta
 «Que la hace impenetrable á todo esfuerzo;
 «Tres veces despechado en su trabajo,
 «En el valle se sienta sin consuelo.
 «Una última peña se levanta
 «Aguda que la espalda está cubriendo
 «De la caverna; asilo favorable
 «Donde hacen sus nidos altaneros
 «Las carniceras aves. Inclinada
 «Como la roca está, por un extremo
 «De la ribera al lado se dirige
 «De la izquierda del río. Entonces Hércules
 «Sus robustas espaldas apoyando,
 «Empuja la derecha, y el esfuerzo
 «La conmueve, sacude y desencaja,
 «Y al fin la precipita con estruendo.
 «Ella y el cielo á un tiempo resonando
 «Las riberas refluye, atrás volviendo
 «El espantado río; la vencida
 «Caverna deja un ancho descubierto
 «Del palacio de Caco; y lo penetra
 «La vista mas allá del fondo inmenso;
 «Cual si de un terremoto con violencia
 «Se entreabriera la tierra, y de los muertos

«La mansion nos mostrára, y el sombrío,
 «Pálido de Pluton odiado imperio;
 «Y de lo alto los ojos se lanzáran
 «En el profundo abismo, y allí viésemos
 «A los trémulos mañes pavorosos
 «De repentina luz con los reflejos.
 «Al ver la luz sorprendido Caco,
 «Y en su propia caverna al verse preso
 «Sin poder escapar, con alaridos
 «Horribles deja todo el aire lleno.
 «Hércules desde el monte allí lo estrecha
 «Con sus flechas; dó quier un instrumento
 «De guerra encuentra, de la encina trozos,
 «Y grandes piedras que la roca fueron.
 «El mónstruo que no encuentra dó salvarse,
 «Medroso de salir de tanto riesgo,
 «Lanza de su garganta ¡ó gran prodigio!
 «Torbellinos de llama en humo negro.
 «Cubre la habitacion la densa nube
 «Que ni los ojos penetrar pudieron,
 «De vapor los torrentes se suceden
 «Y condensan con nieblas de humo y fuego.
 «Hércules indignado atravesando
 «El fuego y nubarrones mas espesos,
 «Y llamas que vomita, se apodera
 «De su garganta que estrechó su esfuerzo,
 «Y saltaron los ojos de su frente
 «Y de sus fáuces sangre va corriendo.
 «Son forzadas las puertas al instante,
 «Abrese la caverna; aparecieron
 «Los toros y novillos que negados
 «Fueran con injusticia y juramentos.

"Al horrible cadáver se le arrastra
"Por los pies, y se admira con recelo
"Aquel rostro feroz, terribles ojos,
"El luengo pelo del velludo cuerpo,
"Y la boca entreabierta asemejando,
"A una fragua apagada há poco tiempo.
"Desde entonces se guardan estos cultos
"De tal favor agradecido el pueblo,
"Que es un día de júbilo en el año.
"Poticio á la familia dió el ejemplo
"De los Pinaricinos que conservan
"De Hércules el culto con respeto.
"Este bosque y altar, mira sagrado
"Que por el grande altar siempre tenemos,
"Y altar de los altares será siempre.
"Vosotros que asistis, nobles guerreros,
"Y que parte tomáis en esta fiesta,
"El día en que rendimos tanto obsequio
"Al beneficio insigne siempre grato;
"Que vuestras frentes ciñan los amenos
"Ramos, y con las copas rebosando,
"Nuestro Dios invocad de gozo llenos
"En su honor repitiendo libaciones."
Así dice, sus sienes oprimiendo
Con el álamo que ama el Dios Tirintio
Que con doble color está luciendo,
Teniendo henchidos los sagrados vasos
En su mano, y alegre los vertiendo
Sobre las mesas implorando á Hércules.
El Sol de su carrera, el ráudo vuelo
Precipitaba en tanto, y los sagrados
Sacerdotes, Poticio al frente de ellos,

De vedijosas pieles revestido,
 Con antorcha en la mano reluciendo
 Avanzan y el banquete se renueva,
 Los manjares gozosos ofreciendo,
 A los que convidados asistian.
 Se cubren los altares con fruteros
 De los mas ricos frutos, y los Sálios,
 De álamo coronados los cabellos,
 Danzan en torno de los fuegos sacros:
 Dos coros les seguian; el primero
 De juventud florida, otro de ancianos
 Que en himnos cantan los gloriosos hechos
 De Hércules fuerte, quien con tiernas manos
 Sofocó las serpientes, mónstruos fieros
 Que primero le ofrece la madrastra;
 Como á Troya y Ecalia este guerrero,
 Dos famosas Ciudades destruyera.
 Como sumiso al cetro de Euristeo,
 Por el odio fatal de Juno altiva,
 De sus trabajos vencedor le vieron.
 ¡O héroe invencible! fué tu mano
 Quien dió la muerte á Folo y á Hileo:
 A los Centáuros hijos de la nube,
 Y á los mónstruos de Creta y al Nemeo
 Leon aterrador, temblar hiciste
 De la Estigia laguna el lago horrendo,
 Y en su cueva al Cerbero centinela,
 A quien rodean los roidos huesos
 Y sobre ellos tendido; ni te espantan
 Los horribles espectros, ni Tifeo
 Siempre armado gigante: tú que viste
 Impávido de Lerna el mónstruo fiero,

Hidra de seis cabezas que renacen:
 Salud, hijo de Jove, el ornamento
 De los Cielos; escucha nuestras súplicas,
 Y honra con tu presencia nuestro obsequio
 Que á tu divinidad hoy le rendimos.

Tales eran del cántico los metros
 Venerados, y á tantas maravillas
 Unieron el glorioso vencimiento
 De Caco horrible vomitando llamas.
 Todo el bosque resuena contrapuesto
 Por la danza y el canto, y las colinas
 Harmoniosas responden con sus ecos.

La escena religiosa concluida,
 Juntos á la Ciudad todos volvieron:
 Con los años cargado caminaba
 El Rey al cual el cariñoso Eneas
 Sostiene con sus manos, y su hijo
 La marcha amenizando con discreto
 Coloquio iba; considera Eneas
 Que á su vista se ofrece aquel terreno
 Con deleite, y dirige á todas partes.
 Sus ojos complacidos, descubriendo
 Que estos lugares tienen atractivos
 Para él, que presentan monumentos
 Que le tornan curioso, y saber quiere
 Su origen; mas Evandro dice luego,
 El fundador de Roma:—"Aquestos bosques
 "Que ahora tienes delante y estás viendo,
 "Fáunos y Ninfas antes habitaron,
 "Y una raza de hombres que nacieron
 "De troncos de los árboles y encinas;
 "Sin reglas, sin industria, sin ingenio.

"De los bueyes uncirlos en el yugo
 "La manera ignoraban, ni preveerlo
 "El modo de guardar las provisiones
 "Ni aun economizar lo ya repuesto.
 "Con las frutas silvestres se nutrian,
 "O una caza eventual en cualquier tiempo.
 "Saturno que dejára el alto Olimpo,
 "Y luego á estas comarcas vino huyendo
 "De las armas de Jové, reducido
 "A vivir desterrado, á mas perdiendo
 "Su propio trono; él reunió estos hombres
 "Salvages que vivian muy dispersos
 "En las altas montañas, les dió leyes,
 "Y Lacio lo nombró por el recuerdo,
 "Del país que le oculta de la rabia
 "De enemigos que así lo persiguieron.
 "Aquella celebrada edad de oro,
 "Dicen, que subsistió bajo su imperio,
 "Por la tranquilidad y la dulzura
 "Con que rigió los pueblos su gobierno;
 "Pero vino la edad del metal pálido,
 "Y aunque menos brillante, cedió el puesto.
 "A la guerra, codicia y los horrores,
 "Que dominaron el Ausonio suelo
 "Y el Sículo también; y el de Saturno
 "Tomó diversos nombres; sometieron
 "Este país los Reyes; fué Tiburio
 "Feroz, horrible, de gigante cuerpo,
 "Que dió su nombre de la Italia al río
 "Que Átula en lo antiguo le dijeron.
 "De mi patria arrojado, fué preciso
 "Un asilo buscar mares corriendo.

"Mas Fortuna y el Hado irresistibles
 "Me fijaron aquí; con los consejos
 "De la Ninfa Carmenta que es mi madre,
 "Y de Apolo el oráculo-secreto."

Apenas así hablára, se adelanta
 A Eneas, y el altar le muestra luego
 Que en la puerta pusieron los Romanos,
 Que Carmental nombraron por obsequio
 De la Ninfa Carmenta á la memoria,
 Sacerdotisa que inspiraba el Cielo
 Y que fué la primera que predijo
 A Eneas grande y noble Palanteo.
 Tambien le mostró el bosque donde Rómulo
 Ardiente, de continuo gran guerrero,
 Estableció un asilo, y de una roca
 Al pie la cueva está de Pan que hicieron
 Al uso Lupercal de los Arcades,
 De donde se nombró tambien Liceo.
 Así le hizo notar el sacro bosque
 De Argileta, y tomando al justo cielo
 Por testigo, contó de Argos la historia
 Y la muerte que diera al huesped pérfido.
 Desde allí se condujo á la Tarpeya
 Roca, y al Capitolio templo eterno,
 Entonces erizado con abrojos.
 Pero respeto y religioso miedo
 A aquellos habitantes inspiraba
 La vista del lugar, allí creyendo
 Mirar en este bosque y la colina,
 Dice Evandro que habita un Dios excelso;
 Mas no se sabe cual; y los Arcadios
 Cuentan que á Jove mismo allí le vieron,

Cuando agita la Egide poderosa
 Y une las tempestades y los vientos.
 Estos muros que miras arruinados,
 De dos grandes Ciudades son los restos:
 Una fabricó Jano, otra Saturno
 Que Saturnia y Janícula nos dieron.
 Mientras así conversan se acercaban
 Al palacio de Evandro tan modesto,
 Que opulencia no anuncia; mugidores
 Rebaños por el foro recorriendo
 Andan, y el rico gran cuartel Carino.
 Y cuando allí llegaron dijo el Griego:
 "Mirad aquí el umbral qué al valeroso
 "Hércules recibió; y en este estrecho
 "Palacio se hospedó. Tú no desdeñes
 "El imitar á un Dios que con desprecio
 "Mira el lujo y acepta la pobreza."
 Estas palabras dice, y conduciendo
 Al grande Eneas iba, y le coloca
 En el modesto asilo, sobre un lecho
 Mullido de hojas, que una piel de osa
 De la Libia feroz lo está cubriendo.
 Ya la rápida noche se adelanta,
 Y todo lo vistiera con su velo.
 Vénus con sobresalto recordaba
 Las amenazas del Latino reino,
 Y la cruel guerra, y tristes aparatos;
 Y á Vulcano le hablára en dulces términos
 Sobre el lecho de amor y con palabras
 Que derraman placer dentro del seno;
 —"Cuando la Grecia toda con sus reyes
 "A Pérgamo assolaba y á sus pueblos,

"Que debia consumir llama enemiga,
 "No imploré tu socorro ni tu esfuerzo
 "A favor de aquel reino desgraciado;
 "No te pedí las armas en que diestro
 "Eres, querido esposo; yo no quize
 "A ese inútil trabajo darte empleo;
 "De Priamo á los hijos, lo conozco,
 "No lo puedo negar, mucho les debo,
 "Y derramar me hicieron tantas lágrimas
 "Los peligros de Eneas y sus riesgos.
 "Ora que por mandato del gran Jove
 "De los Rútulos hoy está frontero,
 "Vengo á implorar á aquel á quien sumisa
 "Estoi por dulces lazos de himeneo:
 "Armas te pido, que una madre pide
 "Para su hijo. Si la de Nereo
 "Y esposa de Titon te conmovieran
 "Con lágrimas ardientes y con ruegos,
 "¡Mira ahora cuantos pueblos reunidos
 "Y Ciudades aguzan sus aceros
 "En el secreto abrigo de sus muros,
 "Maquinando mi ruina y de los nuestros!"

Así dice, y le enlaza en los nevados
 Brazos hermosos con abrazo estrecho,
 Y acaban de rendirle sus caricias.
 Siente Vulcano que renace el fuego
 Conocido, y en sus miembros se dilata
 Y en sus venas penetra, blando y lento
 Circula dulcemente, á la manera
 Que el relámpago hiende el vapor denso
 De la nube agitada por el ruido
 Que derramára el retumbante trueno,

Sulcando el airè con brillantes ráfagas
En toda la region dó habita el viento.

Sonríese la esposa vencedora

Con el ardid, y conoció su imperio
De hermosura divina; mas Vulcano
Que á ella se sujetó con lazo eterno:

"¡O Diosa! ¿causas buscas y lejanos

"Motivos para mí? ¿ya fenecieron

"Tu confianza y mi amor? si antes hubieras

"Manifestado ¡ó Diosa! tus deseos,

"Aun entonces yo armára á los Troyanos.

"Júpiter y el destino se opusieron

"A que durase Troya y que viviera

"Priamo por diez años en su imperio.

"Si ahora nueva guerra sobreviene,

"Y debe sostener combates nuevos,

"Cuanto con mi arte pueda prometerte

"Con lo mas esquisito y mas perfecto

"Que pueda ejecutar con hierro duro

"O en mi fragua tornar líquido electro,

"No hay que me lo supliques, que la súplica

"Manifiesta la duda de tu imperio."

Acompañó Vulcano este discurso,

Prodigando á su esposa abrazos tiernos,

Y descanza tranquilo en su regazo

Con el mas regalado y dulce sueño.

Quando llega la Noche en su carrera

A la mitad seguida de Morfeo,

En aquel mismo tiempo en que la madre

De familia, que busca su alimento

Con la industriosa aguja de Minerva

Y la lámpara enciende, aviva el fuego

Que en las cenizas duerme, alarga el día
 Y las tareas dobla de sus siervos
 Para guardar fiel el lecho casto
 Y sustentar los frutos de himeneo:
 El tálamo oloroso diligente
 Cambia Vulcano por la fragua ardiendo.

Entre la costa de Sicilia y Lipari,
 Entre las Eolias se está viendo,
 Una isla escarpada cuya cima
 Coronan torbellinos de humo negro,
 Debajo yacen cóncavas, inmensas
 Las fraguas de los Cíclopes horrendos
 Donde con grande estrépito resuenan,
 Que del Etna asemejan á los truenos.
 Se oyen de estas cavernas en el fondo
 Los yunques sin cesar que están gimiendo
 Con golpes de martillo, centellantes
 Chispas saltando del bullente acero.
 La llama soplan anhelantes fuelles
 De los candentes hornos. Los obreros
 De Vulcano y talleres allí fueran,
 Y la nombró Vulcania, él el primero.
 Allí baja este Dios desde el Olimpo;
 Los laboriosos Cíclopes sus miembros
 Desnudos, Brontes, Stérope y Pirácmon,
 Trabajan en el hierro en un inmenso
 Subterráneo; tenían entre manos
 Un rayo que el gran Jove envia al suelo
 Con rüido: la obra no acabada
 Se viera, y encerraba reuniendo
 De granizo veloz tres rayos, tres
 De lluvia impetuosa, tres de fuego

Centellante, tambien del Éuro tres
 Y mezclandole estaban al momento
 El miedo asombrador de los relámpagos,
 El terror y el fragor de airado trueno,
 Con la ondulante llama que anunciára
 La inevitable cólera del cielo.

Mas allá se trabaja con gran prisa
 En el carro de Marte, cuyo estruendo
 Con sus rápidas ruedas voladoras,
 Las Ciudades despierta y los guerreros,
 Derramando el espante; otros pulieran
 La témifera Egide, el armamento
 De la furiosa Palas, esta Egide
 Revestida de escamas, reluciendo
 Las serpientes que están en fondo de oro
 Y lazadas culebras en el pecho,
 Con la cabeza de Gorgona horrible
 Amenazantes ojos revolviendo.

«Hijos del Etna, Cíclopes, Vulcano,
 «Suspended los trabajos al momento
 «Y principiadas obras, él les dice,
 «Y prestad atencion á mis preceptos.
 «Armar á un gran guerrero es muy preciso,
 «Y lleno de valor; ahora tenemos
 «Ocasion de mostrar de vuestros brazos
 «La habilidad del arte, industria y genio.»
 Ni mas dijera: y todo estaba pronto,
 En órden los trabajos dividiendo:
 Y rios de oro y cobre con el líquido
 Acero, corren en el fondo hirviendo
 Del horno, y con sus manos redondean
 Del bronceado escudo el orbe inmenso

Que solo ha de oponerse á los Latinos.
 Siete hojas de metal con lazo estrecho
 Unidas una á otra lo componen:
 De los enormes fuelles al esfuerzo
 Unos lanzan el aire, otros el agua
 Hienden hundiendo el rechinante fierro.
 Al son del yunque gime la caverna,
 Levantan sus martillos los obreros
 Divinos, y con golpes sucesivos,
 Sobre el pesado yunque suena el eco
 En cadencia, y la tenaza mordedora
 Vuelve y revuelve rápida el acero.

Mientras que el Dios de Lemnos avivaba
 En la Eolia caverna ardiente fuego,
 A Evandro se despierta el claro día,
 O el canto de las aves que en el techo
 Hospitalario moran; el augusto
 Anciano se levanta ya cubriendo
 La túnica sus miembros tan cansados,
 Y sus pies los calzaban dos Tirrenos
 Borceguies, y al cuello colgar deja
 De una espada Arcadiana el fino acero,
 Con ancho tahalí sobre su espalda.
 Una piel de pantera al brazo izquierdo
 Pende que el pecho cubre; y le guardan,
 Acompañan, y siguen sus dos perros.
 Desde el recinto dó el reposo tiene
 Ocupada la mente en los proyectos
 Del socorro ofrecido, se encamina
 A donde Eneas disfrutaba el sueño.

No menos diligente el gran Troyano
 Se adelanta; acompañan al primero

Palas su hijo, al otro el fiel Acates;
 Ambos al encontrarse ellos se dieron
 Las diestras y se sientan del palacio
 En lo interno; y le dice Evandro el Griego:

«Gran jefe de Troyanos siempre invicto,

«Cuyo valor me impide que de Pérgamo

«La gloria crea vencida mientras vivas;

«Flaco y débil auxilio yo te ofrezco,

«Ni puedo responder á la grandeza

«De tu nombre; por aquí tenemos

«De este toscano rio por un lado

«La barrera del Rútulo guerrero;

«De los muros en torno suena alarma;

«Mas á tu devocion ahora pretendo

«Poner los grandes pueblos numerosos,

«Naciones opulentas que trayendo

«Infalible socorro te protejan,

«Como lo quiere poderoso el Cielo

«Que aquí te trae tu destino fijo.

«No está lejos de aquí, y en ese cerro

«Escarpado está Argilas que fundaron

«Antes de ahora Lidios los guerreros,

«Que de Etruria en el monte se establecen.

«Esta hermosa Ciudad que floreciendo

«Por mucho tiempo estuvo, al fin la vence

«Y en su yugo la pone el cruel Mezencio,

«Que de ella se hizo dueño por las armas.

«¿Como contar pudiera los excesos,

«Grandes asesinatos, los horrores,

«Contra la humanidad de este perverso?

«¡Quieran los Dioses que crueldades tales

«Caigan sobre su raza y sobre él mismo!

«Su ingeniosa barbarie imaginára
 «Aquel nuevo suplicio. A un cuerpo muerto
 «Uniendo un cuerpo vivo, sujetando
 «Las manos con las manos, pies opresos,
 «Y la boca con boca bien cocida,
 «Hallando el-desgraciado en su tormento
 «Con abrazos tan crueles muerte lenta.
 «Sus vasallos al fin con furor ciego
 «De sus iniquidades ya cánsados,
 «Sitian su casa y se la incendian luego:
 «Sus cómplices perecen en las llamas,
 «Mas se salva el tirano del incendio,
 «Y al pais de los Rútulos se acoge
 «Donde le hospeda Turno; aliado y déudo.
 «Toda la Etruria de venganza llena
 «Se subleva, armas pide en el deseo
 «Se abandone al tirano al-cruel suplicio;
 «Mira ahora miltares de guerreros
 «Que yo quiero poner bajo tu mando,
 «Y que tu enseña sea su trofeo.
 «Mira, en el mar navegan sus bajeles
 «Bordando la ribera, y está ardiendo
 «El soldado impaciente ansia el instante
 «De ponerse en camino y marchar presto;
 «Mas un antiguo agüero los detiene
 «Con su oráculo dando espanto y miedo.
 «Meonia juventud, raza escogida,
 «Él la dice: imitad vuestros abuelos
 «Y su gloria y virtud; justos agravios
 «Os arman contra el crudo infiel Mezencio;
 «Merece justamente vuestra cólera,
 «Mas los Dioses no aprueban que un Ibero

«Rija aquesta nación tan poderosa;
 «Tomad por adalid á un extranjero.
 «Enviados por Tarcon embajadores
 «Vienen con la corona y con el cetro
 «Y otras insignias reales, suplicando
 «Que vaya al campo y tome ya el gobierno
 «De la nación; pero la edad helada
 «Y de vejez el tardo abatimiento
 «El honor me arrebatan este mando.
 «En mí no se halla el vigoroso esfuerzo
 «Que pide el presentarse á los combates:
 «A mi hijo inspirára este denuedo
 «Si de Sabina madre no naciera.
 «Mas tú, que por merced del alto cielo,
 «La edad y el nacimiento agora tienes,
 «Y los Dioses tambien, marchad intrépido
 «A la frente de Troya y de la Italia.
 «Yo te daré este hijo, mi consuelo
 «Y mi única esperanza; que él aprenda
 «Bajo tu mano el régimen severo
 «De los combates, se endurezca y sufra
 «Las fatigas, y séle tú el modelo
 «En tus hazañas, viendo en su carrera
 «De sus primeros pasos el ejemplo.
 «Ginetes doble ciento habré de darte,
 «De Palas otro tanto en nombre mesmo.»
 Así Evandro le hablára; mas de Anquises
 El hijo, y fiel Acates, un silencio
 Sombrio guardan, reflexiones tristes
 Les asustáran de ulterior suceso.
 Mas Citeres anuncia de lo alto
 Una señal propicia, y al momento

Un relámpago luce con gran ruido.
 Todo anuncia ruinas; con estruendo
 Y de la trompa fiero oírse cree
 Ronco airado sonido desde lejos.
 Al levantar la vista estalla el rayo
 Por tres seguidas veces; y del cielo
 En el punto mas claro se aparece
 Una nube que junto se está viendo,
 Armas que chocan que el sonido imitan
 Que al aire esparce el pavoroso trueno.
 Todos de admiracion quedan pasmados;
 Mas el héroe Troyano está sereno,
 Que de su madre entiende las promesas.
 «Amigos, dice, no tengais recelo,
 «A nadie se dirige este prodigio,
 «Solo es á mí; la Diosa á quien yo debo.
 «Mi nacimiento, un signo ha prometido
 «Por el que me hará ver el alto cielo,
 «Si guerras me amenazan, que me trae
 «Las armas que me hizo el Dios del fuego.
 «¡ Ay! que estragos terribles se preparan
 «Para los desgraciados de Laurento!
 «Turno, tú pagarás bien á tu costa,
 «Tus atentados ¡ Tú, Tiber Ibero,
 «Cuanto esseudo y morrion, y cuantos brazos.
 «Rodarán en tus ondas ! ¡ ahora fieros
 «La guerra pidan y los pactos violent!»
 De pena lleno y de dolor acerbo,
 Asi habla y se levanta, y los altares
 Arden brillando el encendido fuego,
 A Hércules potente y á los Lares
 Y alegre rinde un homenaje nuevo.

A los pobres Penates de su huésped
 Generoso, que bien le recibieron.
 Y se inmolan tambien, segun costumbre,
 Siete ovejas sin mancha, hacen lo mesmo
 Evandro el Griego y juventud Troyana
 Y arde en las aras luminoso incendio.
 A su bajel despues se torna el héroe,
 Y con rostro apacible y placentero
 A todos los recibe; mas escoge
 Aquellos mas valientes compañeros,
 Que al peligro le sigan de la guerra;
 Empero los demas tornen serenos,
 Con noticias á Ascanio de su padre
 Y de su viage el próspero suceso.
 De corceles provistos los Troyanos
 Parten á Etruria, á Eneas conduciendo
 Que la piel de un leon con garras de oro
 Le hacen mas gallardo y muy mas bello.
 En la humilde Ciudad, luego la fama,
 Estiende van á unirse los Tirrenos
 Con los Troyanos; madres asustadas
 Sus votos dirigian hácia el cielo,
 Que el temor al peligro presidia
 Y muerte de pavor pinta el espectro.

Cuando de Evandro el hijo se partia,
 Él le estrecha la mano en llanto tierno,
 Sin dejarla la riega y luego dice:

"¡Oh! tornárame Jove á años primeros
 "O tal vez me volviera, como cuando
 "Delante de los muros de Prenesto,
 "La vanguardia enemiga perseguia
 "Y completa victoria consiguiendo

"De enemigos escudos, una pira
 "Encendiera; este brazo con su esfuerzo,
 "Precipitó del tálamo al abismo
 "Del Rey Herilo el gigantesco cuerpo,
 "Y el hijo de Feronia con tres almas,
 "Y de terribles armas con tres juegos
 "Que llevaba al combate; yo tres veces
 "De vida le quité su último aliento
 "Y su triple armadura; ¡si fuera ahora
 "Como entonces, mi hijo! estoy bien cierto
 "Que nadie me arrancára de tus brazos
 "Ni que insultar pudiera éstos cabellos
 "Canos, ni degollára en mi presencia,
 "Ese feroz tirano, cruel Mezencio,
 "Tantas víctimas tristes, ciudadanos
 "Que al rigor de su espada perecieron.
 "¡Deidades soberanas! ¡Jove sumo!
 "Ten compasion del rey de Arcadio reino,
 "Dígnate oír los votos de este padre
 "Que te implora. Si quieren tus decretos
 "Y los destinos que él triunfando vuelva
 "Y le abrace otra vez, dad tiempo luengo
 "A mi vida cansada, yo os lo pido;
 "Solo á este precio yo sufrir consiento
 "Nuevos trabajos; mas, ¡cruda Fortuna!
 "Si algunos de tus golpes tan funestos
 "A este padre acontece, haz que yo pueda
 "Ahora mismo, al instante, en el momento,
 "De mi vida cortar el fatal hilo,
 "Mientras que mi temor está revuelto
 "Con la duda, y ver deja la esperanza
 "Dudoso porvenir para consuelo,

"Mientras te tengo aun entre mis brazos,
 "Hijo mio querido, mi sustento,
 "Antes que en mi vejez hiera mi oido,
 "El golpe duro de tu muerte, horrendo."

Ya la caballeria desfilaba
 De las puertas cruzando por el medio;
 Eneas con Acates van al frente,
 Adalides Troyanos les siguieron.
 En medio de los suyos marcha Palas,
 Que distingue lo rico de su arreo,
 Semejante á la estrella matutina,
 Que ama Venus muy mas que á otros luceros
 Que el Olimpo iluminan, cuando sale
 Húmedo de las aguas del océano,
 Y disipa las sombras de la noche.
 Ya las trémulas madres desde lejos
 Miran el muro con los ojos ávidos,
 Y la nube que ya le va siguiendo
 Al brillante escuadron; los combatientes
 Arbustos y malezas dividiendo,
 Se forman en columna, y la llanura
 Resuena al golpe en resonantes ecos.

Junto del río cuyas frescas ondas
 De Cérés baña la muralla en cerco,
 Hay un monte sagrado, espeso y vasto,
 Que veneran las gentes de aquel pueblo,
 Que lo ciñen colinas en contorno
 Cubiertas de negrísimos abetos.
 Los Pelasgos primeros que poblaron
 Las fronteras del Lacio, le ofrecieron
 Este bosque á Silvano Dios del campo;
 Rebaños señalando en justo obsequio

Un gran dia festivo en honor suyo.

El campo de Tarcon y los Tirrenos

Estaba en un lugar inaccesible,

Allí bien planteado y no muy lejos

De la colina en lo alto se descubre

Toda la armada, cuyas tiendas vieron

En la llanura, y Eneas en el bosque

Descansa, y el caballo y caballero.

De la beldad la Diosa llega en tanto

En luminosa nube conduciendo

Los dones de Vulcano, y cuando vido

A Eneas recostado al fresco viento

A la orilla del rio en valle oculto,

Se acercando le dice, apareciendo

Cual ella misma: « Aquí ya ves las armas

«Que prometió mi esposo; concluyeron

«Recelos y temores, hijo mio,

«No temas de Laurento los soberbios,

«Ni al vigoroso Turno;» y le abrazando,

Junto al pie de una encina las dá asiento.

De placer poseido y orgulloso

Con el presente del amor materno,

De mirar no se sacia, y las volvía

Y las torna á volver entre sus dedos ;

El morrion que sombrea un gran penacho

Y por su boca lanza ardiente fuego,

La fulminante espada y la coraza

Enorme, mas de bronce siempre ileso,

Dé sanguíneo color y semejante

A una nube que abrasa el sol ardiendo

Y que rayos despide esplendorosos;

Eran de oro y rodeado electro

Los ricos borceguies, lanza de oro
Y del escudo el innarrable testó.

El Dios del fuego que el destino sabe
De la tierra de Italia y sus secretos,
Y los triunfos de la eterna Roma;
Allí representaba los primeros
Famosos descendientes que de Ascanio
Ensalzáran el nombre y sus guerreros.
Vierase allí en su cueva Marte airado,
Y una loba criando dos hijuelos
Que só la verde yerba reposaba,
Y con ellos pendientes de sus pechos
Maman y juegan con el aire osado,
La leche de su madre, mientras ellos
Sus cabezas intrépidos revuelven,
Cariñosa les lame todo el cuerpo.
No muy lejos de allí parece Roma
Y las Sabinas que robadas fueron,
Cuando en medio de un pueblo numeroso
Del Circo vieron los famosos juegos,
Y la nación de Rómulo levanta
Guerra y combate con el Tacio viejo,
Que á los Sabinos rígidos mandaba.
Y los reyes sus odios deponiendo,
Armados se presentan ante el ara
De Jove, y en la mano el vaso lleno
De Baco, é inmolando una gran cerda
En señal de alianza y juramento.
Juntos están los carros que acababan
De desgarrar ¡ó Mecio! los tus miembros.
¡Por que á la fé faltaste infiel Albano?
Tulio hizo arrastrar por bosque y cerros:

Las entrañas ardientes del perjuro,
 Y su sangre manchaba el duro suelo.
 A Roma le intimára altivo Pórsena,
 Recibiera á Tarquinio, de su seno
 Lanzado, y estrechaba con sus fuerzas
 De la Ciudad el sitio; mas en medio
 De peligros sin fin se arrojan todos
 A defender su libertad. Está fiero
 Tarquinio contra Cócles, que le pára
 De un puente la cabeza destruyendo;
 Y Clelia que rompía sus prisiones,
 Atravesando á nado el Tiber ledo.
 En lo alto del escudo estaba Manlio,
 De la roca Tarpeya guardia austero;
 Que delante del templo se aparece
 Y defendia el Capitolio excelso.
 Una nueva cabaña el techo afea
 Del palacio de Rómulo ahora inmenso:
 Un Ansar plateado gira en torno
 De los dorados pórticos; sus ecos
 Anuncian la venida de los Gálos;
 Y estos desliziéndose por medio
 De los arbustos, ya sorprendian
 La Ciudadela con el negro velo
 De las tinieblas de la noche oscura.
 De oro es su cabellera, y de lo mismo
 Sus túnicas rayadas que relucen
 Con listas del metal de puro argento;
 Un collar de oro ciñe el cuello blanco,
 En su mano blandiendo dos ligeros
 Dardos, y se cubrieran con escudos
 Largos, que ampáran el robusto cuerpo.

Vulcano allí tambien habia grabado
 A los saltantes Sálíos, reverendos
 Sacerdotes de Pan, los Lupereales
 Desnudos, gorros con borlon al centro
 Y escudos que del cielo les bajaron:
 Y las castas Romanas conduciendo
 Los objetos sagrados en sus carros,
 Con pompa y magestad á todo el pueblo.
 Las profundas cavernas del Dios Dite,
 El Tártaro sombrío de los muertos,
 Y de todos los malos los suplicios,
 Y á tí tambien, o Catilina fiero,
 Mirando con espanto la alta roca
 Que sobre tu cabeza está cayendo;
 Siempre temblar al remirar las Furias
 Y sierpes te persiguen sin sosiego.
 Brilla mas lejos la mansion de justos,
 Caton legislador, los Eliseos.

Entre tanto portento ver se deja
 Un mar de oro que se agita en medio
 Con plateadas ondas que delfines
 Con sus ágiles colas van hendiendo.
 Véense allí dos escuadras que guerreras
 De Accio la batalla anuncian presto,
 Y aparece Leucate en la refriega
 Encendida del sol con los reflejos
 Que las armas despiden de las ondas.

A un lado Augusto César conduciendo
 Al combate la Italia toda entera,
 Teniendo á la cabeza á su rey pueblo,
 El Senado, Penates, grandes Dioses.
 Sobre de la alta popa está derecho;

De gozo centellaban los sus ojos,
 La magestuosa frente dá destellos,
 Y el astro maternal en su cabeza
 Brilla como del alba el gran lucero.
 Al otro lado Agripa protegido
 De los Dioses propicios y los vientos,
 Se adelanta terrible á la cabeza
 De sus guerreros y su sien ciñendo
 Con la naval corona que brillaba
 Del valor recompensa y justo premio.

Al lado opuesto sigue de los bárbaros,
 Una gran multitud de armados pueblos;
 Antonio vencedor de las regiones
 Donde nace la aurora, el mar bermejo
 Riega su orilla y lleva en sus bajeles
 El Egipto, el Oriente y los secretos
 Campos de la Bactriania, y le siguiera
 ¡Ó crimen! ¡o vergüenza! Egipcio lecho.

A un tiempo se acometen las escuadras,
 De los mares entonces se abre el seno
 Blanqueando con la espuma que le cubre
 En fuertes brazos agitados remos,
 Y el corte de los triples espolones.
 Los bajeles la mar ya van subiendo
 Y entonces ver las Cícladas creyeras,
 Que del fondo del mar dejan el centro,
 Y nadan al capricho de las ondas,
 Ó á los montes semejan que en tremendo
 Choque unos con otros se combaten.
 Tal es el horroroso y cruel aspecto
 De torreados bajeles; por dó quiera
 Ardiente estopa y homicida fierro,

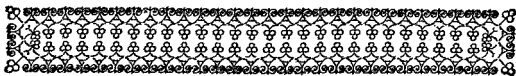
De Neptuno enrojecen la llanura,
 Con sangre de color que fuera nuevo.
 Con ruido conocido el sistro suena
 Y la reina con él anima el remo.
 Mas tras ella los áspides no mira
 Que la persiguen, ni los Dioses fieros
 Que al ladrador Anubis acompañan
 Que tienen en su mano el crudo acero
 Contra Minerva, Venus y Neptuno.
 En medio del combate, Marte horrendo
 Se viera, que en el hierro cincelado
 Desplega su furor, y de lo excelso
 Vienen las Furias, la Discordia viene
 De andrajos revestida, en triunfo pleno,
 Y la sigue Belona ardiendo en ira
 De azote armada que agitó sangriento.
 De lo alto del templo Apolo de Accio
 Mira, y el arco de furor tendiendo
 El Egipto se espanta, India y Arabia
 Y el Sabeo veloz huyen á un tiempo.
 Sus velas desplegó la reyna misma,
 Y las jarcias soltando llama al viento
 A su socorro; el Dios la representa
 Pálida con la muerte que está viendo,
 Y huye de la matanza protegida
 Por las ondas, y el Yápigo ligero.
 Se deja ver en el opuesto lado
 Una figura y colosal espectro;
 Este era el mismo Nilo que aterrado,
 Los brazos tiende y azulado velo
 Llamando á los vencidos y les abre
 Del seno paternal el cáuce inmenso.

Y ya Cesar despues de haber triunfado
 Con tres veces sus votos bien completos,
 Monumentos en Roma edificando
 A los Dioses de Italia, en los diversos
 Cuarteles que divide la gran Roma.
 A los mismos consagra los trescientos
 Templos soberbios que piadoso ordena.
 Las calles resonaban con inmensos
 Gritos de gozo, con apláuso alegre,
 Y las damas romanas en los templos
 Formaban coros, en el templo altares
 Habian, delante víctimas é incienso.

El mismo vencedor está sentado
 Del santuario á la entrada en marmol bello
 De Páros; y pasaban en hileras
 Las naciones vencidas con su arreo,
 Con su trage y language; que Vulcano
 Representó los Nómados viajeros
 Los Lélegas, los Carios, los Gelones
 El carcax en la espalda. Menos fiero
 Rueda el Eufrates sus hinchadas ondas.
 Los Morinos, del mundo los extremos,
 El Rhin y sus dos brazos con los Dácios,
 Nunca domados marchan con respeto,
 Y el Arajes tambien siempre indignado
 Contra el puente que le hace prisionero.

Esto miraba Eneas en su escudo,
 Obra del Dios del fuego y don materno;
 Y aunque solo vé sombras, él se goza
 Llevando en hombros su futuro imperio.





La Eneida.

LIBRO IX.

Mientras Eneas entra en la Toscana;
 Por orden de Saturnia el Cielo deja
 Iris, que envia al atrevido Turno
 Del elevado Olimpo, cuando él fuera,
 En el bosque sagrado que á Pilumno
 Uno de sus abuelos, era ofrenda,
 En donde descansaba; mas de Táumas
 La maléfica hija se le acerca,
 Y con rosados labios le decia:
 —«Aquí está la ocasion cual la deseas,
 «O Turno, que te dan los mismos Dioses.
 «Dejando la Ciudad se parte Eneas,
 «Y con sus compañeros navegando,
 «Se dirige á adquirir las nuevas fuerzas
 «En el cetro de Evandro Palatino,
 «Y aun adelanta mas en sus ideas,

«Buscando las ciudades de Corito
 «Y armar en su favor Lidias aldeas
 «De campestres pastores. Dí, ¿á que aguardas?
 «¿Donde tu carro está? ¿dó el arco y flechas?
 «Ya es tiempo, parte sin perder momento,
 «Arrojate en el campo, nó, no pierdas
 «La crüel turbacion que los domina,
 «Que entonces es muy posible que los venzas.»

Dice así, y levantándose hasta el Cielo,
 Sobre las nubes luminoso eleva
 El arco magestuoso: el héroe entonces
 Ambas manos dirige á las estrellas,
 La sigue con los ojos y la dice:

—«Ornamento del Cielo, Iris la bella,
 «¿Que Deidad os ha hecho descendieseis
 «Hácia mí, por favor, sobre la tierra?
 «¿Accion tan repentina de dó viene,
 «Que ahora veo abrir la azul esfera?
 «Cualquiera Dios que seas que me llamas
 «A los combates, seguiré tus huellas.»
 Así hablando se acerca á las vecinas
 Aguas, y de ellas las sus manos llena,
 Y á los Dioses dirige ardientes votos.

La armada las llanuras atraviesa,
 Los Corceles formando la briosa
 Caballeria, que de lejos muestra
 Los gayados vestidos que bordados,
 Con oro puro su esplendor reflejan.
 Mesapo conducia la vanguardia,
 Los hijos de Tirreo empero cierran
 La retaguardia, y Turno está en el centro,
 Las armas en la mano, y dirigiera

**A todas partes órdenes, mas alta
 Que los guerreros todos su cabeza.
 Tal pareciera el Ganges que rodando
 Sus silenciosas aguas, que le aumentan
 Siete profundos rios; ó ya el Nilo
 Que sus ondas llamó de la ribera,
 Despues que fertiliza las campiñas,
 Y anheloso en su cáuce las encierra.
 Una nube perciben los Troyanos
 Que repentina en polvo el aire llena,
 Y amenaza cubrir á la llanura
 De densa lóbreguez y de tinieblas.
 Caico de la altura de la torre
 Mas avanzada, grita con gran fuerza:
 «¿Que negro torbellino es el que gira,
 «Amigos, aquí en torno y nos rodea?
 «A las armas, amigos, vengan dardos,
 «Prontos á la muralla sin pereza,
 «Aquí está el enemigo.» Los Troyanos
 Corren en gran clamor hácia las puertas,
 Cubren los defensores las murallas;
 Mas al partirse previniera Eneas,
 Como gran capitan, que en todo evento
 Jamas se aventurase la pelea,
 Ni peligros correr en la llanura
 De batalla campal que todo arriesga;
 Que antes permaneciesen encerrados,
 Defendiendo constantes las trincheras;
 Y que aunque honor é indignacion los punzen,
 A las manos no vengan, y obedezcan
 Las órdenes del gefe; y se limiten
 Las puertas á guardar y fortalezas.**

Impaciente se muestra el bravo Turno,
 De su ejército al ver la marcha lenta;
 Y con veinte ginetes escogidos,
 Se deja ver al pie de las almenas.
 Monta un bello tordillo de la Tracia,
 Un morrion de oro cubre su cabeza
 Con el plumage de color de fuego.
 «¡Guerreros! grita, ¿cual será primera
 «La mano que conmigo lance el dardo
 «Al enemigo cruel? Mirad.» Y á priesa
 Con su brazo robusto volar hizo
 Un dardo por el aire, y dió la seña
 Nueva de la batalla en el momento,
 Y en la llanura su presencia ostenta:
 Con terrible algazara los soldados
 Apláuden é su gefe y le celebran.
 Admirábase al ver que los Troyanos
 Cobardes y abatidos, no se atrevan
 Salir á la muralla, ni de frente
 Buscar al enemigo, y se mantengan
 En el campo encerrados. Mas furioso
 Turno sobre el corcel todo rodea,
 Y ansioso busca algun lugar por donde
 Pudiese penetrar. Y se asemeja
 A un lobo que azorado por la lluvia
 Y vientos, de un rebaño gira cerca
 Y ahulla por la noche rodeando
 El redil; los corderos están mientras
 Balando impunemente en el abrigo
 De sus madres, y altivo mas se enciende
 Su cólera y furor verles seguros,
 Y excita mas y mas, cuando no pueda

El hambre saciar que le devora,
 Y en que se abrasa por la ausente presa.
 Tal Turno estaba á vista de los muros;
 La cólera le inflama, y en las venas
 La sangre hierve con feroz despecho.
 Mas ¿como penetrar la fortaleza
 Del campamento, ó bien sacar al campo
 Raso al enemigo? Entonces viera
 Las naves que en los ángulos se apoyan,
 Del campo donde tienen la defensa
 Doble que dan las abundantes aguas
 Del rio, y mas en tierra las trincheras.
 El á atacarlas corre, y con su ejemplo
 Anima á sus soldados á que enciendan
 Los bajeles: él mismo cuyos ojos
 Arrojan llamas, un tizon apresta.
 Su ardor todos protejen, y estimula
 Su honor, y alegres á porfia llevan
 Antorchas encendidas, los hogares
 Cuanto en ellos se encierra les franquean.
 El resinoso pino alza consigo
 Una sombría luz que densa humea,
 Que levanta despues altiva llama,
 Y hasta los ástros lanza las centellas.
 ¿Que Dios ¡ó Musas! preservó propicio,
 A los Troyanos de tan grande hoguera,
 Y á los bajeles libertó del fuego
 Que abrasarlos debia? Antigua era
 La tradicion que Fama ha conservado.
 Cuando en Frigia su escuadra alzaba Eneas
 En las faldas del Ida, y se prepara
 Las ondas á surcar, la madre excelsa

De los Dioses, Cibeles se dirige
 A suplicar á Jove en tal manera:
 —«De una madre á los ruegos no le niegues
 «Lo que ella pide al que en Olimpo reina:
 «Amo con preferencia, hace ya tiempo,
 «De pinos rodeada una floresta
 «Con un bosque sagrado allá en el Ida,
 «En cuya cima y á la sombra amena
 «De los abetos y coposos pinos,
 «Siempre me ofrecen religiosa ofrenda.
 «Yo dí con gran placer al descendiente
 «De Dárdano estas plantas, y con ellas
 «La armada fabricar; y ahora me asusta
 «Una viva inquietud; mi temor templa,
 «Y promete á una madre que te implora,
 «Alcance de tu grande omnipotencia,
 «Que estos bajeles ni jamas sucumban,
 «Ni á la navegacion, ni á las tormentas;
 «Y no les sea inútil quenaciesen
 «En las montañas que mi amor prefiera.»
 —«¡O madre mia! le responde Jove
 «Que el universo mueve; ¿que deseas?
 «¿Pretendes que trastorne los destinos
 «Por solo esos bajeles que tu anhelas?
 «¿Quieres de hombre mortal, la mortal mano
 «Dé la inmortalidad á vil madera?
 «¿Tenga Eneas peligros mas sin daños?
 «¿Que Dios tuvo jamas igual potencia?
 «No: pero cuando hubieren arribado
 «A las playas de Ausonia, las que fueran
 «Del furor de las ondas preservadas
 «Y al héroe conduzcan á la Iberia,

«Despojadas serán de mortal forma,
 «Y yo las tornaré Ninfas ligeras,
 «Cual Galatea ó Doto, ó las que hienden
 «Con su seno las ondas las Neréidas.»

Así dice, y poniendo por testigo
 A la Estigia terrible y sombras negras
 De los abismos dó torrentes corren
 De inflamado betun, la frente ondea
 Jove, y tiembla el Olimpo con su ceño.

Tuvieron cumplimiento estas promesas,
 Y las Parcas acaban su trabajo,
 Cuando el furioso Turno á la gran Rhea,
 La madre de los Dioses, la obligára
 A defender las naves que encendieran.

De repente una luz ofusca á todos,
 Y como inmensa nube descendieran,
 Coros del monte Ida que corrian
 De la Ausonia al Ocaso, y que penetran
 Con su voz formidable el aire todo
 Que Troyanos y Rútulos oyeran:

«Hijos de Téucro, no emprendais en vano
 «De defender mis naves la tarea;
 «Antes Turno incendiara el mar salado
 «Que estos bajeles que Cibeles précia;
 «Y vosotras id libres, bellas Ninfas,
 «Nueva Divinidad os diera Rhea,
 «Que lo manda la madre de los Dioses.»

Al instante rompiéranse las cuerdas,
 Y hunde cada bajel su propia proa,
 Y cual delfines al abismo se entran.
 Pero ¡ó prodigio! ya se tornan todas
 Jóvenes Ninfas que en las ondas juegan,

El número igualando de las naves
 Cuyas proas bordaban la ribera.
 Se apodera el espanto de los Rútulos,
 Mesapo y sus caballos se amedrentan,
 Y el Tiber murmurando atras revuelve,
 Las ondas que bañaron las arenas.

El intrépido Turno no desmaya,
 Y se atreve á inventar razones nuevas
 Que animen el valor que él dá á los suyos
 Y reproches amargos les dijera:
 «A los Troyanos es á quienes toca
 «Temblar por estos signos que os alteran,
 «Pues se les quita el único recurso
 «De la ancha mar, porque la tierra es nuestra;
 «Y toda Italia en armas levantada
 «La posesion nos dá; ni á mí me arredran
 «Oráculos de Frigios orgullosos.
 «Cumplido está el destino, y satisfecha
 «Venus desde el momento en que afianzára
 «Sus plantas el Troyano acá en la Hesperia:
 «Como ellos yo tambien tengo destinos
 «Que he de cumplir; la muerte de esa fiera
 «Gente que quiere mi querida esposa
 «Robarme: pero ¡que! ¡la gente Atrea
 «Solo tendrá derecho á la venganza?
 «¡Agravios solo sentirá Micenas
 «Y podrá castigarlos? ¿y es bastante
 «Sufrir solo una vez la dura pena?
 «¡Bastará perecer? pero no basta
 «Que siempre aborrecido el sexo sea.
 «Aquesta empalizada los oculta,
 «Y los fosos les sirven de barrera,

"Y en ellos se confían; pero es débil
 "Contra la dura muerte está defensa.
 "¿Podiera proteger sus muros Troya,
 "Que fabricó Neptuno y siempre ardiera?
 "¿Quien de vosotros quiere espada en mano
 "Forzar, amigos míos, la trinchera
 "Y hundir el campamento, donde solo
 "Rumor y confusión y espanto reinan?
 "Armas no necesito de Vulcano,
 "Ni las mil naves que envió la Grecia
 "Para vencer Troyanos; venga Etruria;
 "Ni tengo que temer nuevas sorpresas,
 "Ni el paladion, ni su cobarde robo;
 "Ni el impio asesinato en centinelas
 "Del templo, ni ya menos ocultarnos
 "Del caballo en el vientre de madera.
 "A la mitad del día, á faz del mundo,
 "Invadiré con brio sus trincheras;
 "Verán que no combaten con los tímidos
 "Griegos que por diez años resistieran
 "A Héctor. Ahora pues, ya que la noche,
 "Con alegría vemos que se acerca;
 "Después de esta primera tentativa
 "Reparemos, guerreros, nuestras fuerzas.

Entre tanto Mesapo se ha encargado
 De establecer las guardias de las puertas,
 Y en torno á la Ciudad encender fuegos.
 Rútilos doble siete la encomienda
 Tienen muy escogidos, van al frente
 De cien guerreros que brillantes llevan,
 Armas en oro y lucen los morriones
 Con penachos de púrpura que ondean.

Se dividen y ocupan diferentes
 Puestos que sucesivos se relevan;
 Despues tendidos en la yerba blanda,
 Se solazan bebiendo á copa llena.
 El fuego resplandece en todas partes,
 Y porque el sueño venzan, tambien juegan.
 Los Troyanos ven todo desde el muro,
 Y armados en la torre los observan;
 El peligro redobla vigilancia,
 Visitas son continuas en las puertas;
 Las fortalezas todas comunican,
 Y armas en todas partes están prestas.

Seresto infatigable con Mnesteo
 Avivan el trabajo, cuando Eneas
 Al partir les confiara pleno mando,
 Toda la autoridad ellos conservan,
 Para algun caso adverso; mas la armada
 En torno á la muralla siempre vela,
 Y el puesto guarda fiel que le confiara.

Niso hijo de Hirtaco está á la puerta,
 Guerrero valeroso que salido
 Del Ida, cazador en la floresta,
 Diestro en tirar el dardo con el arco;
 En las naves de Ilion siguiera á Eneas.
 Junto con él acompañaba Eurialo,
 El mas bello de todos cuantos fueran
 Compañeros de Eneas los Troyanos,
 O vistieran sus armas: casi apenas
 De la infancia salido, en su semblante
 Brilla la flor de juventud primera.
 La amistad los unia, siempre juntos
 En los combates, y ahora juntos entran

En una de las puertas de la guardia.

— «Eurialo querido, Niso empieza;

«¿Son los Dioses ó quienes los que inspiran

«Este ardor, ó es acaso el alma misma

«La que de su pasión un Dios se forma?

«Hace tiempo que en mí bullè una empresa

«En el deseo y siento no me plazca

«Esta tranquila paz que me rodea.

«¿Los Rútulos no ves que permanecen

«Seguros, y que apenas verse dejan

«Mal apagados fuegos, esparcidos

«Acá y allá, tendidos en la tierra,

«Con el vino en el sueño sepultados,

«Y alto silencio en todas partes reina?

«Oye lo que medito y me domina

«En este instante con ardiente idea.

«Toda la armada, gefes y soldados,

«Desean con ardor se busque á Eneas,

«O al menos se despache uno que traiga

«Donde parando está noticia cierta.

«Si me prometen dar lo que yo pido

«Para tí, que por mí sobrado fuera

«La gloria de la acción; esta colina

«Salvo me condujera á Palantea.»

Eurialo inflamado vivamente

Con noble amor de gloria, respondiera:

«¿Temes, Niso, no quiera acompañarte

«Cuando acometes tan heroica empresa?

«¡En peligro tan grande abandonarte!

«Ni tales las lecciones estas fueran

«Que mi padre me diera el bravo Ofelto,

«Guerrero endurecido en la pelea,

«Que me enseñó á burlar las griegas armas
 «Y sobresaltos de la gente Pérgama.
 «Ni viste tal conducta en Eurialo,
 «Después de que él juró seguir á Eneas
 «Y su fortuna, y en mi pecho siento
 «Una voz que la muerte asaz desprecia,
 «Y creo que la vida no es bastante
 «Para pagar la honra que tú anhelas.»

Y Niso le responde: «No temía
 «Sentimientos indignos de tu diestra,
 «Pensarlo fuera un crimen; ¡quiera Jove,
 «O cualquier otro Dios, propicio sea
 «Y triunfante me torne ante tus ojos!
 «Mas tú sabes, sucede con frecuencia
 «Las mas árduas empresas la Fortuna,
 «O un poder enemigo las altera;
 «Y por si aconteciere tal desgracia
 «Quiero me sobrevivas. Tu edad tierna
 «Te torna tu vivir mas apreciable;
 «Quiero reste un amigo por quien sea,
 «O por fuerza ó rescate este mi cuerpo
 «Saliendo de las manos estrangeras,
 «Lo oculte luego de la tierra el seno.
 «O si esta dicha la Deidad me niega,
 «Al menos tenga los honores fúnebres
 «Mi sombra errante en la adorada tierra;
 «Ni cáusa sea de dolor tamaño
 «A tu madre infelice, cuando ella
 «Entre tantas se atreve en tantos mares
 «Sola á seguirte por las ondas fieras;
 «Y el muro desdeñó del grande Acestes.»
 —«Vanas, tristes escusas tú me alegas,

«Eurialo replica; mi propósito
 «Ya no es posible que mudarse pueda
 «Démonos prisa.» Dice, al mismo tiempo
 De la guardia á los hombres los despierta,
 Estos su puesto ocupan, dejan luego
 El que á ellos confiado antes le fuera,
 Y él camina de Niso en compañía
 Y al príncipe real se le presentan.

Era el tiempo en que el sueño dulce y blando
 Alivia las fatigas de la tierra
 Y todos sus trabajos; los Troyanos
 Guerreros principales se aconsejan,
 Sobre medidas que tomar debian
 En apuro tan grande, y como hicieran
 Para contar á Eneas los sucesos.
 Todos están en pié, pero en la diestra
 La lanza tienen que en el suelo apoyan,
 Y sostiene el escudo la siniestra.
 Niso con Eurialo allí aparecen
 Y piden al Consejo su asistencia,
 Que de grande importancia es el negocio.
 Que deben proponer á la asamblea:
 Y Julio sorprendido los recibe
 Y á Niso manda diga su propuesta.
 Toma el hijo de Hirtaco la palabra
 Y dice: «Dignos del valiente Eneas,
 «Amigos, favorables escuchadnos,
 «Ni midais por los años nuestra empresa;
 «En el sueño y el vino sepultados
 «Los Rútulos están, ni qirse dejen.
 «Para sorprenderlos hay un propio
 «Lugar dó se halla la doblada senda

«Que á la puerta fin dá de la marina.
 «Ni el fuego luce, solo el aire humea:
 «Si la ocasion lo permitis se logre,
 «Iremos á buscar á Palantea
 «A nuestro gefe y volveremos pronto,
 «De despojos cargados con sangrienta
 «Matanza de enemigos en su campo;
 «Y creemos hallar senda derecha,
 «Que en nuestras cacerías descubrimos.
 «Al fondo de estos valles, las aldeas
 «Y edificios que lucen junto al rio
 «Anuncian la Ciudad en la ribera.»

Aletes sabio con la edad madura,
 Y que las cosas pesa con prudencia,
 Al oír tal discurso así exclamaba:
 — «¡Dioses de Troya! siempre su defensa,
 «Esterminar aun no habeis resuelto
 «De Téucro la gloriosa descendencia,
 «Cuando aun levantais almas tan grandes
 «Y con tanta virtud y tan intrépidas!»

De esta manera él abraza al uno
 Y al otro, y ambas manos les estrecha,
 Y su rostro bañando con el llanto
 Les dijera: «¿Que digna recompensa
 «Darse pudiera á tal atrevimiento?
 «¡O jóvenes guerreros! solo premian
 «Los Dioses tanto esfuerzo, y de ellos solo
 «Lo debeis esperar, y el pio Eneas
 «Tambien agregará justos favores;
 «Y cuando tenga Ascanio edad propecta,
 «No olvidará jamas accion tan grande.»
 Y Ascanio replicó; «Yo aun que no tenga

«Otra esperanza que la herencia patria,
 «Yo juro ¡ O Niso! á la Deidad suprema
 «De Troya y grande Asáraco los Lares
 «Y el gran santuario de la casta Vesta,
 «Cuanto poder y bienes la fortuna
 «Ponga en mis manos, otros tantos tengan
 «Las tuyas si á mi padre tú conduces
 «Y le puedes tornar á mi presencia,
 «Calmando estas zozobras. Y dos copas
 «Alegre te daré de plata neta,
 «Que figuras adornan de relieve
 «Del mas fino trabajo, y premio fueran
 «De mi padre venciendo Arisba fuerte,
 «Que de aquesta Ciudad ganó en la guerra.
 «Y tambien con dos trípodés iguales,
 «Dos talentos de oro, y muy mas precia
 «Un vaso antiguo que Sidonia Dido
 «Me dió la hermosa de Cartago reina.
 «Y si un día me diere la victoria
 «El que pueda mandar la tierra Ibero,
 «Y si cayere en mi botin por suerte
 «Ese bravo corcel que Turno lleva,
 «Con ese escudo de oro y ese casco
 «Con las plumas que fuego colorean
 «¡O Niso! desde ahora serán premio
 «De tu valor, y aun mi padre Eneas
 «Doce bellas cautivas hará tuyas,
 «Y otros tantos cautivos que armas tengan;
 «Con las tierras que de ellos fueran propias,
 «Y que al Latino rey pertenecieran.
 «Y por lo que hace á tí, jóven gallardo,
 «Cuya edad nos pusiera muy mas cerca,

«Desde hoy mi corazón es todo tuyo,
 «Serás mi compañero en toda empresa
 «Que la gloria reclame tendrás parte,
 «Serás mi confidente en paz y en guerra
 «Por acción y consejo.» Mas Eurialo
 A Ascanio respondió de esta manera:
 —«Jamás desmentiré tan noble arrojo,
 «Y quiera el cielo coronar mi empresa
 «Con éxito feliz, pero entre tantos
 «Favores, uno pido que los venza
 «Y que aprecio muy más; tengo una madre
 «Que de Priamo tiene descendencia;
 «Todo lo ha abandonado por seguirme,
 «El país dó nació, la patria nueva
 «Que Acestes le ofrecía, más la dejó
 «Sin que ella sepa el riesgo de mi ausencia,
 «Sin antes estrecharla entre mis brazos.
 «Yo tomo por testigo á aquellas negras
 «Sombras ya de la noche, y más que á todo
 «A esa tu espada y poderosa diestra,
 «Que yo nunca podría sostenerme
 «Contra los llantos de una madre tierna;
 «Pero yo te conjuro la consteles
 «En su desolación y en su miseria.
 «Permíteme seguro al menos parta
 «Confiado en la fé de tu promesa,
 «Y con doble valor el riesgo arrostre.»

Los Troyanos oyendo tales quejas,
 Con lágrimas bañaban sus semblantes;
 Pero Julio el hermoso manifiesta,
 Mas ternura que todos recordando,
 Tan dulce idea en la piedad materna.

— «Si, le dijo, prometo cuanto debo
 «A ese grande valor y alta fineza;
 «Tu madre será mia, solo el nombre
 «De Creusa le falta, el resto es ella;
 «Todo debe esperar de mí la madre
 «De tal hijo, sea el éxito el que sea.
 «Por mi frente lo juro, por quien siempre
 «Mi gran padre jurára con frecuencia,
 «Que á tu vuelta tendrás lo prometido,
 «Y fiel seré á tu madre y parentela.»

Cuando así hablaba con los ojos llenos
 De triste llanto, de su cinto fuera
 Pone la espada, la exquisita obra
 Con puño de oro de Licaon de Creta,
 Y la vaina en marfil y rojo cobre.
 Mnesteo diera á Niso una piel bella
 Con luenga cabellera guarnecida,
 Y con Aletes fiel el morrion trueca.

Bien armados así su marcha siguen
 Los jóvenes y ancianos de gran cuenta,
 Hasta las puertas van con largo séquito,
 Haciendo al cielo votos por su vuelta;
 Mientras el hermoso Julio, cuyo sexo
 Superior á su edad en la prudencia,
 Para su padre encarga cuanto puede
 Dictarle su ternura; pero vuelan
 Con el viento implacable las palabras,
 Y en las nubes se pierden altaneras.
 Ellos parten los fosos traspasando,
 Y los dominan densas las tinieblas;
 Al campo llegan que les fué funesto
 Antes sacrificando turba inmensa.

En todas partes ven á los soldados
 Que tendidos están sobre la yerba,
 Y el sueño los posee con el vino;
 Carros desenganchados en la arena,
 Duermen sobre el arnés los conductores
 Reclinados también sobre las ruedas;
 Acá y allá las armas esparcidas
 Entre vasos de vino por la tierra;
 Mas el hijo de Hirtaco entonces dice:

—"Un atrevido lance se presenta
 "A mi brazo y á ello me convida
 "La ocasión, y cierta ved ahí la senda.
 "Tú que debes temer que el enèmigo
 "Venga á sorprendernos, está alerta
 "Y observaráslo todo desde lejos;
 "Nada escaparse de tu vista pueda;
 "Yo el paso te abriré, ancha es la via,
 "Y nada encontrarás que te detenga."

El se calla diciendo estas palabras,
 Y con la espada en mano ya se acerca
 Sobre el fiero Ramnetes que tendido
 En un tapiz el que cubrió la tierra,
 Los vapores exhala mas ruidosos,
 Y el mas profundo sueño le siguiera.
 Ramnetes era rey, y muy querido
 Del gran Turno también por su destreza
 En conocer agüeros; mas no alcanza
 Su desgracia á vencer aquella ciencia.
 Niso degüella á todos sus criados
 Que le rodean y en las armas duerman,
 Y muerte dan á Remo su escudero
 El que guía su carro, y su cabeza

En él descansa, y le cortara el cuello
 Y á su amo tambien, dejando abierta
 Una fuente de sangre que á torrentes
 En un instante inunda lecho y tierra.
 Ni á Lamiro perdona, á Lamo menos,
 Ni al hermoso Sarrano, aquel que juega
 Toda la noche, mas le vence el sueño
 Que un enemigo Dios sobre él trágera.
 Felice si pudiera resistirlo
 Y á él la aurora jugando su luz diera.
 Semejante á un leon que estimulado
 De la hambre voraz que cruel le aqueja,
 El rebaño destroza y los corderos,
 Que mudos de terror fiero degüella
 Y los devora, y con la sangre tiñe
 Las hondas fáuces de su boca trémula.

Ni hace menos estragos Eurialo
 Que al furor se abandona de la guerra,
 Y redoblando golpes de su espada,
 Gentes sin nombre que en olvido quedan.
 Hierde una multitud de los guerreros,
 Mueren Fado y Abaris, Reto, Hebese,
 Que todos duermen hondo, menos Reto
 Que tras de un vaso oculto todo viera,
 Y en el momento que le siente Eurialo,
 En el pecho escondió la hoja sangrienta
 Y la vido al sacarla su enemigo.
 Pero cuando de Reto el alma vuela,
 Sangre y vino rodaban abundantes.
 El guerrero inflamado mas se empeña
 En sus hazañas de la noche oscura;
 Y al cuartel de Mesapo casi llegan.

Se apagaban los fuegos, los caballos
 En libertad ya pastan en las selvas,
 Mas Niso echó de ver que el fuerte amigo
 Se deja arrebatár de su fiereza
 Y del furor de la matanza cruda;
 Y le dice: — « La aurora ya se acerca
 «Y á vendernos irá; víctimas hartas
 «Mirad aquí, mirad la senda abierta
 «De nuestros enemigos por el medio.
 «De oro y plata las obras allí quedan,
 «Armas, vasos, tapices los mas ricos.»
 Eurialo miró con vista atenta
 Del rey Ramnete el cinturón brillante
 Con sus dorados clavos que él ciñera.
 Fué la hospitalidad quien le enviara,
 Del poderoso Cédico gran prenda,
 A Rémulo de Tibur soberano,
 Y Rémulo muriendo lo cediera
 A su nieto, y los Rútulos lo alcanzan
 Entre varios despojos de la guerra.
 Vístelo Eurialo y se lo ajusta
 A su espalda aunque digna en vano lleva.
 Pone sobre su frente, de Mesapo
 El soberbio morrión, que pareciera
 Para él al intento fabricado,
 Y al campo salen por seguras sendas.
 Entretanto, ginetes enviados,
 De Laurento salían con gran priesa,
 Y su marcha adelantan sobre el resto
 De la armada á llevar algunas nuevas
 A Turno y recorrían la llanura.
 Todos eran trecientos y armas llevan

De Volcens á las órdenes, cercanos
 Al campo estaban ya, y tambien cerca
 Del enemigo muro, y descubrieron
 Los guerreros que giran por la senda
 Del lado izquierdo, y reflejar se via
 Del morrion de Eurialo las centellas,
 Que los rayos de luz ya pricipiaban
 A disipar las sombras y las nieblas.
 Mírase el resplandor en el instante
 Y la vista de Vólcens fija atenta,
 Y en medio de su tropa entonces grita:
 —" Guerreros, deteneos, ¿ esta senda
 "Dó vos conduce? á donde vais armados ?"
 Ellos sin responder se dieron priesa
 Del bosque por el medio á huir veloces,
 Y evitar el peligro en las tinieblas.
 Los ginetes que el sitio conocian,
 En las salidas ponen centinelas,
 Y en este bosque inmenso que plantado
 Está de encinas, árboles y breñas,
 Solo quedan abiertas sendas raras
 Que aquellos habitantes no frecuentan.
 Lo grave del botin y la espesura
 Del bosque á Eurialo bien le arredran,
 Y el temor de estraviarse en el camino;
 Niso le salva, y sin sentir mas pena
 A cubierto se cree del peligro,
 Pues se persuade estar sobre la tierra
 Que de Alba fué despues. El rey Latino
 Hace pastar allí muchas ovejas;
 Se detuvo al momento, y atrás vuelve
 Y no encontrando á Eurialo, su prenda,

Esclamaba diciendo:—«¡Desgraciado!

«¿Donde te dejo yo? adonde fueras

«Para buscarte allí?» Y atrás volvía,

Y repasa de nuevo la floresta,

Y lugares por donde habia pasado

A la salida; errante recorriera

Silenciosos arbustos, y escuchaba

Los caballos y pasos que se acercan

Precipitados sobre perseguida

Gente que corre; pero luego suena

Un grito agudo que su oído hiera,

Y á Eurialo miró que le rodean

Enemigos en medio de la noche,

Y susto y turbacion de él se apoderan

A pesar de la fuerza que resiste

Y consigo le llevan con violencia.

«Entonces que haré yo? y con que armas

«Libertaré á mi amigo en la contienda?»

Desesperado acaso se arrojára

A buscar con la muerte honra y defensa.

Sin perder un instante un dardo toma

Que blandiera en el brazo con destreza;

Y á la Luna invocando así suplica:

«Potente Diosa, de los ástros reina,

«¡ Oh hija de Latona y de los bosques

«La guarda tierna, si una vez ofrenda

«En tu altar presentó mi padre Hirtaco,

«En mi favor pidiendo tu clemencia,

«Si yo mismo he pagado igual tributo,

«De tu templo en las bóvedas suspensas

«A las bestias feroces, haz ahora

«La confusion derrame de la guerra

«En estos enemigos, y dirige
 «Tú misma por el aire aquestas flechas.»
 Así dice, y con fuerza vuela el hierro
 Hendiendo de la noche las tinieblas,
 Mas él se rompe y las astillas hieren
 La espalda de Sulmon, y le atraviesan
 El corazón. Él cae vomitando
 De sangre un río que la vida lleva;
 Todo registran, se revuelve todo
 Por todas partes, pero nada encuentran.
 Niso animado con el duro golpe,
 Pronta ya tiene la segunda flecha;
 Mientras ella se agita hiere el dardo
 A Tago, y con silvido le penetra
 Ambas sienes, y allí queda clavado.
 Volcens furioso sin saber dó venga
 El tiro con el brazo que lo lance,
 Y adonde su furor embestir pueda:
 «La sangre de los dos vengaré ahora.
 «En tí,» le dice, y con la espada presta
 Se vá sobre Eurialo, y Niso entonces
 Lleno de espanto y miedo, un grito diera
 Que ni permanecer oculto quiso
 Por mas tiempo en exceso de su pena.
 «Ved ahí que yo soy quien todo ha hecho,
 «Todos volved á mí espadas fieras,
 «O Rútulos, yo soy solo el culpable,
 «En este jóven no hay ni alma ni fuerza
 «Para poder hacerlo. Y por testigos
 «A los cielos yo pongo, y las estrellas
 «Que viéndonos están, su solo crimen
 «Es á un amigo amar que infeliz fuera.»

Así habla Niso, mas el fuerte brazo
 Que la espada impulsó con gran violencia,
 De Eurialo atraviesa el blanco seno
 Una anchurosa herida. Él cae en tierra,
 Y de arroyos la sangre el cuerpo bello
 Inunda muerto. Y cae su cabeza
 Sobre la espalda como flor purpúrea
 Que el arado amenaza con su reja,
 O como adormidera que se inclina
 Por la lluvia cargada que le apesa,
 Y mal sostiene el fatigado cuello.

Niso se lanza en medio á la refriega,
 Solo á Volcens buscando, á él solo quiere:
 Mas en torno de él todos se estrechan
 Y sus golpes detienen y embarazan.
 Su furor no desmaya que su diestra
 La espada remolina fulminante,
 Y en la boca del Rútulo la entierra.
 Cuando rabioso grita y amenaza
 Por su vida salvar á la despensa
 De su enemigo: entonces traspasado
 De golpes y de heridas caer se deja
 Sobre el cadáver de su dulce amigo
 Que ya no existe, pero que allí encuentra
 Calma y reposo con tranquila muerte.
 ¡O pareja dichosa! ¡O quien me diera
 Que mis versos venciendo las edades
 A tus recuerdos dén memoria eterna!
 Mientras que rija el alto Capitolio
 Y allí brille también raza de Eneas,
 Y que el Padre mandando á los Romanos,
 Dicte en su imperio leyes á la tierra.

Botin diera y despojos la victoria
 A estos guerreros que al llevar lamentan
 De Volcens el cadáver con gran lloro
 A los Reales, y dolor y pena;
 Por Ramnete, Sarrano, Numa y otros
 Guerreros de gran nota, que degüellan
 Los Troyanos ó estaban medio vivos,
 Y arroyos de su sangre el suelo riegan.
 Los despojos conocen de Mesapo,
 El brillante morrion, tahalí que diera
 Ocasión tan fatal á recobrarlo.

Ya la risueña aurora el lecho deja
 De su esposo, y ya Febo difundia
 Sobre la oscura tierra su luz bella.
 Llama Turno á los gefes y guerreros,
 Y los forma en batalla, y los cubriera
 El cobre, é inflamaba á sus soldados
 Con los discursos que el furor enciendan.
 Van delante en las picas enclavadas
 De Niso y Eurialo las cabezas;
 Trofeo horrible que acogió la armada
 Con espantosos gritos de crueza.

Infatigables siempre los Troyanos,
 Forman sus batallones á la izquierda
 De sus murallas, porque el otro lado
 El rio lo defiende; con cautela
 Los anchurosos fosos guardan unos,
 Otros guardan en pié las fortalezas,
 Mirando tristemente al enemigo,
 Y las sangrientas lívidas cabezas,
 Bien conocidas que en el triunfo fueron.
 Con sus rápidas alas Fama lleva

Esta infáusta noticia al campo todo,
 Y de Eurialo á la madre tambien llega.
 En sus venas se heló toda su sangre,
 De sus manos cayó la lanzadera;
 Vuela fuera de sí con sus lamentos,
 Y mesando el cabello ya penetra
 A la muralla y las primeras filas.
 Ella ni vé el peligro, ni las flechas
 Que su fiero enemigo le enviara,
 De amargos gritos solo el aire llena:
 «¿No eres tú á quien yo veo mi Eurialo?
 «¿Tú mi esperanza, el báculo que lleva
 «Mi vejez? ¿y pudiste abandonarme,
 «Cruel, ni dudas entrar en esta empresa
 «Con un peligro tal sin darme parte
 «Y recibir de tí salud postrera?
 «¡Ay! que tendido en ese suelo extraño
 «De pasto servirás á fieras bestias,
 «Y á las aves y perros. ¡Desgraciada
 «Madre infeliz! ¡que colocar no pueda
 «Sobre el fúnebre lecho ese tu cuerpo,
 «Tus heridas lavar, limpiar con estas
 «Telas que ya mi mano presurosa
 «Para tí trabajó con gran faena,
 «Siendo esta ocupacion la que aliviaba
 «De mi vejez cansada las tareas!
 «¿A dó te seguiré? ¿dónde los restos
 «Hallaré de tus miembros por la tierra
 «Esparcidos? veré de tí esto sólo?
 «¿Por esto te seguí mares inmensas?
 «¿Por esto registré tantas comarcas?
 «¡O Rútulos! herid si acaso os queda

«De compasion un resto, vuestros dardos
 «En su primer furor me dejen muerta.
 «Y tú, potente padre de los Dioses,
 «Muévate mi dolor, y que la fuerza
 «De tu rayo veloz, hunda en el Tártaro
 «Esta mi odiosa vida, si no pueda
 «Mi existencia cruel aniquilarla.»

No hay á quien este llanto no conmueva,
 Y tan tristes gemidos circulaban
 De fila en fila, y el valor y fuerza
 Disminuye al guerrero en el combate.
 De esta triste infelice la presencia
 Hacía derramar tristeza y llanto.
 Pero á Ideo y Actor entonces ruega,
 Ascanio que en dolor se deshacia,
 A Ilioneo les mande con prudencia
 La lleven á su techo solitario.

Ya resuena el clamor de la trompeta
 A lo lejos, con gritos muy terribles
 De los guerreros que la esfera llenan.
 Los Rútulos formando la tortuga
 Con sus escudos, por si acaso ciegan
 Fosos y empalizadas arrancando;
 Escalas otros, arrimar intentan,
 Y penetrar al muro por la fila
 O menos defendida ó menos densa.
 Toda especie de armas los Troyanos
 Rechazan con las picas muy estensas,
 Que al sitio acostumbrado de diez años
 Entienden de sus muros la defensa,
 Hacian rodar las piedras de gran peso
 Que á la tortuga por el techo hendieran.

Mas ellos obstinados, protegidos
 Por la espesa tortuga, menosprecian
 Todos los riesgos; pero no bastaba
 El poder resistir la nueva fuerza
 De un nuevo batallón que se aproxima
 Con aire de embestir con gran violencia.
 De los Troyanos rueda una gran masa
 Que á los Rútulos hunde y les rompiera
 La terrible tortuga impenetrable.
 A pesar de su audacia, ya no intentan
 Renovar este género de ataque,
 Porque oculta el peligro á quien lo emprenda;
 Y á los Troyanos arrojar procuran
 Solo misiles. Mezencio ver se deja,
 Que un encendido pino va agitando
 Con un aire terrible, y le cubrieran
 Sus armas con el humo; mientras Mésapo,
 En caballos domar la mano diestra,
 Pone la empalizada en tierra llana
 Y las escalas en el muro sienta.
 ¡O musas! ¡O Caliope! que yo escuche
 La dulce inspiración que el alma llena
 De tu fuego divino que dá vida,
 Y haces que mire la matanza horrenda
 Que obró de Turno la sangrienta espada,
 Y víctimas que al Tártaro cayeran.
 Desarrolladme aqueste inmenso cuadro,
 Decidlo, Diosa, de Memoria reina,
 Y volved á contar tan alta historia.
 Una torre se alzó que al cielo eleva
 Multiplicados tramos; resistia
 Con gran poder á la enemiga fuerza

Y asaltarla querian; los Troyanos
 La defendian diluviando piedras
 Por las almenas; saeteras, torres;
 Y Turno dando ejemplo, veloz suelta
 Un encendido dardo que se fija
 Del edificio al flanco, y la madera
 Por el viento encendida el fuego estiende,
 Y de los defensores la sorpresa
 Crecia y rechazaban el peligro;
 Y mientras con valor allá se estrechan
 Adonde el fuego aun no habia llegado,
 De improviso la torre viene á tierra,
 Por el enorme peso desplomada,
 Con ruido que resuena en la alta esfera.
 Arrastra la ruina á los Troyanos,
 Y medio muertos hasta el suelo llegan,
 Ya por sus propias armas magullados,
 O por la tablazon y las maderas.
 Solo Helenor y Lico se salvaron
 De este desastre. Helenor de mas provecta
 Edad, era el hijo de Meonio
 Rey, y de Licimnia hermosa sierva
 Su madre, y le criara en el secreto,
 Y contra ley que la milicia observa.
 Le envi6 á Troya militar oscuro,
 Simple la espada, escudo sin empresa,
 Y cuando se vi6 en medio de la tropa
 De Turno y batallones que le cercan,
 Como bestia feroz que cazadores
 Con armas en la mano la rodean,
 Y saltando furiosa entre las picas
 Pronto las vence; el j6ven que ya cierta

Su pérdida creia, se arrebatá
 Y á las lanzas se arroja mas espesas.
 Y Lico en la carrera muy ligero,
 Por armas y enemigos atraviesa,
 Y procurando asir del muro el borde
 Cási tocan las manos asideras.
 Turno le lanza un dardo que le sigue
 De cerca, y que le alcanza: «¡O alma necia!
 «Le dice, tú esperaste de mi brazo
 «Salvarte.» Mas al punto se apodera
 De una almena y queda suspendido,
 Y él le arranca de allí, le trae á tierra,
 Y á un tiempo arrastra de muralla un lienzo.
 Como el ave que á Jove el rayo lleva,
 Y la tímida liebre ó blanco cisne
 En sus garras oprime en la alta esfera;
 O como el lobo, que protege Marte,
 Al corderillo asalta en la pradera
 Implorando con débiles balidos
 De su madre el socorro. Una gran piedra,
 De una altiva muralla enorme resto,
 Ilioneo la arroja, hunde con ella
 A Lucecio que viene ya dispuesto
 A incendiar á la una de las puertas:
 Ya Lígero da muerte á Emationeo;
 Asilas se la diera á Corinea;
 A aquel un dardo que lanzara diestro,
 Y á este de lejos la segura flecha:
 Ceneo mata á Ortigio, y á Ceneo
 De Turno el brazo, que también lo hiciera
 Con Itis, Ceonio, Dioxipo y Prómulo,
 Asagaris y á Ida en la defensa

De las torres alzadas, y Priverno
 Muerte recibe de la mano diestra
 De Capys, y que antes breve herida
 De un dardo de Temilia recibiera,
 Y su escudo imprudente abandonando
 La mano aplica á la herida hecha,
 Y al instante una flecha voladora
 La mano cose al pecho y le penetra
 El órgano vital con mortal golpe:
 De Arcens el hijo en la troyana fuerza
 Por sus brillantes armas se distingue,
 Y sombrío encarnado de la Iberia
 Y rica bordadura con que luce,
 Pero muy mas admira su belleza.
 Arcens envia á su hijo acompañando
 La comitiva del valiente Eneas,
 El que antes él mismo habia educado
 Del bosque del Dios Marte en la ribera
 Del Simeto, el altar cerca de Pálico
 Con sangre de las víctimas lo riega;
 Mas Mezencio sus dardos abandona,
 Y una honda tomando la rodea
 En torno de su sien con silvo horrible
 Del plomo que se inflama en la carrera
 Y la frente le hiende disparada,
 Y le deja mortal sobre la tierra.

Pero el jóven Ascanio, de quien dicen,
 Que hasta ahora agitó solo á las fieras
 Del bosque, ya al combate se prepara
 Y al valiente Numano cruda flecha
 Le dispara y le mata; este es Rémulo
 El cuñado de Turno, porque fuera

Casado con su hermana, y orgulloso
 Por ser de real familia y parentela,
 De las filas se sale prodigando
 Irónicos insultos con voz régia:

— «Ni vergüenza teneis de estar sitiados,
 «O Frigios, que dos veces ya lo fuerais,
 «Y oponéis nuevos muros á la muerte
 «Que os amenaza? ¿Mas acaso intentan
 «Con armas disputar nuestras esposas?
 «¿Que Dios, ó que locura ora os aquejan
 «Que á la Italia vos trae? ni aquí Atridas
 «Ni artificioso Ulises os esperan.
 «Aquí una raza está, la que á sus hijos
 «Los bañan al nacer en la onda fresca
 «De este vecino río, y aunque helado
 «Allí les lavan en la infancia mesma:
 «Pasan la noche en fatigosa caza,
 «Doman prisiones disparando flechas;
 «Es incesante el juvenil trabajo,
 «Y sóbria y laboriosa dura tierra
 «Hienden con el arado, ó con las armas
 «Ciudades enemigas combatieran.
 «Y con la punta de la lanza herimos
 «Al tardó buey para avivar pereza.
 «Como vejez cansada no afemina
 «Con su peso el vigor de nuestras fuerzas,
 «Siempre oprime el morrion nuestros cabellos
 «Blancos y en todos el valor conserva,
 «Para obtener así nuevos despojos
 «Y vivir siempre de enemiga presa.
 «Vosotros os vestis de roja púrpura,
 «Sin mas ocupacion que no tenerla,

«La vida conservais para la danza,
 «La túnica con mangas siempre abiertas,
 «Y las cintas que ondean de la mitra
 «Claman vuestra molicie y grande inercia.
 «Id Frigias, que no Frigios, id al monte
 «Díndimo á escuchar las cantinelas,
 «Y dulces sonos de la flauta doble,
 «Y tamborcillos de la madre Vesta;
 «Que allá os aguardan en el bosque Ideo,
 «Y á los hombres dejad armas y guerras.»

Sufrir no pudo Ascanio éstas bravatas
 Ni insultos tan sangrientos: con atenta
 Vista á Númano mira, y con su mano
 Pone del arco en la tendida cuerda
 Una flecha; y á Júpiter le dice:

—«¡Oh! protege, gran Dios, esta primera
 «Prueba de juventud bastante osada;
 «Que yo á tu templo llevaré en ofrenda,
 «Y allí caer verás en tus altares,
 «Un blanco toro que la frente lleva
 «Dorada, y su cabeza sea tan grande
 «Que á su madre parezca en la fiereza,
 «Y tierra esparsa con los pies ligeros.»

El padre de los Dioses luego oyera
 La súplica, y tranquilo aunque lo estaba
 El Cielo, resonó por parte izquierda
 Con trueno aterrador, y horrendo silvo
 Del Rútulo llegando á la cabeza,
 Se la atraviesa con agudo fierro.

—«Ya lo ves, dijo Ascanio, esta respuesta
 «A tus insultos de insolencia llenos
 «Los Frigios dan en su prision y afrenta.»

Dejó de hablar Ascanio, y los Troyanos
Ensalzan su valor á las estrellas.

Sentado en una nube estaba entonces
El Dios de la ondeante cabellera,
Y á la Ciudad y á los Latinos mira.

— «Valor, dice, valor, hijo de Eneas
«Generoso, que al cielo así se sube,
«Sangre digna de Dioses y que engendrá»
«Dioses también, y descendencia noble
«De Asáraco el insigne á quien le dieran
«Los destinos la gloria de algun día
«Encadenar el monstruo de la Guerra.»

Estas palabras dice el Dios, y á Ascanio
Se dirige en figura que asemeja
A Bútes el anciano, el que escudero
De Anquises grande en otro tiempo fuera,
Y ahora de su hijo compañero.
Apolo conservando la apariencia
Se adelanta, y su voz era la misma,
Y sus crüeles armas le resuenan.

— «Hijo de Eneas, dice, diste muerte
«Al valiente Numano con la flecha;
«Esto baste, que Apolo poderoso
«La primera victoria te la diera,
«Sin parecer celoso de tus armas
«Rivales de las tuyas; mas no quieras
«Empeñarte en combates superiores
«A esa tu edad tan delicada y tierna.»
Y Cintio así dijera, y se ocultaba
A los mortales que el ambiente cerca.
Los caudillos Troyanos reconocen
Al Dios por el rüido de sus flechas

Y por la autoridad de Apolo mismo
 Reprimiendo el ardor que Ascanio ostenta.
 Pero ellos vuelven al combate prontos
 A prodigar su sangre en la pelea.

Mas se levanta un grito en la muralla
 Que en las filas corriendo en torno suena;
 Los arcos tienen sus tendidos nervios
 Prontos á disparar crueles saetas;
 La tierra llena está de armas misibles
 Los cascos con escudos se restrellan,
 Semejante á la lluvia tempestuosa
 Que del poniente los alientos llevan,
 O cual se precipita de lo alto
 El sonante granizo en la onda tersa,
 Cuando Jove de vientos escoltado
 Del Medio dia agita su violencia,
 Y del lluvioso invierno rompe el seno
 De las cóncavas nubes que vertieran
 De arrebatada lluvia los torrentes.

Los hijos de Alcanor y los de Hiera
 Su madre, que en florestas habitaba,
 Pándaro y Bitias que ambos la luz vieran
 En un bosque al gran Jove consagrado,
 Guerreros semejantes en su alteza
 A los abetos ó montañas mismas
 En medio de las cuales se nutrieran;
 Y de valor y de confianza llenos
 Abren ellos conformes la ancha puerta,
 Y á entrar al enemigo le convidan;
 Mas ellos á la izquierda y la derecha
 Colocados cual torres los aguardan
 Empuñando la lanza que blandieran,

Y en sus soberbias frentes agitando
 El gran penacho que mirarlo aterra;
 Parecian allí cual dos encinas
 Que á la orilla del Pó crecen parejas,
 O en el risueño Adige levantando
 Sus altaneras frentes que se ondean,
 Entre las densas nubes orgullosas
 Sin tocarlas el hierro sus cabezas.

Los Rútulos al ver libre la entrada
 Se lanzan de tropel. Y Quersens entra
 Y Aquícolo el hermoso con sus armas,
 Tinaro el impetuoso, el fuerte Hemo
 Que rechazando con vigor llevaban
 Batallones enteros de las puertas,
 O la vida perdian al impulso
 De su lanza invencible contrapuesta.
 Crece el tumulto y ruido en el ataque,
 Aumentaba el furor la resistencia
 En los que combatian: los Troyanos
 Comienzan reunidos la pelea,
 Y dejando la puerta al campo salen,
 Y combatiendo las murallas dejan.

Turno ya en la otra banda ardiente ataca,
 Y á todos los sitiados desordena,
 Sabe que el enemigo ya animado
 Desdeña combatir entre las puertas:
 Abandonando entonces este ataque,
 De cólera abrasado al punto vuela
 A la Dardania puerta á donde estaban
 Los hermanos, y ya con su violencia
 Derriba al paso á Antífates el hijo
 De Sarpedon el grande que naciera

Bastardo de Tebana, y que le pasa
 Del pecho la inferior parte postrera,
 Y de la ancha y la profunda herida
 La sangre corre en espumosa vena,
 Y se calienta en el pulmon el hierro
 Donde clavado fijo allí se queda:
 Con sus armas tambien Mérope muere,
 Y despues Erimanto y Afidena.
 Pero él en fin reconociendo á Bitias,
 Inflamados los ojos, su firmeza
 Siempre indomable, no dispara un dardo,
 Y falárica fué la que saliera
 Como rayo impetuoso, que ni el cuero
 Doble de un toro con su masa espesa,
 Ni con tegido doble fiel coraza
 De oro, no pueden detener la fuerza
 Del golpe que le abate con su peso;
 La tierra gime y el escudo suena
 Estrepitoso que asemeja al trueno;
 O cual suceder suele en las riberas
 Del golfo Bayas cuando horrible mole
 De desprendidas rocas se sumerja
 Y se abisma en el fondo de las aguas,
 Y se agitan lanzando inmensa arena.
 Mientras que con caída tan terrible
 Los cimientos de Próchita se ondean
 Y el lecho de Tifeo gime al peso
 De Inarino que Jove le impusiera.

En tal momento el Dios de los combates,
 Nuevo valor inspira á los de Iberia,
 Mientras que á los Troyanos los agita
 Con el miedo y terror que fuga alienta;

Y el enemigo la ocasion abraza
 Que Marte favorable le presenta,
 A vista de su hermano allí tendido
 Sobre el polvo y peligro que recela,
 Sobre la puerta se apoyando Pándaro
 Con sus anchas espaldas con violencia
 Hace girar los goznes, que dejára
 De suyos un gran número por fuera
 Y van á combatir sin esperanza,
 Pero deja con él gente estrangera.
 El imprudente Pándaro no advierte
 Que el de Rútulos rey allí estuviera,
 Y que entonces el mismo fuerza el paso
 Y en la Ciudad se encierra, y se asemeja
 A un tigre que furioso á los rebaños
 Acomete; deslumbra una luz nueva
 A los ojos de todos: un rüido
 De armas espantoso oír se deja.
 Un penacho se mira sanguinoso
 Cuyo color y movimiento aterran,
 Con un escudo que dispara rayos
 Y con brillo en redor relampaguea.
 Conocieron á Turno los Troyanos,
 Su gesto de amenaza, su cabeza
 Que á todos sobresale, su alta talla
 Que prócer le distingue. Mas cual fiera
 Sobre su lanza Pándaro abrasado
 Por la muerte crüel que á Bitias diera:
 «Aquí no está el palacio, le decia,
 «Que ofreciera á su yerno Amata reina,
 «Ni estos los muros que á la Ardea ciñen
 «Donde viste la luz la vez primera.

«Este es el campo dó verás la muerte,
 «No esperes salir de él.» Turno sonriera
 Con fria amarga risa, y le responde:
 «Pues si te atreves, ven con tu fiereza
 «A medirte conmigo; tal vez puedas
 «Alabarte orgulloso en la presencia
 «De Priamo que hallaste aquí un Aquiles.»
 Asi dice, mas Pándaro con fuerza
 Lanza su gruesa y larga javalina
 Que vuela con sus nudos y corteza.
 Mas ella no penetra sino el aire,
 La hija de Saturno el golpe aleja
 Y en la puerta la clava. «Tú no evitas,
 «Le dijo Turno, el fierro que te asesta
 «Mi mano, y sentirás ahora mismo
 «De ambos tiros la enorme diferencia.»
 Así dijera y en los pies se apoya,
 Y en dos parte su espada la cabeza
 Y de Pándaro el rostro; suena el aire
 Y al peso del gigante el suelo tiembla,
 Los miembros desfallecen y sus armas
 Con su sangre se bañan, y allí quedan
 Tendidas en el polvo y separadas
 Sobre sus hombros las dos partes yertas.
 De espanto poseidos los Troyanos,
 Si el Rútulo pensára en la barrera,
 É introdujese todos sus valientes,
 Último fuera el dia de la guerra.
 Y allí acabára la nacion Troyana:
 Mas tal furor á Turno poseyera,
 Tal deseo de muerte, que persigue
 Las fugitivas filas con demencia.

A Fálaris sorprende, hiere á Giges,
 Y los dardos que arranca de la diestra
 Enemiga los lanza al fugitivo;
 Juno redobla su furor y fuerza;
 A estas primeras víctimas añade
 Halis, Fegeo, cuyas armas fueran
 Ligero escudo, y tambien á Alcandro,
 Halio, Nemon, Pritanis y caterva
 Que el muro defendia, rechazando
 A cuantos asaltaban la barrera.
 Ya solo contra él marcha Linceo;
 Que á sus guerreros sin cesar vocea;
 El le previene y deja la muralla,
 Y de un golpe le corta la cabeza,
 Y lejos salta el enemigo casco.
 Tambien dió muerte á Amico, de las bestias
 Salvages destructor, y el muy mas diestro
 En empapar con venenosas yerbas
 Los dardos y el armarlos con ponzoña.
 Cae Clicio, aquel que descendiera
 De Eolo; el amigo de las musas
 Creteo, de quien Caliope es la suprema
 Delicia, con la lira que cantara,
 Con variados sonidos la carrera
 Del vencedor corcel, y las hazañas
 Del guerrero inmortal en la pelea.
 Los caudillos Troyanos y Mnesteo
 Y Seresto informados de la horrenda
 Matanza que en sus socios ejecutan,
 Corren y ven que ya esparcidos vuelan,
 Y en la Ciudad están los enemigos.
 — «¡A donde huis? les grita ¡que! ¿ no es esta,

«O teneis otros muros y baluartes
 «De que os hayan confiado la defensa?
 «¡Que! ¿un hombre encadenado en vuestros muros
 «Impunemente tal matanza pueda
 «Hacer solo en la flor de los guerreros?
 «¡O cobardes! ¿no ois como resuena
 «De la patria infelice la voz triste,
 «Ni á los antiguos Dioses, ni á ese Eneas
 «El grande conoceis? ¿ya en vuestros pechos
 «Murió la compasion con la vergüenza?»

Detuviéronse al fin con tales voces,
 Y cerradas las filas, la pelea
 Principia y cede Turno poco á poco,
 Y quiere encaminarse á la ribera
 Del rio y á aquel lado que confina
 Con él, y crece el número y se aumenta
 Mas y mas cada instante. Cual leon bravo
 A quien en torno cazadores cercan,
 Y el animal furioso retrocede,
 Al mirar le detiene la barrera
 De picas, y sin ya volver la espalda
 Que rehusa la cólera y refrena
 El deseo en que arde de lanzarse
 Contra hombres y dardos que le aquejan;
 Tal iba Turno, y marcha á paso lento
 De cólera rabiosa el alma llena;
 La multitud á veces acomete
 Y los pone en huida en la trinchera.
 Mas bien pronto las tropas se reunen
 De todas partes que del campo llegan:
 Ni á protegerlas ya se atreve Juno,
 Que Iris descendió de la alta esfera

Por mandato de Jove, y le anunciára
 A su hermana y esposa con severa
 Amenaza. que abandone la muralla
 Y á los Troyanos. Ya cayó su fuerza,
 Ni sostiene su escudo, ni su espada
 Al enemigo embiste que le aprieta.
 Un diluvio de dardos le abrumaban
 Que en sus oídos sin cesar resuenan;
 Cede á la piedra el bronce y lo abollára,
 Abate sus penachos, y la inmensa
 Estension de su escudo ya no basta
 Los golpes á parar de tantas flechas.

Los Troyanos en tanto y el flumíneo
 Bravo Mnesteo con furor le cierran
 Sin reposo; el sudor inunda el cuerpo
 Y ennegrecido polvo le cubriera.
 Fatigado y deshecho al fin se arroja
 Armado al río que en sus aguas bellas
 Le recibe, y sostiene sus doradas
 Ondas; le purifica de la fiera
 Matanza, y ya triunfante le conducen
 Con los que en sus hazañas parte hubieran.





La Eneida.

LIBRO X.

Ábrese en tanto del Olimpo excelso,
 El estrellado, celestial palacio;
 De los Dioses el padre y rey de hombres,
 De su mansion los une allá en lo alto.
 De allí todo lo vé con sus comarcas,
 Y el campo vé tambien de los Troyanos
 Y los pueblos del Lacio. Mas los Dioses
 A faz de la natura se sentaron,
 Y Júpiter despues así les habla:
 —«Augustos habitantes de los claros
 «Cielos ¿ vuestro dictámen no es ya el mismo?
 «Yo prohibido habia al Italiano
 «Que al en Troya nacido combatiera;
 «¿Porque, pues, de discordia ardiente rayo
 «Lanzais contra mis órdenes supremas?
 «¿O que nuevo temor os ha arrastrado

«Unos y otros á tomar las armas
 «Y la suerte tentar de los asaltos?
 «Tiempo vendrá; ¿y porque anteponerlo?
 «Si, la guerra tendrá sitios marcados;
 «Venciendo de los Alpes la barrera,
 «Algún dia verá feroz Cartago,
 «Amenazando al alto Capitolio
 «Y á la anchurosa Italia fatigando;
 «Odio y hostilidades serán lícitas
 «Entonces; ora libres de trabajos
 «Dejad los pueblos que la paz disfruten
 «Y protegéd la alianza que he ordenado.»

Con tan breves razones habló Jove,
 Y entonces Venus bella soltó el labio:
 —«¡O padre mio! ó gran poder eterno
 «Que hombres y Dioses riges con tu mando;
 «Si no es dado implorar otro socorro;
 «¿Al Rútulo no ves, nos insultando?
 «No ves á Turno en su corcel soberbio,
 «Fiero con la victoria, á sus soldados
 «Guia que se abandona en furor lleno,
 «En tanto que escondidos los Troyanos
 «En su campo no estan allí seguros,
 «En torno á las murallas peleando
 «Los fosos inundando con la sangre?
 «Lo ignora Eneas y está ausente? Acaso
 «Condenádolo habeis á sufrir sitios?
 «Troya renace apenas; sus contrarios
 «Enemigos armados la acometen:
 «El hijo de Tideo y sus aliados
 «Con los Etolios y los de Arpos vienen
 «A los hijos de Téucro amenazando;

«Y yo misma sin duda un nuevo insulto
 «De sus golpes sacrílegos no extraño.
 «Aunque tu hija soy, yo siempre tiemblo.
 «De una espada mortal el golpe airado.
 «Pero si los Troyanos á la Italia,
 «Contra vuestros decretos han llegado,
 «La pena sufran de su empresa injusta
 «Negando en adelante todo amparo;
 «Mas si ellos han venido obedeciendo
 «Del cielo y del infierno á los oráculos;
 «¿Quién alterar podrá vuestros decretos
 «Y con nuevos destinos trastornarlos?
 «¿Pondré yo ante tus ojos la ruina
 «De nuestra armada que en el mar Sicano
 «De Erix en la ribera ardió en ceniza?
 «O de Eolia los vientos desatados,
 «O á Iris tantas veces enviada
 «Del alto cielo? Ahora ha asociado
 «A su odio la parte que restaba,
 «A la enemiga Alecto que volando
 «De la negra mansion del hondo Averno
 «La Italia llena de terror y espanto.
 «Del imperio la gloria no me halaga,
 «Obtenerlo creia mientras tanto
 «Lo permite la suerte, mas que triunfe
 «Quien mas digno del triunfo se ha juzgado.
 «Si no hay país que deje vuestra esposa,
 «Dó puedan acogerse los Troyanos,
 «Yo os suplico, ó mi padre, que las ruinas
 «Humeantes de Troya sean de Ascanio,
 «A quien separaré de los combates
 «Y al menos, este nieto quede salvo;

«Y que Eneas, si fuere así preciso,
 «Siempre errante en los mares ignorado,
 «Sufra la suerte que fortuna adversa
 «Le destina, pero que á mi sea dado
 «Ocultar á su hijo y defenderlo
 «De los horrores de la guerra. Páfos,
 «La alta Amatunte , Citeron altiva,
 «Y de Italia la bella los palacios
 «Olvidando y la gloria de las armas,
 «Vida pase tranquila en el descanso.
 «Pero con todo, si Cartago mandas
 «Que á Italia haga sentir su cetro herrado,
 «En su retiro Ascanio no perturba
 «De los Fenicios victoriosos láuros.
 «¿De que á Eneas sirvió salvo saliera
 «Del furor de la guerra, atravesando
 «Del fuego de los Griegos por el medio?
 «¿De que le aprovechará á los Troyanos,
 «Mares, tierras correr, duras borrascas
 «Y fieros arrostrar peligros tantos;
 «Y en el Lacio buscar la nueva Troya
 «Que á perecer Fortuna ha destinado?
 «¿No le valiera mas fijar su asiento
 «En las cenizas del recinto pátrio,
 «De la tierra infeliz donde Ilion fuera?
 «Volvedles, padre mio, el claro Janto
 «Y el Símois á estos tristes perseguidos
 «Hijos de Téucro, en suelo tan preciado
 «De nuevo sufrirán los infortunios
 «De antigua Troya.» Con furor bramando
 «La reina de los Dioses, tal discurso
 «Al oír, dice, con el eco airado:

—«¿ Porque el silencio tú á romper me obligas,
 «Y á descubrir el fuego en que me abraso
 «Que en mi ánimo ocultaba? ¿De los Dioses,
 «O de los hombres cual te habrá forzado
 «A promover la guerra al rey Latino?
 «A Italia te han traído los oráculos,
 «Los que te dió fanática Casandra:
 «Le aconsejé que abandonase el campo,
 «Y entregase su vida á las borrascas,
 «Y que confiára á un niño Suerte y Hado
 «De la guerra y la fé de los Tirrenos,
 «Corromper y alarmar los sosegados
 «Pueblos y Reinos. ¿Pero que Deidades
 «Consejos te mostraron tan insanos?
 «¿Adonde está aquí Juno? ¿ adonde Irís?
 «Que baja de las nubes de lo alto?
 «Porque incendian tal vez la nueva Troya,
 «¿Criminales serán los Italianos?
 «¿Y Turno lo será porque defiende
 «Que heredó de su padre los Estados,
 «Turno que fuera el nieto de Pilumno
 «Y de Venilia Diosa? Los Troyanos,
 «Criminales sí son cuando persiguen
 «Con el fuego y la espada al pueblo Lacio,
 «Y de tierra estrangera se apoderan;
 «¿Y crimen no será fantaseando,
 «Buscar suegro á su arbitrio y las esposas
 «Prometidas robar, llevando el ramo
 «Símbolo de la paz, y en sus bajeles
 «El estandarte de la guerra alzando?
 «Tu libertar pudiste á tu hijo Eneas,
 «Imitando una nube su retrato,

"Tambien mudar pudiste los bajeles
 "En Ninfas; pero yo, por haber dado
 "Leve auxilio á los Rútulos, cometo
 "Un horrible delito y atentado.
 "Eneas esto ignora y está ausente:
 "La soberbia Citera, Idalia, Páfos,
 "Tuyas son, y ¿ porque venir en busca
 "De Ciudades que abundan en soldados
 "De indomable valor? ¿ yo á triste polvo
 "Los restos reducir de los Troyanos?
 "Mas bien lo debe hacer aquel que intenta
 "Entregar estos Frigios desgraciados
 "A la dura venganza de los Griegos,
 "Que en la Europa y el Asia han derramado
 "El furor de la guerra. ¿ Quien hiciera
 "Los tratados romper con un vil raptó?
 "¿ Fué bajo mis auspicios que el adúltero
 "Troyano quebrantó del Espartano .
 "El asilo sagrado, ó que yo fuera
 "Quien fomentó la guerra alimentando
 "Tan criminal pasion? Entonces era
 "Cuando debias temer por esos caros
 "Troyanos, ese pueblo tan querido,
 "Y no venir ahora con agravios
 "Tardios que perturban á los Dioses
 "Con frívolas disculpas y con llantos."

Juno así habló, los Dioses divididos
 A un tiempo espresan sentimientos varios
 Con un rumor confuso; tal se ostenta
 Bramando en la floresta el soplo airado
 Del viento, y tal se estiende y se dilata
 El sordo ruido que oye en sobresalto

El marinero que cercano anuncia
Del borrascoso cielo los estragos.

El padre omnipotente que gobierna
El universo, habla, y el palacio
De los Dioses entonces enmudece;
La tierra tiembla, reina en lo más alto
Del aire, sepulcral, hondo silencio,
Los céfiros recogen sus alados
Alientos y en gran profunda calma
Retiene el mar sus ondas: «Escuchad
«Lo que ahora vos digo muy atentos,
«Y en vuestros corazones conservadlo.
«Si alianza no es posible que subsista
«Entre el Ausonio pueblo y el Troyano,
«Ni se han de terminar tantas querellas,
«Cualquiera suerte que le den los Hados
«Y su esperanza para lo futuro;
«Rútulos y Troyanos encontraron
«Una misma igualdad ante mis ojos,
«Sea el éxito feliz ó sea contrario
«A Italia; y se alucinen caprichosos
«Por un error funesto los Troyanos
«Con oráculos falsos y engañosos,
«Los Rútulos serán avasallados,
«De la suerte al decreto sometidos;
«En su conducta cada cual hallando
«Su ruina ó salvacion inevitable.
«Júpiter será el rey con igual mando,
«Los destinos tendrán su cumplimiento.»
Diciendo estas palabras ha tomado
Por testigos la Estigia y fieros rios
De torrentes de pez; luego ondeando

Su augusta frente, la cerviz inclina,
Y el Olimpo tembló la señal dando.

De esta manera terminó el consejo
De los Dioses; y Jove el trono alzado
De oro entonces deja, y las Deidades
En torno le conducen al palacio.

Entretanto los Rútulos atacan,
Con un mismo furor, todos los flancos,
Con sus flechas dominan los guerreros,
La Ciudad fieras llamas incendiando.
De Troyanos la armada circuida
En el recinto está de sus vallados,
Sin esperanza de poder salvarse.
En tan cruel situación fortificando
Van sin demora la importante fuerza,
De las torres y muros con los claros
De las débiles filas, y á su frente
Asio se deja ver hijo de Imbraso,
Tambien Timetes de Hicetaon el hijo,
Y allí asimismo están los dos Asáracos,
Castor y el viejo Tíbris que protegen,
Del grande Sarpedon los dos hermanos
Claro y Hemon que de la Licia vienen.
Otro guerrero al muro llega en tanto
Llevando con su esfuerzo un trozo enorme
De una roca. Era este Acmon el bravo,
Lirnecio, grande cual su padre Clítos,
Ni menos grande que el valiente hermano
Noble Mnesteo, que á porfía todos
A la comun defensa hacen trabajo.
Unos con dardos, otros piedras lanzan,
Aquellos fuego, y estos flechas dando

A los guerreros que en el medio estaban.
 De hermosa Vénus el objeto caro,
 El príncipe Troyano allí se via,
 Descubierta la frente, cautivando
 Los ojos que le miran por la noble
 Fisonomía, hermoso, gesto blando,
 Que brilla cual reluce blanca perla
 En el oro engastada, adorno raro
 De la cabeza ó cuello, ó marfil terso
 Que á ébano y Terebinto diestra mano
 Engasta, su cabello undoso y negro
 Que blandamente oprime áureo lazo,
 Y por la espalda gira muy mas blanca
 Que la leche. Tambien allí miraron
 Hiriendo á estas magnánimas naciones,
 Con sus mortales flechas que bañaron
 Los venenosos jugos, digna sangre
 Ilustre de Meonia, bravo Ismaro,
 En los fértiles campos que regára
 Y el Pactolo les dió dorados granos.
 Allí estás tú, Mnesteo, con tu gloria
 Que á Turno de los muros has lanzado;
 Y Capys de quien toma honroso nombre
 La Cápua tan famosa con sus láuros.
 De la lid el trabajo tan penoso,
 Tales fuertes guerreros lo tomaron.
 Entanto Eneas los estados-deja
 Del gran Evandro; hiende el mar salado
 En la noche y de Etruria al campo llega,
 Y presuroso al rey manifestando
 Su nombre, nacimiento, y lo que viene
 A pedir y que ofrece á su mandato,

Los pueblos que Mezenzio entonces empeña,
 Y el carácter de Turno le mostrando;
 Habla de la inconstancia de la suerte,
 Y solicita y ruega suplicando;
 Conviene sin dudar en la alianza,
 A Tarcon sus riquezas franqueando,
 Y con solemne jura se consagra.
 Viendo ya el pueblo Lidio sus oráculos
 Cumplidos con auspicios del combate,
 De un estrangero gefe bajo el mando,
 Que así el Cielo lo ordena. Lleva Eneas
 La capitana; dos leones bravos
 De Frigia lucen con el monte Ida
 En la proa; recuerdo á los Troyanos
 Tan grato en su delirio: y contemplaba
 De crudas guerras los sucesos varios:
 A su lado está Palas que preguntas
 Mil hace ¿como dirigir los astros
 A los bajeles puedan en su curso
 Nocturno, y de sus viajes los trabajos?
 Abrid ahora el Helicon ¡Ó Musas!
 Favoreced, benignas, á mi canto;
 Decidme los guerreros que salieron
 Con los bajeles desde el mar Toscano
 Acompañando á Eneas. La mar corta
 La Tigre con su quilla en bronce al mando
 De Masieo que lleva mil guerreros,
 Que de Clusio los muros olvidaron,
 Y la Ciudad de Cosas; son sus armas
 Flechas ligeras con carcax y arco
 Matadores, y estaba al frente Abas
 Del terrible mirar, y ven brillando

A sus soldados con lucientes armas:
 De oro un Apolo guia á la alta Nao,
 Y Populonia que nacer le vido,
 Sus seicientos guerreros denodados
 Y la isla de Iuva tan nombrada
 Por sus minas de acero, le dió bravos
 Tambien trecientos; y le sigue el Téucro
 Asilas fuerte que es de Dioses sacros,
 Y de hombres tambien el digno intérprete
 Que lee en las entrañas y en los astros;
 Y de las aves el lenguaje entiende,
 Y los presagios del sonante rayo;
 Siguenle los cerrados batallones
 Herizados de picas, mil soldados.
 Que nacieron en Pisa la Toscana
 Que descende de Alfeo el rio santo.
 Despues de este guerrero 'Astur hermoso
 Parece en su valor bien confiado,
 Y le lleva un corcel fuerte y brioso
 Con recias armas de colores raros,
 Y soldados trecientos de un propósito
 En seguir todos su adalid gallardo,
 Y dejaran por él al alto muro
 De Cerete y de Minio el fértil campo,
 Y la Ciudad de Pirga tan antigua,
 Y el terreno de Grávisca mal sano.
 Yo no te olvidaré, de los Ligurios
 Gefe, Ciniras, tú tendrás mi canto;
 Tambien tu, Cupavon, de corta hueste
 Blancas plumas de cisnes ondeando
 Del morrion reluciendo en la cimera
 Que del padre recuerda el fiero estrago.

Cuéntase pues que Cicno cuando plañe
 De Faeton la muerte malhadado,
 A quien tanto queria, y que contaba
 De su amigo el suceso desgraciado,
 Junto á la sombra de álamos llorosos
 Que antes hermanos fueron del llorado.
 Y su canto aliviaba los pesares
 De su amistad: y sus cabellos blancos
 Que la vejez causó plumas se tornan,
 Y dejando la tierra, hácia los astros
 Vuelan, y el aire con su canto llenan.
 Guerreros de su edad contemporáneos
 Van con su hijo, y él al frente fuera,
 Nueve bajeles son con remo armados
 Y es la Centáuro inmensa capitana
 Que él manda y todos siguen; el alzado
 Mónstruo que el nombre con justicia diera
 Sobre las ondas en el aire vago,
 Lleva una roca amenazando al Ponto
 Que en su curso el vestigio marca claro.
 De compatriotas numeroso cuerpo,
 Lleva Ocno de profetisa Manto
 Hijo y del rio que al toscano riega,
 Él fabricó tus muros, dió el dictado,
 ¡O Mantua! tuvo ilustres fundadores
 Mas de una sola fuente no manaron;
 De tres naciones salen cuatro pueblos
 Todos su capital te confesando,
 Mas su fuerza le dá la sangre Etrusca.
 Y de aquesta Mezencio el cruel tirano
 Sacara contra sí los aguerridos
 Quinientos que conduce el Mantuano

Mincio hijo del Bénaco que brilla
 Con el verde carrizo coronado.
 Aulètes se adelanta vigoroso,
 Y al ruido de cien remos con cien manos,
 La nao tan pesada se movía
 Y el remo con la espuma torna blanco;
 El monstruoso bajel que la conduce
 Representa un triton que infunde espanto
 A aquellos mares, con su corva concha;
 Él nada y representa un cuerpo humano
 Con cabello erizado, pero el resto
 Es un mónstruo marino que nadando
 Las ondas rompe con velludo pecho.
 Tantos valientes escogidos bravos,
 Al socorro de Troya concurrieron,
 Que con treinta bajeles navegando
 La mar cortaban con bronceadas proas.
 El cielo abandonaba el dia claro,
 Y la hermana de Febo ya tocára
 En plateado carro noctivago
 De su carrera la mitad. Eneas
 A quien no permitian los cuidados
 El reposo, del bajel sentado iba
 En la alta popa, y él mismo va guiando
 Las sus velas, y en medio de las aguas
 Y delante de él se presentaron
 Sus antiguas y fieles compañeras,
 Que de augusta Cibeles por mandato,
 Se convirtieron en marinas Ninfas,
 Antes bajeles que la mar surcaron,
 Y nadando de frente el bronce hendía
 Las ondas, con el número igualaba

Las que en su seno tuvo el claro río;
 Reconocen su rey, y alegre canto
 En torno repetía el ruidoso coro;
 De Cimodoce la derecha mano,
 Cimodoce la sabia, la elocuente,
 Ase la proa con esfuerzo extraño,
 Y el blanco dorso alzando de las aguas
 Calladas, las retira izquierdo brazo.
 Entonces la palabra dirigiera
 Al héroe sorprendido de tan raro
 Prodigio — «Velas tú, dice la Ninfa,
 «Eneas de la sangre de lo alto;
 «Somos aquellos pinos que en el Ida,
 «Bajeles luego, y en el mar salado
 «Ahora Ninfas; Rútulos infieles,
 «De hierro y fuego, y de perfidia armados
 «A sumerjirnos iban: mas rompimos,
 «Aunque á nuestro pesar, tan fuertes lazos,
 «Y á buscarte venimos por el piélago.
 «Cibeles nuestra suerte lamentando,
 «Nueva forma nos diera, y el destino
 «De las Deidades ser del oceano.
 «Ascanio está entretanto circuido
 «De murallas y fosos en el campo,
 «Y vuelan flechas que el Latino envia,
 «Y Marte inflama con furor insano.
 «Ya la caballeria de la Arcadia
 «Posicion ha tomado á tu mandato,
 «Y Turno decidido á resistirles,
 «Que se unan impide á los caballos
 «Con el campo Troyano: dáte prisa,
 «Y desde que la Aurora haya apuntado,

«Sé el primero en armar tus batallones;
 «Combate con tu escudo fabricado
 «Por la Deidad del fuego, y guarnecido
 «De oro luciente sus contornos anchos.
 «Mañana, no lo dudes, que infalibles
 «Mis predicciones son, verás nadando
 «Los cadáveres Rúntos en sangre
 «En toda la campaña amontonados.»

Así dice y al punto se retira,
 É impeliendo el bajel con sabia mano,
 Le diera el movimiento que llevaba
 De dó la nave mas veloz que el dardo,
 Huye sobre las ondas y las otras
 Rápidas la seguian imitando.
 Pero el hijo de Anquises sorprendido
 Quedó con el prodigio; mas confiado
 En la esperanza del presagio, fijos
 Los ojos en el suelo estaba orando:
 Dice: «O augusta de los Dioses madre,
 «Que reinas sobre el Ida á quien es caro
 «El Dándimo y proteges las Ciudades
 «Torreadas y uncieras á tu carro
 «Los leones sin freno, y que benigna
 «Del combate nos das el signo claro,
 «Venid á confirmar con tu presencia
 «Los agujeros de Frigios desgraciados.»

Callára Eneas, y la luz mas viva
 La noche ahuyenta y trae el dia diáfano.
 Con paso acelerado Eneas manda
 Sigan sus compañeros los alzados
 Estandartes, y se armen al momento
 De valor al combate preparados.

En pie sobre la popa ya descubre
 De los Troyanos conocido el campo;
 Entonces él levanta con la izquierda
 El escudo que fuego esta lanzando.
 Visto por los Troyanos desde el muro,
 Hasta el cielo levantan gritos altos:
 Su valor reanima la esperanza
 Y con sus flechas cubren su adversario.
 De Estrimon á la grulla semejantes
 Que en la alta nube la señal clamando
 De la partida en tempestuoso cielo,
 Con ecos de alegría va volando.
 Con esté clamorear tan repentino
 Los Rútulos atónitos quedaron
 Con el valiente Turno, y revolviendo
 Las cabezas ligeros ven las naos
 Las proas dirigiendo á la ribera,
 Fuerte escuadra que cubre el mar cercano;
 Y el centellante brillo del divino
 Morrión que va los ojos deslumbrando,
 Y el penacho que se alza y que le cubre,
 Y de oro el escudo ardiente campo
 Que fuego y llamas lanzan á torrentes.
 Tal brillára en la noche el cielo claro,
 Y sin nubes, con roja, triste, lúgubre
 Y con sangrienta luz, nuevo, airado,
 Formidable cometa, ó la ardorosa
 Canícula trayendo con sus rayos
 La aridez, la dolencia y muerte avara.
 El intrépido Turno á sus contrarios
 En prevenir no pierde la esperanza
 De impedir desembarquen. Entretanto

De estimular encuentra otro motivo
 A los suyos y dice:—«Ánimo, bravos.
 «Guerreros, este es el feliz momento
 «Para de un solo golpe el abismarlos;
 «Lo que tanto anhelaís Marte os lo diera,
 «El pone la victoria en vuestras manos.
 «Recuerde cada cual su tierna esposa,
 «En sus hogares piense y en el láuro
 «Inmortal que ganaron las hazañas
 «De nuestros padres. Pero ya salgamos
 «A la mar á encontrarlos, es el tiempo
 «Que á afirmar tardan sus primeros pasos.
 «En la ribera: Fortuna al atrevido
 «Favorece.» Y cuando así hubo hablado
 Examina que tropa irá al ataque
 Y cuanta á contener á los sitiados.

Mientras que Turno delibera, Eneas.
 Puentes pone en las popas de las naos.
 Que el desembarque facilitan: muchos.
 Atentos el reflujo contemplando
 De las aguas, espian el momento
 De poder en la arena quedar salvos,
 Y otros se deslizan por los remos.
 Tarcon en la ribera sin obstáculo
 Un lugar nota, dó apacibles quedan.
 Las ondas, mas allí lleva la nao
 Y á sus aliados ruega que le sigan:
 «Remad con fuerza, valerosos, bravos,
 «Empujad los bajeles, que sus proas
 «De bronce sulquen sitios ahondando,
 «Las naves hallen la enemiga tierra,
 «Yo, si la mía pierdo en aquel bajo,

«Si tomo tierra quedaré contento.»
 Desde que dijo estas palabras Tárcon,
 Del remo se apoderan los marinos
 Y así los espolones empujaron
 Que su violencia las arenas hiende,
 Y á seco se quedaron sin trabajo.
 Menos el tuyo Tárcon, tu navío
 Encalló desde luego sobre un banco,
 Y en suelo desigual se balancea
 Algun tiempo en las ondas agitado
 Conservando equilibrio, al fin se hunde
 En el agua dejando los soldados
 Que el equipage forman, con los restos
 De los flotantes remos arredrados
 Luchaban con las ondas, y el reflujó
 Sus vacilantes pies sigue arrastrando.

Un instante no pierde el bravo Turno,
 Vuela á los enemigos ordenando
 Su linea de batalla en la ribera.
 Eneas el primero, ataca osado
 A estas tropas agrestes y groseras,
 Y como de combate buen presagio,
 Entre Latinos el terror derrama;
 Al colosal Teron fiero inmolando
 Con un revés de su tajante espada
 Que penetra coraza y el costado
 Con la túnica en oro reluciendo,
 La herida mucha sangre derramando.
 Despues á Licas hiere que estraído
 Del seno de su madre, y consagrado
 A tus aras fué ¡O Dios de medicina!
 No pudiendo evitar el hierro aciago.

Y no muy lejos de él, muere Liceo
 Y Gyas fuerte poderoso y alto,
 Cuya maza destruye batallones
 Enteros: nada pudo libertarlo
 De la muerte, ni de Hércules las armas,
 Ni la fuerza invencible de su brazo,
 Ni Melampo su padre que de Almena
 Al hijo acompañara en sus trabajos.
 Inútiles dicterios y amenazas
 Vomitaba locuaz el triste Faro,
 Que de Eneas un dardo en la su boca
 Entrando aboga los sus gritos vanos.
 Desgraciado Cidon, tú le siguieras
 Que en el combate mismo estás amando
 Al Joven Clicio que un ligero vello
 Sombrear empieza el delicado labio,
 Y el Troyano también muerte le diera,
 Libre quedando del amor insano.
 En aquel mismo instante la cohorte
 De los hijos de Forco ya á atacarlo
 Viniera, y lanzando siete flechas
 Las unas sin efecto resonaron
 Sobre el morrion y escudo, mas las otras
 De Venus bella la potente mano
 Del cuerpo de su hijo las separa.
 Eneas dice entonces á su cara
 Y fiel amigo Acates; «Dáme ahora
 «De griega sangre tintos esos dardos
 «Que sirvieron de Troya en los combates,
 «Que á Rútulos lanzados no son vanos.»
 Así dice; y empuña una gran lanza
 Que vuela y de Meon dá al pecho paso

Penetrando el escudo y la coraza;
 Él vacila y Alcánor que es su hermano
 A socorrerle y sostenerle aguarda
 En su caída, pero un nuevo dardo
 Le hiere y huye, mas atrás no mira
 De su Alcanor la moribunda mano,
 Que de los nervios en el hombro pende
 La javalina. Mumitor sacando
 Del cuerpo de Meon, la arroja al punto
 Contra de Eneas, pero el tiro errado
 Desflora el muslo de su fiel Acates.

Cláuso caudillo del sabino bando,
 Lleno de ardor de juventud primera,
 Se adelanta, acomete y lanza un dardo
 Con firmeza que hirió bajo la barba
 A Driope y la garganta penetrando,
 Pierde palabra y vida á un mismo tiempo.
 El infelice con su frente dando
 En el humilde polvo sangre arroja.
 Con golpe diferente el mismo brazo
 Tres jóvenes derriba descendientes
 Hijos de Bóreas Dios, y á todos Tárcon,
 Con Ismarios tres, prole de Idas:
 Acude pronto Haleso con los bravos
 Batallones de Auruncos de Neptuno
 Raza, pero tambien llega Mesapo
 Con su caballería y él al frente:
 Los partidos se atacan; esforzados
 Por lanzar del terreno al enemigo
 Con choque alternativo en suelo Lacio,
 Estaban combatiendo á la manera
 Que los vientos opuestos y contrarios

De iguales fuerzas y en furor iguales;
 Ni ondas, ni nubes, ni los cierzos bravos
 La victoria cedían ni el combate,
 Luchando siempre con furor insano
 Dejando muy dudoso el vencimiento:
 Tal se chocan los Lacios y Troyanos
 Cuerpo á cuerpo y se cierran valerosos.
 Empeñados estaban los Arcadios
 En largas hondonadas, que torrentes
 Hendieron con las rocas y peñascos
 Inmensos; y los árboles que estorban
 Combatir los ginetes á caballo,
 Que obligados dejáran, y á pie firme,
 Y de un modo para ellos desusado,
 Combaten sin valor, sin experiencia,
 Y empezaron á huir mas que de paso
 Delante los Latinos que los siguen
 Con viveza, mas Pálas no encontrando
 Otro recurso, súplicas emplea
 Y reproches tambien que dieran ánimo.
 —«A dó vais, compañeros, yo os lo juro
 «Por vuestra gloria y por los hechos altos
 «Y por Evandro rey, que sus victorias
 «Igualeis tanta honra peleando.
 «No aventureis el triunfo de este día
 «De vuestros pies á los ligeros pasos;
 «Hierro necesitamos para abrírnos
 «Por medio al enemigo el paso franco
 «Que con furor agora nos estrecha,
 «Allí es á dó nos llama el amor pátrio;
 «De vuestro capitán seguid las huellas:
 «No peleais con Dioses, hombres flacos,

«En el frente tenemos tambien vida,
 «Y aliento y corazón y fuertes brazos.
 «¡No mirais á la mar que nos rodea
 «Y de tierra el camino? ¿adonde vamos?
 «A la mar, ya no hay Troya.» Él así dice,
 Y rápido se lanza á los contrarios,
 Por su maligna estrella conducido,
 A sus tiros se ofrece el triste Lago;
 Y mientras que él arranca de la tierra
 Una piedra diforme; con un dardo
 Que su brazo lanzára vigoroso,
 Le hiere aquel lugar dó el espinazo
 Separa las costillas, y empenándose
 De las duras vértebras el sacarlo
 Cogerle creyó Hisbon desprevenido;
 Pero mientras el corre sin resguardo
 Rabioso por la muerte de su amigo,
 Pálas le previniera, y sepultado
 Le ha la espada en el pulmon y corre
 A atacar á Stenélos y al malvado
 Incestuoso Anquemolo que de Reto
 Antigua raza fuera, y que habia osado
 El lecho deshonorar de su madrastra.
 Morir tambien vereis, Rútulos campos,
 A Laride y á Tímbor dos gemelos
 Que se vieron nacer hijos de Dauco,
 Cuya perfecta semejanza daba
 A vuestros padres agradable engaño
 Sin poder distinguirlos, pero Pálas
 Un crüel distintivo querrá daros,
 Tímbor, un solo golpe tu cabeza.
 La espada cortará de hijo de Evandro;

Y tú, Laride, viste tu derecha
 Caída en tierra que buscaba en vano
 Con tus dedos el hierro que escapára,
 Y que antes la rigió tu fuerte brazo.

Discursos y hechos del valiente jóven,
 Inflaman el valor de los Arcadios,
 Y cólera y vergüenza les tornáran
 Furiosos combatiendo á sus contrarios.

Atraviesa á Reteo entonces Pálas
 Que por delante huía con su carro,
 Que á Ilo salva y retardó su muerte,
 Cuando á Ilo iba el poderoso dardo.

Reteo lo interpone en el momento
 Que huyó de tí delante, Téutras bravo,
 Y de Tires tu hermano el golpe sufre
 Y cae de su carro boca á bajo:

Y sus murientes pies el campo Rútulo
 Hieren. Como el pastor que aprovechando
 El viento que anhelaba en dia ardiente
 Del estio, él derrama con su mano

Acá y allá la devorante llama
 En la floresta que arde en intervalos,
 Y luego es todo un horroroso incendio

Que rueda en torbellinos inflamados
 En la llanura inmensa. Y triunfante
 Sentado en la colina está mirando
 Con halagüenos ojos los progresos .
 Que hace furiosa en victorioso estrago.

Igual era tu gozo, ardiente Pálas,
 Viendo que tu valor iba rodando
 De fila en fila y abrasaba á todos:
 Mas Haleso se acerca bien guardado

Con sus armas terribles y él dá muerte
 A Ladon y á Ferés y á Demodaco
 Con un revés de su brillante espada.
 A Estrimon corta la derecha mano
 Con la que amenazaba su garganta;
 El golpe de una piedra disparado
 El rostro le deshace, desmeaja
 La cabeza y dispersa ensangrentado
 El cerebro, y el padre de Haleso
 Que en lo futuro lee, habia ocultado
 A su hijo en los bosques cuando el sueño
 De la muerte cerró sus canos párpados:
 Las Parcas le pusieron sobre el hijo
 Las manos y á morir le destinaron,
 Por los dardos mortales que algun día
 Le lance el hijo del Arcadio Evandro.
 Pálas dirige contra de él sus tiros
 Despues de proferir tal ruego santo:
 —«Dios del Tiber, dirige aqueste fierro
 «Que preparo arrojar por este brazo,
 «Y pase el corazon del fiero Haleso
 «Y sus despojos vista ensangrentados
 «Una encina que viva en la ribera.»
 El Dios le oye y como Haleso al lado
 De Imaon le cubriera con su escudo,
 Presenta el pecho sin defensa al dardo
 Del principe Arcadiano.

Y esta muerte
 Causó en los batallones grande espanto;
 Mas Láuso de Latinos el baluarte
 Al combate los lleva é inmolando
 A Abas el primero, que era el solo

Que tarda la victoria con su brazo.

Arcadios y Toscanos á sus plantas
 Caen tambien, vosotros ¡ó Troyanos!
 A quienes respetó la espada griega.
 Armadas y caudillos adunados
 Juntos cerráran las primeras filas,
 Y unidos de tal modo que arma ó brazo
 No podian mover. De un lado Pálas
 Está, del otro el formidable Láuso
 Que descanso no dan al enemigo,
 Ambos son de una edad poco quitando,
 Y á los dos la Fortuna los condena
 A no volver á ver el suelo pátrio.
 Mas el Rey del Olimpo no permite
 Que sus espadas las midieran bravos,
 Que el cielo reservára su destino
 Para víctimas ser de mayor rango,
 Mas de Turno la hermana le advirtiera
 Vuele al socorro del valiente Láuso:
 Al instante rompió los batallones
 Que rápidos pasára con su carro;
 Luego dice á los suyos: «Deteneos,
 «Dejad de combatir, yo solo marchó
 «Contra Pálas, que solo á mí se debe
 «Esta víctima; y fuera el mismo Evandro
 «Testigo yo quisiera del combate.»
 Dice, y sus tropas abren ancho espacio:
 Admirado quedó de la obediencia
 De los Rútulos Pálas, y el tono alto
 Y fiero de la voz que así los manda.
 Y sus feroces ojos que lanzando
 Fuego con llamas, y el erguido cuello

Y el mirar torbo de feroz tirano,
 Y así responde á la amenaza fiera
 Del soberbio enemigo: «Voy confiado,
 «En cubrirme de gloria recogiendo
 «Esos ricos despojos, ó finando
 «Con honor; á la una ó la otra muerte,
 «A los ojos igual del padre Evandro
 «Será mi suerte, mi destino y gloria.»
 Asi diciendo, de batalla al campo
 El paso mueve, y los Arcadios todos
 Al verle sienten horroroso espanto,
 Y Turno de su carro pronto baja
 Y á pie vá á combatir á su adversario,
 Semejante á un leon que al ver á un toro
 Viene de la montaña de lo alto,
 Y al combate dispuesto se prepara
 Y vuela presto por la presa ansiando:
 Tal se deja ver Turno cuando parte
 Contra de su enemigo. Pálas rápido
 Se apresura á lanzar dardo el primero,
 Si es que ayuda fortuna al hombre osado
 En desigual combate; y dice al cielo:
 —«Por la hospitalidad que os ha franqueado,
 «Hijo de Alcmena, mi querido padre
 «Y la mesa que honró huésped tan alto,
 «Proteje ahora mi atrevida empresa;
 «Y mire mi enemigo que espirando
 «Ya por mis golpes, que mis manos cojan
 «Sus crueles armas con su sangre humeando,
 «Y que vean sus últimas miradas
 «Que fué su vencedor hijo de Evandro.»
 Alcides oye del guerrero el ruego,

Y de dolor y angustia penetrado
 Deja caer sus lágrimas inútiles;
 Y viendo Jove el doloroso llanto,
 A su hijo dirige estas palabras
 Consoladoras:—«Tiene el fatal Hado
 «Un día en que á todos los señala;
 «Es bien corto el vivir y repararlo
 «No es dable; pero siempre inmortal gloria
 «De las virtudes dura con su láuro.
 «¡Cuantos hijos de Dioses perecieron
 «De los muros al pie con los Troyanos!
 «Mi hijo Sarpedon allí cayera
 «Con otros muchos, y ya aproximado
 «Viene de Turno su fatal momento
 «Y el destino le llama.» Y así hablando
 Del campo Rútulo retiró la vista.
 Un dardo lanza Pálas entretanto
 De su brazo con toda su potencia,
 El centellante acero desnudando:
 El aire hiende el dardo que tocára
 A las armas de Turno por el lado
 Que la espalda cubria, y que penetra
 El borde de su escudo desflorando
 La piel. Mas Turno embravecido entonces
 Dando á su gusto movimiento al brazo
 Hace volar el hierro contra Pálas;
 —«¡Mira, le dice, si estos que mis manos
 «Lanzan, son para tí mas penetrantes?»
 Así habla y sin ser algun obstáculo,
 De cobre y hierro láminas penetra,
 Ni menos gruesos cueros redoblados.
 Ni la misma coraza, el metal cala

El pecho en movimiento fiero y rápido;
 Y aunque él quisiera intrépido arrancarse
 Con mano fuerte el humeante dardo,
 La vida sale por la misma senda.
 Mas al punto sus armas resonaron
 Y su sangrienta boca muerde el polvo,
 Y Turno entonces con sus pies le hollando
 A los Arcadios dice: «En la memoria
 «Tened lo que direis al rey Evandro;
 «Yo le envío este hijo cual merece,
 «Volvedle á él y pueda tributarle
 «Honores del sepulcro y sepultura;
 «Le doy este consuelo y que bien caro
 «Le pagó el hospedage el Frigio Eneas
 «Que tan franco le diera en su palacio.»
 Diciendo estas palabras el pie apoya
 Izquierdo en el cadáver, arrancando
 El bello cinturón pesado y rico,
 Y donde el crimen muestra su retrato,
 De horrenda muerte de cincuenta esposos,
 Y de sangrientos lechos otros tantos,
 En una noche que marcara el tiempo
 De boda y funerales desgraciados,
 Los que grabara de oro en gruesas láminas
 Clonó hijo de Euriton, y fiero y vano,
 De él se apodera Turno y se complace
 De tan rico despojo en gozo bárbaro
 De vencedor ¡O ceguedad funesta,
 De crueles hombres que jamás miraron
 En la loca embriaguez de suerte próspera
 El futuro destino de los hados,
 Y que nunca pensaron cual correrían!

Vendrá día en que Turno el triunfo insano
 De haber vencido á Pálas renunciára
 Maldiciendo y su gloria abominando!
 Del héroe reunidos los amigos
 Llevan sobre su escudo con gran llanto
 Gloria tanta y dolor del infelice:
 El mismo día que te vió triunfando
 Te miró perecer en el combate;
 Pero de yertos Rútulos quedaron
 Montones muertos por tu brazo mismo.

No es la voz de la Fama ni mas rápido
 Mensajero fiel, que instruye á Eneas
 Del peligro en que se hallan los Troyanos;
 Estos á replegarse ya empezaban,
 Y el tiempo ya pedía el ampararlos.
 Al filo de su espada cuánto encuentra
 Destroza con la cólera inflamado;
 Abre un ancho camino por el medio
 De escuadrones, á tí fuera buscando,
 Altivo vencedor, fiero, orgulloso
 De sangre que verter has acabado.
 Evandro está presente al pensamiento,
 Y hospitalaria mesa con las manos
 Dadas y recibidas en alianza.
 Dos hijos de Sulmon, con mas los cuatro
 Que lo eran de Úfens los toma vivos,
 Víctimas otros tantos que inmolados
 Solemnemente fueran á los manes
 De Pálas, y su sangre derramando
 Sobre las llamas de la ardiente pira;
 Dispara luego su terrible dardo
 Contra de Mago que su tiro evita

Bajando la cabeza, y vá silvando
 El hierro, y abrazando sus rodillas
 A Eneas le decia en ruego blando:
 —«A nombre de los manes de tu padre,
 «Y Julio, tu esperanza, que ensalzado
 «Veas; permite para un padre viva
 «Y para un hijo; habito un gran palacio,
 «Muchos talentos tengo de oro y plata
 «Escondidos en tierra bien guardados:
 «De mí vida no pende la victoria,
 «Mi cabeza no influye en los Troyanos.»

—«Todo el oro y la plata que así alabas,
 «Para tu hijo, cuidadoso, guárdalo,
 «Turno crüel es quien de la clemencia
 «Destruyera el comercio bienhadado
 «Al momento que dió la muerte á Pálas.
 «Este es deseo de mi padre anciano,
 «Esto lo anhela Julio el hijo mio.»
 Así dice, y tomando con la mano
 El casco del guerrero suplicante,
 Por la garganta le sumiera rápido
 Hasta la guarnicion la fina espada.
 No muy lejos de Hemon el hijo sacro,
 Sacerdote de Apolo y de Diana
 Con sus vendas sagradas adornado
 Que su frente le ciñen con brillantes
 Armas; Eneas quiere darle asaltos,
 Le persigue corriendo en la llanura,
 Y en el punto que cae es inmolido
 Como una débil víctima y lo cubre
 Todo con la gran sombra de su ornato.
 Seresto lo despoja de sus armas

Brillantes, y de ellas se ha cargado
 Como trofeo que ofrecerse es digno
 Al poderoso Dios que en guerra ha el mando.

Cécule, hijo de Vulcano, y Úmbron
 Venido de los montes de los Marsios,
 Renuevan el combate, y su violencia
 El furor excitára del Troyano.
 Un reves de su espada el brazo corta
 Izquierdo de Anxurian y escudo largo;
 Este Marsio creía que diciendo
 Ciertas palabras mágicas, volando
 El efecto seguía indefectible,
 Y así se persuadiera haber hallado
 Vida con gloria y el vivir dichoso.
 Tarquito que era hijo del Dios Fáuno
 Y de la ninfa Driope, ya orgulloso
 Con sus lucientes armas quiere osado
 Al héroe atacar; el que furioso
 Su javalina y dardos enviando,
 A un mismo tiempo le atraviesa armas,
 Escudo y mano le cosió al costado
 Con su coraza con inútil carga.
 Bien pronto intenta el ablandar en vano
 Al vencedor; y Eneas sin oírle
 Sus súplicas, el cuello le cortando,
 Su humeante cadáver el pie rueda
 Y en cólera encendido así le ha hablado:
 —«Ahí quedarás, guerrero formidable,
 «Abí quedarás tendido en polvo vano.
 «No te dará tu madre sepultura,
 «Ni serás con tus padres sepultado,
 «O que tal vez las aves te devoren

«O de peces hambrientos serás pasto.»

Despues de Turno en las primeras filas,
 A Anteo ataca y Licas los dos bravos;
 Y á Numa y á Camertes blando y rubio
 Que fuera hijo de Vólens el magnánimo;
 Camerte rey de la callada Amycia
 Y de Italia el mas rico soberano.
 Cual se nos representa á Egeon soberbio
 Que tiene brazos ciento con cien manos,
 Y con cincuenta pechos que vomitan
 Fieras llamas, combaten con los rayos
 De Jove, con espadas en tal número
 Y escudos resonantes. Tal airado
 Se muestra en la llanura el rey Eneas,
 Y su acero la muerte derramando
 Que contener no puede en la matanza.
 Combatir con él quiere en el su carro
 Nifeo que allí viene, y que le tiran
 Cuatro hermosos y rápidos caballos
 Que al perseguir de lejos al guerrero
 Que bramando se avanza, con espanto
 La fuga toman hácia atras volviendo
 Con precipitacion, y vuela el carro
 Dejando al conductor sobre la tierra
 En la ribera del sangriento Lacio.

Entretanto Lucago á quien conduce
 El equipage de corceles blancos,
 Al medio del combate se dirige:
 Las riendas tiene Lígero su hermano
 Que los bridones guia, aquel la espada
 Brillante agita con robusta mano.
 Sufrir no pudo Eneas tanta audacia

Y con aire terrible y denodado
 Con la pica en la mano se presenta,
 Y Lígero le dice: «Los caballos
 «De Diomedes no ves, ni los de Aquiles
 «Ni de la Frigia el anchuroso llano;
 «Pero aquí de la guerra hallas el término,
 «Y de esa tu existencia el fin aciago.»
 A estas tan inútiles bravatas,
 Que prorrumiera Lígero insensato,
 Le respondió el Troyano con su lanza,
 La que voló impetuosa á su adversario:
 Y mientras que Lucago el rostro inclina
 Y con su dardo aguija los caballos,
 El despues se adelanta en el pié izquierdo,
 Como para el combate preparado,
 Y sobre el polvo de su carro cae.
 Eneas le dirige en tono amargo
 De ironía estas últimas palabras:
 «No han vendido vilmente tus caballos.
 «Con su huida el combate, fué la sombra
 «La que tornar les hizo con espanto,
 «Y ahora tú saltando de las ruedas
 «Abandonas tú mismo tu resguardo.»
 Diciendo así á los dos ambos los ase.
 Lígero que cayó precipitado
 Del carro y le tendía las inermes
 Manos y las rodillas abrazando,
 «¡Oh valiente Troyano! le decia;
 «Por tus padres te pido que te han dado.
 «A clara luz un héroe tan grande,
 «Me concedes la vida, seas humano
 «Y ríndete á mi ruego.» Mas no dijo.

—«Hace poco insultando; ¡ó desgraciado!
 «Que no hablabas así mas de otro modo:
 «Muere, porque no es justo que tu hermano
 «Abandonado dejes.» Y diciendo
 Esto el pecho atraviesa rebuscando
 Su vida en el asilo mas secreto.
 Tal se mostrára el Capitán Troyano
 Con el estrago y ruina en la llanura;
 Semejante á un torrente desatado
 O un torbellino que impetuoso vuela.
 En tanto libre está jóven Ascanio
 Con los demas guerreros en el sitio,
 Que en las trincheras salen avanzando,
 Todos con igualdad al enemigo.

A Juno, Jove entonces así ha hablado:
 «—Hermana y cara esposa, no te engañas;
 «Venus es en efecto á los Troyanos
 «Quien sostiene propicia, estos guerreros
 «Ni valor tienen ni vigor sus brazos,
 «Ni allento el corazón, ni en el peligro
 «Intrepidez.» La Diósa en tono blando
 Le respondiera:—«Mi querido esposo,
 «¿Por que atormentas con lenguaje airado
 «A tu infelz consorte? Si conservas
 «Aun ese poder que es de tu rango,
 «Si eres omnipotente, negarásme
 «La gracia de que pueda libertarlo
 «A Turno del peligro del combate,
 «Y vivo restituirlo al padre Dáuno?
 «Empero si es preciso que perezca,
 «El culto y la piedad menospreciando,
 «Y que en su sangre apaguen su venganza

«(Aunque él tu sangre fuera) los Troyanos,
 «Es su tercer abuelo el gran Pílumno
 «Y ofrendas á tu altar llevó su mano.»

Mas el rey del Olimpo le responde
 En muy pocas palabras: « Si el retardo
 «De la muerte del jóven, que el destino
 «Ya pronto le señala, es de tu agrado,
 «Y su vida alargar algunos dias.
 «Y á mas no se estendiera tus mandatos;
 «A Turno toma, y en su pronta huida
 «Evita el golpe que amenaza el lado.
 «Yo puedo complacerte hasta este punto,
 «Mas si ocultan tus súplicas engaños,
 «Y por este favor crees se muda
 «La suerte de la guerra, no hay pensarlo
 «Te lisongee la esperanza vana.»

Juno responde en doloroso llanto:
 — «¡Oh! si lo que á tus labios tanto cuesta
 «Concede el corazon, asegurado
 «Era el vivir de Turno, mas con toda
 «Su inocencia, quizas, ó yo me engaño,
 «O él ha de esperar infáusta suerte.
 «Ojalá mi temor sea un error vano,
 «Una ilusion; y ya que podeis todo
 «Mitiga ese rigor de tus mandatos.»

Desde que pronuciára estas palabras
 Ella del cielo se lanzára abajo,
 Y una sombría nube la precede
 Que á los ojos la oculta, atravesando
 El aire y se desliza en la llanura
 De Troyanos y Rútulos teatro.
 La Diosa entonces de un vapor ligero

De Eneas forma aéreo retrato
 Le dá su semejanza, y al fantasma
 Lo viste con las armas del Troyano,
 Le cubre con su escudo y morrion bello,
 Le dá su propia voz, sonido vano,
 Y hasta el caminar finge, porte y gesto.
 Tales nos pintan de la tumba al lado
 Las ligeras figuras de los muertos,
 O á sueños vanos que se van, burlando
 Los sentidos que liga en el reposo.
 En las filas primeras muy osado
 Se presenta el fantasma, y al guerrero
 Provoca con sus flechas disparando
 O su cólera irrita con palabras
 De ultrage, y lo persigue le lanzando
 Su javalina que los aires hiende
 Con gran ruido, la imagen va volando
 Y corre siempre con la espalda vuelta,
 Y Turno cree que se huyera largo
 Eneas ante él, y de sí fuera
 Se complace en su triunfo anticipado.
 —«¿Adonde vas á refugiarte, dice,
 «Haciendo relucir tu acero blanco?»
 Y ni advierte que el viento le arrebató
 La causa de su voz. Allí amarrado
 Se hallaba un gran bajel contra una roca,
 Que sus escalas tiene y puente bajo
 Dispuesto al desembarque, y era el mismo
 Que á Osinio llevó á bordo, el soberano
 De Clusio. Mas la imagen temerosa,
 De Eneas el refugio va buscando
 En él, y allí se oculta en el secreto,

Y Turno le persigue sin descanso
 Con el mayor ardor, y salva el puente.
 Apenas el pie puso dentro, cuando
 Corta la amarra Juno, dando impulso
 A la nao por las ondas la guiando.
 Para le combatir en vano busca
 Turno á Eneas, pero daba al paso
 La muerte á cuanto encuentra. Ya no trata
 La sombra de ocultarse y se elevadó
 Se pierde entonces en el aire oscuro,
 Mientras que el huracan arrebatando
 Al fiero Turno por el mar le lleva.
 El vuelve la cabeza, y del milagro
 Ignorando la causa, maldecia
 El beneficio de vivir mas largo;
 Y ambas las manos levantando al cielo
 Esclamó: — «¡O Jove poderoso y alto!
 «¿Crees pueda sufrir tan grande infamia?
 «¿El darme tal castigo has decretado?
 «¿De donde vengo yo y voy á donde?
 «¿Yo huir y volver luego cargado
 «Con tal afrenta, y estos mismos ojos
 «Tornen á ver el Laurentino campo?
 «¿Que es lo que me dirán estos guerreros
 «Que bajo mis banderas militaron,
 «Cuando les abandono? ¡aciago dia
 «Con la esperanza de horroroso acaso,
 «De muerte y de desastre en que los veo
 «Y sus tristes gemidos resonando
 «De los que cruel espada muerte diera!
 «¿Que es lo que me haré yo? Fuérame dado
 «Que la tierra me abriera su hondo abismo.

«Vientos, compadecead á Turno, y esa nao
 «En las rocas y escollos estrélladla,
 «Turno os lo pide, en peligrosos bancos
 «De las bárbaras sirtes, y deshecha
 «Donde jamas me siga lbero bando,
 «Ni mi afrenta publique odiosa fama.»
 De Turno el corazon asi agitado
 Habla de esta manera y se abandona
 A varios pensamientos muy contrarios.
 Ya quiere atravesarse con la espada,
 Ya arrojarse á las ondas, y nadando
 Llegar á tierra y combatir al punto
 Entre los batallones de Troyanos.
 Tres veces lo intentó, y otras tres veces,
 Movida á compasion, quiso estorbarlo
 La poderosa Juno que lo salva.
 A los antiguos muros del rey Dáuno,
 El caprichoso viento conducia
 El bajel por en medio de Oceano.
 Entretanto el intrépido Mezencio,
 Del soberano Jove por mandato,
 De Turno ocupa el puesto en el combate
 Y triunfante atacara á los Troyanos:
 El mata los Tirrenos reunidos
 De sus dardos y flechas fijo blanco.
 El solo les resiste, semejante
 Al escollo que se alza en el mar ancho
 Que las ondas y vientos combatieran,
 Y contra el cielo y tierra existe impávido.
 Pone á sus pies á Hebro que era el hijo
 De Dólicoon, tambien combate á Látago,
 Y al fugitivo Palmo, mas previene.

A Látago con trozo de un peñasco,
 Un enorme pedazo de montaña,
 Todo el rostro y la boca magullando;
 Mas el cobarde Palmó le cortára
 El jarrete y le deja abandonado
 Sobre el polvo, y á Láuso dá sus armas
 Y el soberbio morrion adorno raro
 De su espalda y cabeza: al Frigio Evas
 Y á Mímas así mismo muerte ha dado;
 Este que fué de Páris compañero
 Y casi de una edad crecieron ambos.
 Mímas hijo de Amico, cuya madre
 Teano le dió á luz el mismo astro
 Que la hija de Ciseo, cuando en cinta
 Lleva un hacha encendida de mal hado.
 Pero Páris alcanza sepultura
 En la Ciudad donde murió Troyano;
 Aunque Mímas tendido en la ribera
 Laurentina quedó sin sepultarlo.

Cual fiero javalí que el monte Vésulo
 Gran tiempo tuvo oculto en pinos altos
 De su floresta, y alimento dieron
 Los juncos que en los lagos se criaron
 De Laurento, y seguido desde el monte
 Por mordedores perros, enredado
 En paranzas y redes, y las crines
 Eriza con gran furia rebramando
 Con aspecto terrible, sin que osen
 Los cazadores diestros atacarlo,
 Ni aproximarse á él, pero se esfuerzan
 A aterrarle con gritos, disparando
 Sus flechas voladoras, ni se atreven

A acercarse; mas él siempre mas bravo
 Sus colmillos presenta sacudiendo
 Las flechas que en su espalda se clavaron,
 Tal la turba guerrera le rodea;
 La cólera rabiosa respirando
 Que á Mezencio no ataca con su espada
 En mano, y se contenta con lanzarlo
 De lejos un diluvio de sus flechas;
 Las que acompañan con clamores vanos.

De las fronteras del Corito antiguo
 De origen griego, llega allí salvado
 Furtivamente de su patria y deja
 Suspenso de himeneo el tierno lazo,
 Aeron: y apenas mira al cruel Mezencio
 Que el batallon está desordenando,
 Siendo bien conocida su cimera
 Que por color de fuego está brillando
 Y el cinturón de púrpura, presentes
 De su futura esposa al desposado.
 A un hambriento leon muy semejante
 Que la campaña corre, y ojeando
 Los abundosos pastos ya descubre
 El cervatillo tímido, ó armado
 Ciervo que levantada la alta frente,
 Y sintiendo el placer y gozo bárbaro
 Que la hambre inspirára á su garganta,
 Abre sus anchas fauces rebramando,
 Y eriza la gran crin de su melena,
 Y se lanza la presa devorando,
 Y en su sangre se sacia. Pues tal cae
 El alegre Mezencio en el contrario
 Batallon enemigo. Aeron medroso,

Herido está á sus pies; mas espirando
 Sus deslumbrantes armas enrojece.
 Orodes huye, mas Mezencio al paso
 Su grande cobardía no aprovecha,
 Ni cuida disponer pérfido dardo;
 Mas corre en pos de él y se adelanta
 Y de frente le ataca mano á mano:
 Pero de él triunfó ya, no por sorpresa,
 Pero sí por la fuerza de su brazo;
 Y apoyando su pié só la garganta,
 «Este es el formidable Orodes bravo,
 «Guerreros, vedle ahí, pero vencido.»
 Y al cuello su lanzon firme clavando
 Gritan los compañeros de alborozo,
 Y suena entonces de victoria el canto.
 Mas el guerrero moribundo dice:
 —«Quien quiera que tú seas confiado,
 «Tú no disfrutarás de la victoria
 «Por mucho tiempo, yo seré vengado;
 «Sobre tí ha de caer igual destino;
 «Tú, como yo tendido en este llano
 «Quedarás.» Mas Mezencio le responde
 Con sonrisa que rabia está mostrando:
 —«Ahora muere tú; que el de los Dioses
 «Y de los hombres rey, ya ha decretado
 «De mi suerte.» Y la lanza luego saca
 Del cuerpo del vencido; ya los párpados
 Con un sueño de hierro se le cierran
 Para no ver jamas el dia claro.
 Corta Cédico á Alcato la cabeza;
 Quien se la corta á Hidáspes fué Sacrátor,
 A Partenio Rapon y al fuerte Orses.

Bajo el golpe cayera de Mesapo
Clonio con Ericete y Licaonio,
El uno que le arroja su caballo
Por dejarlo del freno, y á pie el otro
Que á pie riñó tambien con su contrario,
Como Agis el de Lycia se adelanta
A las primeras filas; cayó falto
De vida sobre el polvo por Valero
Que el valor heredó del suelo pátrio;
De la mano de Sálío muere Autronio,
Y Sálío por Nealces que en el dardo
Lanzar era muy diestro, y en la flecha
Que imprevista-partió siempre callando.

Cuando Marte sangriento ha difundido
Con la muerte crüel horror y espanto,
Y que los vencedores y vencidos
Iguales, tristes caen, han pensado
De los mortales compasion teniendo,
Del poderoso Jove en el palacio
Los Dioses por las penas que sufrían;
Venus por una parte, al otro bando
La hija de Saturno; y Tisifone
Sacia su rabia á todos inflamando.

Entretanto Mezencio está blandiendo
Su enorme lanza recorriendo el llano
Con gesto amenazante, parecido
Al gigante Oríon atravesando
Los profundos estanques de Neptuno,
Y abre camino con sus largos pasos
Por medio de las ondas, y su espalda
Y cabeza se alza muy mas alto,
Y cuando al campo desde el monte baja

Y de una antigua encina lleva en mano
 El tronco duro, y en la tierra afirma
 El pie, la frente en nubes ocultando.
 Tal se muestra Mezencio con sus armas
 Colosales en medio á los contrarios
 Batallones. Eneas le buscaba
 Con la vista, y estaba preparado
 A combatir con él; mas sin zozobra
 Mezencio mira que se va acercando
 El su rival magnánimo, y le espera
 A pie firme y la actitud guardando
 Segura, y que media con los ojos
 La distancia y alcance de su dardo.

— «Esta diestra y mis armas son mis Dioses,

«A mi ayuda venid; yo voto hago-

«De vestirte, ó mi Láuso, los despojos

«Que voy á arrebatár á ese malvado

«Salteador; y que serán trofeo

«Vivo de mi victoria.» Y así hablando,

Hace volar su lanza que con silvo

Horrible, corre por el aire vago;

Mas se desliza el hierro en el escudo

Impenetrable, y hiere en el costado

A Antor valiente y antes compañero

De Hércules á quien sigue desde Argos;

De Evandro abraza luego el fiel partido

Y fija su vivir suelo Italiano:

El desgraciado herido por el golpe

Que para él no estaba destinado,

Al caer sobre el polvo mira al cielo,

Y muriendo recuerda el dulce Argos.

Eneas arrojó su javalina, -

Y el golpe penetró de uno á otro lado
 Tres láminas de bronce con tres lienzos
 Doblados, y mas tres de toro bravo
 Que de Mezencio forman el escudo
 En su cóncavo centro, y hiere en tanto
 La ingle sola, que faltó la fuerza
 Y adelante no pasa todo el dardo.
 Con gozo ve correr Tirrena sangre
 Eneas, y su espada en firme mano
 Empuña, y aprovecha aquel momento
 De turbacion, y hiere como el rayo
 A vista del peligro que amenaza
 A un padre tan querido; entonces Láuso
 Lanza un grito de angustia, y de sus ojos
 Rueda abundante el doloroso llanto.
 Ni quedará en silencio tanta audacia,
 Jóven digno de fama, y si los años
 Dieren justo valor á tus virtudes,
 Tu gloria hará inmortal mi dulce canto.
 Ya fuera de combate está Mezencio
 Que sus armas le impiden, y el cruel dardo
 Sostiene con su escudo; mas el jóven
 Entre los dos rivales va volando,
 Y cuando Eneas ya su brazo alzára,
 Y con golpe mortal á descargarlo
 Iba, su espada el hijo le presenta,
 Distrae su atencion y aleja el brazo.
 A Láuso victorean compañeros
 Con gritos de alegría prolongados,
 Al hijo generoso que dá al padre
 Honrosa retirada con su ampáro.
 En su débil escudo; al mismo tiempo.

Procuran separar lanzando dardos
 Al enemigo; y sus lejanas flechas
 Con incansables tiros redoblados.
 Pero Eneas furioso permanece
 De sus armas cubierto, asemejando
 A las nubes que vierten los torrentes
 De granizo que ahuyentan todo el campo,
 Pastor y labrador que se dispersan
 Un asilo en los árboles buscando
 Que la playa guarnecen ó una roca,
 De la borrasca el término esperando,
 Y aprovechar del día lo que resta,
 Volviendo el sol á descubrir sus rayos.
 De la misma manera aguarda Eneas
 Con flechas infinitas agoviado,
 Y se sostiene, á Láuso lo intimida
 Con reproches tambien amenazando.

—«¿A dó vas temerario? ¿que! ¿la muerte
 «Buscas? ¿no mides del potente brazo
 «La grande fuerza? ¿y el filial afecto
 «Tu valor imprudente ha provocado?»
 Pero el jóven guerrero solo escucha
 El furor que le anima; mas el ánimo
 De Eneas en la cólera se enciende,
 E hiló la Parca la su vida á Láuso.
 De su terrible espada un solo tiro
 El cuerpo le atravieza, penetrando
 Del atrevido jóven el escudo
 Ligero con la túnica que hilado
 Habia su madre en oro entretregida,
 En sangre el pecho le quedó nadando,
 Y el alma el cuerpo deja, y vuela al aire

Y baja á la mansion del negro Tártaro.

La presencia de Láuso que espiraba,
La horrible palidez del rostro lánguido,
Enternecen á Eneas y suspira,
Y le estrecha tambien su fuerte mano;
Y recuerda la dulce y tierna imágen
De la piedad filial de su hijo caro.

—«¡O jóven infeliz, que hacer pudiera
«Eneas para honrar valor tan alto,
«Y ofrecer generoso á alma tan bella,
«Que digno de ella fuese, ó gran soldado!
«Las armas eran tu placér, guardadlas
«En tu sepulcro triste; y tambien mando
«Que á tus padres se unan tus cenizas,
«Si es que lisongearle puede acaso
«Este honor á tu sombra, pero al menos
«Sírivate de consuelo que fué el brazo
«Del pio Eneas quien te dió la muerte.»

A sus amigos manda, que turbados
Estaban, ayudándolos él mismo
La cabeza á tener con los risados
Cabellos del guerrero, que afeaba
La sangre que del seno está manando.
Llega su padre en tanto á la ribera
Del Tiber y la herida refrescando,
Y su cuerpo sostiene junto á un tronco
De un gran árbol, y pende á algunos pasos
Del lugar su morrion, y todo el resto
De sus pesadas armas descargado
En la pradera está, y erañ en torno
Los principales gefes mas gallardos:
Mas débil y anheloso él apoyada

Tiene su frente en la robusta mano
 Que entre la espesa barba se escondía
 Sobre aquel pecho entonces desarmado.
 Nuevas de Láuso sin cesar pregunta,
 Y un mensaje sobre otro está ordenando
 Lo que el padre mandara en su congoja:
 Mas ya sus compañeros van entrando
 El cadáver de Láuso muy llorosos,
 Que en su escudo tendido le llevaron
 Al guerrero que muere como un héroe,
 Por mano de otro héroe mas alto.
 Negro presentimiento le anunciara
 De Mezencio el motivo de su llanto,
 Y cubre con el polvo sus cabellos,
 Y levanta á los cielos ambas manos,
 Y en sus brazos estrecha el cuerpo exánime.

— «¿Tanto deseo de vivir alcanzo,
 «Hijo mio, que yo sufrir pudiera
 «Que esta prenda de amor, mi hijo amado,
 «Por mí se ofrezca á la enemiga espada?
 «¿Yo, tu padre, quedando ileso y salvo
 «Cuando en tí miro ahora estas heridas
 «Y yo pueda vivir si tú has finado?
 «Esto hace la crueldad de mi destierro,
 «Que el corazon me parte, este es el dardo.
 «¿No te basta, hijo mio, que manchara
 «Con deshonor tu nombre, y que privado
 «Fueras del trono por el odio justo
 «Con que me aborrecieran mis vasallos?
 «Yo debiera ser víctima y venganza
 «De mi patria y de cuantos he mandado.
 «¿Y no espiaré yo mismo con mil muertes

«Mi vida criminal? ¿y estoy gozando
 «De esta vida infeliz? ¿y no abandono
 «Los hombrés y la luz? Ya llegó el plazo.»

Diciendo estas palabras, él procura
 Apoyarse en el muslo tan llagado,
 Y aunque le arredra la profunda herida,
 Manda intrépido traigan su caballo.
 Era este su gloria y su consuelo;
 Siempre fué vencedor en él peleando.
 Y al verle su corcel tan generoso,
 Parece siente la afliccion del amo.
 Y él le dice:—«¡O mi Rebo! hemos vivido
 «Por mucho tiempo juntos; si es que es dado
 «Vivir á los mortales mucho tiempo:
 «O tornas vencedor de los Troyanos,
 «Y traes la cabeza y los despojos
 «Soberbios en su sangre bien bañados,
 «Despues de haber vengado tú conmigo
 «La muerte de mi dulce amable Láuso;
 «O si nuestros esfuerzos son inútiles,
 «Juntos, mi Rebo, moriremos ambos:
 «Que tú, solo á mi voz obedeciendo,
 «No querrás sean tus dueños los Troyanos.»

Dice así, y en la espalda se coloca
 Del soberbio animal, acostumbrado
 A aquel gran peso, y en sus manos lleva
 Número grande de volantes dardos.
 El bronceado morrion brilla en su frente
 Con la cimera de los crines largos;
 Y así armado se arroja por el medio
 De fieros batallones. Abrasado
 Siente su corazon con la vergüenza,

La desesperacion, la rabia é infando
 Dolor que inflama el vivo amor paterno.
 Tres veces llama á Eneas sin espanto:
 Le reconoce Eneas y con gozo
 Pidiera al cielo poderoso y santo.
 Y al protector Apolo, que le inspire
 Deseos de venir con él á manos,
 Y hácia él vá con lanza preparada.
 —«Cruel, dijera entonces el tirano,
 «¿Crees que tu poder puede asustarme
 «Despues de haber mi hijo arrebatado?
 «Este es solo el lugar por dó podias
 «Privarme de la vida con tus dardos;
 «La muerte no me aterra; yo desprecio.
 «A los Dioses, y vengo por mis pasos
 «A morir; deja ya de amenazarme;
 «Pero antes recibe de mi mano
 «Este presente.» El dice estas palabras.
 Y furioso le lanza y vuela el dardo,
 Y luego le dispara uno sobre otro,
 Y en torno vá corriendo del Troyano.
 A rienda suelta; mas los pára todos.
 Con el escudo de oro, y entretanto
 Tres veces corre rápido en el círculo
 Fuerte el corcel y deja á su adversario
 En el centro á la izquierda. Él con los ojos.
 Vá siguiendo á Mezencio; mas parando
 La floresta de dardos; impaciente
 De tanta detencion y ya cansado
 De arrancar del escudo tantos tiros.
 Con lucha desigual, él lanza airado,
 Entre mil pensamientos vacilante

Su jabalina, y en la cien clavado
 Del bridon belicoso queda el tiro.
 Y se empina, y al aire levantando
 Sus pies azota al viento y luego salta
 De su silla el ginete atrás rodando,
 Y su peso le abruma muy mal trecho.

Al instante resuenan de Troyanos
 Los gritos que subian hasta el cielo;
 Al enemigo vuela desnudando
 La espada y le decia: « ¡A do está ahora
 «El terrible Mezencio? ¿dó se ha volado
 «Ese valor salvage?» A estas palabras
 Abre los ojos el Tirreno bárbaro,
 Y toma nueva fuerza y asi dice:
 —«Implacable enemigo, ¿por que amargos
 «Insultos tú me dices, cuando puedes
 «Darme muerte sin crimen? ni me avanzo
 «A combatir, para que me perdones,
 «Ni sé lo que pactastes con mi Láuso.
 «Solo un favor te pido me concedas,
 «Si á vencido enemigo puedes darlo;
 «Permite que un puñado de esta tierra
 «Cubra mi cuerpo, sin que el odio insano
 «Y la venganza que á mi pueblo anima
 «Ultragen mi cadáver, pónlo en salvo
 «Del furor de mis súbditos que me odian,
 «Sea uno mi sepulcro y el de Láuso.»
 Dice, y alarga el cuello al hierro agudo,
 El que firme miró con rostro impávido;
 Y con la sangre que ondulante corre
 En las armas el alma vá volando,



La Eneida.

LIBRO XI.

Ya la brillante aurora el océano
Deja; Eneas impaciente se levanta
Para dar sepultura á sus guerreros,
Y aunque su corazón turbado se halla
Con fúnebres ideas, cumple el voto,
Desde el primer albor de la mañana,
A los Dioses; y pone en la eminencia
Una alta encina con sus verdes ramas;
Y de Mezencio rey con los despojos
La viste presto de brillantes armas,
Digno trofeo del sangriento Marte.
En la altura el morrion luego se cala
Del guerrero valiente guarnecido
De crines en la sangre salpicadas;
Y allí penden también las armas rotas,
Y con sus doce heridas la coraza.

Está á su izquierda su fingido escudo,
Y en marfil guarnecida está la espada
De su cuello pendiente.

El les dirige

A todos sus caudillos la palabra
Que en torno de él están, y su alegría
Creciera cuando así les razonaba:

—«Mucho se ha hecho, amigos, no temamos

«Por lo que hacer tenemos y que aun falta.

«Allí veis los despojos del tirano,

«Primicias del valor que nos inflama;

«Merced á aqueste brazo aquí las vemos.

«Este, Mezenció es; ahora se trata

«Que busquemos al punto al rey Latino

«Y contra su ciudad la guerra se haga.

«Las armas y el valor preparad luego,

«Y que nada os detenga, ni que abata

«Ni el poder disminuya; y que los Dioses

«Permitan las banderas levantarlas

«Y nuestra juventud valiente, intrépida,

«La saquemos á fuera de murallas.

«Entre tanto confiemos á la tierra

«Los cuerpos insepultos de la armada,

«El único deber que hecharan menos

«Del Aqueronte en la mansion de lágrimas.

«Id pues, les dice, y tributad honores

«A las valientes generosas almas,

«Que llenas de valor y patriotismo

«Con su sangre nos dieron nueva pátria.

«Pero antes enviaremos á la triste

«Palantea de Evandro á su hijo Pálas,

«A quien no le faltó valor y esfuerzo:

«Mas el destino cruel nos le arrebató,
«Hundiéndole en la noche de la muerte.»

Eneas así habló vertiendo lágrimas,
Y luego se encamina hácia la puerta
Dó el cadaver de Pálas custodiaba
Acestes que antes fuera el escudero
De Evandro; mas ahora, sin ventaja,
Pedagogo del hijo tan querido.
De aquel príncipe en torno, colocada
Está la multitud de los Troyanos,
Y con cabellos sueltos las Troyanas
Llorosas, que la usanza así lo ordena.
Al ver á Eneas el clamor levantan
Hasta el cielo gimiendo dolorosas,
Hiriendo el blanco pecho con sus palmas,
Resuena la real tienda con lamentos.
Viendo Eneas del príncipe apoyada
La frente en el cojin, con el semblante
Que al alabastro tiene semejanza,
Y abierto el pecho con profunda herida
Que abrió sin compasion Ausonia lanza,
No pudo contener el llanto tierno
Y en sollozos le dice estas palabras:

— «¡ O jóven desgraciado! ¡dulce amigo,
«Que fortuna me dió, cuando mas grata
«Lo era para mí! ¡y por que dado
«No te fuera algun dia tú miráras
«Sometida esta tierra só mi imperio,
«Volviendo en triunfo á la paterna casa?
«No hiciera esta promesa yo á tu padre
«Evandro, cuando de él me separára.
«Y abrazándome entonces me advertia,

«No sin zozobra que agitaba su alma,
 «Que me enviaba á un pueblo belicoso
 «Enemigo violento en la batalla.
 «Acaso en el momento que ahora hablo
 «Ese padre con vanas esperanzas,
 «Votos hace muy vivos y promesas
 «Acumulando ofrendas en las aras,
 «Mientras que sepultados en tristura,
 «Loores tributamos y alabanzas
 «A los restos mortales de este héroe,
 «Que de los altos Dioses nada aguarda.
 «¡Infeliz! tú verás los funerales
 «De tu hijo; ¡que vista desgraciada
 «Para un padre! ¡Era esta aquella vuelta
 «Que anhelas tú ver con tantas ansias?
 «¡Era esta tu esperanza lisonjera
 «Y del seguro triunfo la confianza?
 «Tú le verás, Evandro, maltratado
 «Con herida cruel, mas que no infama;
 «Que si vida tuviera deshonrosa
 «A su padre la muerte deseára.
 «¡O cuanto pierdes, desgraciada Ausonia!
 «¡Y á tí, Julio, mi amor, cuanto te falta!»

Despues que su dolor así lamenta,
 El cadáver entonces alzar manda,
 Que tan gran llanto derramar hiciera:
 Escoge mil ginetes de la armada
 Que la fúnebre pompa acompañando,
 Mezcle con las de un padre tiernas lágrimas,
 Triste consuelo, pero muy debido,
 A un padre tributar digno de lástima.
 Un féretro le forman de flexible

Tejido de la encina y tiernas ramas,
 Y levantan un techo que sombrea
 Una verde glorieta; y sobre blandas
 Hojas tienden del jóven el cadáver;
 Príncipe augusto que á la viola cárdena
 Se asemeja ó al pálido jacinto
 Que acaba de tronchar virginal palma,
 Y sin perder su brillo y su belleza
 Ni la tierra le nutre ni regala.

Entonce Eneas manda dos vestidos
 De púrpura traer que el oro esmalta,
 Obra que á Dido trabajar le plugo,
 Que el hilo de oro con primor enlaza
 Con el tejido delicado y fino.
 El viste al jóven príncipe una gala
 De estas, honor último que hiciera
 Vertiendo llanto, y en un velo ata
 Sus hermosos cabellos que bien pronto
 Devorarán las implacables llamas.
 Tambien manda reunir otros despojos,
 Que en la última victoria se alcanzaran
 Contra los Laurentinos, botin rico
 El que conducirá la fila larga
 De soldados; tambien irán caballos
 Y armas al enemigo arrebatadas;
 Marcharán prisioneros con las manos
 Que ligadas las llevan á la espalda,
 Que han de ser inmolados á los Manes
 De Palas, y regar las vivas llamas
 De su pira con sangre; y los trofeos
 Llevarán capitanes, con las armas
 Del vencido enemigo y nombre odioso.

De esta funeral pompa en medio marcha
 Acestes, agobiado con el peso
 De su edad avanzada y su desgracia,
 Y que unas veces maltrataba el pecho
 Con golpes duros y arrugada cara;
 Y otras en tierra cae por flaqueza
 Y por vivo dolor que le aquejára.
 Siguen carros teñidos con la sangre
 De Rútulos; caballo el de batalla
 Que montó el jóven principe, el Eton,
 Sin jaez, sin adornos, más derrama
 Lágrimas poderosas de sus ojos.
 Llevan otros guerreros casco y lanza,
 El resto de las armas lo conserva
 Turno su vencedor. Y luego marcha
 Tristemente la tropa de guerreros
 Tirrenos y Troyanos, y con armas
 Van á la funerala los Arcadios.
 Cuando la comitiva se dilata
 En largas filas, se detiene Eneas,
 Y lanzando un suspiro, estas palabras
 Dice: — «Preciso és pues el separarnos,
 «La suerte infausta de la guerra llama
 «A otros motivos de dolor y llanto.
 «Adios, jóven magnánimo, gran Palas,
 «Y para siempre adios.» Ni mas dijera,
 Y al camino del campo se adelanta,
 Y junto á la muralla se presenta.
 Allí los diputados le aguardáran
 Del pueblo de Laurento con los ramos
 De la oliva en la mano, y aclamaban
 Que pronto todos fueran y sacasen

Los cuerpos que habian muerto en la campaña
 Y darles sepultura. Que la guerra
 Nada tiene que ver con los que acaban
 Su existencia, ellos dicen; y el descanso
 Eneas debe dar á aquellas almas
 Que llamaba sus huéspedes ha poco,
 Y su suegro tambien. Eneas habla
 Y recibe su ruego bondadoso
 Tan justo y les digera estas palabras:
 —«Generosos Latinos, ¿que fortuna
 «Os arrastra á una guerra tan infáusta,
 «Y os hace desechar vuestros amigos?
 «¿Para quienes quereis quietud y calma?
 «¿Para enterrar los muertos ciudadanos,
 «Que en los fieros combates espiráran?
 «Darla á los vivos quiero en este instante.
 «El destino á habitar estas comarcas.
 «Me envia; á tu nacion no hago la guerra;
 «Vuestro rey ha negado nuestra alianza;
 «Solo confia en Turno y en su esfuerzo;
 «Y Turno solo presentarse en armas
 «Debe, y despreciando dura muerte,
 «La guerra concluir, y la Troyana
 «Gente lanzar: y ved mi acero es este,
 «Si es que conmigo emprende la batalla,
 «Y vivirá aquel solo á quien los Dioses
 «Den la victoria, ó su valor la alcanza.
 «Partid ahora, y encended la hoguera
 «Que debe consumir tantas desgracias.»
 Eneas así habló, mas los legados
 Llenos de admiracion todos se callan.
 Pero Dránces en fin siempre enemigo.

De Turno y siempre pronto á la contraria,
 Agravios pretendiendo en su conducta,
 Y luego así diciendo se levanta:

—«De los Troyanos, príncipe tan grande
 «Por la fama, y aun mas por tus hazañas,
 «¿Como podré elogiar muy dignamente
 «Gloria que hasta los cielos te ensalzára?
 «No sé que mas en tí yo admirar deba,
 «Si tu valor, ó tu justicia rara.
 «Llenos de gratitud ahora partimos
 «Para anunciar á nuestra cara pátria
 «Lo que hemos visto, y si Fortuna presta
 «Sus auxilios, verias que marchára
 «Unido con el rey el pio Eneas,
 «A Turno le dejando otras alianzas.
 «Nuestras manos serian las primeras
 «Que los altivos muros levantáran
 «Que prometió el Destino, y estos hombros
 «Las piedras conducir que necesarias
 «Fueran á cimentar la nueva Troya.»

Así dijera; y el discurso aclaman
 Con un rumor de aprobacion plausible.
 Se establece la tregua señalada
 De doce dias con las armas quietas.
 Troyanos y Latinos juntos andan
 Libremente mezclados en los bosques;
 Resuena el monte con sonantes hachas.
 Y los golpes, los pinos que se elevan
 A los astros, caen, y las cuñas hallan,
 Con el trabajo, victorioso paso
 En la encina, y la sierra con su hoja ancha
 Corta oloroso y perfumado cedro;

Y gimiendo la rueda que lo arrastra,
El carro lleva los robustos troncos.

La Fama vuela con sus alas rápidas,
Y la fúnebre pompa precediendo,
De Evandro llena la real estancia
Y toda la Ciudad; la Fama misma
Que publicó de Palás las hazañas.
En tropel ván los Arcades corriendo
Y con fúnebre antorcha ilumináran,
Segun costumbre, y en hileras siguen
Dando luz al camino y la campaña.
Se avanzan por su parte los Troyanos,
Y las dos comitivas principiáran
A confundir sollozos y lamentos.
Nada contiene á Evandro, él se adelanta.
A cuantos rodeáran á su hijo,
Y el féretro detiene y sobre Palas
Se abandona estrechándole con llantos
Y gemidos que ahogan su garganta.
Mas luego que á la voz le diera paso
El dolor.—«Esta no es, ó hijo, la palabra
«Que á tu padre le diste, en ser prudente,
«Ni de Marte esponerte en la batalla
«A todo su furor: yo bien conozco,
«Cuanto el amor de gloria ardiente exalta
«Al jóven que hace su primer combate,
«Y cuanto lisongea la esperanza.
«¡O de tu juventud tristes primicias!
«¡Cruel ensayo de guerra tan aciaga!
«Todos los Dioses sus oidos cierran
«A los ruegos de un padre que les llama.
«Y tú, consorte mia, ¡ay y cuan digna

"Es de envidiar tu muerte anticipada!
 "Tú no sufriste dolorosas pruebas,
 "Solo á un padre quedó tanta desgracia,
 "Prolongando mi vida los Destinos,
 "Para yo ver morir mi prenda cara.
 "Mas para dar socorro á los Troyanos
 "Y sucumbir del Rútulo á las armas,
 "Por tí mi vida diera, dulce hijo,
 "Y por mí y no por tí fueran las lágrimas.
 "Troyanos, no me quejo, ni yo acuso
 "Ni á la hospitalidad ni á vuesta alianza;
 "A mi vejez tocó tal desventura.
 "¡Ay de mí si una muerte no esperada
 "Me ha robado de un hijo la presencia,
 "El perció despues de haber su espada
 "De Volscos á millares muerte dado,
 "Y del Lacio al Troyano abrir la marcha.
 "No quiero para tí mas funerales
 "Tan bellos, tan hermosos, que los que hagan
 "El pío Eneas y héroes Troyanos,
 "Y caudillos Tirrenos con su armada,
 "Que ahora te conducen rodeado
 "Con los trofeos de enemigas armas,
 "Que tu brazo lanzára en el sepulcro
 "Y tus armas jó Turno! hoy adornáran
 "Algun enorme tronco si tuviera
 "Tus años y vigor mi jóven Palas.
 "Pero ¡ay infeliz! ¿por que detengo
 "A los Troyanos que el combate llama?
 "Partid y referidlas muy fielmente,
 "Vosotros que escuchasteis mis palabras;
 "Si yo alargo una vida que la muerte

«Me hace muy odioso el conservarla,
 «El brazo me sostiene, sí, aquel brazo
 «Que nos debe á los dos de Turno el alma;
 «Este el único bien que esperar puedo
 «De Eneas y Fortuna, ni me alcanza
 «De vivir el deseo y ser dichoso,
 «Y sí para llevar la nueva á Pálas
 «En la mansion de muertos.» Entretanto
 A los mortales trae la desgracia
 La aurora con el día y los trabajos.
 El príncipe Troyano y Tárcon mandan
 Alzar en las orillas las hogueras.
 Troyanos y Tirrenos con la usanza
 De sus padres colocan los cadáveres,
 Y prende el fuego, y luce, y con las llamas
 Negro humo saliera oscureciendo
 El cielo con el día su luz clara.
 Con sus brillantes armas revestida
 En torno de las piras tres vegadas
 La armada de á caballo suelta á un tiempo
 Con gritos y lamentos y con lágrimas
 Que las armas bañaban y la tierra:
 Los lúgubres lamentos resonáran
 De los soldados en el aire vago,
 Confundiendo el rumor de trompas varias;
 Unos al fuego arrojan los despojos
 Que al enemigo en el combate arrancan,
 Finas espadas y dorados frenos,
 Cascos, ruedas de carros y las lanzas,
 Y otros hacen ofrendas en recuerdo
 De los muertos, y arrojan propias armas
 Como escudos y flechas que su esfuerzo

A los aires hender no secundára.
 Sacrifican en torno de la hoguera
 Gran multitud de bueyes, bestias bravas
 En los bosques prendidas, cuya sangre
 Se les viera correr sobre las llamas;
 Y los soldados que formando hileras
 Y extendidos están sobre la playa,
 Miran quemar sus caros compañeros
 Fijos los ojos en la pira alzada,
 Hasta que ven sus cuerpos consumidos
 Y angustiados de allí no los separan
 Mientras que al horizonte las estrellas
 La bóveda celeste tachonaban.

Los míseros Latinos por su parte
 Hogueras infinitas levantáran;
 Y gran número entierran de los muertos
 O llevan á enterrar á la campaña
 O á la Ciudad llorosa Laurentina,
 Y el resto amontonados sepultáran
 Sin distincion alguna y aun sin pompa,
 Mientras lamenta toda la comarca,
 Y á gran distancia en la llanura inmensa.
 Ya la aurora tercera se levanta
 Que del cielo lanzó la sombra fria
 De la noche, y entonces comenzáran
 Tristes, á remover entre montones
 De ceniza los huesos que humeaban
 Y de tierra los cubren. En la rica
 Ciudad de los Latinos donde estaba
 El imperio y el mando, con doliente
 Desconsuelo y lamento resonaba.
 Llorosas, tristes madres, allí fueran

Desgraciadas esposas, las hermanas
 Llorando con sus huérfanos sin número,
 Que la guerra maldicen en sus almas
 Y detestan á Turno y su himeneo.
 «Que se arme él, decian, que combata
 «Con la espada en la mano y la contienda
 «La decida, si aspira de la Italia
 «Al trono y á su mando soberano.»
 El implacable odio que le guarda
 El respetable Dránces, siempre apoya
 Estos discursos; y que á Turno llama
 La voz pública y solo á él se desafía.
 En el concurso de opiniones varias,
 Muchas tambien á Turno protegian,
 Y tiene en su favor la reyna Amata,
 Y mas que todo su opinion y crédito
 Y las victorias que su gloria afianzan.

En medio de tan varios movimientos
 Que á la Nacion agitan, la embajada
 Que se envió á la Ciudad del gran Diomedes
 Nada habia producido; y que muy vanas
 Fueron tantas fatigas, tantos gastos;
 Tanto oro, pedreria y tantas galas,
 No habian adelantado cosa alguna
 De aquel rey en el alma: otras alianzas
 Buscar debe el Latino; si no fuera
 Mejor pedir de la nacion Troyana
 Al rey la paz dichosa. El rey Latino
 Se rinde á su dolor. Con tantas marcas
 La cólera celeste se ha mostrado.
 Tantos sepulcros mira que humearan
 Y están ante sus ojos que le advierten,

Que Eneas, que los hados anunciaban,
 Tiene la proteccion del alto cielo.
 Luego que se reuna al punto manda,
 Y se congregue el nacional consejo,
 En soberbio palacio dó se tratan
 Los negocios de estado con los grandes
 Que á concurrir las leyes obligáran.
 En medio está sentado con la imágen
 De la Trabea el rey en su semblante
 Por la edad respetable y por el cetro
 Del imperio que rige, gran monarca.
 Manda también á los embajadores
 Que de Etolia volvieran, razon ámplia
 Den de su comision, y la respuesta
 Que recibieron. Una inmensa calma
 Y profundo silencio entonces reina,
 Y Vénulo obedece y así habla:
 «Ciudadanos, ví á Diomedes y reales
 «De Argiva; y vencidas malandanzas,
 «Estrechamos la mano, que los muros
 «De Troya destruyó. El fabricaba,
 «Este héroe victorioso en la campiña
 «Contigua, una Ciudad en la montaña
 «Del Gárgano en Yapigia y diera el nombre
 «De Argiripa que fuera el de su patria,
 «Fuimos en su palacio introducidos
 «Y á su audiencia llevados, presentallas
 «Ofrecimos; origen y enemigos
 «Que implacables ahora nos combatan,
 «La causa que á su corte nos conduce,
 «Le hicimos conocer. Nos escuchaba,
 «Y despues con bondad así responde:

«Pueblos felices, gente fortunada
 «Donde reinó S aturno, antigua Ausonia,
 «¿ Qu e destino enemigo hoy os arrastra
 «El reposo   turbar y os precipita
 «En guerra que no veis   donde para?
 «Cuantos en Troya fuimos y violamos.
 «Con la sangre troyana las campa as;
 «Sin hablar de los males padecidos
 «A los pies de sus  clitas murallas,
 «Ni h eros que qued aran sepultados
 «Del undoso Simois bajo las aguas;
 «Por todo el universo derramados,
 «Sufrimos los castigos y venganzas
 «Con que el cielo affigiera   los malvados,
 «Que Priamo llor ara su desgracia.
 «Testigo el astro que encendi  Minerva
 «En c lera fatal; sean pruebas claras
 «Los escollos Cubea y Cafarea
 «Donde nuestra injusticia se veng ara,
 «Y despues de una guerra tan funesta
 «A riberas contrarias nos lanz aran
 «Las ondas. Menelao hijo de Atreo.
 «Fue   buscar su destino en la elevada
 «Columna de Proteo; mas los C clopes,
 «Hijos del Etna, entonces se mostr aran
 «A Ulises.   Hablar eos de Neoptolemo
 «Que en sus estados propios le mat aran,
 «O Idomeneo que lanzados fueron
 «De su propio pais,   en la Africana
 «Ribera refugiados con los Locros
 «Y aun de Agamenon rey que all a en su casa
 «Y palacio tambi en asesinado

«De su malvada esposa en la asechanza,
 «Y un adúltero infame la red tiende
 «Al grande vencedor de toda el Asia?
 «Y á mí mismo los Dioses me negaron
 «El consuelo de ver mi cara patria,
 «Y gozar las dulzuras de himeneo
 «Y á mi Ciudad de Calidon mirarla.
 «Ahora mismo portentos muy terribles
 «Persiguen á mis tristes camaradas,
 «Que de plumas cubiertos en el aire
 «Como las aves vuelan en las playas,
 «Errantes en la orilla de los rios,
 «Y en las rocas lamentan su desgracia.
 «¡ Mas que suerte debiera prometerme
 «Desde el momento que mi diestra osada
 «Con el hierro sacrilego vertiera
 «La sangre de los Dioses, y aun derrama
 «La de Venus divina esta mi mano?
 «No pretendas que en guerra tan insana
 «En destruir á Troya yo me empeñe.
 «No hago mas guerra á la Nacion Troyana,
 «El recuerdo de males que le hicimos
 «Ni gozo, ni placer jamas me causa.
 «Obedeced á Eneas; los presentes
 «Que me traeis volvedlos á la patria.
 «Le he visto; y me he medido cuerpo á cuerpo,
 «Y en las manos tenia la su espada,
 «Y me podeis creer, al aire fiero
 «Con que el temible escudo presentaba
 «Y el gran vigor con que su lanza arroja.
 «Si la Frijia en su seno alimentára
 «Dos héroes que le fueran semejantes

«Que trageran de Dárdano la raza,
 «A Argos combatir ellos vinieran
 «Y la Grecia llorára su desgracia.
 «Si perdimos entonces tanto tiempo
 «Arruinando de Troya las murallas,
 «A los brazos de Eneas y de Héctor
 «Se debe de los Griegos la tardanza,
 «Alargando á diez años la victoria.
 «Los dos por su valor tienen gran fama,
 «Empero Eneas en piedad le vence;
 «Haced con él la paz, no midais armas.»

"La respuesta, gran rey, ya la has oido,
 «Y cuanto sobre Eneas él pensára.»

De los embajadores escuchando
 El discurso, en la junta se levanta
Fiero rumor que turbacion anuncia,
 Y raros sentimientos se declaran.
 Semejante á los rios que aprisionan
 Las rocas y cautivas crespas aguas,
 Y mugen atronando las riberas
 Vecinas con obstáculos que atacan.
 Cuando restablecido fué el silencio
 Y al rumor sucedió profunda calma,
 Despues que se invocaron á los Dioses
 Con el senado, el rey así hablára:
 —«Bien lo queria, Latinos, y este fuera
 «Partido el mas prudente que abrazára
 «Por la seguridad de nuestro estado
 «Tomado en su principio, y no se halláran
 «De la muralla al pie los enemigos
 «Y toda la nacion ahora empeñada
 «En una infeliz guerra contra un pueblo

«De hombres invencibles, que no bastan
 «Combates ni fatigas, ni vencidos
 «De la mano arrancarles las espadas.
 «De pelear de Etolia con la ayuda,
 «Bien podeis ya perder toda esperanza;
 «Ya cada uno es la suya propia:
 «Ya veis donde nos lleva la desgracia;
 «Vuestros ojos la ven y manos tocan
 «La prueba de ruina tan tamaña.
 «Yo á nadie acuso; y el valor ha sido
 «Tal cual pudiera ser, con la pujanza
 «Toda de nuestro estado se ha reñido.
 «Mas en tan apuradas circunstancias,
 «Escuchad lo que os digo en breve arenga.
 «Junto al rio que corre en la Toscana,
 «Un antiguo dominio yo poseó
 «Que está al poniente de Sicanas aguas;
 «El arado de Auruncos y de Rútulos
 «Vencen lo estéril de esta tierra ingrata,
 «Y los ganados pacen las alturas
 «Impracticables; sean pues la marca
 «De la union de amistad con los Troyanos,
 «Estas tierras cubiertas de montañas
 «Con sus pinos sombríos y compactos
 «Que reglen la equidad la mas exacta,
 «Y sean los aliados de este reino;
 «Que si ya establecerse les agrada,
 «Una Ciudad fabriquen; mas sí anhelan
 «Otros paises y naciones varias,
 «Si nuestro campo abandonar quisieren,
 «De veinte buques démosle una armada;
 «Y si mas necesitan les daremos.

"Encinas en los montes hay sobradas,
 "Los astilleros en la orilla ofrecen
 "Cuantas sean las maderas necesarias;
 "Que el número señalen ellos mismos
 "Y oficiales tendrán el cobre y járcias.
 "Mas para concluir este tratado
 "De una manera sólida y sagrada,
 "Que de familias nobles se señalen
 "Cien diputados de la tierra Lacia,
 "Que con la oliva en mano se presenten
 "A Eneas, á los cuales acompañan
 "Dones de oro y marfil con curul silla
 "Y la trabea que el poder señala."

Dránces al punto se levanta entonces,
 Dránces el enemigo que rechaza
 La gloria del gran Turno y le estimula
 Allá en su corazón penosa rabia.
 Era liberal, rico y elocuente
 Orador, mas no fuerte con las armas:
 Era siempre prudente en el consejo,
 Poderoso en revueltas y cabalas;
 De nacimiento ilustre por su madre,
 Pero de padre oscuro: se levanta,
 Y por irritar los ánimos se esfuerza
 Con duras espresiones muy amargas:
 —«O rey de bondad lleno, así decía,
 «Habeis abierto una cuestion tan clara
 «Que de mi voz ni auxilio necesita;
 «Lo que el estado pide bien se alcanza;
 «Ni á decirlo se atreve con franqueza,
 «Désele libertad, sea libre el habla,
 «Que reprima su orgullo aquel malévolo

«Genio, cuyo auspicio es la desgracia.
 «De la espada á pesar, yo he de decirlo,
 «Y la muerte que cierto me amenaza,
 «Es de aquel que ha lanzado en el sepulcro
 «Tanto noble guerrero, y hundi6 en lástimas
 «Y en duelo esta Ciudad; esta es su obra.
 «Con el Troyano arriesga la batalla,
 «Seguro de salvarse por la huida
 «Este guerrero cuya ardiente espada
 «Debia hacer temblar al mismo cielo.
 «A estos dones ¡ó rey! con que regalas
 «A los Troyanos, a~adid á todos,
 «Y que muy mas propicios os los hagan,
 «Aunque sea á despecho de quienquiera,
 «Libre á un padre ofrecer su hija cara
 «En himeneo; de que digna fuera,
 «A un yerno ilustre con eterna alianza.
 «Mas si á su corazon miedo encadena;
 «A nombre de su rey y de la patria,
 «Al terrible guerrero suplicamos
 «Ceda aq~este derecho que reclama.
 «¿Porque precipitar á un tiempo mismo
 «En peligro tan cierto tantas almas?
 «¡O tú, fuente del mal que nos aflige
 «Y eres la ruina de la tierra Lacia!
 «Con la guerra salvarnos no podemos,
 «Todos pedimos paz; Turn6, te apiada,
 «Y dános una prenda tal, que sea
 «De una paz inviolable la confianza.
 «Yo mismo, á quien creyeras tu enemigo,
 «(Ni esta verdad pretendo yo negarla),
 «A tus pies me verás ser yo el primero

"Humildoso pidiéndote esta gracia.
"Ahora ten compasion de tus aliados,
"No llesves al extremo ideas vanas,
"Si rendido te miras ya, retírate;
"En la derrota víctimas sobradas
"Han perecido y yerma la campaña
"Por dó quiera se mira desolada.
"Si te aqueja el honor, si valor tienes
"Bastante y corazon con el que ansias
"Ascender á ese trono que te ofrece
"El himeneo, te lo dé la espada;
"Dételo tu valor y tu osadía
"Para que lo merezcas. Ea, marcha
"De confianza bien lleno á tu enemigo,
"Tú lo sabes tambien que ya te aguarda.
"Y ¡que! para que Turno sea el esposo
"De la heredera de la real casa,
"Iremos todos cual rebaño humilde
"De muertos á llenar nuestra campaña;
"Y acaso no tendrán ni el honor triste
"De un puñado de tierra, ni una lágrima!
"Si de tus pàdres el honor heredas,
"Marcha á ver tu enemigo á dó te llama.»
Con un language tal se encendió Turno,
Y bramando en dolor, dice con rabia:
—"Tu boca será, Dránces, para siempre
"En discursos fecunda, si se trata
"De lo que accion requiere y movimiento;
"Se reune el Consejo, tú á la plaza
"El primero saldrás, y con el ruido
"Que forman incesantes tus palabras,
"Hablando de esas paces que prodigas

"Con gran seguridad; en la muralla
 "Que de los enemigos nos divide
 "Y de los fosos que en la sangre nadan,
 "Harás en tanto que esa tu elocuencia
 "Sea de Dránces victoriosa el arma.
 "Trátame de cobarde, Dránces fuerte,
 "Tú, cuyo brazo destruyera tantas
 "Escuadras enemigas de Troyanos,
 "Y á la llanura corres con las armas,
 "Y trofeos brillantes ¿hacer prueba
 "Quieres ahora dó el valor alcanza?
 "Hásla, en tu mano está, no está muy lejos;
 "Rodea el enemigo las murallas
 "Por todas partes, vamos á encontrarle:
 "¿Que te detiene, di? ¿Que! ¿tus batallas
 "Siempre se harán con tu ventosa lengua,
 "Ni tendrás mas defensa que tus plantas
 "Para la fuga? ¡Yo, vencido! ¡infame!
 "¿Quien será de vencido el que me trata?
 "Sí de sangre Troyana la corriente
 "Del Tíber muchas veces vió aumentada,
 "Y la casa de Evandro derruida
 "Y en su última rama aniquilada,
 "Y sin armas los Arcades; vencido,
 "Ni Bicias ni Pándaro me halláran,
 "A pesar de su talla gigantesca;
 "Ni mil guerreros que mi diestra osada
 "En un dia lanzára al hondo abismo,
 "Y cerrado en el centro de murallas
 "De enemiga Ciudad. No hay que salvarnos
 "En la guerra.... ¡insensato! ahora canta
 "Oráculo tan necio al rey Troyano

- "Y sus amigos: pero no, adelanta,
 "Prosigue derramando en todas partes.
 "La turbacion y espanto, y siempre alaba
 "De ese pueblo la fuerza ya vencida
 "Por dos veces, desprecia las ventajas
 "De la Nacion Sabina, hoy de la guerra
 "Los reyes tiemblan al nombrar las armas
 "De los Frigios y al hijo de Tideo,
 "Y al grande Aquiles y al Aufo espantan,
 "Y huye temblando fugitivas ondas,
 "De las que ruedan en la mar Adriática.
 "Tú finges, impostor, el que me temes,
 "Y procuras tornar mas insensata
 "Y odiosa mi conducta con terrores
 "Falsos; pártete, ni temas que manchára.
 "Mi mano con tu sangre, que la dejo
 "En un cuerpo tan digno de tal alma.
 "Yo vuelvo á tí, mi padre, y al objeto:
 "Cuya importancia mi atencion reclâma
 "En esta discusion: si tú no tienes
 "Alguna cofianza en nuestras armas,
 "Si estamos de tal modo abandonados,
 "Si de una vez perdida la batalla,
 "Estamos ya vencidos sin recurso,
 "Y el hado nos dejó sin esperanza:
 "La paz ora pidamos de rodillas,
 "Y tendamos cobardes nuestras palmas
 "Al vencedor... ¡que digo! si aun nos resta
 "Una centella de la hoguera pátria
 "Y su antiguo valor! Yo por mi parte,
 "Envidiaré la dicha y la pujanza
 "Del guerrero gentil que á tal afrenta

"Antepone caer con noble audacia.
 "Mordiendo el polvo en el glorioso campo.
 "Mas si fuerzas nos quedan y gallardía
 "Juventud y Ciudades todas prontas
 "A socorrós enviar de toda Italia;
 "Si han comprado bien cara la victoria
 "Los Troyanos con sangre, si se igualan
 "Los muertos, cual nosotros se lamentan;
 "Si la borrasca á todos nos maltrata,
 "¿Por que desalentarnos con vileza
 "En el primer revés? ¡que! ¿nos espanta,
 "Antes de haber sonado, la trompeta?
 "El tiempo á los sucesos traen mudanzas
 "Felices; y Fortuna con frecuencia
 "Se complace alternar la suerte vária
 "Y elevar con su brillo al mas caído:
 "No nos socorrerá la Etolia brava
 "Ni los pueblos del Arpos, mas tenemos
 "A Mesapo, Tolumnio con las bandas
 "De adalides valientes que han enviado
 "Otros pueblos. ¿La Gloria desdeñara
 "Seguir la flor del Lacio y de Laurento?
 "Tambien Camila es nuestra, la afamada,
 "De la mas noble sangre, la gran reina
 "De fuertes Volscos con brillante escuadra
 "De ginetes. Y si á pesar aun quieren
 "Que con nosotros solo se combata,
 "Si es de tu aprobacion ese partido,
 "Si Turno es la barrera que contrasta
 "El público interés; ni la Fortuna
 "Mal ha mirado la tajante espada
 "En mi brazo, que ya alcanzar no pueda

"La recompensa de virtud tan alta.
 "Iré á buscarle de confianza lleno
 "A ese fiero rival, aunque la fama
 "Tenga y valor del hijo de Peleo
 "Con armas por Vulcano fabricadas:
 "A nadie cede Turno en valentía
 "A cuantos fueron antes en su raza.
 "Turno su sangre ofrece por el pueblo
 "Y por su suegro augusto; y si con armas
 "En la mano ya Eneás quiere verme,
 "Solo este es mi deseo, esta mi ansia.
 "Si contrario el combate hacen los Dioses,
 "Si acaso muero, vivirá mi fama."

Mientras que con debates animados
 Del gran peligro del imperio tratan;
 Deja su campo Eneas, y su tropa
 La pone en movimiento; entonces pasa
 Y atraviesa el palacio un veloz nuncio,
 Derramando el terror y viva alarma;
 Y anuncia que los Téucros y Toscanos
 Ya sobre la llanura se adelantan
 En batalla, dejando las riberas
 Del caudaloso Tiber. Pero se alza
 Todo el palacio, y el furor guerrero
 General los enciende; y á las armas,
 A las armas, se grita, y armas solo,
 La juventud furiosa respirára.
 Gemian los ancianos aterrados
 Con secreto dolor y con la varia
 Situacion diferente de los ánimos,
 Los gritos hasta el cielo resonaban;
 Tal es el ruido que confuso crece

Cuando reunidas en el bosque se alza
 De aves la multitud, ó cual los cisnes
 Se dejan escuchar sobre las aguas
 Lagunosas del Pó, que en pesca abundan.

— "Ciudadanos, entonces Turno clama;
 "Tranquilos haced juntas, dad elogios
 "A la paz y la union, mientras las armas
 "Del enemigo el reino nos inunda."

Y sin mas añadir una palabra
 Abandona el consejo, y del palacio
 Sale y dice á Voluso: «Agora manda,
 «Que los Volscos se armen al instante,
 «Los Rútulos tambien hagan su marcha,
 «Que Mesapo y Corás en la llanura
 «Con batallones de á caballo salgan,
 «Que parte de la tropa fortifique
 «Las torres y las puertas, y la armada
 «Restante siga mis veloces pasos.»

Los guerreros se van á la muralla;
 Y el rey mas temeroso y mas turbado
 Por este contratiempo que desáira
 Sus proyectos, los deja para tiempos
 Mas felices; tambien le echau en cara
 De no haber recibido muy sincero
 Del príncipe Tróyano la alianza.
 Delante de las puertas unos fósos
 Escavan, y otros presurosos cargan
 Las piedras y maderos. Las bocinas
 Con su terrible son la tierra espantan:
 Mugeres, niños, en tropel confuso
 Corren sin dilacion á las murallas,
 Y en peligro tan grande todos quieren

Trabajar de consuno y no se cansan.

En su carro la reina de un cortejo
 Numeroso seguida, la acompañan
 Las matronas Latinas y caminan
 Al fuerte y Templo de la vírgen Palas.
 En sus manos conducen las ofrendas,
 Y Lavinia á su lado la llevaba,
 Causa de tanta ruina aunque inocente,
 Bajos los ojos con dulzura y gracia.
 Y llegadas que fueron las matronas
 Al templo sacro, el olor derraman
 Del perfumado incienso que el recinto
 Llenára, pronunciando estas palabras:
 «Tú, belígera Diosa, que dispones
 «Del combate la suerte, Palas casta,
 «Rompe benigna con tus propias manos
 «Del Frigio salteador la cruda lanza,
 «Y tiéndele tu misma sobre el polvo
 «Con la tuya, á los pies de estas murallas.»

Turno se arma furioso muy de prisa
 Y se viste la Rútula coraza
 Con escamas de bronce; borceguies
 Dorados en los pies luego se calza,
 Y al costado ciñendo presuroso,
 Que temor causa, la tajante espada.
 Márchase á la Ciudad en largos pasos
 Todo brillando en oro, y le resalta
 Al rostro la alegría, pues ya cree
 Que al enemigo combatiendo se halla.
 Se asemeja á un corcel que las prisiones
 Rompe, y fugaz y rápido se lanza
 Del establo, y ya libre á la llanura

Vuela impaciente á unirse en la campaña
 Con las amigas yeguas, ó anhelando
 Sus miembros refrescar en la agua clara
 Del rio; relincha, salta, dá corvetas,
 Cual relámpago vuela, la frente alza
 Con la erguida cabeza, y sobre el cuello
 A ambos lados, ligero en las espaldas
 La crin soberbia agita. Ya en la puerta
 De la Ciudad Camila le esperaba,
 Caballería Volsca le siguiera;
 La reina al punto del corcel se baja,
 Y todo el escuadron su ejemplo imita.
 Entonces ella dice: «Si confianza
 «Justa el valor acaso inspirar puede;
 «A Eneas á la frente de la armada
 «Atrevida yo asalte y los Tirrenos
 «Ginetes, me permite, en la batalla
 «Tiente yo misma esta primera suerte,
 «Mientras tú á la cabeza de la escuadra
 «Defiendes la Ciudad y altivos muros.»

Fijos los ojos en la virgen sacra
 Turno tenia y mira respetuoso;
 La dice al fin: —«Princesa, honor de Italia,
 «¿Qué gracias de tí dignas podré darte?
 «¿Como podré pagar deuda tan alta
 «Del reconocimiento á tí debido?
 «Mas si el cielo te dió superior alma
 «A cualquiera peligro, haz parte tenga
 «Contigo en lo arriesgado de esta hazaña,
 «Y si es cierto el rumor ya difundido,
 «Y afirman las espías de confianza,
 «Que para descubrirle se enviaron;

«Para sorpresa sus ginetes manda
 «Eneas, reconozcan la llanura
 «Y los altos desiertos de montañas,
 «Y á marcha redoblada dirigirse
 «A la Ciudad; le tengo una emboscada
 «Dispuesta, de la selva en parte oculta,
 «Y que protegerá la noble banda
 «De soldados en armas. Tú, entretanto,
 «Envia las escuadras Tirrenianas,
 «Y encontrarás con Mésapo al ejército
 «Latino y la mesnada Tiburiana;
 «Y tomarás tú sola la incumbencia
 «De ser el general, pues tú comandas.»
 Así dice, y alienta al mismo tiempo
 A Mesapo y sus fuertes camaradas,
 Y se marcha derecho al enemigo.
 Una tortuosa senda entre montañas,
 Escondida en un valle, á la sorpresa
 Y astucia de la guerra acomodada
 Está, de todas partes guarnecida
 De espeso bosque, y solo se llegára
 Por un sendero estrecho é intrincado
 Sobre el valle y el monte que lo manda.
 Hay una gran llanura que invisible
 A toda observacion allí quedára;
 Asilo el mas seguro y adecuado
 Para tender fatales asechanzas
 A derecha ó izquierda al enemigo;
 O sin dejar la altura, enviar rodadas
 Enormes rocas, dó se acampa Turno;
 Por sendas que no le eran muy estrañas,
 Sè apodera del punto, se emboscando

Dentro de una floresta malhadada.

Entretanto la hija de Latona

Opis ligera, gran honor y gala

De su corte, la dice en tristes quejas:

—«Ninfa querida, con infáusta hazaña,

«Camila vá á esponerse, en vano viste,

«Esta mísera Ninfa, nuestras arinas:

«Yo á ninguna mas amo que á ella sola,

«Ni es nuevo el sentimiento que me arrastra,

«Ni es un tierno capricho el que me anima

«Para hacerla la amiga de Diana.

«Fuera de sus estados espelido,

«Que por su tiranía le odiaba

«La Ciudad de Priverna, y perseguido

«Huía del enemigo que rechaza

«A Métabo, tomando en su destierro,

«Por firme compañera á su hija cara,

«Tierna infanta á la cual nombró Camila,

«De Casmila su madre; y estrechada

«A su seno la lleva procurando

«Ganar una cadena de montañas

«Desiertas todas, que los bosques cubren

«Por donde quiera; y á sus pies bajaban

«Las flechas matadoras, y soldados

«Volscos giran en torno. Él vé que hinchada

«Del Amaseno encuentra la corriente,

«Y lluvias tempestuosas le amenazan:

«Intenta luego el arrojarse á nado;

«Mas el paterno peso le embaraza,

«Y por la dulce carga siempre teme,

«Y por su mente mil proyectos pasan;

«Al fin toma este arbitrio, él en su mano

«Lleva nudosa y bien tostada lanza;
 «Forma á su hija una silvestre cuna
 «De corcho leve que sujeta y ata
 «Por el medio, y blandiéndola en la pica,
 «Así dirige al Cielo esta plegaria:
 «¡O hija de Latona, de los bosques
 «Señora celestial, casta Dïana!
 «Recibe aquesta niña que su padre
 «A tus divinas aras la consagra;
 «Por la primera vez tus armas viste,
 «Y por el aire huyendo á tí reclama;
 «Tuya es la propiedad, es tuya toda,
 «Mientras que sola por el aire vaga.»
 «Dice, y con gran firmeza agita el brazo
 «Y hace volar la pica aunque las aguas
 «Suenan; Camila con la lanza huye
 «Y pasa sobre la corriente rápida:
 «Y Metabo, estrechado de mas cerca
 «Por numerosos enemigos, nada,
 «Y llega salvo á la frontera orilla,
 «Y con el gozo de victoria tanta,
 «Del cespèd arrancó la jabalina
 «Que consagró en las aras de Dïana.
 «Ni ciudad le dió auxilio ó ciudadano,
 «Y á recibirle fiero se negaba;
 «En las montañas él pasó la vida,
 «Retiro de pastores, y en cabañas,
 «Siempre en los bosques de feroces bestias;
 «A su hija con leche alimentaba
 «Que en sus labios ponía, y de los pechos
 «De sus yeguas sus manos la ordeñaban.
 «Desde que ella sostenerse pudo

«En sus trémulos pies, y que afirmaba
 «Ya sus primeros pasos, tiernos brazos
 «El dardo llevan, cargan sus espaldas
 «Sonante aljaba con el arco corvo
 «Y matadoras flechas; ni de alhajas,
 «Ni doradas preseas, ni ondeante
 «Trenza; la piel de un tigre le adornaba,
 «Y desde su cabeza descendia,
 «Y su figura cubre tan gallarda.
 «Lanzan sus tiernas delicadas manos
 «Armas que con su edad proporcion guardan:
 «Gira en torno la onda silvadora
 «Y á las nubes partia, y allí alcanza
 «La grulla ó cisne con su blanca pluma
 «Que de Estrimon salieran; y anhelaban
 «De las Ciudades las Toscanas madres
 «Por su nuera tenerla: dedicada
 «Enteramente de Diana al culto
 «Me ofreció el corazon, y muy mas ama
 «Ser casta vírgen y ejercer su oficio.
 «Quisieran las Deidades, apagáran
 «El ardor que la arrastra á hacer la guerra
 «Que es tan funesta á la nacion Troyana.
 «Ella disfrutaria mi ternura,
 «Siendo mi compañera siempre cara;
 «Pero muerte cruel ya la persigue.
 «Tú bajarás ¡ó Ninfa! á tierra Lacia
 «Desde ese Cielo, saca una saeta
 «Bien vengadora que el carcax la guarda,
 «Y á cualquiera infeliz que se atreviere,
 «Italiano ó Toscano en mano osada
 «A herirle con mis armas, él perezca;

«Que yo arrebataré la desgraciada
 «Después en una nube, conduciendo
 «Su cuerpo de sus padres á la patria,
 «Y allí sepulcro habrá.» Diana la dice,
 Y la Ninfa del Cielo al punto baja
 Rodeada de un negro torbellino.
 Entretanto de Eneas una escuadra,
 Por las tropas Toscanas sostenida,
 Se acerca á la Ciudad, y la acompaña
 Toda la fuerza de caballería
 Que en iguales porciones se separan.
 En el llano el brido caracolea,
 Bufo, relincha, mas si el freno lasca,
 A derecha y á izquierda lo sacude.
 A floresta de picas erizada,
 El campo se asemeja; centellea
 De las armas el brillo en la muralla,
 Y es toda fuego la campiña. Mésapo
 Y el fuerte Córax con su hermano avanzan
 Desde la ancha llanura á la otra parte:
 Y de batalla en orden también marcha,
 La fuerza de Camila la guerrera,
 Que con su brazo corto ofrece largas
 Picas armadas con el mortal hierro.
 Se animan los guerreros y se inflaman
 Al ver al enemigo, los caballos
 Relinchan, y llegando las armadas
 Hasta el tiro de flecha hicieron alto.
 Furiosos gritos al momento lanzan,
 Con sus voces incitan los corceles,
 Y un diluvio de dardos se desgaja
 Al mismo tiempo y oscurece el Cielo.

El uno contra el otro, en ristre lanza,
 Se acometen Tirreno y Aconteo;
 Este el arzon perdiera con la rabia
 Del espantoso choque y á caer fuera
 Con rapidez de piedra que lanzára
 La ballesta y que ya su vida deja
 En el aire; mas rómpense las bandas
 Y huyen los Latinos presurosos,
 Y sus escudos llevan á la espalda
 Y dirigen al muro los caballos.
 Persiguen los Troyanos los que escapan,
 Y á la cabeza de sus escuadrones,
 Vá Asila, y á las puertas se acercáran;
 Pero luego, lanzando un nuevo grito,
 Sobre los vencedores recios cargan,
 Y estos á toda brida entonces huyen.

Como del mar las agitadas aguas,
 Ya inundan la ribera ó se retiran
 Salpicando su espuma rocas altas,
 Y arena arrastra á los profundos senos,
 O ya refluyen las enormes masas,
 Las que ellas mismas impulsado habian,
 Y sube y baja su incansable planta,
 Y corre y abandona las orillas.
 Dos veces vencedoras las Toscanas
 A los Rútulos llevan hasta el muro;
 Dos veces rechazados vuelven cara,
 Y con las armas sus espaldas cubren.
 Por la tercera vez van á la carga;
 General confusion, cada guerrero
 Escoge su adversario y se escucháran
 De moribundos dolorosos gritos,

Y en arroyos de sangre entonces nadan
 Los cadáveres, armas y trotones
 Que confundidos espirando arrastran
 A los muertos guerreros, y el combate
 Muestra todo el furor de guerra insana.

Orsíloco que teme cuerpo á cuerpo
 Con Rémulo medirse, el dardo lanza
 Con todo su poder á su caballo,
 Y en la oreja le hiere, allí clavada
 La punta queda, en tanto él impaciente
 Se empaña mas y mas, luego se alza
 Y sus traceros pies el aire agitan,
 Y tal sacudimiento allí le saca
 Del arzon y rueda por la tierra.
 Catilo mata á Yolas; tambien mata
 Al fuerte Herminio que es á par terrible
 Por su talla gigante y por sus armas;
 El casco no cubria su cabeza,
 Que de ella cae cabellera larga
 Que de fuego parece, y sin recelos
 Lleva siempre desnudas las espaldas
 Por que no teme el enemigo dardo;
 Mas una jabalina con pujanza
 La espalda le atraviesa, y llaga doble,
 Dobla tambien la muerte mas amarga.
 Rios de negra sangre la campiña
 Inundan, los guerreros que se inflaman,
 Morir procuran con gloriosa herida.
 En medio de esta fiera y cruel matanza,
 La amazona Camila valerosa,
 Pendiente lleva la terrible aljaba,
 Descubierta mitad del blanco seno,

**A fin de combatir con la man salva .
 Y embestir ardorosa por las filas.
 Ya certeras sus flechas las dispara
 En forma de diluvio, ó ya su brazo,
 Lleva tremenda y formidable hacha
 De dos filos, y suena el arco de oro
 Con las mortales armas de Diana.
 Aun cuando ella rechaza el enemigo
 Y la faz le volviera, atras tornada
 Su arco despide las certeras flechas
 Vueltas á sus contrarios las espaldas.
 De hermosa juventud son compañeras,
 Y de ellas eran tres las Italianas,
 Casta Larina, Tula con Tarpeya,
 Cuyo brazo esforzado agita un hacha
 De bronce, y todas eran escogidas
 Por la heroína para que adornáran .
 Su corte y la sirvieran gloriosas,
 En paz dichosa ó én la guerra aciaga.
 Y tales en la Tracia parecian,
 Las amazonas con pintadas armas
 Cubiertas ellas, só sus pies sonando
 Blanda ribera con las claras aguas
 Del Termodonte, peleando en torno
 De Hipólita su reina, acompañaban
 El carro de furiosa Pentésilea,
 Cuando la van siguiendo en retirada,
 Sonando sus escudos que figuran
 Una luna creciente, y así salvan
 La llanura con gritos resonantes
 De intrépidas guerreras en la marcha.
 ¿Quién el primero fué, ó quien el último**

Que abates ¡gran Princesa! con tu lanza?
 ¡Cuántos mordieron el sangriento polvo?
 Fuera el primer objeto de su saña
 Hijo de Clisio, Euneo que presenta
 Desnudo el pecho; con su pica larga
 Le hiere y cae vomitando sangre,
 Y el suelo muerde con furiosa rabia;
 A Liris y á Pagaso los derriba;
 El primero al momento en que se alza
 Para tomar la rienda á su caballo
 Herido en un hijar y en tierra estaba;
 Y el segundo al socorro cuando viene
 El brazo le tendia al camarada,
 Y cayeron los dos de un solo golpe.
 Amastro sigue luego, de la raza
 De Hippotas, y Tereo y Demofonte:
 Y Cromis y Harpalice, y todas cuantas
 Lanzas arroja, tantos Frigios tiende.
 Alcanza á ver á Ornito con estrañas
 Armas y monta un calabrés caballo,
 Y de toro una piel cubre su espalda,
 Y á su cabeza de morrion le sirve
 Otra de lobo con las presas blancas;
 Y empuña poderosa arma su mano,
 Y sobre todos la su frente alzára.
 Camila en medio de desorden tanto,
 De parte á parte sin piedad le pasa,
 Y con risa insultante le veia,
 Y de aquesta manera así le hablára:
 —¡Tú te creíste ¡ó bárbaro Tirreno!
 Que las fieras seguías en la caza
 Por los ásperos montes y las breñas?

«Este es el día en que femenino lanza
 «A tí humilla y á todos tus iguales;
 «Mas, para que sin gloria tú no pártas,
 «Los manes al mirar de los tus padres,
 «De Camila dirás fueron las armas
 «Las que muerte te dieron implacable.»
 A Orsíloco y á Bútes, cuya talla
 Colosal era, y ella misma á Bútes
 De frente al punto con furor le ataca,
 Y su dardo le hiere en la abertura
 En que el casco se une á la coraza;
 Allí, como aparece sin defensa,
 El cuello y la correa le traspasa
 Que suspende el escudo al lado izquierdo,
 Ella finge de Orsíloco se alarga,
 Y un círculo formando en la carrera,
 El combate presenta al que dejara,
 Y sin que escuche sus ardientes ruegos,
 Un hachazo terrible le descarga
 Y el casco y la cabeza le divide,
 Y humeando el cerebro el rostro baña.
 Otro guerrero allí se le presenta,
 A quien terror con la su vista pasma,
 Era el hijo de Auno que vivia
 Del Apenino en la Liguria, y rara
 Fortuna protegiera sus ardidés;
 Viendo que su corcel no le bastaba,
 Para cobarde huir, ni sustraerse
 De la persecucion, él puso en práctica
 Aquesta astucia y fina estratagema:
 «¡Que maravilla, dijo, que confiada
 «En el grande vigor de tu caballo

«Tú quieras combatir? Renuncia ufana
 «Del fugitivo al poderoso auxilio,
 «Baja á tierra conmigo, y la batalla
 «A pié firme trabando, allí veremos
 «Quien de vencer tendrá la gloria vana.»
 Camila furibunda en tal discurso,
 Y en violento despecho arrebatada,
 Le dá á su compañera su caballo;
 Desnuda entonces la luciente espada,
 Y en la otra mano su ligero escudo;
 Él triunfante y gozoso con su maña
 Se creyó, vuelve brida con presteza
 A su corcel que con la espuela ataca.

«Pérfido Ligurino, ¿el valor fuera
 «Este de que tu alarde así ostentáras?»
 «Todo es en vano, que escapar no puedes,
 «Con los ardides de tu falaz patria;
 «Ni volverte á mirar tu padre Auno
 «Tan falso como tú.» Dice, y con planta
 Ligera y mas pronta que el relámpago,
 Toma la rienda del corcel y ataca
 De frente á su enemigo, y en su sangre
 Furiosa y diestra su venganza sacia,
 Al tirano del aire se asemeja,
 Al halcón que á la paloma alta
 Vé y su rápido vuelo se despeña,
 Y en sus uñas la rompe y despedaza,
 Mientras lluvia de sangre se desprende
 Del Cielo con las plumas arrancadas.

El padre de los Dioses entretanto,
 De lo alto del Olimpo no mirára
 El sangriento combate, indiferente;

Él le inspira á Tarcon guerrera saña,
 Y en los Tirrenos bravos estimula
 El sangriento furor de las batallas.
 En su corcel Tarcon al medio sale
 De la matanza; la tropa comenzaba
 A replegarse; en varios sentimientos
 Los soldados alienta y aun los llama
 Por su adecuado nombre á cada uno,
 Y al combate los mueve en sus palabras.

—«¿Que pavor se apodera de vosotros?

«Tirrenos, sin honor siempre y sin alma,
 «¿Qué indigna cobardía vos domina?
 «Una sola muger, del campo os lanza
 «Con fuga y dispersion; ¿dó están ahora
 «Las manos impotentes, las espadas?
 «Tanta insolencia no mostrais de Venus
 «En las órgias nocturnas tan amadas,
 «Ni cuando corva flauta vos convida
 «De Baco alegre á la festiva danza,
 «Y el vaso rueda en la suntuosa mesa
 «Donde todo es placer y en él se sacian.
 «Felices creéis ser si el adivino,
 «Con señal favorable el día marca
 «Del festin y las víctimas dispone,
 «Y el sacro bosque á su banquete os llama.»

Así hablando conságrase á la muerte
 Y en su corcel se avanza á la batalla,
 Y á Vénulo acomete con gran furia;
 De su caballo mismo se lo agarra,
 Y ya le encierra en sus membrudos brazos.
 Y delante le lleva veloz, rápida
 Carrera; se levantan fuertes gritos

Hasta los Cielos por su fuerza rara.
 Fija los ojos la Latina gente,
 Y Tarcon vuela con tronantes armas
 Y al fornido guerrero se lo lleva,
 Y de su jabalina el hierro arranca
 Y del acero por la union procura
 Darle el golpe mortal con la mansalva.
 Vénulo lo rechaza y torna vanos
 Los esfuerzos que atacan su garganta.
 Tal se alza el ave de doradas plumas,
 El águila de Jove que arrebatá
 Una serpiente á lo alto de las nubes,
 Y encadena la presa con sus garras,
 Y en ella fija sus corvadas uñas,
 Y al dragon hiende; con sus ansias vanas,
 Se pliega se repliega en varios giros,
 Y encrespa de su espalda las escamas
 Y silvos lanza horribles, su cabeza
 Siempre erguida con aire de amenaza.
 Pero él en vano lucha, que de Jove
 El corvo pico el ave despedaza,
 Y con heridas cubre el cuerpo fiero,
 Y el aire entonces corta reposada,
 Y así su presa victoriosa lleva.
 Tarcon que asombra la Tiburna escuadra
 Con un ejemplo tal y tan felice,
 Los Meónides emprenden la batalla.
 Del destino arrastrado, Aruns seguía
 A Camila veloz y en mano el arma,
 Y cauteloso espía aquel momento
 Que una fácil victoria le prepara.
 Camila por su brio conducida

Se lanza á la mitad de las escuadras;
 Y el advertido Aruns vuela tras ella,
 Y observa silencioso á donde marcha,
 Y la mira que torna victoriosa
 Y el guerrero insidioso brida cambia,
 Y lleva su corcel al mismo punto,
 Y siempre la marcando sus pisadas,
 Y gira en torno y vuelve y revolvia
 En sus manos un dardo de confianza.

Cloreo, sacerdote en otro tiempo
 Consagrado á Cibeles, se notaba
 Por la hermosura y brillo de sus Frigias.
 Armas lucientes, y un corcel domaba
 Cuyo jaez de piel lo guarnecía
 De metal limpias y bronceadas láminas,
 Plumas formando que marcaba el oro
 Con estrangero lujo deslumbraban;
 Con púrpura brillante su vestido,
 Un arco licio lleva que dispara
 Flechas de Creta, y resonar se oye
 Un carcax de oro en la redonda espalda.
 La sagrada cabeza la cubria
 Un morrion, tambien dorado que lo ata
 Con nudo de oro en torno que reúne
 Los ondeantes pliegues que bajaran
 En túnica de lino, en donde brilla
 Amarillo azafran y roja grana.
 La vírgen lo queria, ó por trofeo
 Que del templo en la bóveda colgára,
 O adornarse ella misma en algun dia
 Con despojos Troyanos en la caza.
 Toda su atencion fija el buen Cloreo,

Y sin ver el peligro que le aguarda,
 Por medio de escuadrones enemigos,
 Con el furor que suele, se avalanza,
 Y el vivo ardor que á una muger inspira
 Aquel rico botín y una gran gala.
 Aruns que la observába, se aprovecha
 Del momento feliz, toma su lanza
 Y dirige su ruego al alto Cielo.

—«Gran Dios, que guardas la montaña santa
 «De Soracte, Apolo, á quien rendimos
 «Los homenages nuestros en tus aras,
 «Y en tu honor arden los cortados pinos
 «Con fuego eterno; tú, que das confianza
 «Religiosa que no serán hollados
 «Los carbones ardientes; tú á mi lanza
 «Concede, Dios potente, nuestro oprobio
 «Se borre; mis deseos no se inflaman
 «Con femenil despojo, ni un trofeo
 «Por mi triunfo ni el botín me agrada;
 «Otras hazañas honrarán mi brazo.
 «Si yo consigo que á mis tiros caiga
 «Este azote, el verdugo de los mios,
 «Sin gloria vuelva á ver mi cara patria.»

Apolo le escuchó, pero oyó solo
 Una sola mitad de su plegaria,
 Mas todo el resto se perdió en el aire;
 Consintió que á Camila le quitára
 La vida. Mas su vuelta á ver sus muros,
 Tuvo de no alcanzarlo la desgracia.

De las manos de Aruns silvando sale,
 Con ruido horrible, arrebatada lanza,
 Que de la armada la atencion suspende

Y en la reina la vista el Volseo pára:
 Ella sola ni vé, ni el ruido oye;
 Mas el dardo su pecho le traspasa
 Hasta el fondo y la sangre la cubria.
 Todas sus compañeras asustadas
 Moribunda la cogen en sus brazos.
 Aruns huye temblando con alarma,
 Mas que los otros, grande, y mezcla el gozo
 Con el fiero temor sin confianza
 En su gran dardo; pero ni se atreve
 A oponerse á los tiros de otras armas.
 A un lobo semejante que dá muerte
 Y degollar á un toro ha poco acaba,
 Y que se oculta en apartadas sendas
 Perseguido, y se sube á las montañas
 Cierto que lo merece por su fecho,
 Juzgándose feliz, si al fin el gana
 El bosque y á su vientre comprimiendo
 La su trémula cola: y así marcha
 Aruns infame que se oculta á todos,
 Y contento en salvarse si él lo alcanza,
 Confundido en el medio del combate.
 Camila moribunda el hierro trata
 De arrancar con sus manos de la herida,
 Al dardo dos costillas le embarazan
 Para salir; mas ella ya sin fuerza
 Sus ojos siente que la muerte agrava,
 Y su tez antes de encendida rosa,
 Ora parece desmayada y pálida.
 Cási espirando dice á su querida,
 De sus secretos confidente, Acca:
 —¡O Acca hermana mia, yo fallezco,

«La fuerza me abandona, y esta llaga
 «Es mortal... y tinieblas me rodean.
 «Sal del combate; á Turno estas palabras
 «Le dirás por mi última advertencia;
 «Se presente al instante á la batalla
 «Para impedir se acerquen los Troyanos
 «A la Ciudad... Adios... mi amada.»

Esto dice; y la brida ya no puede
 Sostener mas, y fria y helada,
 Su cuerpo desfallece poco á poco,
 El cuello inclina y la cabeza afianza
 Sobre su seno, y caen de sus manos
 Las fuertes armas, y su invicta alma
 Huye gimiendo á la mansion de sombras.
 Un grito general se oye que alcanza
 Al Cielo, mas la muerte de Camila,
 Es la señal de general batalla.
 Troyanos reunidos y Toscanos,
 Caudillos y ginetes de la Arcadia,
 De Evandro con sus filas estrechando
 Al enemigo, intrépidos se avanzan.

Ópis, en tanto, fiel á los mandatos
 De Diana, en lo alto está sentada
 De una montaña, quieta espectadora
 Del combate, y los gritos ya se alzáran,
 Y á su Camila moribunda viera,
 Víctima del valor, tan desgraciada.
 «¡Ay! gimiendo decia, y roto el pecho
 «De profundo dolor; que caro pagas
 «Tus hazañas, princesa sin ventura,
 «Contra el poder de la Nacion Troyana!
 «De nada te han servido tus respetos

«En bosques y florestas á Diana,
 «Dó en tu infancia habitaste sin amparo,
 «Llevando al hombro la flechera aljaba.
 «Tú, Reina, sin embargo, en el momento
 «De tu muerte la gloria no olvidaras,
 «Ni al mundo le será desconocida
 «Ni afrentosa morir y sin venganza.
 «Y quien quiera que sea ese sacrilego
 «Que tu pecho firiera con su lanza,
 «El premio ganará de su atentado
 «Y á tal delito encontrará la paga.»

Al pie de una montaña hay un sepulcro
 De Dercenno rey que fué de la comarca
 Y sombrea encinas siempre verdes.
 Alza la bella ninfa el vuelo rápido,
 Y posa en la eminencia; á Aruns buscaba
 Con ojo atento, y luego que lo vido
 Todo orgulloso con brillantes armas;
 «¿Y por que te retiras? Vuelve, dice,
 «Aquí tus pasos, ven, aquí te aguarda
 «La muerte con la digna recompensa
 «De Camila; y con flechas de Diana
 «Perecerás hoy tú.» Dice, y sonando
 Una ligera flecha de su aljaba,
 La divina amazona el tiro inclina
 Matador y lo acesta, y con la blanca
 Mano el arco encorva y toca el fierro
 Con la izquierda, y la cuerda afianza,
 El seno retirando con esfuerzo,
 Y en las puntas tocándose, dispara.
 Aruns escucha el silbo hendiendo el aire,
 Y matadora herida lo traspasa:

Y muerto queda al punto y le abandonan,
 Viéndole indiferentes camaradas
 Con el resto de muertos confundido,
 Mientras Opis la ninfa el vuelo alza:
 Y se retira á la mansion celeste.

El escuadron ligero entonces marcha
 En huida, pues muerta ya Camila,
 En desorden los Rútulos se escapan,
 Y el valiente Atinas y gefes todos
 Que separados van de sus escuadras
 En la huida estos buscan el salvarse,
 Y vuelta grupa á la Ciudad llegarán
 Con el veloz correr de sus caballos.
 Los Troyanos los siguen con la espada
 Desnuda que les hiere los riñones
 Con los arcos tendidos en la espalda,
 Sin que por detenerlos hagan frente
 Con flecha ó combatiendo cara á cara,
 Haciendo resonar la planta dura
 De sus caballos en la tierra blanda,
 Rueda con ellos negro torbellino
 Del polvo qué á la Ciudad se avanza,
 Y en las torres se miran las matronas
 Desgarrando sus senos con las palmas
 Acompañando lamentosos gritos.

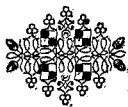
Puertas abiertas los primeros hallan,
 Y entran precipitados, perseguidos
 Por enemigo cruel que no descansa,
 Sin poder evitar la muerte cierta
 De su misma Ciudad en las murallas,
 O en el asilo de su casa propia.
 Otros las puertas cierran sin que osáran

Abrirlas á sus mismos compañeros;
 Ni ceden á los ruegos y plegárias,
 De asirlos por los muros, y se obstinan
 Con gran vigor en defender la entrada.
 Otros se van á la homicida pica,
 O dan motivo á mas feroz matanza.
 Los que de la Ciudad fueron quedando,
 Sostener no pudieron la batalla
 Contra la multitud que les oprime,
 O caen precipitados en la ancha
 Grande abertura de profundos fosos
 Ante los ojos de sus madres caras,
 O en desesperacion á brida suelta
 Hacia la entrada sus caballos lanzan,
 Por si es posible de que ceda al choque
 El poder de las puertas bronceadas.

En tal estremidad el sexo débil,
 Sin mas caudillo que el amor de patria
 Y de la gran Camila el alto egemplo,
 Con sus trémulas manos dardos lanzan
 Contra los enemigos ó les sirven
 Nudosos ramos, picas afiladas
 Al fuego endurecidas, y así-corren
 A la cabeza de la gente de armas,
 Ansiando que ellas sean las primeras
 Que al pie del muro valerosas caigan.
 Sabe Turno en el bosque la noticia
 De la derrota que le diera Acca;
 «Los Volscos son vencidos, le decia,
 «Ya Camila no existe, ya no hay nada
 «Que al enemigo detenerle pueda,
 «Y el campo cubre victoriosa escuadra

«Y el terror vuela de Laurento en torno.»

Turno fuera de sí, porque lo manda
 El decreto de Jove, al punto deja
 La colina con toda la emboscada.
 Apenas sale y toca la llanura,
 Ya Eneas libre la eminencia salva,
 Y entra dichosamente en la espesura
 Del bosque, y casi con igualdad marchan
 Diligentes al muro, y solo media
 Del uno al otro breve la distancia.
 Ya Eneas vé de lejos polvorosa
 Nube que se acercára á las murallas
 Que forman Laurentinos batallones.
 Turno conoce á Eneas por sus armas,
 Al terrible rival, y marchar oye
 La infantería y la Nación Troyana,
 Y corceles fógicos que relinchan,
 Y al instante entrarían en batalla,
 Si el Dios del día en resonante carro,
 Por un cielo sembrado de oro y plata
 Y de purpúreas rosas, sus caballos
 No llevase á bañar al mar de España;
 Trayéndoles la noche que le sigue,
 Y el campamento cada cual sentaba.





La Eneida.

LIBRO XII.

Turno al ver los Latinos consternados,
 Deshecho su valor y atrevimiento,
 Y á cumplir se le estrecha sus promesas,
 Y que fijos en él tienen, y atentos,
 Todos los ojos; la ansia de venganza
 Que le inflama y anima, un valor nuevo
 Le presta. Tal se viera en la llanura
 Del África abrasada un leon fiero,
 Al que los cazadores han herido
 Profundamente, mas que ya dispuesto
 Al combate, con gozo sacudiera
 Su espesa cabellera, y rompe al medio
 El dardo que le aqueja, y ruge y abre
 Sus fáuces que la sangre están vertiendo.
 Tal en su ardor el Rútulo se muestra;
 En el furor en que se abrasa el pecho,

Y al Rey le dice: «Turno aparejado
 «Está y esos Troyanos sin pretesto
 «Para que cumplan su palabra y pactos.
 «Yo voy á combatir, padre; haced luego
 «Se apresten sacrificios, vos dictando
 «Las condiciones fijas que debemos
 «Cumplir; porque tú sabes que este brazo
 «Ha de precipitar al hondo Averno.
 «Al desertor del Asia, á ese Troyano,
 «A la presencia del Latino pueblo,
 «Y espectador tranquilo del combate,
 «Lavaré yo en su sangre nuestro tuerto,
 «O serán los Latinos su conquista,
 «Y Lavinia la esposa de ese Téucro.»
 Con ánimo tranquilo, el Rey responde:
 «Príncipe generoso, cuando observo
 «La intrépida fiereza que te anima,
 «Creo que es mi deber, lo considero,
 «El meditar los riesgos y peligros
 «Que duros nos asaltan al momento.
 «Tú, de tu padre Dáuno los estados,
 «Posees y Ciudades que cedieron
 «Al valor de tu espada; es también tuyo
 «El corazón Latino con su Reino.
 «Tiene el Lacio y países Laurentinos,
 «Doncellas que merecen tu alto aprecio;
 «Permiteme os lo diga sin embozo
 «(Que bien á mi pesar yo lo confieso)
 «El Cielo se negaba mi hija uniera
 «Con los que antes su mano pretendieron.
 «Me lo decían los Dioses y los hombres;
 «Pudo más mi ternura y dulce afecto

«Y sangre que nos une y débito antiguo,
 «Y de mi esposa en lágrimas los ruegos,
 «Y los lazos rompí los mas sagrados,
 «Y arrebaté mi hija al propio yerno;
 «Y las armas tomé cuando los Dioses
 «Contrariaban bien claros mis deseos.

«Ya ves, Turno, me aflige el cruel destino,
 «Que á seguir una guerra me hallo espuesto
 «Con todos sus peligros; y vencidos
 «En batallas campales, poseemos
 «Con gran dificultad estas murallas,
 «Nuestra única esperanza, y los Iberos
 «La quieren defender, aunque las aguas
 «Ven humear del Tiber con los restos
 «De nuestra sangre, y todas las campiñas
 «Desde lejos blanquean con los huesos.

«¿Por qué volver atrás á cada instante?
 «¿La razon autoriza estos intentos?
 «¿Si muerto Turno estoy aparejado
 «Recibir al Troyano en este suelo;
 «Por qué mas bien la paz no firmo ahora
 «Si de esta suerte conservarte puedo?
 «¿Que me dirán los Rútulos, mi sangre,
 «Que dirá toda Italia en lo sabiendo,
 «Lo que el cielo no quiera, que abandono
 «Su principe á la muerte por su anhelo
 «A tomar á mi hija por su esposa?
 «Mira con atencion, y cuan incierto
 «De la guerra es el fin, y ten de un padre
 «Anciano compasion, que ahora está lejos
 «De tí, y allá en Ardea, que es tu patria.»
 Ni calma este discurso el vivo fuego

Del gran Turno, se hace mas indómito
É intratable, y le irritan cuantos medios
Para aplacarle intenta, y así habla:

«Dispensaos, señor, de ese gran celo,
«¡O el mejor de los padres! que os inspirá
«Vuestra fina amistad y tierno afecto
«Para conmigo, y á su nombre os pido
«Me permitais salvar mi gloria y déudo
«A costa de mi vida, que aun mi brazo
«Disparar sabe dardos con el fierro,
«Y sangre correrá, que ni su madre
«Siempre estará á su lado ni esconderlo
«En la afrentosa nube con su huída,
«Y tímida ella misma por su sexo.»

Entretanto la reina, amedrentada
Con el nuevo combate y tanto riesgo,
Llora y se desespera en sus afanes,
Y quiere moderar el furor ciego
De su yerno. «O gran Turno, si tú sientes
«Que lágrimas derrame; si algún celo
«Por la gloria te anima de esta Amata,
«Vos sois mi único asilo y mi consuelo
«En mi vejez que agobian tantas penas;
«En tus manos está el honor é imperio
«De los Latinos, y sin otro apoyo
«En la ruina que prepara el cielo.
«Concédeme esta gracia, y abandona
«De los Troyanos combatir tu intento.
«Sea la que sea la suerte de las armas,
«Es igual para mí, siempre yo muero,
«Fin poniendo á una vida tan odiosa
«Sin que esclava ver pueda á Eneas yerno.»

Oyendo estas palabras de una madre,
 Un torrente de lágrimas ardiendo
 Por las mejillas corre de Lavinia,
 Y con el vivo rojo purpúreo,
 Que la colora cual marfil nevado
 O como rosas con el blanco yelo;
 Tal pareciera el animado rostro
 De la princesa en su lloroso duelo.
 Turno, de tierno amor arrebatado,
 Sus ojos fija en ella y con su aspecto
 Se redobra su ardor y le responde:

«No me persigas, madre, y dés tormento
 «Con lágrimas que son tristes presagios
 «Cuando voy á arrostrar peligros fieros:
 «La ley de honor no le permite á Turno
 «Que retarde el morir solo un momento.
 «Párte Idmon, y lleva este mensaje
 «Al rey de Frigia que estará contento,
 «Cuando mañana la rosada aurora
 «En su primer albor colore el cielo.
 «Que no hagan su marcha los Troyanos,
 «Que en sus linderos permanezcan quietos
 «Los Rútulos y Téucros con sus armas.
 «Su sangre ya pondrá seguro término
 «A la guerra; en el campo de batalla
 «La mano de Lavinia encontraremos.»

El dice así y á su palacio vuela
 Y sus caballos pide muy risueño,
 Sus inquietos corceles examina
 Que Orytes dió á Pilumno el noble abuelo,
 Que exceden á la nieve en la blancura
 Y en la velocidad al mismo viento.

Cuidosos conductores los halagan,
 Y en la cóncava mano suena el pecho,
 Y la ondulante crin recorre el peine.
 Él, de blanco metal se revistiendo
 La coraza que de oro relucía,
 Probaba al mismo tiempo el fino acero,
 El broquel y el morrion con un penacho.
 Doble, brillante, rojo, y mas el hierro
 Que el Dios del fuego para Dáuno hiciera,
 Y ardiendo lo templára en el horrendo
 Lago de Estigia, y una lanza enorme
 Que una columna del palacio en medio.
 La apoya (era el despojo del valiente
 Actor, de los Auruncos el modelo),
 Y la empuñó su vigorosa mano
 Y blandiéndola, esclama en aire fiero:
 "¡O lanza mia fiel! que no has burlado,
 "A donde te enviara mi deseo;
 "Hoy debes proteger mi valentia,
 "No te empuña de Actor el brazo recio,
 "Es el brazo de aquel que le venciera;
 "Es el de Turno: dále que su esfuerzo
 "Postre en la tierra al Frigio afeminado,
 "Arrancar la coraza de su pecho
 "Y arrastrar en el polvo el enrizado
 "Cabello ya con el caliente hierro,
 "Y que perfuma la olorosa mirra."
 Asi exhalaba Turno su despecho,
 Y sus brillantes ojos lanzan llamas;
 Y él era semejante á un toro nuevo
 Que á su primer combate se prepara
 Con mugidos terribles; prueba el cuerno

Amenazador en troncos de árboles
 Y esparce el polvo con el pie ligero.
 No era menos terrible por su parte
 El héroe Troyano, bien cubierto
 Del maternal presente se animaba
 A la batalla y al valor dá aumento:
 Le place ser el árbitro en la guerra,
 Concluir á la vez con un convenio,
 Sus caros campeones tranquiliza,
 Y calma los terrores del inquieto
 Julio á quien le recuerda los oráculos
 De grandes Dioses; pero al mismo tiempo
 Al rey Latino ordena se le lleven,
 La última decision de aquel proyecto;
 Y la nota final de condiciones
 Que á la paz le sirvieran de cimiento.

Cuando apenas doraban las montañas
 Los caballos del sol, que desde lejos
 De los mares salian y su soplo
 La luz al mundo repartió su aliento;
 Rútulos y Troyanos escogidos
 De los muros al pie con grande seso
 Meditan, y levantan en el campo
 Aras y hogares, propias al intento,
 De césped á los Dioses de ambos reyes,
 O cubierta la frente con un velo
 De lino y coronados de verbena,
 Agua conducen y encendido fuego.

Latinos batallones se adelantan
 Erizados de picas; van saliendo
 Por las puertas los Téucros y Toscanos
 Cuyas armas diversas distinguieron;

Corren lanza en la mano, cual si Marte
 Al combate los llama con denuedo.
 En medio de millares de soldados,
 Corren de fila en fila los primeros
 Gefes en oro y púrpura brillando;
 Y brilla mas que todos Muesteo,
 Digna sangre de Asáraco, y valiente
 Asilas, Mesapo de Neptuno déudo
 El diestro domador de los caballos.
 A la señal primera se están quedos
 Las huestes dos, y las sus lanzas clavan
 En dura tierra y el escudo suelto.

La turba de mugeres atraida
 A ver un espectáculo tan nuevo;
 El pueblo que no entiende de combates,
 Los que encorvan los años con su peso,
 Cubren las torres, techos y las casas,
 Los arquitrabes de sus puertas bellos

En la cumbre que ahora es monte Albano,
 Sin nombre entonces, sin honor ni precio,
 Juno inclina su vista á la llanura,
 Y atenta considera ambos ejércitos,
 Y á la misma Ciudad del Rey Latino;
 Y al ver que se prepara un gran proyecto,
 La Diosa habla á la hermana del gran Turno,
 Tambien Diosa que en aguas tiene imperio,
 Destino que le diera el alto Jove
 De la virginidad que perdió en premio.
 «Ninfa, le dice Juno, honor y gloria
 «De rios cristalinos y risueños,
 «Objeto de mi amor y mi cariño,
 «Sabes que á las bellezas de éste suelo.

«De cuantas prefirió mi ingrato esposo
 «A tí sola un lugar te dí en el Cielo.
 «Pues oye tu desgracia, mi Juturna,
 «Mas de ella no me acuses; mientras ledo
 «El hado se mostraba y que la Parca
 «No se oponia al próspero suceso
 «Del Lacio, á Turno siempre he protegido
 «Y á la Ciudad que amas; ahora veo
 «Que este guerrero combatir intenta
 «Con lucha desigual y grande empeño;
 «Ya su vida fatal se vá acercando
 «Y pienso hay un poder que le es adverso.
 «Yo no puedo sufrir este combate
 «Ni un convenio tan vil y tan funesto;
 «Si el amor de tu hermano te interesa,
 «Sigue su inspiracion, debes hacerlo;
 «Tal vez la suerte su rigor mitigue.»

Pero Juturna este discurso oyendo,
 Un torrente de lágrimas derrama;
 Maltrata al punto su fermoso seno
 Con redoblados golpes. Pero Juno,
 «No es esta, dice, la ocasion de duelo
 «Ni de llanto verter, mas, dáte prisa
 «A arrancar, si tú puedes, de este suelo
 «Tu hermano y de las garras de la muerte.
 «Aun mas harás, y redoblando el fuego
 «De esa guerra infeliz, rompe el tratado
 «Que acaban de firmar. Atrevimiento
 «Ten, yo te autorizo en esta empresa
 «Para todo.» Y despues que dijo esto,
 La deja incierta, el corazon herido
 Del mas triste dolor y sentimiento.

Los príncipes llegaban entretanto,
 De aparato, grandeza y pompa llenos:
 El Rey latino viené en un gran carro
 Que cuatro brutos tiran, y luciendo
 Sobre su frente está con doce rayos
 Una corona de oro, signo cierto
 Que del sol descendia. Viene Turuo
 En otro que tiraban dos soberbios
 Caballos blancos, y en su mano agita
 Dos dardos que rematan anchos hierros.
 De su campo tambien saliera Eneas,
 Padre de los Romanos, reluciendo
 Con sus armas celestes y el escudo
 Que llamas despedia, y vá siguiendó
 Junto de él Ascanio que es de Roma
 La mas alta esperanza y ornamento.

Vestido un Sacerdote en blanca túnica,
 El que á una jóven cerda conduciendo
 Y una oveja que el hierro no ha tocado,
 La presenta al altar do brilla el fuego.
 Los príncipes volviendo al Sol los ojos,
 Que sobre el horizonte está luciendo,
 En el testuz derraman de las victimas
 El harina y la sal, y marca el pelo
 Altas fréntes, haciendo libaciones
 Con la copa en la mano, al altar puesto.
 Desenvaina su espada el pió Eneas,
 Y esta plegaria dirigiera al cielo:
 «O Sol, á quien yo invoco, sé testigo,
 «Y tú Tierra, por quien tanto padezco;
 «Y vos de la natura, excelso padre,
 «Y tú, Juno, mas blanda, oye mis ruegos

«En adelante, y Marte, Dios terrible,
 «Árbitro de la guerra y los guerreros;
 «Vosotros, Rios, Fuentes, Póestades,
 «Cuantos habitan el celeste imperio;
 «O azules ondas, escuchad mis pactos.
 «Si la victoria favorece al pueblo
 «De Turno, los vencidos se retiran
 «De Evandro á la Ciudad, jamás volviendo
 «A encender los Troyanos la discordia
 «Ni á perturbar la paz en este reino.
 «Mas si Marte contrario nos concede
 «Tan grande gloria, como yo lo espero,
 «Y los Dioses confirman mi esperanza;
 «Ni á los Troyanos someter pretendo
 «La Italia, ni réinar en esta tierra.
 «Formen las dos naciones un imperio
 «Con perfecta igualdad, sean los Dioses
 «Unos y religion; y el Rey, mi suegro.
 «Para mí los Troyanos alzen muros
 «Y Lavinia les dé su nombre eterno.»

Así habló Eneas, y despues Latino,
 Ojos y manos levantando al cielo.

Él toma la palabra y así dice:

«Eneas, por testigo cual tú mismo
 «Pongo al Cielo, á los astros y los hijos
 «De Latóná, y á Jano bi-frontero,
 «A las divinidades infernales,
 «Lugares todos á Pluton el fiero
 «Consagrados, y ojalá la oyera
 «Mi voz el padre que domina el trueno,
 «El que es el sello de los pactos todos;
 «Y estós altares pongo y estos fuegos

«Que toco, y á los Dioses que nos miran;
 «No se verán jamas á los Iberos
 «El perturbar la paz, y la alianza
 «Infringirse que agora contraemos;
 «Ningun poder hará que á ella renuncie,
 «Aunque la tierra hundieran en su seno
 «Las aguas con diluvio el mas horrible,
 «O el Cielo deseendiese al hondo Averno.
 «Que así como es verdad, ni volver puede
 «Sus hojas á brotar aqueste cetro,
 «Ni ramos estender que el suelo cubran
 «Con su sombra (que en aquel momento
 «Detenia en su mano), y separado
 «Del tronco protector que dá alimento
 «Y maternal sustancia, y despojado
 «De verde cabellera por el hierro;
 «La mano del artifice engastándole
 «En precioso metal torna el madero,
 «Arbol en otro tiempo, en real signo
 «Del cetro que gobierna el Eacio imperio.»

Así con juramentos consagraron
 A la faz de los gefes el convenio.
 Las víctimas degüellan, cuya sangre
 Corre, segun costumbre, en los braseros,
 Se estraen las entrañas palpitantes,
 Y el altar las recibe en vasos llenos.

Entretanto los Rútulos bien pronto
 Hallan este combate sin arreglo;
 Movimientos diversos les agitan
 El corazon, y mas notando, atentos,
 La gran desigualdad entre las fuerzas,
 Y que lo anuncia-el continente mismo

De Turno fuerte que al altar se acerca
 Humilde, taciturno, y ojos muertos,
 Pálidas las mejillas y sumidas,
 Cual no mostró jamás aquel guerrero,
 Doblando su inquietud esta apariencia.
 Mas su hermana Juturna advirtió luego
 Que se aumenta el rumor, y vacilante
 Está la multitud y á mudar presto
 Su pensar; mas entonces de Camertes
 Toma fisonomía, porte y gesto;
 Guerrero valeroso y noble anciano,
 Hijo de un padre ilustre por su esfuerzo,
 Terrible en el combate. Y él difunde,
 En medio de las filas con secreto,
 Un rumor al que estaban preparados,
 Y luego así les habla:—«Me avergüenzo,
 «¡O Rútulos! querrais que un hombre solo
 «Su vida ha de esponer por sus guerreros;
 «Vosotros que sois tantos ¿por ventura
 «Somos menos en número y esfuerzo?
 «¿No estais mirando á todos los Troyanos,
 «Los Arcades y Etruscos que son menos,
 «Y dicen los conducen los Destinos,
 «O mas bien contra Turno su sangriento
 «Odio, y apenas solo un enemigo
 «De frente cada cual encontraremos?
 «Turno, es verdad, va á levantar su fama
 «A la par de los Dioses, se ofreciendo
 «Él mismo en sacrificio por su gloria,
 «Que siempre ha de durar siglos eternos.
 «¿Y espectadores le vereis tranquilos?
 «¿Y con armas ociosas quedaremos

«Sin patria, sin honor, envilecidos,
«Sujetos á un señor duro y sobertio?»

Cunden estós discursos en las filas,
Los ánimos latinos encendiendo;
Mas cambian su pensar los que suspiran
Por el reposo, y con placer el término
De sus desgracias vieran, roto el pacto,
Y lamentan á Turno al mismo tiempo.
Une á esto Juturna otro artificio
Aun mas poderoso, y en el cielo
Un prodigio aparéce con que acaba
De inspirar turbacion en los Iberos,
Y un prestigio engañoso los cautiva.
De Jove el ave en la region del fuego
Vuela y da caza á los alados seres,
Habitantes que corren por los puertos,
Y su presencia sola los dispersa;
Cuando improviso se desploma el vuelo
Del implacable robador, y aferra
Entre sus garras el nevado cuello
De un cisne de belleza incomparable.

Atrae la atencion de los Iberos
Espectáculo tal; mas ¡ó sorpresa!
Ya las aves que huian, al momento
Atacan de consuno con gran ruido,
Oscurecen el aire, y con denuedo
Persiguen su enemigo sin descanso,
Hasta que á sus ataques va cediendo;
Y por su mismo peso al fin el cisne
Baja y del rio desaparece al centro,
Y ella en las altas nubes se confunde.
Los Rútuos salúdan este agüero,

El que tan favorable les parece,
 Con gritos de alegría; y los guerreros
 Toman las armas, y esclamar se oye
 A Tolunmio, gran gefe de agoreros:
 —«Ved, ya pues, lo que tanto deseaba
 «Y que á los Dioses le pedí con ruegos,
 «Su voz escucho y el presagio admito;
 «Seguidme, armaos, infelices pueblos,
 «Que un salteador extraño nos embiste,
 «Y asustarnos pretende acometiendo
 «Cual si á tímidas aves ya lo hiciera:
 «No lo dudéis, á huir irá bien pronto,
 «Y entrará por la mar á vela llena.
 «Estrechad vuestras filas, ó guerreros,
 «Nuestro Rey defended, y mostrad brio
 «Contra ese injusto robador externo.»

Así dice: y poniendose de frente,
 Un dardo lanzan sus robustos miembros
 Contra los enemigos, hiende el aire
 Y silba el tiro inevitable; inmenso
 Grito se oyera en tantos batallones,
 Que arden en el amor del patrio suelo.

En frente del lugar dó salió el tiro,
 Estaban nueve hermanos bien dispuestos,
 Todos hijos de Gilippo el Arcadio,
 Y Tirrena su esposa en nudo estrecho,
 Era entre todos ellos señalado,
 Por su belleza y su brillante arreo,
 El que el golpe recibe, y queda herido
 En donde el cinturon ciñera el cuerpo,
 Y allí se estrecha el gancho en ambos lados,
 Y el golpe en tierra le dejara muerto.

Con esta vista se animó la tropa,
 Y unos toman la espada ó bien los prestos
 Dardos, y ya se avanzan vista en tierra,
 Sobre el contrario; acúden los Iberos
 Para los recibir, y á estos atacan
 Los Troyanos, Etruscos y Arcadenos,
 Los de pintadas armas; todos ansian
 Recurrir á la espada con anhelo,
 Saquean los altares, y las flechas
 Cubren cual nube el anchuroso cielo,
 Y tornan á caer como una lluvia
 De hierro; vasos, el tizon ardiendo,
 Todo de arma le sirve á los Latinos
 Furiosos, y el Rey mismo sale huyendo,
 Y se lleva sus Dioses ultrajados,
 De paz desvaneciéndose los proyectos.
 Otros su carro enganchan, otros montan,
 Y al enemigo ofrecen sus aceros.

Impaciente Mesapo romper quiere
 El tratado; acomete con denuedo
 En su caballo á Aulestes, Rey Toscano,
 Que con insignia real iba luciendo.
 El desgraciado príncipe atrás vuelve
 Y quiere huir de él, y cae luego
 Su cabeza y espalda embarazada
 En el altar que atrás estaba puesto.
 Furioso llega Mésapo y de lo alto
 De su caballo le atraviesa el cuerpo
 Con un tiro de enorme jabalina;
 «Esta, para tí es, que mas acepto
 A los Dioses será tal sacrificio.»
 Corren los Italianos y al guerrero

Despojan, aun su carne palpitando,
 Hallábase delante Coríneo,
 Y tomando un tizon medio encendido,
 Se lo aplica inflamado al rostro á Eubeo
 El que á herirle venia; arde la barba,
 Y el olor se difunde hasta muy lejos.
 Corineo apróvecha la sorpresa
 De su enemigo, y le ase los cabellos
 Con la siniestra mano, y apoyando
 La nerviosa rodilla sobre el pecho,
 Le pasa con la espada. Podalirio
 Mira al pastor Alseo, que eludiendo
 Está los tiros y el combate sigue
 En las primeras filas con denuedo;
 Con la espada se avanza, pero cuando
 Sobre él se levanta, muy mas diestro
 Con el hacha le parte frente y barba,
 Y la sangre corria del cerebro:
 Un desmayo le sigue, y para siempre
 Sus ojos no verán la luz del cielo.

Pero el piadoso Eneas estendia
 Su desarmada diestra, y descubierta,
 A los suyos llamaba y les decia:
 «¿Hacia donde correis? ¿por que suceso
 «Tal desorden se mira? estad tranquilos;
 «La paz está jurada y los convenios;
 «A mí solo ya toca el que combata,
 «Este cuidado es mio, deteneos,
 «Deponed el temor por que mi brazo
 «Asegura la paz; mis juramentos
 «Obligan á los Dioses que me entreguen
 «A Turno á quien me deben por derecho.»

Él así hablára, y una alada flecha
 Silba y lo hiere, ¡que partido opuesto
 O que Divinidad diera esta gloria
 A los Rútulos? Se ignora; y el momento
 De una accion tan brillante queda oculto
 Y escondido por siempre en el silencio,
 De haber herido á Eneas la alta gloria.

De su rival á vista, que saliendo
 Del campo, y los caudillos consternados,
 La esperanza renace y el esfuerzo
 De Turno, que pidiendo sus caballos
 Sobre el carro se lanza, y alto el ceño
 Las riendas toma, y vuela entre las filas
 Enemigas, inmola á los guerreros,
 Y un gran número deja moribundos
 En la tierra ródando, y los enteros
 Batallones magulla con las ruedas,
 Y sin descanso arroja dardos fieros
 Contra los fugitivos, los arranca
 De mano de sus mismos compañeros.
 Tal se dejaba ver horrendo Marte
 En las riberas del helado Hebro,
 En su escudo sonando alarma y guerra,
 Y de sangre sediento, suelta el freno
 A sus corceles rápidos que vuelan
 En el llano veloces mas que el viento,
 Y la tierra de Tracia gime al golpe
 Del resonante pie. Le van siguiendo
 La Perfidia, la Astucia, Espanto horrible,
 La Cólera feroz, triste cortejo
 De este Dios que en pos va por todas partes.
 Turno se le asemeja de ardor lleno,

En medio del combate; sus caballos
 Agitando, que húmean en su aliento
 Y en sudor espumoso rebosando,
 Huellan sin compasion los yertos cuerpos
 Enemigos; y cruel, fiero, impetuoso,
 Hace saltar la sangre con que el suelo
 Está inundado, y deja allí tendidos
 A Tamiris, á Folo, y á Estenelo;
 Aquellos con la espada, este con lanza,
 Que se la disparára desde lejos.
 Tambien la muerte diera á los dos hijos
 De Imbras, á Gláuco y Ládes los que fueron
 Criados en la Licia, acostumbrados
 A usar las mismas armas, ya á pié quedo
 Ó atrás dejar tambien al viento rápido,
 Si el corcel volador van conduciendo.

Marcha á otro lado en medio del combate,
 Eumedes con el nombre de su abuelo,
 El antiguo Dolon, que le parece
 En corazon y brazos, en su tiempo,
 Por servir de Espion contra los Dánaos,
 Los caballos del hijo de Peleo
 A pedir se atrevió; pero Diomedes
 De otro modo pagó su atrevimiento,
 Sin que pueda aspirar en su delirio
 De caballos de Aquiles al deseo.
 Cuando Turno se mira en la llanura,
 Lanza un ligero dardo, y deteniendo
 Sus bridones, él salta de su carro,
 Y corre sobre aquel que medio muerto
 Habia derribado, y apoyando
 El insultante pie sobre su cuello,

Arranca con su mano el hierro agudo
 Y en él lo sepultó; mas le diciendo:
 «Mide, Troyano, ahora aquesta tierra
 «En que tendido está tu herido cuerpo,
 «De esta Italia que anhelas la conquista.
 «Con premio semejante recompenso
 «Al que osado se atreve á combatirme,
 «Y así es como se alzan grandes pueblos.»

Del vencedor los tiros le dan pronto,
 A Asbutes con Sibaris y Cloreo,
 Tersiloco y Darés, por asociados;
 Y también á Timetes sobre el cuello
 Del caballo caído: Como el soplo
 Del Bóreas si despliega en el Egeo,
 Y su furor que brama resonante,
 Y las ondas cediendo á sus esfuerzos
 En la orilla se rompen, y las nubes
 Cubren el cielo y se dispersan luego;
 De Turno á la presencia todo eede
 Y huye delante de él, y deja abierto
 Paso por donde quiera; y se desbandan
 Los batallones ó caerán muertos.
 A su furor sin freno se abandona,
 Hiende el aire su carro, y con el viento
 Gira la pluma del morrion que ondea:
 Ni sufre tal audacia el gran Egeo,
 Y se arroja delante de su carro;
 Y á los caballos agarrando el freno,
 Las cabezas les cambia y los revuelve
 Con vigoroso brazo; y resistiendo
 Este con los córceles que le arrastran,
 Y en el yugo del carro vá suspenso;

La larga jabalina pasa el doble
 Tegido de la malla muy espeso,
 Y desflora la piel con una herida
 Muy lijera. Retírase y cubierto
 Con su adarga, desnuda la su espada,
 Y á vengarse marchó; pero al momento
 El ege de la rueda corre rápido,
 Y chocando con él, le arroja al suelo;
 Turno sobre sí vuelve, y donde se une
 El casco y la coraza, corta el cuello,
 La cabeza cubriendo en sangre y polvo.

El victorioso Rútulo de muertos
 La llanura sembraba. El-fiel Acates
 Con Mnesteo, á Eneas conduciendo,
 Van al campo cubierto con la sangre,
 Y ya el uno ó ya el otro iban alternos
 Y le apoya tambien su larga lanza.
 Furioso sacar quiere el duro hierro
 De la flecha, que está firme en la herida;
 Anhela se le aplique algun remedio
 Pronto, ó abrirle con su larga espada
 Penetrando en la carne hasta allá dentro
 Dó la punta del dardo estaba oculta,
 Sacarla y al combate volver presto.
 Estaba allí tambien del grande Iaso
 El hijo lápis al que amára Febo,
 Que este Dios le ofreciera ricos dones,
 Y la ciencia especial de los agujeros
 Con dulce lira y con agudas flechas;
 Lápis prendado del amor paterno,
 Cuya salud estaba en riesgo grande,
 Prefirió á todo conocer secretos

De la virtud de plantas y de arbustos
Y ejercerla sin gloria y lucimiento.

Parado estaba Eneas y se apoya
Sobre su larga asta, mas rugiendo
De dolor en el medio de los gefes;
Y en tanto estaba allí sin movimiento,
Insensible al dolor del mismo Julio.
El anciano, la túnica teniendo
Revuelta, según usan de Esculapio
Los hijos, hizo inútiles esfuerzos,
Con la mayor destreza practicando
Cuanto Apolo enseñára á sus adeptos,
Y con sus dedos extraerla ansiaba,
O con de doble diente el instrumento:
Ninguna tentativa es provechosa,
Las lecciones de Apolo no sirvieron.

Entretanto el horror de la matanza
Resuena mas y mas con feroz eco
En la llanura, y crece mas urgente,
El aire se oscurece con espeso
Polvo y con diluvio que caía
De flechas incesantes en el medio;
Atacan los ginetes las trincheras,
Y de Marte se escuchan los lamentos.

En este instante Venus, oprinida
Por la cruel situación del hijo tierno,
En el monte de Creta recogía
Del saludable Díctamo el remedio;
La planta cuyo vástago guarnecen
De flores la corona y blando vello,
Y que distingue el cervatillo, cuando
Le ha herido de la flecha el crudo acero,

Cubierta de una nube trae Venus,
Sin ser vista, y destila en vaso terso
Los benéficos zucos y los mezcla
Con agua clara y ambrosia lleno,
Formando la olorosa panacea.
Luego el anciano Iápis difundiendo
Sobre la herida esta agua milagrosa,
Cuyo poder ignora, arbitró presto
Con que el dolor calmar; la sangre cesa,
Y la flecha ya sigue en el momento
Sin violencia á la mano que la estrae,
Y Eneas cobra su valor y esfuerzo.
—«Dádle al punto sus armas, Iápis el ama,
«Sus armas ¿que os detiene? luego, luego.»
Y el primero á los Rútulos ataca,
Y le exhorta Iapis, mas le diciendo:
«No es esto obra del arte ó de los hombres,
«Es un Dios quien te llama á tanto empeño.»

Por salir al combate esta impaciente,
Calza los borceguies de oro neto;
Cualquiera dilacion le causa enojo;
Brilla en su mano de la lanza el hierro,
Y despues que embrazó su largo escudo
En la izquierda, y coraza revistiendo,
Abraza á Ascanio que sus armas cubre,
Y por entre el morrion da un dulce beso,
Y le dice:—«Hijo mio, aprende ahora
«La virtud heroica, el verdadero
«Valor; á ser feliz otros te enseñen,
«Y alejarte de Marte tan sangriento
«Y de victoria á recoger los frutos.
«Cuando tú hayas llegado á este buen tiempo,

«Y estos recuerdos guarde tu memoria,
 «Sean de imitacion altos ejemplos
 «Para animarte á la virtud sublime,
 «Que eres de Eneas hijo, de Héctor déudo.»

Dichas estas palabras sale al campo,
 La lanza blande con terrible gesto:
 Anteo y Mnesteo presurosos
 Le siguen, y á la frente se pusieron
 De numerosas tropas, y torrentes
 De soldados salian desde el cerco;
 Polvo espeso se alza en la llanura,
 Tiembla la tierra bajo el pie guerrero.
 De la opuesta campiña los descubré
 Turno, y tambien los están viendo
 Hijos de Ausonia, y el temor les hiela
 Sus corazones, y con frio miedo
 Reconoce Juturna el gran ruido,
 Y trémula de espanto toma el vuelo.
 Su fiero batallón conduce Eneas
 A los llanos; cual nube que del seno
 De los mares se alzára tempestuosa
 Hacia la tierra, y aunque de muy lejos
 Se mire, el susto á todos los previene,
 Y el labrador, el corazón opreso,
 Espera con espanto la tormenta:
 Los árboles destruye y los cabellos
 De Ceres, y asolando las campiñas
 Sin freno la precede airado viento,
 Y sus silbos anuncian su presencia
 En la ribera. Con igual denuedo
 El caudillo se muestra de Troyanos
 De su escuadron al frente el impertérito.

Estrechaban las filas sus peones,
 Formando una columna en firme centro,
 Hiere al pesado Osiris la euchilla
 De Timbreo; dando muerte Mnesteo
 A Arquecio y cortando la cabeza
 Acates á Epulon; á Ufens, Gigeo;
 Tolumnio el agorero, que ante todos
 En las armas lanzar fuera el primero
 En contra el enemigo, tambien muere,
 Un grito general se alzára al cielo;
 Derrotados los Rútulos huian,
 Moviendo en la llanura polvo inmenso,
 Tambien los fugitivos hiere Eneas,
 Ni combatir rehusa cerca ó lejos
 A cuantos á él atacan, mas él busca
 En la nube de polvo, solo al fiero
 Turno, y solo Turno pide que parezca
 Al combate.

Juturna con gran miedo
 Aterrada, nuevo esfuerzo diera
 Al Rútulo feroz en tanto riesgo;
 Guia Metiseo el carro del gran Turno,
 Y dándole un feroz sacudimiento,
 Bajo el timon tendido le dejára,
 Y ella misma al instante toma el puesto,
 Las ondeantes riendas manejando;
 Era toda Metiseo, rostro el mesmo
 Con las armas y voz. Como se viera,
 En algun gran palacio de opulento,
 La negra golondrina que recorre,
 Ya de un patio anchuroso los recesos,
 Ya bóveda y salones espaciosos,

Ya en torno á los estanques de agua llenos:
 Tal Juturna moviendo los corceles
 De su hermano; del enemigo en medio
 Hace volar su carro en todo el campo,
 Y triunfante presenta á este guerrero,
 Sin que á las manos venga con ninguno,
 Atenta solo á le salvar del riesgo.
 Eneas impaciente encontrar quiere
 A su rival; le sigue en todos puestos,
 Ni la huella perdió de sus bridones,
 A gritos le llamando por el medio
 De batallones que pasando hiere.
 Cuantas veces sus ojos descubriendo
 Su enemigo, procura á sus caballos
 Acercarse, y parece que hacen vuelo,
 Y Juturna á otra senda los llevaba.
 ¿Que hará entonces Eneas? Yace incierto
 Y contrarios proyectos le asaltaron.
 Mesapo en este instante muy ligero
 Vuela y empuña la su mano izquierda
 Dos flechas muy veloces, con el hieerro
 Agudo armadas, y una lanza á Eneas
 Con brazo airado y vigoroso esfuerzo.
 Párase Eneas, cúbrenle sus armas,
 Y dobla la rodilla, y queda ileso;
 Mas el dardo desflora solamente
 Del morrión la cimera, y trae al suelo
 Llevándose la punta del penacho.
 De indignacion le abrasa el vivo fuego,
 Y de tanta perfidia ya cansado,
 De Turno los corceles se van lejos
 Ya mas y mas, él toma por testigo

A Jove y los altares que le vieron
 Jurar aquel tratado: embiste entonces,
 Sin distinguir persona, con su acero,
 De la victoria cierto y mas terrible
 Que nunca, todo cede al justo esfuerzo.

¡Que Dios me inspirará ¡ó musa! ahora,
 Para que puedan retratar mis versos,
 Tantos horrores y matanza vária
 De los valientes fáciles guerreros,
 A quienes Turno y el Troyano Eneas
 La vida quitan en combates fieros?
 ¡Jove! ¿como permites se deströzen
 Pueblos que han de gozar reposo eterno?
 El Rútulo Suoron primero siente
 El impetuoso choque de los Téucros;
 Eneas á quien nada le detiene
 Le dá muy pronto muerte con el hierro
 De su espada, y penetra la coraza
 Con que natura le cubrió su pecho.

A Amico á pie acomete el bravo Turno
 Y á su hermano Diöres, al que frontero
 Ataca y cae, y con su lanza herido
 Amico del caballo viene al suelo,
 Y con la cimitarra le retuala,
 Y lleva vencedor como trofeo
 La cabeza pendiente de su carro
 Que sangre destilaba. Eneas luego
 Dá muerte á Tálon, Cétego y á Tanais
 Con un ataque solo combatiendo:
 Caen despues Onites, descendiente
 De Echion, y el hijo de Peridia fiero.
 Precipita del carro á dos hermanos,

Turno, que de la Licia descendieron,
 Comarca del Dios Febo tan querida;
 Y al Arcadio montés, que no pudieron
 Salvar su odio á la sangrienta guerra
 Oculto en choza humilde, y su alimento
 Sacando del trabajo de sus manos,
 Junto á la orilla del pescoso Lerno:
 El favor de los grandes desconoce,
 Ni su padre plantó campos ajenos.
 Parécense á los fuegos encendidos
 Que devoran del bosque los extremos,
 De los laureles estallantes ramos;
 O á dos torrentes que en ruidoso estrépito
 Corren de la montaña de lo alto,
 Y espumoso los une el mar inmenso,
 Después que destrozáran cuanto opone
 Su resistencia á su furioso encuentro;
 Tales Turno y Eneas se mostráran
 Su furor desplegando en campo y cerco.
 Sus corazones hierven en la cólera,
 Ni halla barreras su indomable esfuerzo;
 Y el poder de sus brazos ver dejaba
 De sus mortales golpes con el peso.
 Lanza uno, de roca un gran pedazo,
 Que de su carro arroja á Murrán fiero,
 Que justo orgullo de los nombres tiene
 Famosos que llevarán sus abuelos,
 Y que enlazára en los Latinos reyes.
 ¡Infeliz! En las ruedas ya cayendo
 Le arrastra el gran poder de los caballos,
 Que ya desconocían á su dueño;
 Adelante de Hiló marcha el otro

Que corria sobre él, terrible el gesto,
 Y amenazando le tirára un dardo
 En la sien, que cubria un morrion bello
 De oro, y le penetra y allí queda
 Enclavado allá dentro en el cerebro.
 Bravo Creteo, Griego el mas valiente,
 De tu brazo el poder no te hizo exento
 Del furor del gran Turno, ni el amparo
 De los Dioses salvára al gran Cupenco
 Del tiro que ya Eneas le asestára,
 El hierro le penetra el fuerte pecho
 Sin que el bronceado escudo le protéja,
 Mas que un débil resguardo á un duro encuentro.
 Llanuras de Laurento te miraron
 Tambien á tí caer, hijo de Eolo;
 Y á quien muerte no dieran las falanjes
 Griegas, ni Aquiles que abatió el Imperio
 De Priamo; te espera dura muerte
 Del Ida al pie dó estaba tu soberbió
 Palacio que brillaba en la Lirnesa,
 Y el sepulcro te aguarda en el Laurento.

Troyanos y Latinos escuadrónes,
 Cual los gefes pelean sin sosiego,
 Los soldados se atacan, y Mesapo,
 Asilas y Seresto y Mnesteo,
 La falange Toscana y las escuadras
 De Evandro el Arcadiano, están riñendo
 Sin descansar en general combate.
 En este instante inspira el pensamiento
 Al dulce hijo, la hermosa Venus,
 De atacar las murallas de Laurento
 Con su ejército entero, derramando

Con gran consternacion el desaliento,
 Que una desgracia tal no la aguardaban.
 Eneas ya cansado hace algun tiempo
 De procurar á Turno, al fin los ojos
 Sobre la Ciudad pone, único pueblo
 Exento de la guerra y sus horrores,
 Y en medio de la alarma solo quieto.
 Esta atrevida empresa comunica
 Espiritu y ardor y valor nuevo,
 Y hace venir á su presencia al punto
 A Mnesteo, Sergesto, y á Seresto,
 Valientes capitanes de su armada.
 El sube á una eminencia á donde el resto
 De su ejército lleva, sin que dejen
 Sus armas, sus escudos y pertrechos,
 Y puesto en medio, dice de la altura:
 —«Cuanto mando, ejecútese al momento,
 «Que Júpiter está de nuestra parte;
 «Porque él mismo me inspira este proyecto,
 «No hay tiempo que perder en conferencias,
 «Si no consienten en sufrir el freno,
 «Ni quieren recibir sus vencedores;
 «Mi firme voluntad ya lo ha resuelto,
 «Reducir á ruinas y cenizas
 «Los estados Latinos y sus pueblos.
 «¿Acaso esperaré que quiera Turno
 «El medirse conmigo, y que de nuevo
 «Acepte yo el combate ya vencido?
 «De allí sale esta guerra, compañeros,
 «Allí es preciso dar el fatal golpe;
 «Con hachas encendidas marchad luego,
 «Y con ellas en mano el pacto cumplan.»

Así dice, y ya todos de convenio
 Forman una columna muy espesa,
 Que rápida á los muros marcha presto:
 Al instante se aplican las escalas,
 Y el fuego vuela sobre el muro mismo;
 Atacan otros las dobladas puertas
 Y dan muerte á los guardas los primeros.
 Otros disparan dardos que penetran
 Cual la nube en el aire oscuro y denso,
 La atmósfera anublando con saetas.
 Eneas allí está, y eleva al cielo
 Su mano, y le dijera al rey Latino,
 Por testigos tomando á los supremos
 Dioses, que á las armas se le obliga.
 Por la segunda vez faltó el Ibero
 El tratado á cumplir y lo infringiera.
 La discordia se agita, y en el medio
 De los tumultuosos ciudadanos
 Está; ya los unos pretendiendo
 Que se le abran las puertas al Troyano,
 Y á las murallas traen al rey mismo.
 Armados otros la defensa siguen
 De los muros. Asi como sintiendo,
 De abejas un ejambre, un pastor entra
 De una cóncava roca al hondo seno,
 Y el recinto llenando del oscuro
 Humo enemigo, las abejas luego
 De cera en el baluarte se agitando
 A la comun defensa corren presto,
 Con su ronco susurro; en torbellinos
 Rueda en la habitacion un vapor negro,
 Y en el fondo resuena de la roca

Sordo ruido y fuego y humo dentro.

Nueva calamidad llega por colmo
 Que oprime á los Latinos con gran duelo;
 De su palacio mismo vé la reina
 Que avanza el enemigo, y los guerreros
 Las escalas arriman á los muros,
 Y devora las casas el incendio;
 Y que tambien allí la armada Rútula
 Ni el batallon de Turno aparecieron;
 Y que tal vez aquel valiente jóven
 En medio del combate quedó muerto.
 El mas vivo dolor penetra su alma;
 El espíritu pierde, y grita luego
 Que ella la causa ha sido de este crimen
 Y de tanta desgracia; y cuando el pecho,
 Exhaló con violencia su delirio
 Y desesperacion, con su ardimiento
 Ya resuelta á morir, rompe y desgarrá
 Sus vestidos de púrpura, y haciendo
 Un lazo que colgára de una trabe,
 Puso á su triste vida fatal término.
 Las matronas Latinas pronto saben
 Esta funesta muerte, y la dijeron
 A Lavinia que biere sus mejillas,
 Y sus manos mesaban sus cabellos.
 Las damas que la asisten, se abandonan
 Con el mismo furor á sus lamentos;
 La infáusta nueva se derrama entonces
 Por toda la Ciudad, y el rey ya viejo
 Sus vestiduras rasga y cubre el polvo
 El su cabello cano, y tristes ecos
 Le echan en rostro, que antes no aceptára

Al Troyano valiente por su yerno,
 Turno en el otro extremo perseguia
 A algunos enemigos ya dispersos
 En la llanura, pero él mismo nota
 Se abatía su ardor, ni tan contento
 Viera mover sus rápidos corceles.
 Mas de repente el soplo de los vientos
 Trae á su atento oído los clamores,
 Con que siempre se anuncia el temor ciego;
 Escucha, y gritos lúgubres parecen
 Salir de la Ciudad con grande estruendo.
 «¡Ay de mí! ¿de dó viene que en los muros
 «Solo se oyen clamores y lamentos?
 «¿Que dolorosas voces estas fueran
 «Que de la Ciudad vienen desde lejos?»
 Pero él fuera de sí, tira las riendas
 Y su carro detiene. Al mismo tiempo,
 Su hermana que á Metisco remedaba,
 De su carro las bridas conduciendo,
 Muy gran prisa se dá por resistirle.
 «Turno, le dice, vamos persiguiendo
 «Por aquí los Troyanos, y sigámos
 «Por dó victoria muestra su sendero.
 «Quien la Ciudad defiende allá hay sobrados;
 «Pero entretanto, Eneas los Iberos
 «Por todas partes bate; tú, en rebancha,
 «Sin compasión, da muerte en todo encuentro
 «A las Troyanas filas. Ni las víctimas
 «Menos serán, con gloria el vencimiento.»
 —«¡ Ah hermana mía! le responde Turno,
 «Yo te he reconocido en el momento
 «En que tu astucia suspendió la alianza

«Que iba á concluirse; con tu esfuerzo
 «Tomaste tambien parte en el combate;
 «En vano ya á mis ojos pondrás velo.
 «¿Mas que pudo obligarte á que bajases
 «Del Olimpo á llenar aqueste empleo?
 «¿Vienes acaso á ser testigo ahora
 «De mi funesta muerte? ¿esperar puedo
 «Que lance de Fortuna me presente
 «De salvarme esperanza en el suceso?
 «VÍ espirar á Murrano ante mis ojos,
 «A Murrano que auxilio me pidiendó,
 «Este amigo guerrero el mas valiente,
 «De otro muy mas terrible entonces muerto.
 «Por no ver nuestra afrenta. Ufens perece,
 «Y es del cadáver su enemigo dueño,
 «Y tambien de sus armas; ¿y tú, quieres
 «Que permita por cólera y desprecio,
 «Que por mis ojos vea la rüina
 «De esta Ciudad, y que responda fieró
 «Con mi brazo al discurso de ese Drances,
 «Y que huya? ¿y me verá el Ibero
 «Volver la espalda á ejército enemigo?
 «¿Tanta desgracia es morir! sédme al menos
 «Propicias jó Deidades infernales!
 «Ya que tanto me afligen las del Cielo.
 «Que allá descienda con el alma pura,
 «Sin haber conocido el vano intento
 «De la vil cobardía, y siempre digno
 «Del tronco celestial de que desciendo.»
 Apenas habia dicho estas palabras,
 Cuando suelta la brida, por el medio
 Del enemigo pasa en corcel rápido.

Sages herido en el semblante, y vuelto
A Turno le llamaba de este modo:

«Turno, nuestra esperanza en tal extremo,
«Ten compasión, socorre á tus amigos.
«Eneas con sus armas tan tremendo,
«La ciudad con sus torres amenaza
«Volando ya las llamas por los techos:
«Delante de sí tienen los Latinos
«Solo á tí, y en sus ojos y en sus ecos.
«El mismo rey de Lacio ya no sabe,
«Ni cual yerno escoger, ni cual convenio;
«La reina que tan fiel siempre te fuera,
«Muerte acaba de darse con despecho,
«Sin poder soportar nuestra desgracia.
«Atinas y Mesapo sosteniendo
«Están solos las tropas en las puertas,
«Que valor manifiestan en Laurento;
«Y en torno suyo están densas falanges,
«De picas erizadas, bosque espeso
«Con la espada desnuda; y tú, entretanto,
«Giras en la llanura sin recelo.»

Confuso y asombrado queda Turno,
Y con triste silencio mira al suelo
Fijos los ojos, turbacion le agita
Diferentes objetos combatiendo;
Ya furioso arrebató le domina,
Y el corazón incendia con violentos
Furores, la vergüenza del desáire,
Del grande amor y de su propio esfuerzo.
Mas, luego que la nube se disipa
Y el espíritu torna hácia su centro,
Los inflamados ojos se revuelven

A las tristes murallas de Laurentó;
 Y de la elevacion del carro alzado
 Contempla la Ciudad. En tal momentó
 Un torbellino de ondeantes llamas
 Se encamina rodando hácia los cielos,
 Despues que cuerpo á cuerpo fué abrasada
 De madera una torre que habia hecho
 El mismo Turnó, y puentes levadisos,
 Ruedas para girar todo completo.

«No hay esperanza, hermana, los Destinos

«Ya me vencieron; deja ya tu intento;
 «Me voy á combatir, mas no te opongas;
 «Dó los Dióses me llaman ya marchemos,
 «Mi gran desprecio vencerá la muerte.
 «No me verás vivir, hermana mia,
 «Sin honor, deja ya, yo te lo ruego,
 «Por la última vez, deja me entregue
 «De todo mi furor á los excesos.»

Así dice, y se lanza de su carro,
 Y de enemigas armas por el medio
 Vuela; su tierna hermana abandonando
 Desolada; y penetra muy ligero
 Los densos batallones que halla al paso;
 Cual de la alta montaña desprendiendo
 Los vientos una roca que arrastraron
 Las lluvias tempestuosas; ó cediendo
 Al tiempo destructor la masa enorme,
 Arrebatada vence por su peso
 Los obstáculos todos, y con saltos
 Impetuosos consigo lleva á un tiempo
 Los árboles, ganados y pastores;
 Así Turnó se arroja por el medio

De los desordenados batallones,
 Derecho hácia los muros de Laurento.
 Al llegar donde está la tierra henchida
 De sangre, y dó resuena el silbo horrendo
 De los dardos, haciendo un signo claro
 Grita con voz que se asemeja al trueno:
 «Rútulos, deteneos, y Latinos,
 «Suspended vuestras armas, soy quien debo
 «Por vosotros cumplir aquella alianza,
 «Y acabar la querrela con mi acero »
 Los guerreros se apartan al instante,
 Las armadas dejaron largo trecho,
 Y Eneas al oír de Turno el nombre,
 Los muros abandona, y todo aquello
 Que combatiendo estaba; ante las torres
 Se presenta con gozo en el momento.
 Sus armas resonaban con sonido
 De trueno pavoroso, cual se oyeron
 En Athos elevado, Erix subido
 O encumbrado. Apenino con los vientos
 Que braman en los bosques agitados,
 Y se goza su cumbre alzado al cielo
 Con su lumbrosa nieve. Ya los Rútulos,
 Los Troyanos y todos los Iberos,
 Fijos sus ojos en los dos rivales
 A porfía los miran, y aun aquellos
 Que los muros combaten sin descanso
 Al pie de las murallas, depusieron
 Todos sus armas prontos, y el Latino
 Rey mira con asombro á dos guerreros
 Que nacidos en climas tan distantes,
 La suerte los unió con sus aceros.

Los rivales al ver que libre queda
 El campo, ya vibráran desde lejos
 Sus jabalinas; hieren sus escudos,
 Y del sonoro bronce suena el eco;
 Y al golpe de sus pies la tierra gime:
 Cruzan con choques mil los duros hierros,
 Y el acaso y destreza se confunden:
 Semejantes en todo á dos soberbios
 Toros que sobre el Silo y el Taburno
 El uno contra el otro revolviendo
 Sus astas que amenazan y que corren,
 Y furiosos se atacan de frontero:
 Y huyen los Boyeros temerosos,
 Queda inmoble el rebaño por el miedo,
 Y las novillas con espanto mudo
 Esperan por el Rey de aquel imperio;
 Y sus golpes redoblan los rivales
 Herida sobre herida, y entra el cuerno
 Y rompe los hijares, y la sangre
 De los hijares corre, espalda y cuello,
 Con su gemido resonando el bosque.
 Tal Eneas parece y Dáuno fiero;
 Y el duro choque del bronceado escudo
 El aire llena de espantoso estruendo.

La celestial balanza tiene Jove
 Suspensa y los destinos en el peso,
 De los guerreros conociendo el mismo
 Cual de los dos tendrá la muerte cierto.
 Lanzóse de improviso el fiero Turno,
 Creyendo aprovechar aquel momento,
 Su cimatarra levantó y de un tajo
 Concluir al Troyano. Gritan Téucros,

Los Latinos se asustan divididos
 Entre el temor y la esperanza. Atentos
 Los ejércitos fueran, mas la espada
 Se rompe del guerrero, y huye el cuerpo;
 Entrambos escuadrones se miraron,
 Y el tiro está á la vista sin efecto:
 Era la huida solo su refugio,
 Y se escapa mas rápido que el viento,
 Y miraba la estraña empuñadura
 Que en su mano dejara el golpe fiero.

Cuéntase que al bajar desde su carro,
 Y al combate volar, dejó por yerro
 La espada de su padre, y que de prisa
 Tomó la de Metisco su cochero
 Que siempre conducia sus caballos;
 Pero mientras huian miles Téucros,
 Todos delante de el, era bastante
 Esta espada, mas luego en el encuentro
 Con la que fabricara el Dios Vulcano,
 La obra del mortal cedió al momento,
 Cual frágil vidrio cuyos trozos brillan
 A lo largo esparcidos por el suelo.
 Turno fuera de tino el atraviesa
 La llanura y los lados vá corriendo
 Con diferentes giros, por si evita
 Su adversario encontrar rodeando el cerco
 Que lo cierran las filas de Troyanos
 Y las murallas con un lago inmenso.

Eneas aun muy débil por la herida,
 Siente que se doblegan los sus miembros;
 Mas aunque se resiste á la carrera,
 Vivamente persigue al delantero

Enemigo, y pie á pie siempre le estrecha,
 Semejante á un lebrél cuando halla un ciervo
 O que encierra del río la corriente,
 O espantoso cordón de fiero aspecto
 De rojas plumas; sigue sin reposo,
 Y corre y ladra, y el terror y miedo
 Del pérfido espantajo le conduce
 A la ribera, y vuelve y tuerce diestro,
 Y burla al enemigo en mil engaños
 Pero el constante Umbriano siempre ardiendo,
 Sigue abiertas las fauces (pronto á asirle)
 Y cierra las mandíbulas creyendo
 Que prendido le tiene, y solo sueñan
 Los afilados dientes que el deseo
 Le burla siendo vana su mordida.
 Grandes gritos entonces en el cerco
 Se escuchan y resueña la ribera
 Con tumultuosos y terribles ecos.
 Huye Turno, á los Rútulos injuria
 Y á todos llama por su nombre mesmo,
 Pidiéndoles con ansia aquella espada
 Que coronó mil veces su depuesto.
 Eneas por su parte muerte ofrece
 Al solo que se atreva á detenerlo,
 Y que en cenizas la Ciudad tornaba;
 Lo que acabó de completar el miedo
 De trémulos contrarios, mas constante,
 A pesar de su herida, iba siguiendo
 A su rival, que cinco veces corre
 El campo de batalla todo entero,
 Y cinco veces otra vez lo mide,
 Por que no se trataba de algun premio,

Sino la vida del valiente Turno.

Por acaso allí habia en otro tiempo
 Un olivo salvage consagrado
 Al Dios Fauno, y este árbol era objeto
 De gran veneracion á los marinos,
 Que salvos del naufragio, allí iban luego
 Sus votos á cumplir y suspendian
 Por ofrenda en honor del Dios Laurento
 Sus húmedos vestidos como en signo.
 Mas los nuevos Troyanos confundiendo
 Este objeto sagrado con los otros;
 Para que el campo les quedase exento
 A los dos combatientes, lo derriban:
 Allí Eneas clavado encuentra el hierro
 De su lanza que arroja con tal fuerza
 Que la corteza vence y llega al leño;
 Eneas se encorvó para arrancarla
 Y alcanzar con su lanza á Turno huyendo,
 Que no podia vencer en la carrera.
 Pero Turno temblando, ardiente ruego
 Al Dios Fáuno dirige y le decia:
 «Ten compasion de mí, yo mi respeto
 «Siempre te tributé; tierra benéfica,
 «Guarda y reten en tí tan crudo acero
 «Que ahora profanan con su guerra impía
 «Los Troyanos.» Y el Dios escuchó tierno
 La su oracion que no pronuncia en vano.
 Dés que Eneas no pudo con su esfuerzo
 Vencer la resistencia, y que soltara
 El hierro de su lanza aquel madero,
 Y mientras él emplea esfuerzo inútil;
 Toma la hija de Dauno el disfraz viejo

De Metisco y se lanza entre las filas,
 Y entrega á Turno el deseado acero
 Que le pide; mas Venus indignada
 De la Ninfa al mirar su atrevimiento,
 Y que se alzára en un poder tan grande,
 La lanza arranca que encadena el leño;
 Y al recobrar sus armas, animados
 Con un nuevo valor los dos guerreros,
 Se siente el uno con su fuerte espada,
 Y otro con lanza que le diera el cielo.

El rey del alto Olimpo dice en tanto
 A Juno que contempla en trono aéreo
 De una dorada nube el gran combate:
 «¿Cual será de tu cólera, di, el término?
 «¿Que intentarás ahora, dulce esposa?
 «Tú lo sabes muy bien, conven en ello,
 «Que esta mansión aguarda al pio Eneas,
 «Y el destino le llama al rango excelso
 «De los Dioses de Iberia ¿tus designios
 «Cuales son? tu esperanza, tus proyectos
 «En esa fria nube? ¿conveniente
 «Hallas tú que un gran Dios por siempre eterno
 «Por un brazo mortal herido sea?
 «Y ya á Juturna que tú misma has hecho,
 «Y sin tí nada puede, ora la espada
 «A su hermano imprudente haya devuelto
 «Y recobren sus fuerzas los vencidos?
 «Cesa en fin, y ya cede á mis deseos:
 «En sombrío silencio no alimentes
 «El pesar roedor negro y siniestro,
 «Que á mi querida esposa siempre aflige
 «Con las continuas quejas y sus zelos;

«Ha llegado el momento decisivo.
 «Hasta ahora mismo perseguir los Téucros
 «Por la tierra y por mar siempre pudiste
 «Con guerra eterna, y con puñal sangriento
 «Las familias hundir desesperadas,
 «Y mezclar con los cántos de himeneo
 «Fúnebre endecha, gritos de la muerte:
 «Os prohibo intentar nuevos proyectos.»
 La hija de Saturno le responde,
 Y fijando los ojos en el suelo:
 «Ya me es bien conocido, excelso Jove,
 «De tu querer el superior decreto,
 «Por el que yo abandono, aunque me pesa,
 «A Turno y á su tierra, y á no hacerlo
 «Sola no me verías en las húbes
 «Injurias devorando sin consuelo:
 «Y bajara yo misma toda armada
 «A las primeras filas con el fuego,
 «A arrostrar implacable á los Troyanos
 «De destruccion al campo y de tormento.
 «Confieso que yo misma aconsejara
 «A Juturna, á su hermano auxilio presto
 «Le diera en su desgracia con alguna
 «Tentativa atrevida, mas no es cierto
 «La mandase yo á armar con arco y flechas,
 «De celebrar la alianza en el momento.
 «Lo juro por las aguas de la Estigia,
 «Por quien temen jurar los Dioses mismos;
 «Yo cedo y abandono los combates
 «Que me causan horror dentro en mi pecho;
 «Mas por el Lacio os pido y por la honra
 «De un pueblo á quien amais y todo es vuestro,

«Una gracia que ley no contradice
 «Del destino que (tal es el precepto)
 «La guerra finalice, y se celebre
 «Con real aparato el himeneo;
 «Firmes con juramentos los tratados,
 «Tú no exijas jamás que el nombre eterno
 «Pierda del Lacio; que Latíños sean,
 «Ni se nombren Troyanos, ni su acento
 «Ni vestido se muden, y subsista
 «El grande Lacio; y el Albano imperio
 «Dicte de siglo en siglo sabias leyes;
 «Y que el valor de Italia en todo tiempo
 «Hijos á Roma dé que dueños sean
 «De todo el mundo, y Tróya pereciendo
 «Permite se aniquile con su nombre.»

De esta manera entonce á Juno oyendo
 El autor de natura y de los hombres,
 Con sonrisa responde en dulces ecos:
 —«¿Como, hija de Saturno, esposa, hermana
 «De Jove, odios conservas tan violentos?
 «Cede á la voluntad de los destinos,
 «Calma ya tus furors tan intensos,
 «Consiento en lo que pides, sin disgusto,
 «Que salgas victoriosa te concedo,
 «Conserven los Ausonios su language
 «Y costumbres tambien de sus abuelos.
 «Su nombre guardarán, mas los Troyanos
 «Una sola nacion formen con ellos
 «Sin jamas dominarlos; daré un culto
 «Y un orden sacro religioso y nuevo,
 «Todos serán Latinos por el nombre
 «Y por language, y de ellos saldrá un pueblo

«Que vencerá en virtudes á los Dioses;
«Ni te hará otra nacion, mayores templos.»

Satisfecha quedó la altiva Juno,
Y su gozo anunció con el silencio.
Ella desde la nube se retira,
Y hácia el Olímpo dirigió su vuelo;
Asi quedó el convenio concluido.
El padre de los Dioses otro intento
En cuidado tenia, era á Juturna
Sacarla del combate en cuyo empeño
Su hermano estaba. Cuéntase, que existen
Dos muy terribles mónstruos estupendos,
Que en su cólera el cielo les dió nombres,
Y la noche dió á luz á un mismo tiempo
Que á la infernal Megera, les cubrian
Enlazadas serpientes por cabellos
Y á su hermana también; y alas tan rápidas
Cual las suele llevar volador Euro.
Son ministros de Jove aquestas Furias
Que velan junto al trono, ó en el mesmo
Umbral de su palacio están atentas
A este Señor terrible: salen presto
De allí, van derramando presurosas,
Terror por todas partes y lamentos,
Cada vez que enojado el Dios potente
Se dispone enviar la muerte y fieros
Males, con el azote de la guerra
A las ciudades criminales. De estos
Un mónstruo manda que bajando pronto
De lo alto, á Juturna algun funesto
Presagio le presente ante sus ojos.
Cual torbellino rápido su vuelo

Dirige hácia la tierra; y como flecha
Que se dispara de la niebla en medio
Por un Parto ó Cretense, y que la baña
La aguda punta con mortal veneno,
Y corriendo veloz por entre sombras
Abre sin percibirlo el hueco horrendo
De una herida incurable; tal se lanza
La hija de la Noche desde el cielo.
Desde que viera la Troyana armada
Y batallones del audaz Ibero;
Su cuerpo lo reduce á la pequeña
Forma de una avecita, cuyo vuelo
Corre sobre sepulcros ó edificios
Que están abandonados ó desiertos;
Y oír se deja su funesto grito
De las medrosas ondas por en medio.
Bajo de este disfraz la mensagera
Cruel pasa y repasa, y toca el cuerpo
Y los ojos de Turno, y el escudo
Toca tambien. Juturna que de lejos
Reconoció la Furia por su forma,
Y de sus largas alas el estrépito;
Los sus cabellos mesa, y despedaza
Su semblante, y golpea el blanco seno.
«¡Turno! ¿que puede hacer tu hermana ahora
«Desgraciada, ó acaso que proyecto
«Inventaré para alargar tus dias?
«¿Resistir puedo á tan odioso aspecto?
«Yo os abandono el campo, aves crueles;
«No aumenteis mis temores, que ya os veo,
«Y al batir de las alas ya os conozco
«Con el ruido de muerte tan funesto.

«Del magnánimo Jove no me engañan
 «Cruelles mandatos del poder soberbio,
 «¿Este es el galardón de mi pureza?
 «¿Por qué me hizo inmortal? ¿por qué el remedio
 «Me quita de morir? Si mortal fuera,
 «A las sombras bajára del Averno
 «Con mi infeliz hermano ¡inmortal triste!
 «¿Que placer tendré yo sin tí en el cielo,
 «Queridísimo hermano? ¿por qué no se abre
 «La tierra y á una Diosa hunde en su seno?»
 Asi dice la ninfa, y su cabeza
 Con un velo azulado vá cubriendo,
 Y se hunde en el río entre sollozos.

Eneas entretanto estrecha fiero
 A su adversario, y en su mano brilla
 La formidable lanza, y todo ardiendo
 En furor dice arrebatado: «¡O Turno!
 «Que vos detiene? no es aqueste el tiempo
 «De evitar el combate, no se trata
 «De disputar en la carrera el premio,
 «Y sí de pelear de frente á frente
 «Y á todo trance: pero toma artero,
 «Cuantas formas quisieres, y reúne
 «Todo cuanto valor hay en el suelo;
 «Pide á á los Dioses te concedan alas,
 «Y á la tierra te oculte en su hondo centro.»
 Su cabeza moviendo Turno dice:
 —«No me infunden temor esos dictérios
 «Ni fieras amenazas; son los Dioses
 «Y mi mayor contrario Jove mesmo.»
 Y sin mas añadir, los ojos fija
 A una piedra que estaba en el terreno;

Piedra antigua que fuera colocada,
 Para que allí sirviera de lindero,
 Y así evitar litigios. Muy difícil
 Fuera que doce hombres de los nuestros
 La pudieran llevar sobre sus hombros.
 La ase Turno al instante sin esfuerzo,
 Y en sus pies se apoyando, la lanzara;
 Pero él mismo ya estaba conociendo
 Que en ellos ya la agilidad no existe
 Para correr, ni en su brazo aliento,
 Ni aquella intrepidez con que podía
 Él llevar antes tan enorme peso.
 Sus rodillas flaquean, y en sus venas
 Su sangre las helaba un frío intenso;
 Y la piedra saliendo de sus manos,
 Ya no puede correr del aire el trecho
 Y dar el fatal golpe. Como cuando
 En la alta noche en la ilusión de un sueño,
 Nos parece correr, y fatigados
 Quedan con el afán todos los miembros,
 Que torpeza domina, hablar ansiamos
 Sin dar sonidos, ni correr ligeros;
 De la misma manera el desgraciado
 Turno, ni su valor ya sostenerlo
 Puede á presencia del divino Eneas;
 A los Rútulos mira, y revolviendo
 A la Ciudad sus ojos, le aprisiona,
 El terror á la vista del acero,
 Ya pronto á traspasarle, y sin asilo
 A donde refugiarse, sin esfuerzo,
 Ya sin carro se vé, ya sin hermana.
 Mientras que así vacila siempre incierto,

Deja Eneas brillar su lanza en mano,
 Y á su placer elige el punto recto
 En que herirle debia, y la dispara
 Con todo el gran poder é impetu bélico
 De una piedra arrojada por la máquina
 Que vence las murallas, y mas presto
 El aire hiende bramador; ni el rayo
 De la nube bajó con tanto estrépito.
 Cual negro torbellino el dardo vuela
 Y la muerte con él, y entra rompiendo
 El bronce del escudo que doblado
 De metal siete láminas le hicieron;
 Hiere en mitad del muslo resonando,
 Y dobla la rodilla el gran guerrero,
 Y la tierra cubrió su cuerpo todo;
 Y gritos dán los Rútulos al verlo,
 Y en torno á la montaña el eco suena
 Que vá el profundo bosque repitiendo.

Turno en esta actitud tan humillante
 Mira á su vencedor, y en blando ruego
 Le dice: «Yo merezco aquesta suerte,
 «Gracia yo no te pido; del derecho
 «Que el destino te dá usar bien puedes;
 «Pero si es dado, siente el gran tormento
 «Y desgracia de un padre cual Anquises
 «Para tí; compasion, yo te lo ruego
 «Ténla del triste Dáuno; y á su hijo
 «Le vuelve yá, ó su cadaver yerto,
 «Sin que vea la luz, si asi lo quieres.
 «Vencido estoy, y los Ausonios vieron
 «Que alargué al vencedor mis propias manos.
 «Es Lavinia tu esposa; odios mas luengos

«Adelante no lleves.» Pero Eneas,
 Aunque fiero en las armas, revolviendo
 Sus ojos de furor, detuvo el brazo,
 Y el golpe suspendió del cruel acero.
 Empezaba á dudar y con las súplicas
 Sentir de compasion el movimiento;
 Cuando descubre que en su espalda luce
 El tahalí de Palas el guerrero,
 Del jóven Palas á quien Turno diera
 Muerte y le deja en el sangriento suelo,
 Y victorioso viste sus depojos.
 Con los ojos devora aquel trofeo
 Eneas, y su cólera se enciende,
 Su espíritu se ciega, y dice ardiendo:
 —«¡Que! tú te has de salvar de estas mis manos,
 «De mi amigo despojos te cubriendo?
 «Palas sí, Palas él solo te hiere,
 «Tu barbarie castiga.» Asi diciendo,
 De furor poseido, le sepulta
 La espada aguda en el temblante seno.
 El frio de la muerte le domina,
 Y su alma indignada vá al Averno.

FIN.

RECTIFICACIONES DEL TOMO PRIMERO.

En la pág. 5.^a verso 17 donde dice : Del abismo despojos revolviendo ; faltan los cuatro versos siguientes :

Y raros aparecen en el yasto
Piélago , y nadan armas de guerreros,
Con las pinturas , y maderos rotos,
Y las riquezas del Troyano imperio.

PÁG.	VER.	DICE.	LÉASE.
30	15	os harán	osarán
55	14	pelea á espada. . . .	Pelea espada
100	16	es , el que.	cruelles , que
Id.	17	ovejas.	ovejas ,
112	5	y con astucia. . . .	y de su astucia
124	27	compasiya.	compasivos,
145	23	alguna tierra amiga,	algun pais amigo;
223	30	y de donde.	y donde

RECTIFICACIONES DEL TOMO SEGUNDO.

PÁG.	VER.	DICE.	LÉASE.
30	31	<i>obliga.</i>	<i>obliga,</i>
33	25	Al punto.	Al puerto
40	8	Otras tantas. . . .	Otra tanta
41	32	en paz.	en pós
43	1	son.	con
191	31	Agamenon rey. . .	Agamenon

ERRATAS DEL TOMO PRIMERO.

PÁG.	VER.	DICE.	LEÁSE
20	4	mirase aun. . .	miran aun
52	32	carro.	el carro
86	16	de Cérés el vas- tágo.	de Creúsá el vástago?
95	18	propicio.	propiciós
112	26	trensa.	trenza
139	24	armada.	amada
210	25	Con ella.	Con ellas

ERRATAS DEL TOMO SEGUNDO.

PÁG.	VER.	DICE.	LEÁSE.
6	24	¡ hijo mio ! . . .	¡ O hijo mio !
42	23	Pera.	Para
44	13	canastilla; . . .	canastilla
Id.	14	Minerva.	Minerva;
Id.	26	Como al oro. . .	Como de oro
88	16	é.	á
101	23	sexo.	seso
191	18	Cubea.	de Eubea
219	29	silvando.	silbando.